COMENTARIOS A LA NUEVA

Biblia de Jerusalén



Ezequiel

José Mª Abrego



EZEQUIEL

JOSÉ MARÍA ABREGO

EZEQUIEL

Comentarios a la
Nueva Biblia de
Jerusalén



Desclée De Brouwer

© Editorial Desclée De Brouwer, S.A., 2011
Henao, 6 - 48009
www.edesclee.com
info@edesclee.com

ISBN: 978-84-330-2476-3
Depósito Legal: BI-363/2011
Impresión: RGM, S.A. - Urduliz
Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

COMENTARIO

INTRODUCCIÓN

Cuando en verano del 597 a.C. Nabucodonosor se acercaba al frente de sus tropas a la ciudad de Jerusalén, el hijo[1] de una alta familia sacerdotal jugueteaba alrededor de su casa, cercana al templo. En ese momento había olvidado el peligro que se cernía sobre la ciudad. Más bien, no era consciente de las consecuencias. Pero veía en casa caras muy serias, escuchaba cuchicheos continuos, palabras al oído y demasiada preocupación para que los tiempos que corrían no le intranquilizaran. Su padre ya había dado las órdenes oportunas para arreglar los asuntos, pues se acercaban tiempos difíciles. A lo mejor en ese tiempo ya le había oído comentar que Dios estaba conduciendo el ataque contra Jerusalén por los pecados cometidos. En todo caso, no hacía falta estar muy enterado para saber cómo se las gastaban los babilonios con las ciudades conquistadas, cómo se llevaban deportados a los personajes más influyentes (al rey el primero), para asegurarse la fidelidad de los nuevos aristócratas que ocuparían su lugar –con un nuevo rey al frente– y del resto de los habitantes que quedarían en la ciudad. Podían esperar que Nabucodonosor no destruyera la ciudad, pues era la primera vez que se enfrentaban ambos ejércitos.

1. Se ha defendido que el primer número que aparece en el libro de Ezequiel (treinta) se refiere a la edad del profeta en el momento de su vocación (julio del 593). Esto supondría que el año 597, año en el que probablemente su familia fue llevada a Babilonia en la primera deportación, Ezequiel tendría 26 años. Me parece difícil admitir que, contando el protagonista con tal edad, el libro no haga ninguna referencia a dicho acontecimiento, ni al viaje.

Seguro que no había oído hablar de un profeta llamado Jeremías. Como no solía visitar la cárcel, no era fácil que se encontrara con él. Si le hubiera visto cómo salía a "rescatar" un campo para un pariente, cuando las tropas de Nabucodonosor sitiaban la ciudad (Jr 32), le habría podido escuchar que Dios todavía concedía una oportunidad a su pueblo para conservar algunos de los dones que les había dispensado en la historia: el templo, la ciudad, la monarquía, el reino... Pero, como todos, habría pensado que era un traidor y que se pasaba al enemigo (cf. Jr 37,11-13). Tal vez Ezequiel era demasiado joven para interesarse por los asuntos que concernían al futuro de su pueblo. Desde luego, no había recibido todavía la vocación, que tendría lugar, según él, cinco años más tarde: «el año quinto de la deportación del rey Jeconías» (593; Ez 1,1). Hijo de Buzí, un alto jerarca sacerdotal de Jerusalén, sus intereses juveniles iban por otro lado, y Jeremías había hablado públicamente contra el templo. Se supone el abolengo familiar, ya que fue deportado con toda su familia, cuando por vez primera Nabucodonosor se llevó a Babilonia al rey y a los nobles. Su pertenencia a la casta sacerdotal explica su futura preocupación por la pureza, la santidad y la reconstrucción del templo, y por los diversos géneros sacerdotales de comentario a la ley que utiliza.

Su nombre, etimológicamente, significa "Dios fortalece", "Dios endurece", lo que permite un juego de palabras en 3,8, que hace suponer a Daniel Block (*The Book of Ezekiel*, pág. 9) que se trataría de un seudónimo aplicado a un profeta anónimo, si no se le nombrara ocasionalmente dos veces en el libro (Ez 1,1; 24,24). Pero no parece que ese nombre explique nada de su actuación profética: no ilumina su relación con Dios, ni su relación con el pueblo. Puestos a buscarle un apodo, hubiera resultado más apropiado uno relacionado con la función de vigilancia (3,17), con la que pretende explicar su misión. Etimológicamente su nombre se relaciona con el de Ezequías, si bien éste último expresa la fuerza del Señor y Ezequiel la de Dios en general[2].

Nuestro comentario pretende ayudar a la lectura. No es un comentario para ser leído, sino que acompaña al texto bíblico tal y

2. "yhwh" son las letras que representan el nombre propio del Dios de Israel, mientras que "'el / 'elohîm" se aplica al concepto general de Dios. El primero produce en castellano el sufijo "-ías" (Isaías, Jeremías, Ezequías, etc.).

como lo encontramos actualmente (y, más en concreto, en la traducción de la Nueva Biblia de Jerusalén). No abusa de tecnicismos, ni estudia la historia que el texto ha sufrido y que, sin duda, lo ha enriquecido, pero a la que únicamente podríamos asomarnos de forma hipotética de la mano de tantos comentaristas que han utilizado todos sus conocimientos para explicar el texto. El profeta es el libro, el texto. De él decimos "Palabra de Dios" al proclamarlo. Acercarnos a la persona de carne y hueso que se asoma entre líneas nos permite comprender mejor su contenido, pero el texto bíblico sigue siendo nuestro objetivo fundamental. Por eso, atendemos a los indicios literarios que señalan su forma y estructura. A través de ella intentamos llegar al contenido, a su mensaje. En algún momento no podremos prescindir del proceso histórico que ha sufrido con el tiempo o a las distintas versiones que lo han traducido y, consiguientemente, interpretado. Es evidente. Pero el objetivo seguirá siendo ayudar al lector a enfrentarse con el libro profético. En él se contiene la revelación o, dicho con otras palabras, en él se manifiesta el Señor de la creación y de la historia, que en este libro en particular se ha presentado ante la comunidad creyente como el Santo, el trascendente, el Señor de la historia, con planes de salvación que realizará a pesar de la rebelión casi constante de su propio pueblo.

1. La época turbulenta del siglo VI a.C.

La época en la que se desarrolla la vida de Ezequiel está marcada a nivel internacional por el nacimiento de un nuevo imperio mundial (Babilonia), y eso siempre complica la escena política y social por las alianzas que promueve y los recelos que provoca. Desde el s. VIII a.C. Babilonia se sentía herida en su orgullo, al estar dominado por sus vecinos del Norte, los asirios. Los babilonios poseían una historia culturalmente grandiosa, con personajes tan famosos como Hammurabi (s. XVIII a.C.). De nada les valió su cultura ante la fuerza asiria. Senaquerib les colocó la estatua de su dios Marduk en la capital y la dominó. Pero todo tiene su tiempo y hasta los imperios se debilitan. Asurbanipal (669-627) fue prácticamente el último rey asirio, y a su muerte era evidente la debilidad del imperio. El año

652 tuvo que sofocar una rebelión de su hermano, a quien había puesto al mando de Babilonia para tranquilizar esa parte del imperio. Por el Norte los medos comienzan a hacerse presentes en la política internacional. En Siria y Palestina crecía el descontento; en Egipto Psammético I (663) había fundado la dinastía XXVI y pretendía extender su influjo hacia Judá y Siria. Asiria estaba, pues, con problemas en todos los frentes, y desde el 630 su dominio era puramente nominal. Por esa época surgió en Babilonia un importante personaje de origen caldeo, Nabopolasar (625-605), que además de fundar su propia dinastía, creó uno de los imperios más brillantes de la historia, aunque efímero en su duración. Su estrella más ilustre fue, sin duda, Nabucodonosor.

Pues bien, a la muerte del asirio Asurbanipal, accedió al trono su hijo Sinsariskun. Su padre le había puesto al frente de Babilonia, pero no tuvo más remedio que ceder el poder de esta ciudad al caldeo Nabopolasar. Éste echó a los asirios y se alió con los medos, para atacar al gigante por todos los flancos. A los diez años (616) atacó el corazón de Asiria, que recibió la extraña ayuda de los egipcios. Por lo visto, al faraón le pareció más útil sostener al viejo imperio asirio, ya conocido, que esperar la llegada de uno nuevo, desconocido. El año 612 Nabopolasar tomó Nínive tras sólo tres meses de asedio. Un resto de los asirios se refugió en Jarán (Siria) y recibió la ayuda egipcia el año 609 (el faraón Necó II, hijo de Psammético) y casi la recibieron también el año 605. El contingente egipcio tuvo mucho influjo a su paso por el territorio de Judá, como veremos; pero resultó insignificante en la gran partida entre las principales potencias: el joven Nabucodonosor que, por enfermedad de su padre Nabopolasar, mandaba las tropas caldeas les infringió una estrepitosa derrota en Carquemis el año 605. Esta batalla cambió el curso de la historia y estableció definitivamente el poderío babilonio en toda la zona. No pudo Nabucodonosor (605-562) perseguir a los vencidos, pues el fallecimiento de su padre le obligó a volver a Babilonia. De todos modos, ya en el 604 estaba de nuevo en la llanura filistea, y el 603 convocó a todos los reyes en Jarán para que le rindieran vasallaje.

Si limitamos nuestro horizonte a lo que pasó en el reino de Judá, deberemos afirmar el continuo influjo de la tensión internacional,

con acontecimientos que influyen de manera determinante para entender el texto de Ezequiel. La mencionada debilidad del asirio Nabopolasar concedió al rey Josías unos años de relativa tranquilidad y la posibilidad de llevar a cabo su reforma (622). Pero su inesperada muerte (609) en Meguidó, cuando intentaba frenar el paso de las tropas egipcias que iban en ayuda de los asirios refugiados en Jarán, marca el comienzo de los años más complicados, duros y terribles del pueblo de Judá.

Limitémonos a los hechos más directamente relacionados con Ezequiel. El faraón Necó, tras causar la muerte de **Josías** (609), se llevó a Egipto al hijo y sucesor de éste, **Joacaz** o Salún. Estableció como rey a **Joaquín**, hermano del último, para garantizar la fidelidad de Judá (2 R 23,34-35). A partir del 605, el creciente auge del imperio babilónico desestabilizó las alianzas y los posicionamientos políticos. Algunos soñaban todavía con la ayuda de Egipto para resistir a los caldeos de Babilonia; otros pensaban ser más realistas y proponían la sumisión al nuevo imperio. Las luchas internas originadas por estas posiciones dividían a los dirigentes (Jr 38,5) y generaban indecisión en el rey, hasta que el año 601 Joaquín se rebeló contra Babilonia (es decir, dejó de pagar impuestos). El año 597 Nabucodonosor invadió Judá y se llevó desterrados al rey Jeconías (hijo y sucesor de Joaquín que, al parecer, murió en el asedio) y a los principales dignatarios. Es lo que conocemos como "primera deportación", en la que posiblemente participó el joven Ezequiel, hijo de una importante familia sacerdotal. El vencedor Nabucodonosor puso como rey en Jerusalén a Sedecías, tío de Jeconías, que se mantuvo en el trono unos 10 años. Las conjuras y los nuevos intentos de alianzas internacionales seguían estando a la orden del día (Jr 27,3). Diez años más tarde (587), Nabucodonosor aplastó una nueva rebelión, atacando Jerusalén, destruyendo la ciudad y el templo y llevándose cautivos a Babilonia a todos los que pudo. Sólo dejó en el país «a la plebe baja, los que no tenían nada» (Jr 39,10). Esta segunda deportación es la que adquirió valor teológico con la denominación de Exilio[3].

3. Jr 52,30 menciona una tercera deportación de la que no hay más detalles y cuya causa se desconoce.

2. Turbulencia teológica: fe y esperanza en discusión

Tras el paso de los siglos podemos tener la seguridad de no equivocarnos al afirmar que esta época ha sido una de las más productivas para el espíritu literario y teológico del pueblo elegido[4]. En este tiempo empezó a gestarse realmente lo que conocemos como la "Biblia", en base ciertamente a textos escritos anteriores, pero organizados ahora con la necesidad de interpretar a la luz de la fe la realidad vivida. El exilio y la época inmediatamente posterior (conocida como postexilio) fueron ciertamente tiempos de gran fuerza espiritual. Pero esta realidad no mengua un ápice el dolor psicológico y la intranquilidad espiritual que generó el destierro. Por no hablar de los miles de muertos, a los que les faltó tiempo para poner en duda su fe o para regenerarla. Fueron momentos de muerte y de dolor; pero, sobre todo, la fe del creyente tuvo que enfrentarse con hechos reales: con el destierro, con la destrucción del reino, de la capital y del templo; en una palabra, con todo lo que sustentaba su fe en el Señor. Y en esos momentos, sólo quedaba sufrir. Si con el tiempo lograron poner un poco de orden en las ideas, la confusión del momento era una gran fuente de sufrimiento, que sólo una persona inconsciente podía no sentirlo. Se desmoronaba todo lo que constituía la muestra más palpable de la cercanía y la predilección divinas. Sólo el tiempo y la enorme capacidad regeneradora de la auténtica fe lograron convertir la oscuridad en luz y las tinieblas en resplandor para las generaciones venideras. A simple vista, su Dios, el Señor, había fracasado y era débil. Se ofrecía con lógica sensatez la tentación de adorar al dios de Babilonia como un dios auténtico y fuerte. Sin embargo, es en esta época cuando la comunidad creyente acuñará su marcado sello monoteísta, no sólo afirmando que ellos

4. En sentido estricto, el vocablo "judío" (mejor sería "judaíta") hace referencia al habitante del reino de Judá (Sur) en la época de los dos reinos o al miembro de la comunidad que se creó precisamente tras el exilio con el nacimiento del llamado judaísmo. "Israelita", por el contrario, sería el habitante del reino de Israel (Norte), desaparecido hacía más de cien años en la época del profeta. Pero Ezequiel lo usa como un término teológico o étnico para designar a todo miembro del pueblo del Señor, ya sea de la época de las doce tribus, del reino de Judá o del "resto" de los desterrados.

sólo adoran a un Dios, sino que Éste es Único y los demás no son dioses, sino creaciones manufacturadas por el hombre.

Durante el tiempo en el que Ezequiel ejerció su ministerio, los judíos se encontraban en tres sitios distintos: Egipto, Babilonia y en el territorio propio de Judá. De la comunidad residente **en Egipto** tenemos pocas noticias. Algunos pudieron llegar ya en tiempos de Manasés y otros huyeron tras el asesinato de Godolías, el gobernador que había designado Nabucodonosor tras su victoria (cf. 2 R 25,25-26; Jr 41,1-2). Con estos últimos fue llevado también Jeremías. Pero tuvieron poco influjo en la elaboración teológica que se desencadenó. Bien distinto fue el influjo de la colonia judía **en Babilonia**. Con el primer destierro de Jeconías y sus nobles (597) se había creado una situación totalmente nueva y desconocida hasta entonces. Si había que mantener la esperanza y confiar en el Señor, ¿de dónde se podía esperar que viniera la salvación, del regreso rápido de los deportados o del crecimiento de quienes quedaban en el país? La pregunta no es retórica y ambas soluciones se pregonaban como palabra de Dios (Jr 28 y 29 presentan una discusión concreta, y en Jr 24 se plantea la división bajo la imagen de dos cestas de higos, aunque la solución que ofrece no es del todo coherente con la predicación histórica de Jeremías. También en Ezequiel veremos su influjo). Quienes estaban en Babilonia eran las autoridades, los intelectuales y los nobles; en una palabra, quienes mejor podían conocer la tradición religiosa y se mostraban en mayor contacto con las esencias religiosas del pueblo. Una corriente de esperanza sostenía, por lo tanto, la duración breve del destierro y el rápido regreso a la tierra de los deportados y del ajuar del templo. Por otro lado, los babilonios no habían heredado de los asirios la costumbre de repoblar los territorios con gentes de otros lugares, por lo que sólo quedaron judíos **en el territorio de Judá**. Se trataba de los considerados socialmente inferiores: «la plebe baja, los que no tenían nada» (Jr 39,10; 52,15) son los que quedaron a cultivar los viñedos y olivares. A pesar de que sufrieron una enorme carestía, gran pobreza económica y letargo político, la nueva "nobleza" que inevitablemente surgió no tardó en mostrarse arrogante y segura. En cierta manera ellos habían sido bendecidos por el Señor, pues se habían salvado del destierro y habían recibido tierras y casas. Podían considerarse "justos", mien-

tras que los desterrados eran "pecadores" al haber perdido todo. Su esperanza consistía en salir ellos poco a poco de la miseria. La palabra de Dios se dividió ante la esperanza del futuro y no sólo por razón de los falsos profetas, que predicaban seguridad y paz (Jr 23,16-18). También los profetas reconocidos como auténticos anunciaron cosas diferentes, si bien en momentos y ante auditorios bien distintos: Jeremías, hasta la destrucción de Jerusalén, predicó la sumisión al rey de Babilonia para intentar salvar el reino, la ciudad y el templo (Jr 27,12-15; 38,17-18); para Ezequiel, viviendo en el exilio, la esperanza de renovación sólo podía significar el final de la deportación. La palabra de Dios se dirige a auditorios concretos y tratar de abonar la esperanza en ellos. La turbulencia de la época no se hizo evidente sólo en las guerras y destrucciones causadas, ni siquiera únicamente en la dificultad de encontrar una política adecuada, sino que produjo una profunda crisis en la vivencia religiosa. ¿Cómo ha sido posible la destrucción de todo lo que constituía el don de Dios? Para Jeremías y para Ezequiel sólo cabía una explicación: la causa había sido el pecado del pueblo, manifestado especialmente en la injusticia permitida por los reyes, a la que se califica de idolatría. La rebelión contra el Dios de la alianza conlleva la destrucción de sus dones: el reino, la tierra, la ciudad, el templo; en una palabra, la desaparición del pueblo. Cada uno la explicará con sus palabras, a veces contradictorias, pero en el fondo el mensaje es común. Esta profunda crisis religiosa es la que posibilitó, reformulada desde el fondo, el resurgir de la esperanza y de la fe que dio origen a la relectura de la historia, iniciada con la reforma de Josías (deuteronomista) y prolongada con otros parámetros por la conocida corriente sacerdotal (para lo que conocemos como Pentateuco), o incluso en la confección de libros de oráculos (profetas) que contenían la palabra del Dios de la alianza, que, fiel a su compromiso, siempre había intentado advertir de la catástrofe que se avecinaba: «Así sabrán que yo soy el Señor» (Ez 6-7) y que «había un profeta entre ellos» (Ez 2,5). Así se iniciaba la elaboración del Pentateuco o Torá, que posteriormente se proclamó oficialmente en tiempos de Esdras y Nehemías, al tiempo que se aumentaron los escritos proféticos como explicación teológica de lo sucedido.

3. La persona de Ezequiel

En 33,21 y 40,1 son mencionados respectivamente los años 12 y 25 de «*nuestra* cautividad», lo que nos permite suponer que él era uno de los deportados, con menos de 30 años, que cumplió en el destierro. Su nombre sólo se menciona dos veces en todo el libro: en el versículo introductorio al libro (1,3) y en un oráculo (24,24) en el que el Señor anuncia que Ezequiel será un signo para el pueblo. A pesar del juego de palabras al que se presta su nombre (3,8-9), no creemos que se pueda reducir a un apodo, que tampoco ofrecería una clave para comprender el sentido de este personaje. Datos de su vida privada tenemos algunos, aunque tampoco demasiados. Su padre, como hemos dicho, era un sacerdote llamado Buzí, de alta categoría, dado que integró la primera deportación de los dignatarios de Jerusalén el 597. Tengamos en cuenta que también Jeremías era de casta sacerdotal, pero de una población cercana a Jerusalén, Anatot, que debió de ser integrada en el servicio del templo central durante la reforma de Josías (622), padre del rey que puso Nabucodonosor en Jerusalén (Sedecías) y abuelo del desterrado Jeconías. El lugar de residencia de Ezequiel en el exilio era Tel-Abib, cerca del río Quebar, como él mismo nos dice (1,1). Allí recibió la vocación en fecha que el libro detalla: «el día cinco del cuarto mes… el año quinto de la deportación del rey Jeconías» (1,1-2), es decir, el 31 de julio del 593. No sabemos la fecha de su nacimiento, pero sí que estuvo casado y enviudó cuando llegó a Tel-Abib la noticia de la destrucción de Jerusalén (24,15-16). Durante esta primera etapa, trató de explicar en su predicación que la causa de todo el desastre había sido la rebelión generalizada contra la voluntad de Dios. A partir del momento en que quedó viudo (es decir, con el anuncio de la caída de Jerusalén) rompe el silencio ("mudez") que había mantenido durante algún tiempo (24,27; 33,21. Cf. 3,26) y da comienzo a su segunda etapa de predicación: una colección de oráculos de salvación recogidos en los capítulos 33-39, anunciando la esperanza y el nuevo comienzo.

Su compleja personalidad ha interesado también a los psicólogos. Sus silencios inesperados, llamativas acciones simbólicas como la de comerse un libro (3,2), permanecer tumbado durante días (4,4) o escenificar un asedio con un ladrillo y una sartén (4,1-3), cortarse el

pelo (5,1-4), salir por una brecha de la casa con un atillo de deportado (12,1-16), las complicadas y enérgicas visiones que jalonan el conjunto del libro, la no manifestación de dolor ante la muerte de su mujer («el encanto de tus ojos» 24,15), etc. Todo ello ha sido objeto de estudio en este personaje que podemos calificar de singular. Las diversas diagnosis no han pasado de hipótesis, por lo que no entramos en ellas.

No nos ha dejado un relato de su vocación semejante a otras narraciones del género. Sin embargo, describe largo y tendido la visión de la Gloria del Señor, en la que recibió el encargo de ser profeta. Ser profeta supuso para él ser invadido por el espíritu (2,2), recibir la misión de dirigirse a la casa de Israel y la orden de comunicar las palabras que iba a escuchar. No parece haber tenido la oportunidad de oponerse al encargo. En todo relato de vocación se suele expresar de algún modo el papel que juega la libertad del llamado al aceptar el encargo: hay una pregunta, una duda, un momento de rechazo. Jeremías es un caso típico (Jr 1; 20); en Ezequiel no hay evidencias de ello. Algunos han querido ver momentos de rechazo de la vocación en la necesidad de repetir la invitación a la misión (2,3; 3,1), en la invitación a no tener miedo (3,6) y a no ser rebelde (2,8), en la triple orden de comer el libro de la Palabra y tener que dárselo personalmente (2,8-3,3), en las repetidas órdenes de anunciar un mensaje (2,3-7; 3,4-11) y, sobre todo, en su estado anímico de amargura, hasta necesitar la mano del Señor (3,14), o de desolación o aturdimiento, cuando regresó entre sus compatriotas (3,15). Con todo, no es el rechazo de la vocación el aspecto más evidente de este figura profética. Al contrario, lo más llamativo es el gran papel que juega en su vida el espíritu o la mano del Señor. Ezequiel es un profeta lleno interiormente de la Palabra y del Espíritu, de tal manera que el auténtico protagonista del libro resulta el Señor: Él es quien habla, quien amenaza, quien destruye, quien promete salvación y quien la realiza. En contraposición con otros libros proféticos, no resulta fácil distinguir las palabras del profeta de las palabras que pronuncia Dios mismo. En varias secciones se comienza diciendo que la Palabra del Señor se dirigió a él y se exponen a continuación las palabras de un oráculo pronunciado por Ezequiel como Palabra del Señor. Pocas veces se logra identificar palabras de Ezequiel como reacción a lo que le ha sido revelado. Por ejemplo, su rechazo a

comer alimento impuro (4,14) o su respuesta a una pregunta del Señor (37,3) o su reacción espantada ante el anuncio de castigo que se le encarga («¡Ah, Señor Yahvé!, ¿vas a exterminar a todo el resto de Israel?») (9,8; 11,13). El rechazo que resulta evidente es el que sufrió el ministerio profético de Ezequiel, y esto repetidas veces. Signo de él es la continua calificación del pueblo como "rebelde", y no sólo contra Dios, sino también contra su profeta, que deberá endurecer su rostro, no ser rebelde como ellos, y a quien incluso le faltará la palabra (2,3-8; 3,7-9.26-27; 12,2-3.9.25; 17,12; 24,3; 44,6). Le comparan con un cantante, agradable de escuchar, pero a quien no se hace caso (33,30-32).

4. El libro de Ezequiel

4.1. Las fechas en el libro de Ezequiel

Curiosamente el libro de Ezequiel parece seguir un orden cronológico desde «el año quinto de la deportación del rey Jeconías» (1,2) hasta «el año veintisiete» (Ez 29,17), se entiende «de nuestra cautividad» (33,21). Si la deportación de Jeconías, o primera deportación, sucede el año 597, las fechas mencionadas nos llevan hasta el año 550. Es decir, podemos ubicar a Ezequiel en la primera mitad del siglo VI a. C. En su libro, solamente dos fechas del capítulo 29 (vv. 1.17) rompen el orden cronológico:

> Año quinto (1,2); año sexto (8,1); año séptimo (20,1); año noveno (24,1); año undécimo (26,1); ***año décimo*** (29,1); ***año veintisiete*** (29,17); año undécimo (30,20; 31,1); año duodécimo (32,1; 32,17; 33,21); año veinticinco (40,1).

Pero, a pesar de tratarse de un criterio evidente, no es el único, ni el que ofrece mayor sentido al conjunto del libro. Como veremos, el orden teológico (oráculos de condena –oráculos contra las naciones– oráculos de restauración) proporciona más elementos y es igualmente evidente. Entre las fechas, destaca la extraña mención de «el año treinta» (1,1). Resulta misteriosa por no hacer referencia a ningún hecho concreto. Se ha escrito mucho sobre ella. Pudiera referirse a la edad del profeta, que con 30 años alcanzaría la "mayoría de

edad” para que un sacerdote pudiera ejercer sus funciones, según Nm 4. Esta hipótesis presenta sus problemas, como hemos indicado al hablar de la persona del profeta.

4.2. El estilo literario del libro

Lo menos que se puede decir del estilo literario del libro es que es muy personal. Llama la atención la abundancia de imágenes para explicar el mensaje. Por citar algunas, recordaremos que el profeta se define como un “centinela” (3,17; 33,2); los falsos profetas son descritos como quienes recubren de argamasa un muro que se va a derrumbar (13,10-12); Jerusalén es una olla (11,3: 24,1-14); los reinos de Judá e Israel son dos “varas” o bastones que se ensamblan (37,15-19); con el vino se juega en los capítulos 15, 17 y 19; la espada se utiliza en 11 y 21; el cedro es la imagen central de los capítulos 17 y 23. A veces las imágenes se desarrollan en alegorías que explican el mensaje: así, la vid quemada se asemeja a Jerusalén (15), la historia de la niña abandonada (16) o de las dos hermanas (23) ilustran la historia de los dos reinos; de la naturaleza se utilizan el águila o el cedro (17 o 31), el río (47) para explicar algunos puntos. Las visiones suelen ser grandiosas y con fuerza descriptiva, como las tres visiones de la gloria del Señor (1,1-3,15; 8-11; 40-48, especialmente 43) o la de los huesos secos que se ensamblan y se revisten de tendones, carne y piel (37,1-14) o el caudal de agua que mana del templo (47,1-12). Ezequiel utiliza un lenguaje de gran eficacia visual, plástico e imaginativo. Dios se le comunica normalmente como una “mano” que le lleva de una parte a otra. Pero con la misma sinceridad debemos admitir que las explicaciones que acompañan a las imágenes logran acallar a menudo el valor comunicativo y la fuerza plástica de éstas. Resultan explicaciones aburridas y monocordes.

Podemos también subrayar el lenguaje jurídico del profeta-sacerdote. No es el mismo lenguaje forense de Amós: no hay “pleito” (*rîb*, salvo en el añadido 44,24), ni “juicio” (*dîn*). Su ámbito es el de la casuística sacerdotal, en el que el sacerdote responde a una cuestión de pureza o de sacralidad (14; 18; 33,1-20), como ocurre en Lv 13-16. Así, la historia de la desobediencia no se cuenta con la terminología típica de la invectiva, sino con la propia del “estudio de un caso”

(18,1s), y el caso se contempla en términos de juicios sacerdotales, de acción justa o injusta (13,1ss; 36,17). Tal vez en relación con este estilo del ámbito sacerdotal podemos señalar el método de la "controversia", en el que el profeta dialoga directa o ficticiamente con su auditorio (12,21-28; 16,44; 18; 20,32; 33,10-11.17-20), incluso con pueblos extranjeros (26,2; 28,2; 29,3; 36,13).

Un aspecto literario importante, relacionado con el lenguaje imaginativo de Ezequiel son sus "acciones simbólicas". Como género literario es bien conocido en la literatura profética y consiste en realizar una acción que hace visible el contenido del mensaje que se pretende anunciar. Jeremías, por ejemplo, se echa al cuello un yugo de madera para explicar la necesidad de someterse a Nabucodonosor y, cuando otro profeta se lo rompe para expresar lo contrario, lo cambia por uno de hierro, que no se puede romper (Jr 27). Pero en Ezequiel no sólo abunda el género literario mencionado (en Ez 4 hay varias acciones que representan el asedio de Jerusalén con sus típicas tres partes: orden de hacer algo, ejecución, explicación), sino que en su propia vida le sucederán muchas cosas con valor significativo. Por citar algunas, habrá que mencionar la reacción que se le impone ante el anuncio de la muerte de su mujer (24,15-24), o la repetida mudez del profeta (3,22-27; 24,25-27; 33,21-22), su salida por una brecha en la muralla como un exiliado (12,1-16), etc. El signo más evidente para su pueblo deberá ser la persona misma del profeta, su existencia y su palabra (12,6.11; 24,14.17). A través de ese signo se podrá descubrir que el Señor ha estado presente: «sabrán que había un profeta» (33,33).

Finalmente, el estilo literario del libro de Ezequiel se caracteriza por el uso repetitivo de determinadas fórmulas literarias. Además de la utilizada para indicar una fecha, cuya única exclusividad en Ezequiel es su abundancia y orden –y que nosotros utilizaremos en cuanto que sirven para iniciar las secciones literarias–, hay otras que resultan interesantes.

a) La fórmula para citar una palabra del Señor («Esto dice el Señor») es típica de la literatura profética, porque introduce supuestamente unas palabras del Señor. En Ezequiel es usada 126 veces, pero no en los capítulos 8-11 (tampoco en el cap. 1 o en los caps. 40-43, pero aquí se trata de textos más bien descriptivos).

b) La fórmula de recepción de la palabra («Yahvé me dirigió su palabra en estos términos / me vino esta palabra del Señor») sirve para introducir muchos textos y la encontramos en el libro 47 veces hasta el cap. 38, aunque tampoco aparece en los caps. 8-11. Es decir, el uso de estas fórmulas ya indica una cierta particularidad de los capítulos 8-11.

c) Una fórmula típica de Ezequiel, no común en la literatura profética, es la continua designación del profeta con el apelativo «Hijo de Adán» o «Hijo de hombre» (93 veces). Esta fórmula ha podido ser acuñada personalmente por Ezequiel y posiblemente sirve para subrayar el contraste entre la criatura humana y la majestad divina. Algún autor la traduce por "mortal". No tiene nada que ver con esa «figura de apariencia humana» (1,26) que estaba sentada en el trono (1,26; 8,2; cfr. Dn 7,13; 10,16-18), ni con un hipotético título que la literatura apocalíptica habría aplicado al Mesías.

d) Otra fórmula que sirve para cerrar un oráculo se suele denominar "fórmula de reconocimiento": «y sabrán/sabréis que yo soy Yahvé». Con ella suelen concluir los anuncios de una intervención divina, al menos en 54 ocasiones.

e) Otra fórmula de conclusión, a modo de firma, es «Oráculo del Señor», muy habitual en la literatura profética.

Pero hay más fórmulas. «Yo, Yahvé, lo digo» se encuentra 84 veces hasta el cap. 39; «la mano del Señor» 6 veces, etc. Sólo una lectura atenta del texto nos permitirá reconocer el valor de tanta fórmula que, a veces, produce la sensación de estereotipos carentes de significado.

4.2. Estructura y partes del libro

Una primera gran división del libro de Ezequiel nos permite señalar cuatro partes claramente diferenciadas: 1-24; 25-32; 33-39 y 40-48. Si dejamos aparte la cuarta (la descripción del nuevo templo), que es típica del profeta Ezequiel, las tres primeras colecciones de oráculos comparten con Isaías y con el texto griego de Jeremías (los otros profetas mayores) un hecho llamativo: los oráculos contra las naciones ocupan el lugar central. Si a este dato añadimos el hecho de que la primera parte está formada por oráculos de juicio y de con-

dena, mientras que en la última predominan los oráculos de salvación y restauración, no cabe duda de que los oráculos contra las demás naciones significan un cambio teológico en la situación del pueblo creyente. Es excepción el texto hebreo de Jeremías, que, por alguna razón desconocida, pero de consecuencias teológicas en las que no vamos a entrar ahora, ocupan la parte final del libro. Se pueden fijar así las secciones fundamentales del libro de Ezequiel:

I. Oráculos contra el pueblo rebelde (1-24)
II. Oráculos contra las naciones (25-32)
III. Oráculos de salvación para el pueblo (33-39)
IV. El nuevo templo, la nueva ciudad, el nuevo país (40-47)

Cada sección está concebida como un mosaico de oráculos, cuya lógica de unión no siempre resulta comprensible. Descubrimos motivos literarios (asonancias, similitud de composición, imágenes similares, etc.) o temáticos (amenazas, referencias comunes a la ciudad o a sus habitantes, etc.), pero difícilmente logran convencernos de la necesidad de su encadenamiento. Lo novedoso en la exégesis actual es que vamos poco a poco descubriendo la riqueza teológica que su unión nos depara. Lo veremos en el comentario. Digamos para comenzar que un oráculo tiñe inevitablemente el sentido de los que tiene al lado. A nadie se le escapa que, si después de unos oráculos contra las naciones vecinas, encontramos oráculos contra Israel, la idea que el texto produce es que Israel va a ser tratado como los demás pueblos. Sin embargo, si a los oráculos contra los pueblos enemigos de Israel siguen oráculos de salvación para Israel, el texto transmite otra idea: el castigo de los enemigos y opresores permite el florecer de la esperanza y el sueño de la liberación. Las dataciones históricas al comienzo de muchos de los oráculos del libro de Ezequiel producen la extraña impresión de que están ordenados según la cronología. Pero esta característica, además de engañosa, necesitará alguna explicación, pues la mentalidad de Israel no tiene nada que ver con nuestro racionalismo occidental. Aunque el cronológico fuera un criterio válido de orden en el texto, ejercerá algún influjo en el contenido del texto y, por tanto, tendrá repercusión teológica. De momento las indicaciones cronológicas nos ayudarán simplemente a dividir literariamente las distintas secciones de los oráculos del

libro de Ezequiel. Prosigamos con la división del libro y su estructura de composición, pues, si hemos de encontrar un sentido al “significado”, tendrá que reflejarse en el “significante”.

Con ayuda de las fórmulas de introducción o de conclusión narrativas, atendiendo a otros indicios literarios como los distintos destinatarios de los oráculos, sus protagonistas, los cambios de imágenes y escenarios, etc., podemos subdividir las cuatro secciones principales en diversas unidades literarias que nos permitirán seguir la lectura del libro profético.

La primera sección (caps. 1-24) se suele subdividir en las siguientes partes, en virtud de los motivos que se indican:

1) 1,1 - 3,15: Contiene la introducción al libro en su conjunto y la visión en la que se enmarca la vocación del profeta. La doble alusión –al principio y al final de esta unidad– a la presencia del profeta entre los deportados que viven junto al canal Quebar constituye una inclusión literaria que delimita la sección. Al final se indica que estuvo con ellos siete días “abatido”.
2) 3,16 - 7,27: «Al cabo de los siete días» la Palabra del Señor invita al profeta a comenzar su primera misión, ordenándole una serie de acciones que hagan visible al pueblo la acción de Dios. La repetida frase «te escuchen o no» indica ya el poco éxito que va a tener Ezequiel en su misión.
3) 8,1 - 11,25: «El año sexto, el día cinco del sexto mes» vienen los concejales y “se posa la mano del Señor” sobre el profeta. La unidad contiene unas visiones (8,3; 11,24) en Jerusalén, que comienzan en la Puerta Septentrional y concluyen en la Puerta Oriental. Finaliza el texto afirmando la obediencia del profeta: «Conté a los desterrados lo que el Yahvé me había revelado» (11,25).
4) 12,1 - 19,14: Hasta la indicación cronológica que dará inicio a la parte siguiente (20,1), encontramos una serie de oráculos que formalmente se distinguen por comenzar con la fórmula: «Yahvé me dirigió su palabra en estos términos» (13 veces en la sección) y por concluir muy habitualmente con la fórmula de reconocimiento «sabrán/sabréis que yo soy Yahvé». En toda

la sección se utiliza abundantemente (13 veces) el apelativo «Hijo de hombre». Los oráculos usan imágenes muy diversas, pero tienen en común que se refieren a una etapa anterior a la caída definitiva de Jerusalén.

5) 20,1 - 23,49: Una nueva indicación cronológica da inicio a la sección: «El año séptimo, el día diez del quinto mes» vienen los concejales de nuevo a visitar al profeta. Consta de seis oráculos que comienzan con la frase: «Yahvé me dirigió su palabra en estos términos».
6) cap. 24: La correspondiente indicación cronológica («El año noveno, el día diez del décimo mes, Yahvé me dirigió su palabra») señala el comienzo de esta nueva unidad literaria con la que culmina la primera parte del libro. El profeta, que al principio se había visto obligado a comerse el libro de la Palabra del Señor, al final queda "mudo".

La segunda sección (Ez 25-32) contiene los oráculos contra las naciones vecinas y enemigas de Israel. Para leerla y comentarla podemos considerar las siguientes partes:

1) cap. 25: Oráculos breves contra los pueblos vecinos de Judá con parecida estructura formal.
2) caps. 26-28: Una nueva datación cronológica y la repetida fórmula de inicio «El año …, Yahvé me dirigió su palabra en estos términos» (26,1; 27,1; 28,1.11.20) introducen unos oráculos contra las ciudades fenicias (Tiro y Sidón).
3) caps. 29-32: Los oráculos contra Egipto y el faraón comparten la característica formal de estar marcados por varias indicaciones de fecha:
   29,1: «El año décimo, el día doce del décimo mes...».
   29,17: «El año veintisiete, el día uno del primer mes [el día de Año Nuevo] Yahvé me dirigió su palabra...». (única datación que no sigue el orden cronológico esperado).
   30,20: «El año undécimo, el día siete del primer mes...».
   31,1: «El año undécimo, el día uno del tercer mes...».
   32,1: «El año duodécimo, el día uno del duodécimo mes...».
   32,17: «El año duodécimo, el día quince del primer mes...».

La tercera sección (Ez 33-39) comienza con la recepción de una nueva misión por parte del profeta (33,2ss). Sigue una serie de oráculos de salvación. Únicamente a partir de 33,21 podemos intentar una división en base a razones literarias:

1) 33, 1-20: Nueva vocación del profeta como centinela.
2-7) 33,21-37,28: Diversos oráculos (la mayoría) de salvación introducidos por la fórmula de recepción de la palabra: «Yahvé me dirigió su palabra en estos términos» (excepto 36,1: «Tú, hijo de hombre...».; y 37,1: «Yahvé puso su mano sobre mí»).
8) caps. 38-39: Oráculos de carácter escatológico contra la figura de Gog.

Finalmente, la **cuarta sección** (caps. 40-47) es claramente identificable, pues contiene una serie de indicaciones precisas sobre la construcción del nuevo templo, del nuevo país, de Jerusalén.

1) 40,1-42,18: Referencia al templo, con la indicación de fecha: «el año veinticinco de nuestra cautividad, al comienzo del año, el día diez...».
2) 43,1-9: El regreso de la Gloria del Señor a su templo.
3) 43,10 - 46,24; 47,1-12: Legislación sobre el templo y su corriente de vitalidad.
4) 47,13 - 48,29: Indicaciones varias sobre el reparto de tierras, indicaciones legales y listas de las tribus.
5) 48,30-35: las puertas de la capital.

NOTA: El comentario lo articulamos siguiendo las unidades literarias del texto. Intentamos mantener el texto de la Biblia de Jerusalén en su tercera edición, sin entrar –con alguna excepción– en las discusiones técnicas que acompañan cada decisión sobre el texto original que se traduce. En el comentario no utilizamos "Yahvé", sino "el Señor". Por muchas razones, pero fundamentalmente porque el "tetragrámmaton" (así se denomina a las cuatro letras que identifican el nombre particular que recibe el Dios de Israel), no sabemos cómo se pronunciaba, aunque la versión griega sí lo transcribe como Yahvé. En hebreo se indica que para la pronunciación pública se utiliza el término "el Señor". Dejamos, sin embargo, ese término en el texto bíblico, porque es el que se ha elegido en la traducción de la NBJ.

5. El mensaje religioso del libro de Ezequiel

Con lo dicho hasta aquí queda claro que en el mensaje de Ezequiel hay que distinguir dos etapas claramente distintas, divididas por la destrucción del templo y de Jerusalén. En la primera época, desde que comenzó a ejercer de profeta hasta que concluyó el período de once años durante el cual reinó Sedecías en Jerusalén, intentó explicar el castigo tan enorme que estaban sufriendo el pueblo y el que todavía les esperaba. Todo ha ocurrido por el pecado del pueblo rebelde. Sólo se salvará quien sea justo (Ez 18). En la segunda etapa anunció la salvación gratuitamente producida por el Señor; nunca volverá a repetirse semejante castigo. En ambas ocasiones intenta oponerse a la mentalidad imperante: eufórica y teológicamente segura en la primera época (11,3; 12,22.27), deprimida y resignada en la segunda (37,11). No le hacen caso (2,6), pero él cumple su misión de centinela (3,16-21; 33,1-9); esta función es la responsabilidad sobre la que el profeta deberá rendir cuentas (33,6.8.9): debe anunciar al malvado la posibilidad de conversión y al justo la necesidad de mantenerse fiel (cap. 18).

El tono diferente en el anuncio de Ezequiel, según la época, mantiene su coherencia en la tradición profética. En todos los profetas existen oráculos de juicio y condena, y oráculos de salvación. Cada uno los formula desde su propia experiencia y cultura; Ezequiel, desde la experiencia sacerdotal. En este profeta-sacerdote, el Dios de Israel es el protagonista. No se trata, como en Isaías, del Dios omnipotente y creador, juez universal de los pueblos y de la historia. No. Se trata del Dios de Israel con un sentido mucha más restringido, aunque sus planes se cumplen respecto a los demás pueblos. Su característica esencial es la "Santidad", aunque –extrañamente– el profeta evita el título de "Santo de Israel". Se trata de una santidad sacerdotal, que le convierte en sublime, lejano, invisible, aunque apasionadamente busca la correcta relación (ritual y justa) con su pueblo. Esta santidad resulta mancillada o no suficientemente reconocida por la "idolatría" del pueblo. Su nombre es ultrajado entre los pueblos por la idolatría y las acciones abominables de su propio pueblo. Si no lo había destruido antes era por el honor de su nombre (20,9.14.22.44); por la misma razón decidirá al final restablecer el

pueblo, el país, el templo y la capital (20,44; 36,20-32). Él cuida de que su nombre sea santificado, reconocido como santo.

Este Dios había elegido el templo de Jerusalén como lugar de la presencia trascendente de su Gloria, pero había sido profanado repetidamente por el pueblo (caps. 8; 16; 20; 23). La situación era tal que la Gloria del Señor abandona el templo, permitiendo así su destrucción; cuando vuelva a entrar (cap. 43), será para siempre. La relación entre el Señor y su pueblo está basada en la Alianza; la fórmula «vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (o similares) se escucha en 11,20; 14,11; 34,24.30-31; 36,28; 37,23, mientras que se usa 15 veces le denominación «mi pueblo». Es la base de toda su relación. En ella se establece un lazo jurídico entre el Señor, su pueblo y la tierra que les da como herencia. No se trata de un pacto bilateral, sino que en Ezequiel es un don gratuito de Dios, que otorga la alianza (cf. caps. 16 y 20). En la mente de los creyentes la alianza estaba esclerotizada y sólo servía como garantía de seguridad. En la primera sección del libro el profeta intenta disolver esta ilusión ficticia. La alianza no será firme hasta que Dios no la escriba en un corazón de carne con caracteres indelebles (16,60; 36,26-27; 37,26). La ley es el pilar básico sobre la que se asienta la alianza; sus normas y preceptos ordenan la vida del pueblo (11,12; 18,9.17.27; 20,13). Las amenazas que siguen al rompimiento de la alianza (Lv 26; Dt 28) explican el castigo de Israel.

En esta época empieza a abrirse camino una mentalidad individualista en la relación con Dios. Cambio fundamental que pone en primera línea el grave problema del sufrimiento del Justo, que no tiene visos de solución hasta la figura del Siervo, en la segunda parte del libro de Isaías. En Ezequiel (y en Jeremías) el problema de la retribución individual es un problema de fe. No ven sentido a sufrir las consecuencias del pecado de otros. Dios resulta injusto castigándoles a ellos. Es un tema con el que se enfrentan, sin demasiado éxito, los profetas del destierro. En todo caso intentan defender la justicia del modo de actuar de Dios, oponiéndola a la injusticia del comportamiento del pueblo. La restauración del pueblo, en Ezequiel, mantendrá los datos fundamentales de la etapa anterior, pero sin posibilidad de fracaso: el nuevo pueblo nacido de los huesos secos anteriores, la renovada alianza escrita en el corazón, la reunificación

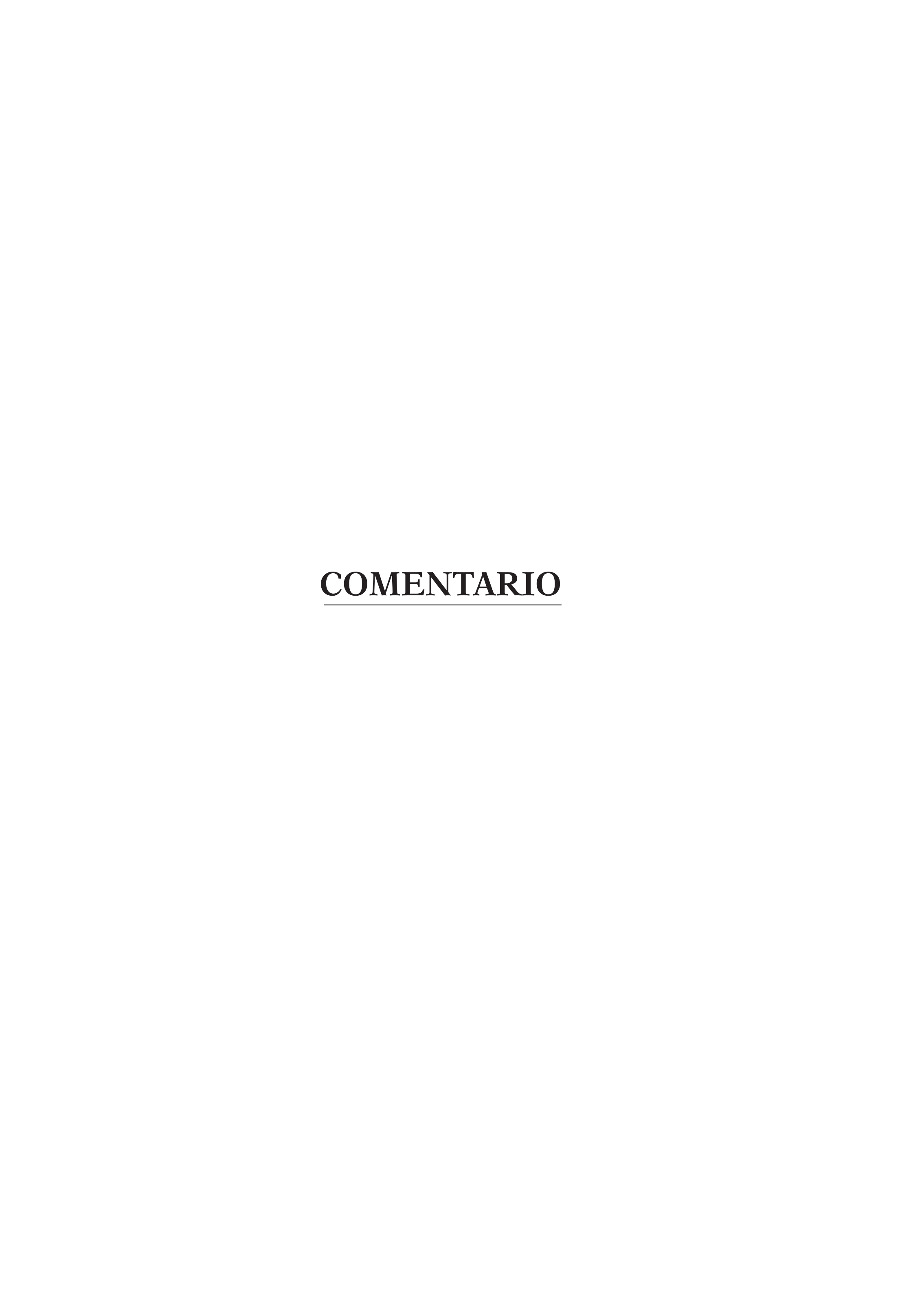
de los reinos bajo un mismo pastor, David (34,23-24; 37,15ss.), la nueva tierra repartida con igualdad y justicia, el nuevo templo en el que la idolatría no tendrá cabida, cuando vuelva a entrar la Gloria del Señor (43,1-5), la nueva capital con sus puertas seguras y su nuevo nombre: «Yahvé está allí» (48,35).

En el libro de Ezequiel juega un papel extraordinario el Espíritu del Señor como presencia del mismo Dios: lleva al profeta de un lado a otro (3,12.14; 8,3; 11,24; 37,1; 43,5), es el motor de animación de los "seres vivientes" en la visión inicial (1,19-21; 10,27), el origen de la vida para los huesos secos (37,5), la fuente de inspiración de la profecía verdadera (11,24; 13) o el signo de propiedad divina (39,29). Si a esta insistencia en el espíritu le sumamos las visiones blasfemas sobre la vida del templo (en los caps. 8-11), su extraño comportamiento psicológico o la aventurada afirmación de que la Gloria del Señor había abandonado el templo, podremos explicarnos que el libro de Ezequiel tuviera una difícil historia de aceptación antes de ser admitido en el canon bíblico.

El libro de Ezequiel ha ejercido un influjo literario en los libros de Daniel y de Zacarías, pertenecientes al género apocalíptico. El libro del Eclesiástico (49,8) recuerda que «Ezequiel tuvo la visión de la gloria, que Dios le reveló en el carro de querubines». El libro de Ezequiel no parece haber ejercido un influjo importante en el NT, pues nunca es citado de modo explícito, excepto en el Apocalipsis. Sí se utilizan algunas de sus imágenes, como la del 'buen pastor' (Jn 10,7-16, Mt 25,31-46; Lc 9-10; Hb 13,20 o 1 P 2,15). Los pájaros que anidan en la planta del pequeño grano de mostaza (Mt 13,32 y paralelos) recuerdan por contraposición a Ez 17,23, en donde se simboliza con la misma imagen el cobijo que ofrecerá el retoño floreciente de Israel[5]. Esta misma imagen utiliza Ezequiel para simbolizar la atracción que ofrece Egipto, no sólo cuando está en pie como un cedro alto (31,8), sino también cuando sus ramas yacen esparcidas por el suelo como despojos (31,13). De modo especial y abundante el libro del Apocalipsis recoge pasajes de Ezequiel: la visión del trono de Dios, que sirve para presentar el cordero degollado, se repite gran parte del escenario de la visión de la Gloria en Ezequiel; la descripción del lujo en Babilonia

5. Sobre esta relación se puede ver en la Bibliografía el artículo de Tuckett.

bien podría estar inspirada en los oráculos contra Tiro (Ez 27-28); la batalla contra Gog (Ez 38-39) podría ser el sustrato de Ap 19-20; y la descripción de la nueva Jerusalén (Ap 21-22) conoce, sin duda, los caps. 40-48 de Ezequiel. Su influjo ha sido mayor en el nacimiento del judaísmo y en la literatura apocalíptica, a pesar de haber sido figura controvertida.



COMENTARIO

CAPÍTULO 1

ORÁCULOS CONTRA EL PUEBLO REBELDE. COMIENZO DE LA MISIÓN DE EZEQUIEL (caps. 1-24)

Como hemos indicado previamente, la primera sección comprende los 24 primeros capítulos del libro de Ezequiel y en ellos se contienen fundamentalmente los oráculos que el profeta pronunció al pueblo creyente –fundamentalmente a los deportados en Babilonia– durante el tiempo que duró la que podemos considerar su primera misión profética, antes de la caída de Jerusalén. En ella trató de explicar el castigo sufrido como consecuencia de las abominaciones cometidas y la rebelión contra la voluntad que el Señor había manifestado repetidamente. Casi todos los oráculos son anteriores a la definitiva caída de Jerusalén (el año 586), que se anuncia como irremediable, si no se convierten.

Teniendo en cuenta fundamentalmente las indicaciones cronológicas del texto, podemos proponer la siguiente división:

1. Tras una introducción, una visión establece el marco de la misión del profeta (1,1 – 3,15).
2. La primera misión da comienzo con varias acciones simbólicas (3,16 – 7,27).
3. Visiones en Jerusalén y juicio al templo (8,1 – 11,25).
4. Diversos oráculos contra Israel (caps. 12-19).
5. Últimos oráculos antes de la caída de Jerusalén (20,1 – 23,49).
6. Ezequiel enviuda y un emisario anuncia la caída de Jerusalén (cap. 24).

1. Visión inicial y vocación (1,1 - 3,15)

La primera gran división textual que podemos fijar llega hasta 3,15. Está marcada por una inclusión evidente (3,14 // 1,3) en la que la "mano" del Señor le empuja hacia los deportados que viven en Tel-Abib para desempeñar entre ellos la función de profeta: vocación, comer el libro... En 3,16, por otra parte, se abre una nueva sección con la fórmula «Al cabo de los siete días». Para leer esta sección la dividiremos así:

1.1. Encabezamiento del libro (1,1-3)
1.2. La mano del Señor le lleva... La visión (1,4-28)
1.3. Vocación (1,28b – 3,11)
1.4. La gloria se eleva y la mano le empuja a Tel-Abib (3,12-15).

1.1. Encabezamiento del libro (1,1-3)

Todo libro profético comienza con un encabezamiento –algo así como un título– que solemos catalogar como redaccional, en el sentido de que se supone añadido por el editor final del libro que ha compuesto a base a unidades literarias escritas, algunas, con anterioridad. En dicho encabezamiento se presenta al protagonista (normalmente en tercera persona) y, a menudo, se pone una fecha que ayude al lector a centrar el momento histórico o temporal que sirve de escenario. Todos estos encabezamientos presentan su propia problemática: Am 1,1 anuncia "palabras" y "visiones"; Na 1,1 "oráculo" y "visión"; Isaías, Abdías hablan de "visión" y los demás presentan el contenido de un oráculo o una "palabra". Pero en Ezequiel todo es especial, como veremos. Vayamos al texto:

1 **[1]El año (treinta), el día cinco del cuarto mes, encontrándome**
yo entre los deportados a orillas del Quebar, se abrió el cielo y
contemplé visiones divinas. [2]El día cinco del mes –era el año quin-
to de la deportación del rey Jeconías–*, [3]el sacerdote Ezequiel, hijo
de Buzí, recibió la palabra de Yahvé en el país de los caldeos, a
orillas del río Quebar. Allí vino sobre él* la mano de Yahvé.

V. 2 Puede entenderse como una explicación: "allí donde dice 'el días cinco del mes' tienen que entender que se trata del año quinto de la deportación".

V. 3 Las demás versiones cambian "sobre él" en "sobre mí", intentando unir el v.1 con el v.4.

Como hemos dicho, en Ezequiel el encabezamiento presenta peculiaridades propias. Es verdad que se presenta al protagonista y se ofrecen las coordenadas temporales. Pero es como si hubiera dos encabezamientos distintos. En efecto, si prescindimos del v. 2 (glosa que explica lo que hay que entender bajo «el día cinco…»), notamos una gran diferencia entre el v. 1 y el v. 3. En el v. 1 el profeta habla en primera persona y, en consecuencia, no se ofrecen detalles de su persona, y se afirma que se trata de visiones; mientras que en el v. 3 es mencionado el profeta en tercera persona, se ofrecen datos personales (como su nombre, su carácter sacerdotal y su apellido) y se dice que se trata de la Palabra. Como si, para entendernos, el v. 1 introdujera la visión inicial y el v. 3 sirviera de título a todo el libro en su conjunto. En ambos se cita el lugar: «a orillas del río Quebar». Todos los intentos por armonizar este doble encabezamiento han conseguido poco consenso. Mejor será mantener la disparidad. Literariamente el comienzo del v. 3 interrumpe la narración en primera persona. Resulta como una glosa del editor final del libro, que rompe una frase muy dura para su mentalidad: «se abrió el cielo y contemplé sobrecogedoras visiones… en el país de los caldeos». La indicación geográfica del río Quebar sitúa la escena en el destierro de Babilonia.

El problema textual más llamativo lo constituye la nota inicial «el año treinta». Textualmente no parece hacer referencia a nada concreto. Entre las varias hipótesis de los comentaristas destaca la que supone que hace referencia a la edad de Ezequiel en el momento de su vocación: «treinta años». La propuesta proviene de Orígenes. Entre las razones que se han aportado está el dato de Nm 4, donde repetidas veces se afirma que los treinta años sería la edad en que un sacerdote alcanzaba la madurez que le permitiese integrarse en los turnos litúrgicos habituales. Pero este dato sería de escasa utilidad en el destierro. Sencillamente, no conocemos su referencia. Políticamente parece significativa la mención del destierro de Jeconías para fijar el calendario; es típica de Ezequiel (con alguna excepción). Parece fácil suponer que es considerado el rey legítimo, por lo que Sedecías en Jerusalén sería simplemente un sustituto temporal impuesto por el emperador.

1.2. La mano del Señor y la visión (1,4-28)

La visión que abre el libro de Ezequiel y su actividad profética han despertado el interés no sólo de los exegetas, sino también de los científicos de diferentes ramas: psicólogos, astrónomos, interesados en Ovnis, etc., por la complicada descripción de unas ruedas con ojos, que se mueven simultáneamente en todas las direcciones, o las caras de las figuras, distintas según desde dónde se miren. Es un texto que presenta dificultades de todo tipo: textuales, gramaticales (confusión de género y número) y de estilo (con mezclas, repeticiones, rupturas), que hacen difícil entender su contenido. Los intentos de simplificación son tantos como los comentaristas. Todos se basan en la identificación de algunas partes de esta visión con la de Ez 10. Contiene una serie de elementos comunes, fácilmente identificables: los elementos iniciales de una teofanía (viento y fuego, v. 4), los "seres vivientes" (vv. 5-14), las "ruedas" (vv. 15-21), la "plataforma con el trono" (vv. 22-27), la reacción de la visión en el profeta (v. 28). La comparación con Ez 10 permite aclarar algo: los seres son los "querubines", las ruedas pertenecen al "carro" (*galgal*) que transporta el arca de la alianza. Todo parece encajar, después de la comparación. Ez 43,3 pone en relación estas dos visiones de la Gloria con la que allí se cuenta. El texto de Ez 1 transmite bien, sin embargo, la profunda impresión y la confusión que la visión produjo en el profeta. Todas las dificultades de lectura de un texto revelan una compleja historia literaria del mismo hasta alcanzar su formato actual, lo que nos invita a intentar reproducir el texto más sencillo –podríamos hipotéticamente suponer, más original– para poder acercarnos al contenido transmitido en dicha visión. En el fondo, se trata de la descripción de un carro, llevado procesionalmente, que lleva encima el arca de la alianza con cuatro querubines en las cuatro esquinas, con las alas desplegadas de uno al otro. Sobre el arca se supone la presencia misteriosa del Dios de Israel, el Señor. No entramos en detalles exegéticos, para no dificultar su lectura.

1 [4]**Yo miré: un viento huracanado venía del Norte; y vi una gran**
nube con fuego (*fulgurante y resplandores a su alrededor, y en*
***su interior como el destello de un relámpago en medio del fuego*).**

5En el centro se veía la figura de cuatro seres, cuyo aspecto era
parecido al de una figura humana. 6Tenían cada uno [cuatro caras
y] cuatro alas. [*7Sus piernas eran rectas, y la planta de sus pies se*
parecía a una pezuña de buey. Relucían como el fulgor del bronce
bruñido. 8Bajo sus alas había unas manos humanas por los cuatro
costados; los cuatro tenían sus propias caras y alas. 9Sus alas se
tocaban unas con otras; al andar no se volvían; cada uno marchaba
de frente. 10Sus caras tenían la forma de un rostro humano, y los
cuatro tenían cara de león a la derecha, los cuatro tenían cara de
toro a la izquierda y los cuatro tenían cara de águila.] 11Sus alas
estaban desplegadas hacia lo alto; dos alas se tocaban entre sí y
otras dos les cubrían el cuerpo. [*12Cada uno marchaba de frente;*
iban donde el espíritu les hacía ir, y no se volvían en su marcha.]
13Entre los seres había como brasas incandescentes, con aspecto
de antorchas, que se movían entre los seres; el fuego despedía un
resplandor, y del fuego salían rayos. [*14(Y los seres) iban y venían*
como el aspecto del rayo.

15Miré entonces a los seres: había una rueda en el suelo al lado de
los seres (por los cuatro costados). 16El aspecto de las ruedas (y su
estructura) era como el destello del crisólito. Tenían las cuatro la
misma forma y parecían dispuestas como si una rueda estuviese
dentro de la otra. 17En su marcha avanzaban en las cuatro direccio-
nes; no se volvían en su marcha. 18Su circunferencia era enorme,
imponente, y la circunferencia de las cuatro estaba llena de deste-
llos todo alrededor. 19Cuando los seres avanzaban, avanzaban las
ruedas junto con ellos, y cuando los seres se elevaban del suelo, se
elevaban las ruedas. 20Donde el espíritu les hacía ir, allí iban, y las
ruedas se elevaban junto con ellos, porque el espíritu del ser estaba
en las ruedas. 21Cuando avanzaban ellos, avanzaban ellas; cuando
ellos se paraban, se paraban ellas; y cuando ellos se elevaban del
suelo, las ruedas se elevaban junto con ellos, porque el espíritu del
ser estaba en las ruedas.]

22Sobre las cabezas del ser había una especie de bóveda como
de cristal resplandeciente, [*extendida por encima de sus cabezas,*
23y bajo la bóveda sus alas estaban emparejadas una con otra; cada
uno tenía dos que le cubrían el cuerpo. 24Oí el ruido de sus alas,
parecido al de aguas caudalosas, como la voz de Sadday. Cuando

*marchaban, se oía un ruido atronador, como el estruendo de una
batalla; cuando se paraban, replegaban sus alas.* *25Y se produjo un
ruido.*] **26Por encima de la bóveda que estaba sobre sus cabezas,
había como una piedra de zafiro en forma de trono, y sobre esta
forma de trono, por encima, en lo más alto, una figura de aparien-
cia humana. 27Vi luego como el destello de un relámpago, como
un fuego que la envolvía alrededor, desde lo que parecía ser sus
caderas para arriba; y desde lo que parecía ser sus caderas para
abajo, vi como un fuego resplandeciente que la envolvía. 28Se pare-
cía al arcoíris que aparece en las nubes los días de lluvia; tal era el
aspecto de este resplandor a su alrededor. Parecía la gloria de
Yahvé. A su vista caí rostro en tierra.**

La visión resulta más fácilmente comprensible si leemos el texto presuntamente original (en letra normal), saltando las interpolaciones (entre corchetes y en cursiva) de las ruedas, su movimiento en todas las direcciones, sus ojos, etc. Los fenómenos naturales que configuran el ambiente de la visión (tormenta y viento huracanado, nube y fuego) son elementos clásicos de una teofanía o manifestación divina. Aunque el origen del viento («del Norte») le confiere un tono mitológico, todo estará relacionado con el Señor y su presencia.

Las primeras siluetas que aparecen en la visión son los denominados "seres" alados, que delimitan un rectángulo al tocarse con sus alas. Son seres polimórficos de aspecto humano. Tienen cuatro caras y cuatro alas, unas manos debajo de las alas y pezuñas bovinas. Se mueven en todas las direcciones al mismo tiempo, sin volverse a ninguna parte, pues tienen cuatro caras. Las características morfológicas de sus caras (león, toro, águila y rostro humano), que para nosotros parecen arbitrarias, les confiere el significado simbólico propio de su cultura. Son distintas a las caras que se les atribuye en 10,14. Las alas no las usan para volar (como en Isaías 6,2, donde los "serafines" tienen seis alas cada uno), aunque en los vv. 23-24 parecen moverse produciendo un ruido de aleteo. Tampoco se menciona la función de las manos o de las pezuñas. El movimiento lo produce el espíritu. No faltan imágenes similares de seres multiformes en la iconografía de Siria y Mesopotamia. Pero no son estos seres los que

fijan la atención del profeta, sino el resplandor, el brillo, el fulgor que rodea la imagen total. Entre ellos hay unas brasas que se mueven como antorchas. Interesa su resplandor y los rayos que despiden.

Si las figuras de los seres vivientes son difíciles de imaginar, las del siguiente elemento –las ruedas– rompe todos los esquemas geométricos euclidianos. Una rueda va dentro de otra, girando en todas las direcciones, pero sin moverse; están llenas de "ojos" o resplandores y son enormes. Se mantiene el interés por el número cuatro (avanzan en las cuatro direcciones) y por los destellos. Ellas son las que confieren movilidad al carro, pero no son autónomas: dependen del espíritu que mueve a los seres: avanzan, se paran, se elevan de acuerdo con ellos. El *rûaj* es el gran motor de esta sección y, por extensión, el que determina la dirección y el tiempo del movimiento.

A continuación la vista se dirige a la parte superior. Sobre los seres existe una superficie extendida («bóveda como de cristal resplandeciente» v. 22). Pero, antes de detallar su función, el texto se fija de nuevo en las alas de los seres, que se encuentran inmediatamente debajo de la plataforma. El profeta comenta el ruido de las alas (se supone que al batirlas): lo compara con el ruido de «aguas caudalosas» o con «la voz de Sadday», un ruido misterioso que podría ser una especie de trueno prolongado (vv. 24-25). Teniendo presente que Sadday es una denominación divina asociada a la montaña, este ruido formaría parte de la teofanía. Sal 18,8-16 presenta algunos detalles parecidos a la visión de Ezequiel, aunque a Dios se le denomina de otra manera. Cerrado el paréntesis sonoro, el interés vuelve a la plataforma (v. 26): en ella se sitúa un trono, construido con una gran piedra de zafiro, y en él una figura de aspecto humano y rodeado a su vez de esplendor y brillo. No es difícil imaginar la referencia a la divinidad, pero no tiene contornos precisos. Hay otros relatos en la Biblia en los que se presenta una visión de la divinidad, pero ninguno con tanto detalle en el escenario. Baste recordar la visión en la que se encuadra la vocación de Isaías (Is 6), cercana en algunos aspectos a la visión que tuvo el profeta Miqueas, hijo de Yimlá (1 R 22). En estos dos últimos casos el profeta asiste a una deliberación de Dios con sus ministros; está presente, escucha sus dudas e interviene en un momento determinado. Ezequiel, no. Intuye el trono de lejos, no habla y, sobre todo, tiene la visión en tierra extranjera.

Nadie puede ver el rostro de Dios, según la fe judía. Por eso, se prolonga la luminosidad de la visión en el nuevo esplendor de un arco iris (vv. 27-28). Se trata de la visión de la Gloria divina. A Dios se le intuye en el resplandor de su Gloria. Por eso, el profeta se postra rostro en tierra, momento en el que entra en juego la palabra.

Para entender el desarrollo de la visión de Ezequiel nos puede ayudar recordar que a Ezequiel, sacerdote, le resultaba familiar la tradición del tabernáculo y del Arca. Nosotros la podemos relacionar con la procesión de la gloria de Dios abandonando el templo de Jerusalén en Ez 10-11. Conviene recordar que el arca de la alianza, escabel de los pies de Dios, y que en el templo recordaba la historia de salvación tal y como la vivía el pueblo creyente, estaba coronada con cuatro serafines en los cuatro ángulos de la superficie superior, y que en las fiestas correspondientes se sacaba en procesión por el templo. En Ez 10-11 es clara la alusión al arca, a la gloria de Yahvé, a la procesión por el atrio, para narrar su abandono del templo por la puerta oriental, que da al Monte de los Olivos. El hecho de que Dios haya abandonado el templo permite aceptar que haya sido destruido posteriormente por las tropas enemigas. Veremos que el sacerdote Ezequiel menciona varias veces las ignominias cultuales (y éticas) que ocurrían en el interior del templo. De todos modos, en el primer capítulo no se alude explícitamente a tal procesión. Simplemente a la presencia de la Gloria de Dios en esplendor y fuego. Al final, interviene la "palabra" (v. 28b), que da paso a las órdenes que siguen en la continuación del texto.

No cabe duda de la relevancia teológica de esta visión inicial. En ella se subraya la trascendencia divina y la magnificencia de su Gloria. Dios es un soberano en su trono celeste, lleno de luz y esplendor. Los "seres" no hablan, por lo que no se escuchan voces, como en la visión de Is 6, pero todo parece ensalzarlo. Merece la pena subrayar dos aspectos: en el cenit de la visión, en el lugar supuestamente ocupado por la divinidad, destaca «una figura de apariencia humana» (v. 26). Sin caer en un burdo antropomorfismo, en vez de decir que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, se coloca en el lugar de la divinidad a algo así como un hombre, posiblemente subrayando también la "gloria" del hombre. En segundo lugar, esta visión excep-

cional del soberano celeste sucede en el destierro, en tierra caldea, lejos de Jerusalén. Una osadía teológica que pudiera parecer a muchos blasfema. El Señor parece interesarse por su pueblo, incluso en situación de destierro.

El influjo de esta visión, probablemente conjugada con la de Is 6, en otros textos bíblicos posteriores parece innegable. El Eclesiástico (49,8-9) la menciona; parece inspirarse en ella la visión de las cuatro bestias de Daniel (Dn 7), con la figura de «alguien parecido a un ser humano…» (Dn 7,13), a quien se le dio el «poder, honor y reino...». (Dn 7,14); se encuentra finalmente a la base de la gran visión del trono divino en el libro del Apocalipsis (Ap 4).

1.3. Vocación (2,1 – 3,11)

En plena visión sucede la misión profética. Una voz y el Espíritu son los protagonistas. En el ámbito profético no siempre han sido bien considerados ni las visiones ni el Espíritu (1 R 22; Jr 23,25-27). De hecho, las dos visiones del consejo divino que se cuentan en el AT –en Is 6 y la de Miqueas, hijo de Yimlá (1 R 22)–, presentan a un Dios que busca crear confusión y engañar. Uno de los grandes exegetas (Mowinckel) llegó a decir que la forma de revelación que garantizaba la profecía verdadera se basaba en la Palabra, mientras que la que ponía en juego al Espíritu o a visiones transmitía profecía falsa. Se basaba en la importancia del Espíritu (el entrar en éxtasis) de los primitivos “*nebi’im*”. Pero esta tesis no se puede mantener sin forzar algunos textos. También han tenido cabida el Espíritu, el éxtasis y las visiones en el ámbito de la profecía verdadera. Todos los profetas han tenido alguna vez alguna visión. Heschel, buen conocedor de la Biblia, ha dividido a los profetas en dos categorías: “profetas del Espíritu” y “profetas de la Palabra”. A la primera categoría pertenece ciertamente Ezequiel, si bien en definitiva será la Palabra la que le ordene predicar. Pues bien, en el ámbito de la visión inicial recibe Ezequiel su misión profética.

«Hijo de hombre», hijo de Adán, es el apelativo con el que se designa a Ezequiel. Se usa a lo largo de todo el libro, pero en esta parte es recurrente. Equivaldría a nuestro “hombre mortal”. El pro-

feta no es un ser divino; es un hombre normal, que recibe la orden de anunciar la Palabra de Dios a su pueblo. Su obediencia a la palabra se debe anteponer al miedo normal que provocará la resistencia. Sólo con el tiempo y en otro contexto llegará a entenderse como un título glorioso en la literatura apocalíptica.

El texto es literariamente complejo. Lo iremos leyendo en pequeñas unidades, pero es como si la sección contuviera dos discursos del Señor al profeta: dos envíos, dos calificaciones del pueblo como rebelde, dos invitaciones a no tener miedo (2,1-7 y 3,4-9), y dos referencias al libro que tiene que comer (3,1-3) o la palabra que tiene que guardar (3,10). Cada unidad comienza con una referencia al «hijo de hombre». Podemos establecer pequeñas unidades para la lectura:

a) Introducción (1,28b - 2,2)
b) Primer discurso de misión (2,3-7)
c) El libro (2,8 - 3,3)
d) Segundo discurso de misión (3,4-11)

1 [28b]Oí una voz que hablaba.

2 [1]Me dijo: «Hijo de hombre, ponte en pie, que voy a hablarte».
[2]Me invadió el espíritu mientras me hablaba y me puso en pie;
y oí al que me hablaba.

[3]Me dijo: «Hijo de hombre, yo te envío a los israelitas, nación
rebelde, que se han rebelado contra mí. Ellos y sus padres se han
rebelado contra mí hasta el día de hoy ([4]Los hijos tienen dura cer-
viz y corazón obstinado); a ellos te envío para decirles: “Esto dice el
Señor Yahvé”. [5]Y ellos, escuchen o no escuchen (ya que son casa
rebelde), sabrán que había un profeta en medio de ellos. [6]Y tú, Hijo
de hombre, no les tengas miedo ni a ellos ni a lo que digan; no
temas aunque te rodeen amenazantes y te veas sentado sobre escor-
piones. No tengas miedo de lo que digan, ni te asustes de ellos,
porque son una casa rebelde. [7]Le comunicarás mis palabras, escu-
chen o no escuchen (porque son una casa rebelde).

Ezequiel cuenta su experiencia personal en forma autobiográfica, es decir, en primera persona. Su vocación no enuncia, de momento, el contenido de su predicación. El profeta es colocado directamente ante el pueblo al que debe comunicar la palabra del Señor. El pueblo es calificado de rebelde por generaciones, recalcitrante. Además se utiliza el término "*gôy*", en lugar de "*'am*", que sólo lo utiliza en otras dos ocasiones (36,13-15; 37,22). Es un término utilizado para los otros pueblos y, usado para Israel, comporta normalmente un tono despectivo. El único que habla es "la voz", de origen desconocido, que la fórmula «Esto dice el Señor Yahvé» (v. 4) identifica como del mismo Dios. No se trata de un diálogo propiamente dicho, pero la palabra se adelanta a una posible reacción negativa, exigiendo al profeta no tener miedo, a pesar de las persecuciones que tendrá que sufrir. Todo el tiempo la palabra se dirige al mensajero, aunque habla de los destinatarios del mensaje. A partir de v. 6 desaparecen éstos y sólo hace referencia al mensajero. Estar sentado sobre escorpiones es una imagen bien plástica de la vivencia profética. Algunos prefieren leer esta imagen como un signo de protección, que impide que otros se acerquen. Tal vez resulte una interpretación un tanto rebuscada. En el discurso no se adelanta el mensaje de la misión: el profeta no se caracteriza por su mensaje, sino por la actitud de obediencia a la palabra recibida y su compromiso de anunciarla al pueblo rebelde. Más adelante esta exigencia se completa con la afirmación, escuchen o no, de que sabrán que ha habido un profeta entre ellos. Dios no queda impasible ante la rebelión, pero salvaguarda la libertad.

**2 8 Por tu parte, hijo de hombre, escucha lo que voy a decirte; no
seas rebelde como ellos. Abre la boca y come lo que te voy a
dar». 9 Al mirar, vi una mano tendida hacia mí, que sostenía un libro
enrollado. 10 Lo desenrolló ante mí: estaba escrito por el anverso y
por el reverso: había escrito: "lamentaciones, gemidos y ayes".**

**3 1 Luego me dijo: «Hijo de hombre, come lo que se te ofrece;
come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel». 2 Yo abrí
mi boca y él me hizo comer el rollo, 3 y me dijo: «Hijo de hombre,
aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy». Lo comí y me supo
dulce como la miel.**

[4]Entonces me dijo: "«Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y
háblales con mis palabras. [5]Ten en cuenta que no eres enviado a un
pueblo de habla oscura y lengua difícil, sino a la casa de Israel; [6]no
a pueblos numerosos de habla oscura y lengua difícil, cuyas pala-
bras no entenderías. Por cierto, si te enviara a ellos, te escucharían.
[7]Pero la casa de Israel no querrá escucharte, porque no está dis-
puesta a escucharme a mí, ya que toda la casa de Israel tiene dura
cerviz y corazón obstinado. [8]Mira, yo endureceré tu rostro como el
de ellos, y haré tu frente tan dura como la suya; [9]haré tu frente
como el diamante, que es más duro que la roca. No les temas, no
tengas miedo de ellos (porque son una casa rebelde)».
[10]Luego me dijo: «Hijo de hombre, recuerda bien todas las pala-
bras que yo te dirija y escúchalas atentamente. [11]Anda, ve donde
los deportados, tus compatriotas; háblales y diles: 'Esto dice el
Señor Yahvé', escuchen o no escuchen».

Esta parte del discurso comienza con la orden de no ser rebelde como el pueblo. La rebelión califica al pueblo y ya adelanta una primera explicación del trágico desenlace que está sufriendo. La orden de comerse un libro es única en el AT. A otros profetas se les mandó escribir su mensaje en una tablilla (Is 8,1) o editar un libro con los oráculos que había pronunciado (Jr 36); a Isaías un serafín le purificó los labios con un carbón encendido (Is 6,5-7); a Jeremías el Señor mismo toca su boca (Jr 1,9) y pone en ella sus palabras (id., citando Dt 18,18). A Ezequiel no se le manda en este momento escribir, ni recordar: se le presenta un rollo, escrito por ambas partes, que debe comer (se repite dos veces la orden y la ejecución). Simplemente debe llenarse de un libro que la mano (del Señor) le ofrece y cuyo contenido se identifica con «lamentaciones, elegías y ayes» (2,10). Estas constituyen el contenido de la Palabra del Señor, ya que en 3,4 se le ordena hablar «con mis palabras». Esta escena ofrece una imagen extraordinaria de la relación entre la palabra escrita y la pronunciada. Normalmente primero se pronuncia y después se escribe; aquí se subraya que la palabra pronunciada, si es veraz, surge del interior, de la asimilación de la Palabra de Dios: «recuerda bien todas las palabras», lit. «guárdalas en tu corazón» (3,10). Extrañamente el

libro de la Palabra del Señor le resulta al profeta dulce como la miel, a pesar de que su mensaje y el hecho de dirigirse a un pueblo rebelde no permitan calificarlo de agradable o lisonjero. Esta mención pudiera aludir a Sal 81,17 («lo saciaría con miel de la peña»). En ese salmo litúrgico se canta al Señor por sus dones, en especial por la ley entregada tras la liberación de Egipto. Dulce como la miel sería la acción de Dios a favor de su pueblo, si atendiera a su ley. El Señor le llenaría de sus bienes. El contenido de este salmo como trasfondo de la misión de Ezequiel confiere a ésta un coherencia de sentido y al pueblo una explicación de su destierro (cfr. Sal 19,11; 119,103). Quien recibe una misión sabe que es Dios quien le envía, que le da su Espíritu y le inspira, que recibirá su ayuda, aunque no le augura ningún éxito en su misión. Esta escena de ofrecer un libro para comerlo se retoma en Ap 10,8-11, con la diferencia de que en la boca es dulce, pero produce ardor en el estómago.

En los oyentes la escucha no se puede suponer sin más. Además de la dulzura de la miel en la boca del profeta, se aborda la posible dificultad de la lengua, intrincada o difícil. La lengua no será problema, el lenguaje es llano. El profeta entiende sin dificultad lo que el pueblo le dice, pero ellos no le escucharán por su corazón obstinado. Ante un corazón duro el Señor protege a su enviado con un rostro duro, como el de ellos. Lo importante es que cumpla su misión, para lo que necesita la dureza del diamante. El profeta se llena de la Palabra del Señor y la debe pronunciar, tenga el éxito que tenga, le escuchen o no.

1.4. La Gloria se eleva y la mano le empuja a Tel-Abib (3,12-15)

**3 12Entonces el espíritu me levanto y oí a mis espaldas el estruendo de un gran terremoto: «Bendita sea la gloria de Yahvé en su lugar». [*13El ruido que hacían las alas de los seres al chocar entre sí y el ruido de las ruedas que había junto a ellos parecía el estruendo de un gran terremoto.*]
14Entonces el espíritu me levantó y me arrebató. Yo iba apesadumbrado e irritado, mientras Yahvé dejaba sentir su mano pesadamente sobre mí.
15Llegué donde los deportados de Tel Abib que residían junto al río Quebar –aquí residían ellos–, y permanecí allí siete días, aturdido, en medio de ellos.**

Al final de la sección vuelve la visión de la Gloria que se había contemplado al comienzo. Llama la atención la frase de alabanza: «Bendita sea la gloria de Yahvé en su lugar» (v. 12). Algunos pretenden cambiar “Bendita” por “como el ruido de”. La NBJ mantiene el texto atestiguado en todas las versiones, aunque no resulta fácil de entender que un terremoto suene a palabras de bendición. El espíritu lo levanta. La mano, el espíritu y el estruendo cierran la teofanía de momento. La gloria se eleva misteriosamente, mientras que el profeta es colocado de nuevo junto a los deportados, desolado y por la fuerza, algo que no se había dicho en el encabezamiento del libro. Es como si despertara de un largo letargo, porque ya se encontraba en Tel Abib, junto al río Quebar (1,3). El adjetivo “apesadumbrado” (v. 15) refleja una situación mental: el sentimiento que le produce el contenido de la palabra que ha comido y la dificultad de la misión que se le ha encomendado. Esta situación produce un contraste con el sabor dulce y agradable que el libro le produjo. En todo caso se puede entender que, después de la visión y su estruendo, del susto por la tarea con un pueblo rebelde y la perspectiva del rechazo que le espera, el profeta quede exhausto y conmovido.

2. Primera misión de Ezequiel (3,16 - 7,27)

Ez 3,16 indica claramente el comienzo de una nueva sección literaria, que constará fundamentalmente de una serie de acciones simbólicas y que concluirá con la datación histórica de Ez 8,1. El primer versículo (3,16) abre e introduce la sección entera. Tras unos primeros versículos que aglutinan diferentes temas de otras partes del libro (3,17-27), el texto presenta tres series de oráculos que están construidos en base a un comienzo idéntico y un final similar: el apelativo «hijo de hombre», seguido de imperativo, para el comienzo (excepto en 7,1), mientras que el final se cierra con la afirmación categórica de que ha hablado el Señor o de que deberán reconocerlo. Divido, por lo tanto, esta sección en las siguientes partes:

2.1. Comienzo (3,16; 3,17-27)
2.2. Acciones simbólicas sobre la destrucción de Jerusalén (4,1 - 5,17)
2.3. Oráculo contra los “montes de Israel” (6,1-14)
2.4. El final está cerca (cap. 7)

2.1. Comienzo (3,16; 3,17-27)

3 [16]Al cabo de los siete días, Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: ([17]«Hijo de hombre, te he constituido centinela de la casa de Israel [= 33,7-9]. Cuando oigas una palabra de mi boca, les darás la alarma de mi parte. [18]Si yo digo al malvado: 'Vas a morir', y tú no le das la alarma ni le hablas para advertirle que abandone su mala conducta y viva, él, el malvado, morirá por su culpa, pero de su sangre te pediré cuentas a ti. [19]Pero si el malvado, a pesar de tu advertencia, no se aparta de su maldad y de su mala conducta, morirá por su culpa, pero tú habrás salvado tu vida. [20]Y si el justo se aparta de su buen obrar y comete injusticia, yo pondré un obstáculo ante él y morirá; por no haberle advertido tú, morirá por su pecado y no se recordará la justicia que había practicado, pero de su sangre te pediré cuentas a ti. [21]Pero si tú adviertes al justo que no peque, y te hace caso, ciertamente vivirá por haber sido advertido, y tú habrás salvado tu vida».

[22]Allí vino sobre mí la mano de Yahvé; me dijo: «Sal hacia la vega, que voy a hablarte allí». [23]Me puse en marcha y, al llegar a la vega, allí estaba la gloria de Yahvé, semejante a la gloria que yo había visto junto al río Quebar. Entonces caí rostro en tierra. [24]El espíritu me invadió, me puso en pie y me habló así: "Ve a encerrarte en tu casa. [25]Hijo de hombre, sábete que te van a echar cuerdas y que te atarán con ellas, de modo que no puedas salir en medio de ellos. [26]Voy a pegar tu lengua al paladar; te quedarás mudo y dejarás de ser su acusador, porque son una casa rebelde. [27]Pero cuando vuelva a hablarte, abriré tu boca y les dirás: 'Esto dice el Señor Yahvé'; el que quiera que escuche y el que no, que lo deje; porque son casa rebelde.)

Prosigue el discurso al "hijo de hombre". Lo primero que conviene notar es que la introducción del v. 16 («al cabo de los siete días») enlaza el texto que sigue con la visión anterior, al tiempo que literariamente lo separa, pues indica algo distinto. La fórmula de recepción de la palabra lo expresa con claridad. La intervención de «la mano del Señor» (v. 22) divide esta parte del discurso en dos secciones. Los

comentaristas dudan de la autenticidad de todo este pasaje por diversos motivos: por su lenguaje y/o por repetir temas que en otros lugares encuentran más sentido. En todo caso, si en un ejercicio de imaginación los quitáramos, el texto podría seguir sin interrupción en 4,1 (empalmando con 3,16). Por eso, los pongo entre paréntesis.

De los dos párrafos, el primero es el que tiene más problemas, por el lenguaje jurídico (casuístico) que utiliza y porque es una especie de resumen de lo que se afirma con mayor precisión en el cap. 33; por su contenido está también relacionado con el cap. 18. El discurso del cap. 3 va dirigido al profeta; mientras que el del cap. 33 deberá ser proclamado ante el pueblo, porque a él se refiere la posible sentencia. Las frases «Vas a morir» o «morirá por su culpa» hay que entenderlas como sentencia judicial: "eres/es reo de muerte". Se exponen cuatro casos, en los que se contrapone la responsabilidad positiva o negativa del profeta, según cumpla o no su misión de vigía. Lo que luego haga el destinatario del aviso no depende del profeta. Este salvará la vida si cumple su función y avisa del peligro que se avecina. Su misión no es el éxito, sino su fidelidad. Por otro lado, se contraponen el malvado (*rāšâ'*) y el justo (*ṣaddîq*) que son los dos polos de un caso judicial: culpable/inocente. En este caso, el pueblo que ha repudiado la alianza es culpable; quien la observa, inocente. En el cap. 33 se explica con mayor detenimiento en qué consiste la función del profeta: Atalaya, Vigía, Centinela, tres términos que definen la función de anunciar el peligro con la responsabilidad de quien lo ve (33,1-6). Aunque en el cap. 33 todo se desarrolla con mayor amplitud, tampoco allá se menciona la posibilidad de que el malvado que haya sido alertado se convierta. No sabemos, por lo tanto, si el profeta-centinela podría participar en pura teoría de una posible alegría por un malvado convertido. La conclusión tampoco permite imaginar esta hipótesis: la orden de hablar «te escuchen o no» ya adelanta el éxito negativo de la misión profética. Su poco éxito puede también estar detrás de la "mudez" impuesta al profeta en 24,27 y 33,21-22.

El segundo párrafo (vv. 22-27) constituye la conclusión de la vocación profética. En el v. 22 vuelve a mencionarse por tercera vez la visión de la gloria del Señor, que ya se había elevado en la sección anterior. El regreso al río Quebar y la postración en tierra son elementos de la sección anterior. "Encerrarse en casa" es una orden

que no volverá a aparecer, mientras que la mudez y la inmovilidad reaparecerán con mayor claridad. La mudez finalizará el día en que un mensajero anuncie la caída de Jerusalén (33,21-22); la inmovilidad se le ordenará de nuevo en 4,4. El texto presente constituye, por lo tanto, una amalgama de temas de otras partes del libro, pero que puestos en el momento conclusivo de la vocación profética envuelven a ésta en un tono negativo de profunda dimensión. El espíritu le invade (v. 24) y provoca unas acciones contradictorias con el mandato recibido: a quien se le ordenó hablar, le pegará la lengua al paladar; a quien se le ordenó ir, lo inmoviliza. Afasia y parálisis pueden interesar a los psiquiatras, pero al teólogo le importan los obstáculos para realizar la misión divina, que aquí tienen como causa la propia acción divina en virtud, eso es verdad, de la rebelión del pueblo (v. 26). El profeta no es sólo un vigilante; es también un signo de la acción de Dios, le escuchen o no.

2.2. Acciones simbólicas sobre la destrucción de Jerusalén (4,1 - 5,17)

Se conoce como "acciones simbólicas" el genero literario narrativo que cuenta la acción de un profeta por orden divina y con un significado preciso. Constan estos relatos, por lo tanto, de tres partes teóricas: orden divina de hacer algo, ejecución de la orden y significado del acto realizado. Las hay directamente comprensibles, como el salir de la ciudad con el hatillo del deportado (Ez 12) o el yugo que se puso Jeremías en la cerviz (Jr 28) para explicar la esclavitud. Pero otras acciones son ambiguas y necesitan explicación. Que Ezequiel esté unos días atado hacia el lado derecho y otros más hacia el izquierdo, quedaría en el misterio, si no se explicara que simboliza el castigo de Judá y de Israel (Ez 4,4-8). Aunque algunos autores han defendido en el origen de las acciones simbólicas alguna conexión con la magia, no parece que ninguna de las que se encuentran en los libros proféticos (y G. Fohrer señala 32) produzca inmediatamente un efecto; simplemente lo simboliza. Dicho con otras palabras, no son autónomas, sino alegóricas. Más que producir un efecto, la acción simbólica expresa la capacidad comunicativa del profeta, que de este modo llama la atención de sus conciudadanos o explica gráficamente un mensaje. Es muy sugestivo el texto de Ez 12,9-10, cuan-

do el profeta sale con el hatillo de los desterrados: «¿No te ha preguntado Israel… qué es lo que haces? Diles…». El texto mismo explica que se trata de "señales" (4,3). Curiosamente, de ninguna de ellas se afirma en este capítulo la ejecución por parte del profeta, ni la reacción que haya producido en los espectadores. Consideremos las primeras acciones simbólicas con las que nos encontramos en Ezequiel:

4 1«Tú, hijo de hombre, toma un ladrillo y ponlo delante de ti.
Graba en él una ciudad (Jerusalén) 2y diseña contra ella un
asedio: construye frente a ella torres de asalto, levántale terraple-
nes, emplázale campamentos, instálale arietes frente a ella a su
alrededor. 3Toma luego una sartén de hierro y colócala como un
muro de hierro entre ti y la ciudad. Y fija tu mirada en ella; queda-
rá en estado de sitio; tú la sitiarás. Es una señal para la casa de
Israel.
4«Tú acuéstate del lado izquierdo y pon en él la culpa de la casa
de Israel. Los días que estés acostado sobre él, cargarás con su
culpa. 5Yo te impongo en días los años de su culpa (trescientos
noventa días); cargarás con la culpa de la casa de Israel. 6Cuando
los concluyas, te acostarás otra vez del lado derecho, y cargarás
con la culpa de la casa de Judá durante cuarenta días. Te impongo
un día por año. [*7Después fijarás tu rostro y tu brazo desnudo sobre*
el asedio de Jerusalén, y profetizarás contra ella. 8Como te he atado
con cuerdas, no podrás darte la vuelta de un lado a otro, hasta que
***no hayas cumplido los días de tu reclusión.*]**
9«Toma trigo, cebada, habas, lentejas, mijo y espelta; ponlo
todo en una artesa y haz con ello tu pan. Comerás de él durante
todo el tiempo que estés acostado de un lado –trescientos noventa
días–. 10El alimento que comas estará racionado: veinte siclos por
día; y lo comerás a hora fija. 11También tendrás racionada el agua:
beberás la sexta parte de un sextario a hora fija. 12Comerás una
torta de cebada, que hornearás ante ellos sobre excrementos huma-
nos». [*13Y añadió Yahvé: «Así comerán los israelitas su alimento*
***impuro en medio de las naciones donde yo voy a arrojarlos».*]**
14Yo dije entonces: «¡Ay, Señor Yahvé!, yo no estoy impuro. Desde
mi infancia hasta el presente jamás he comido bestia muerta o des-
pedazada, ni ha entrado en mi boca carne contaminada». 15Él me

respondió: «Bien, en lugar de excrementos humanos te permito usar boñigas de buey, para que hagas sobre ellas tu pan». [16]Luego me dijo: «Hijo de hombre, he decidido destruir la provisión de pan en Jerusalén: comerán el pan tasado y con angustia, y beberán el agua racionada y con ansiedad, [17]para que, al faltar pan y agua, acaben todos desfallecidos y consumidos por sus culpas».

5 [1]«Tú, hijo de hombre, toma una espada afilada; *úsala como navaja de barbero* y pásatela por tu cabeza y tu barba. Toma luego una balanza y divide en partes lo que hayas cortado. [2]Prende fuego a un tercio en medio de la ciudad (al cumplirse los días del asedio). Toma otro tercio y ve cortándolo con la espada alrededor de la ciudad. El último tercio espárcelo al viento, que yo desenvainaré la espada contra ellos. [3]Pero toma de ahí unos pocos pelos y recógelos en el vuelo de tu manto; [4]y de éstos vuelve a tomar unos pocos, échalos en medio del fuego y quémalos. (*De ellos saldrá fuego contra la casa de Israel*)» [cf. 19,14?]

[5]«Esto dice el Señor Yahvé: "Ésta es Jerusalén. Yo la había colocado en medio de las naciones, rodeada de países, [6]pero ella se ha rebelado contra mis normas con más perversidad que las naciones, y contra mis decretos más que los países de su alrededor. [*Sí, han rechazado mis normas y no se han conducido según mis decretos)". [7]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: "Ya que vuestra rebeldía es mayor que la de las naciones que os rodean; ya que no os habéis conducido según mis decretos, ni habéis observado mis normas, y ni siquiera os habéis ajustado a las normas de las naciones que os rodean,*] [8]por eso, esto dice el Señor Yahvé: también yo me declaro contra ti: ejecutaré mi sentencia en medio de ti, a la vista de las naciones; [9]y, debido a tus abominaciones, haré contigo lo que nunca he hecho ni volveré a hacer jamás. [*[10]Por eso, los padres devorarán a sus hijos en medio de ti y los hijos devorarán a sus padres. Ejecutaré mi sentencia contra ti y esparciré a todos los vientos lo que quede de ti. [11]Por eso, ¡lo juro por mi vida! –oráculo del Señor Yahvé– que así como tú has contaminado mi santuario con todos tus horrores y todas tus abominaciones, yo también te rechazaré; no me apiadaré ni perdonaré. [12]Un tercio de los tuyos morirá de peste o perecerá de hambre dentro de ti; otro tercio caerá*

***a espada en torno a ti; y al otro tercio lo esparciré yo a todos los vientos, desenvainando personalmente la espada contra ellos. [13]Voy a desahogar mi cólera y saciar en ellos mi furor; me vengaré y desahogaré mi furor en ellos; y sabrán entonces que yo, Yahvé, he hablado lleno de celo.*] [14]Haré de ti una ruina, oprobio y burla entre las naciones que te rodean, a la vista de todos los transeúntes. [15]Serás oprobio y blanco de insultos, *ejemplo y asombro para las naciones que te rodean*, cuando en ti ejecute mis juicios con cólera y furor, con furiosos castigos. Yo, Yahvé, he hablado. [16]Lanzaré contra ellos las terribles flechas exterminadoras del hambre, que yo enviaré para acabar con vosotros; acrecentaré entre vosotros el hambre y destruiré vuestras provisiones de pan. [17]Enviaré contra vosotros hambre y bestias feroces, que te dejarán sin hijos; la peste y la sangre se cebarán en ti, y enviaré contra ti la espada. Yo, Yahvé, he hablado».**

La primera nota que me gustaría subrayar es la fuerza de 5,5: «Ésta es Jerusalén». Con las varias interpolaciones del nombre de Israel y de Jerusalén en los versículos anteriores (4,1.7) se ha perdido el efecto del suspense. Que se trata de un asedio, parece evidente; pero ¿de qué ciudad? Que al final se descubra que se trata de Jerusalén y que es Dios mismo quien ataca, confiere dramatismo al texto. Si prescindimos, de momento, de la acción simbólica que mantiene inmóvil al profeta (4,4-8), las otras tres acciones simbólicas las podemos entender como explicación del principio, de la mitad y del final del asedio de la ciudad: construcción de torres y empalizadas al comienzo, falta de alimento al cabo de poco tiempo y, al final, la suerte negativa de los habitantes de Jerusalén. En las tres (y en la que dejamos de lado por ahora) el profeta juega un papel de protagonista en el juego del asedio: hace el dibujo y se parapeta tras una lámina de hierro a modo de escudo; recibe alimento racionado (e incluso impuro), como ocurre en toda ciudad que lleva algún tiempo asediada; finalmente, los pelos de la barba afeitada simbolizan la disgregación nefasta de los habitantes de la ciudad.

En la primera acción simbólica, tras la orden de utilizar un ladrillo (se supone que todavía fresco para poder hacer en él incisiones), suenan ocho frases de imperativo con tres palabras cada una (en

hebreo): ‘toma un ladrillo’, ‘ponlo delante’, ‘graba una ciudad’, ‘diseña un asedio’, ‘construye torres’, ‘levántale terraplenes’, ‘emplázale campamentos’, ‘instálale arietes’. Por un lado, parece que es la dinámica de la grabación la que soporta el significado del asedio en curso. Sin embargo, es el profeta con su plancha de hierro quien tiene que moverse (acercarse y alejarse, apoyar el rostro) para dramatizar el asedio. Él produce el asedio (4,3). La imagen adquiere todo su significado cuando leamos (en 5,8-9) que es el Señor quien se pone en contra de la ciudad asediada.

Ez 4,7 es una interpolación que relaciona la inmovilidad del profeta, acostado de un lado o del otro, con el asedio de la ciudad. Si se prescinde de ese versículo, el significado de esta inmovilidad no explica lo que va a pasar, sino lo ya sucedido; no habla de un asedio que se va a producir y de la consiguiente derrota, sino del castigo (= destierro) de Israel y de Judá, ya en fase de ejecución. Sobre el significado de las cifras se han hecho múltiples conjeturas. La proporción año/por/día y el número de cuarenta se menciona ya en Nm 14,34: «Según los cuarenta días que empleasteis en explorar el país, cargareis cuarenta años con vuestros pecados, un año por cada día». Así se explican también los cuarenta años del desierto: el tiempo que tarda en pasar la generación rebelde e infiel. Cuarenta años es el número con el que se hace referencia a una generación, y en Ezequiel se aplica al reino de Judá; trescientos noventa (se repite también en 5,9) es una referencia que no tiene fácil explicación para el castigo del reino de Israel. Israel fue destruido y enviado al destierro bajo el imperio asirio (año 722 a.C.), mientras que Judá fue deportada por el imperio babilonio (597 y 586). Es decir, las cifras no aluden a la cronología histórica. Es verdad que la suma de trescientos noventa y cuarenta coincide con los cuatrocientos treinta años que según Ex 12,40 pasó el pueblo en Egipto. Aunque desconocemos el sentido exacto de estas cifras, lo cierto es que Israel había sido destruido hacía más de un siglo, cuando le llegó la hora a Judá. La imagen del profeta acostado de un lado y atado con cuerdas durante tanto tiempo es chocante. Por eso necesita explicación. ¿O es que la época del destierro, tanto para el reino del Norte como para el del Sur, significaba que “la palabra de Dios estaba encadenada”? En Is 52,10 el Señor se desnuda el brazo para salvar a su pue-

blo. No parece ser éste el sentido en Ezequiel. Las cuerdas ya habían sido mencionadas (3,25). Los vv. 7-8 complican un poco la lectura, pues atado con cuerdas no se ve cómo pueda acercar su rostro y su brazo desnudo al asedio. Eso sí, queda claro que es el Señor quien ha atado a su enviado.

Sigue el asedio de la ciudad en los vv. 9-17. Comienzan los problemas de abastecimiento. El profeta los simboliza con el alimento monótono y racionado. Al problema de la escasez se le suma la dificultad de observar la legislación sobre la pureza ritual. Ezequiel, que hasta ahora no ha puesto ninguna objeción a las órdenes que ha recibido, ahora formula una no por la cantidad, sino por el combustible usado para su cocción: «¡Ay, Señor Yahvé!, yo no estoy impuro». Dios accede. El excremento humano había que enterrarlo (Dt 23,13-15); las boñigas de vacuno son un buen combustible en momentos de escasez. Por si la discusión sobre la pureza ha distorsionado el sentido de la acción, la explicación que ofrece el v. 16 se basa únicamente en la escasez.

Al final del asedio se llega en el cap. 5 a la conquista, la muerte y la dispersión, expresadas en un signo de fácil visibilidad, pero de complicada composición literaria. Afeitar la cabeza y la barba puede ser un grave deshonor (1 S 10,4-5; 1 Cro 19,5) y es señal de derrota (Is 7,20), signo normal de luto (Ez 7,18; 27,31; Jr 41,5; 47,5; 48,37). Los nazireos hacen voto de no cortarse el pelo (Nm 6,5), y hasta el acicalarse la barba está prohibido a los sacerdotes (Lv 21,5: «Los sacerdotes no se raparán la cabeza, ni se cortarán los bordes de la barba, ni se harán incisiones en su cuerpo». También Ez 44,20 les prohíbe raparse, pero no cortarse el pelo. Sin embargo, eso es lo que tiene que hacer el leproso que se cura, como signo de purificación (Lv 14,8-9; Nm 6,9). Con esto sólo buscamos subrayar que la acción que ejecuta el profeta es muy llamativa y está prohibida a un sacerdote (Ez 44,20; Lv 21,5; Dt 14,1). Por fuerza llama la atención. La balanza para dividir exactamente los pelos añade dramatismo a la escena. Un tercio será quemado, un tercio triturado con la navaja, el tercio final arrojado al viento; fuego en la ciudad, muerte en la guerra o destierro final son los tres destinos posibles para los habitantes. La orden de 5,3-4 complica la acción y no añade significado. Es la segunda parte (¿posterior?) de la acción simbólica: el Señor le

manda coser en el borde del manto una pequeña porción de cabellos. Se trata de una alusión al "resto", pero esta porción de cabellos no se volverá a mencionar en el libro de Ezequiel. Con todo, una pequeña parte de ellos será arrojada al fuego. Cerco, hambre, espada, fuego, viento..., todo parece negativo. Falta el objeto. La explicación de la acción original llegará a partir del v. 12.

En 5,5 se desvela el misterio. Nosotros lo conocíamos ya, porque las añadiduras que se han efectuado al texto precedente nos lo habían adelantado: «Ésta es Jerusalén» (5,5). La ciudad que sufre el asedio, la que encontrará problemas de alimentación, la que experimentará el fuego, la espada, la dispersión, etc., esta ciudad es Jerusalén. Destinada a ser el centro del mundo, se verá dispersa entre las naciones; los otros pueblos que le rodean como corona se convierten en testigos del castigo y en horizonte de la dispersión. La palabra del Señor intenta explicar: comienza por la razón del castigo, más tarde explicará la acción simbólica realizada con los cabellos del profeta. Evidentemente la causa de toda la tragedia es la rebelión del pueblo, su descaro en no obedecer ni las normas más elementales (5,6.7). Quien se pone en contra es el mismo Dios, que se convierte en ejecutor de una sentencia que debe pronunciar por fidelidad: «ejecutaré mi sentencia» (5,10) es en positivo la misma frase que en negativo se aplica al pueblo: «no os habéis conducido según mis decretos» (v. 7). Ambas establecen un juego de palabras en hebreo con "haré justicia"; el Señor se dirige al pueblo en segunda persona. Vosotros, infieles, no habéis respetado mis normas; yo, fiel, voy a hacer justicia, ejecutando la sentencia contra los rebeldes. Los vv. 6b-7 (así como vv. 10-13) presentan un tono notablemente cultual y posiblemente exagerado (canibalismo familiar también en Jr 19,9; Is 9,19, o como castigo para el enemigo Is 49,26), pero no carente de cierto realismo. Por primera vez en el libro de Ezequiel, Dios se pone en contra de su pueblo. Es una especie de desafío: vosotros os habéis rebelado contra mí (5,7), no habéis cumplido ni siquiera como una nación extranjera; «yo me declaro contra ti» (v. 8), yo sí voy a respetar mis normas.

Los versículos finales del capítulo están irremediablemente corrompidos, con evidentes repeticiones y temas varios. Constituyen una especie de segundo anuncio de juicio contra Jerusalén: «Por eso» (vv. 10.11) suele introducir la sentencia, esta vez con un juramento de

Dios que garantiza su cumplimiento. La razón de la condena se aduce más tarde. De momento se les acusa de delitos cultuales contra el carácter sagrado del templo. La acción simbólica había sido la depilación completa del profeta. Las tres partes en que se han dividido los cabellos se explican como tres clases de condena a muerte: por la peste, la espada o la dispersión por todos los vientos (v. 12). Cierra el capítulo la triple repetición de una frase habitual en Ezequiel: «Yo, Yahvé, he hablado» (vv. 13.15.17 y otras 11 veces en el libro). Su función comunicativa es variada. A veces subraya la seguridad de que el anuncio se va a cumplir: «yo, Yahvé, he hablado y lo haré» (Ez 17,24; 22,14; 24,14; 36,36; 37,14); otras veces sirve para que quede constancia de su palabra: «y sabrán/sabréis que yo, Yahvé, he hablado» (Ez 5,13; 17,21; 37,14). Se mantiene en esta parte final un esquema ternario. Tres amenazas: «te rechazaré» (v. 11) incluye la muerte de los habitantes por tercios (peste, hambre, espada); «haré de ti ruina, oprobio y burla» (v. 14) se dirige a Jerusalén directamente; «flechas…, hambre… y espada» (vv. 16-17) reagrupa a todos los agentes de destrucción que causarán la muerte de los habitantes.

En nuestra visión de la divinidad no tiene cabida esta ira incontenible de Dios. Y razón no nos falta. No en vano han pasado dos mil quinientos años desde que este texto fue escrito. Y no lo vamos a defender. Simplemente conviene explicar que el profeta está utilizando un paradigma jurídico, como es el de la Alianza, donde la infidelidad se condena con la muerte. En la mentalidad de Ezequiel, Dios ha invertido mucha confianza en Israel y en Jerusalén –como ya hemos visto en otros textos y seguiremos viendo en adelante–, como para que el castigo no sea ejemplar o no sea tratado como 'los demás pueblos', a menudo enemigos de Israel. La luminosidad del favor divino contrasta a menudo con la oscuridad de su furor y de su ira. Los profetas expresan con sus palabras que Dios se muestra apasionado en su protección y en su castigo. Ambas situaciones son públicas y tienen que ser vistas y comprendidas por los demás pueblos. Posiblemente la realidad supera a la literatura. El mensaje va dirigido a quienes han conocido la desgracia de la destrucción, el destierro y la muerte. A ellos se intenta explicar la razón y se subraya que no se debe a la impotencia de su Dios, sino a su justicia. No habla en vano.

2.3. Contra los montes de Israel (cap. 6)

La fórmula de recepción de la palabra da comienzo a una nueva unidad literaria, que mantenemos hasta la siguiente fórmula (7,1). Se trata fundamentalmente de dos oráculos (vv. 1-10; 11-14; cf. la fórmula inicial de v. 11), si bien la repetición de la fórmula de reconocimiento («sabrán/sabréis que yo soy Yahvé») permite dividir el texto en tres partes y comprender los vv. 8-10 como una unidad central especial. Las dos primeras partes forman una especie de discurso dirigido a un supuesto auditorio, mientras que la tercera ordena una nueva acción simbólica con su explicación. El objetivo es claro: que se reconozca la acción de Dios en la historia.

6 1Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 2«Hijo de hom-
bre, vuelve tu rostro hacia los montes de Israel y profetiza con-
tra ellos. 3Dirás: “¡Montes de Israel!, escuchad la palabra del Señor
Yahvé. Esto dice el Señor Yahvé a los montes y a las colinas, a los
barrancos y a los valles: He decidido traer contra vosotros la es-
pada y destruir vuestros altozanos. 4Vuestros altares serán devas-
tados, rotas vuestras estelas; arrojaré vuestros caídos ante vues-
tras basuras, (5*pondré los cadáveres de los israelitas delante de sus*
***basuras*), y esparciré sus huesos en torno a vuestros altares. 6En**
todas vuestras comarcas, las ciudades serán destruidas y los alto-
zanos devastados, de forma que vuestros altares queden en ruinas
y paguen la culpa, vuestras basuras sean destrozadas y aventadas,
vuestras estelas hechas pedazos y aniquiladas vuestras obras.
7Habrá caídos en medio de vosotros, y sabréis que yo soy Yahvé”.
8«Pero, cuando seáis dispersados por los países, os dejaré entre
las naciones algunos supervivientes de la espada. 9Y esos supervi-
vientes se acordarán de mí en las naciones en las que estén depor-
tados, ésos a quienes yo haya quebrantado el corazón adúltero que
se apartó de mí y los ojos que se prostituyeron tras sus basuras. Se
horrorizarán de sí mismos por las maldades que cometieron, por
todas sus abominaciones. 10Y sabrán que yo, Yahvé, no les había
amenazado en vano con todos estos males».
11«Esto dice el Señor Yahvé: “Bate las manos, patalea y lanza
ayes por todas las execrables abominaciones de la casa de Israel,

que va a caer por la espada, el hambre y la peste. [12]El que esté lejos morirá de peste; el que esté cerca caerá a espada; el que quede y el sitiado morirán de hambre, porque voy a desahogar mi furor en ellos. [13]Y sabréis que yo soy Yahvé, cuando sus caídos queden allí ante sus basuras alrededor de sus altares, en toda colina elevada, en la cima de todos los montes, bajo cualquier árbol verde o encina frondosa, dondequiera que ofrecen aroma suave a todas sus basuras. [14]Extenderé mi mano contra ellos y dejaré esta tierra desolada, desde el desierto hasta Riblá, en todas sus comarcas. Y sabrán que yo soy Yahvé"».

De las quince veces que se mencionan los "montes de Israel" en el libro de Ezequiel (6,2.3.23; 19,9; 33,28; 34,13.14; 35,12; 36,1[dos veces].4.8; 38,8; 39,2.4.17), la relación más llamativa se da entre los caps. 6 y 36. En ambas ocasiones se repite la orden «profetiza contra ellos» y la invitación directa a escuchar; en ambos textos se mencionan también las colinas, los barrancos y los valles, alargando el horizonte al territorio entero. Resulta más llamativo el hecho de que la preposición que acompaña normalmente a la mención de los montes en las primeras recurrencias (caps. 6.19.34) es la preposición "a, sobre, acerca de" (*'el*), mientras que en las menciones finales (caps. 35.38.39) normalmente la preposición que le acompaña es "contra" (*'al*), excepto precisamente en Ez 36. Sería importante saber contra quiénes se enfrenta el profeta en segunda persona. En Ez 35 parece claro que es el "monte Seír", contra el que tiene que hablar el profeta, y se refiere al reino de Edom. El origen de la fórmula "montes de Israel" es desconocido. Sí parece subrayar el carácter geográfico, y no tanto alegórico, del objeto del oráculo. También se corresponde con la ubicación de los santuarios idolátricos en los "altozanos".

El Señor se presenta (vv. 1-7) purificando el territorio de toda idolatría: altozanos, estelas, basuras, ídolos. Un cadáver destruye el carácter sagrado de un altar. El pueblo debe reconocer la acción del Señor en esta acción purificadora del territorio, que irá acompañada de muerte, como corresponde al no cumplimiento del primer mandamiento de la alianza. El término "basuras" traduce una expresión extraña (*gil.lûlim*), muy similar en las consonantes a

"excremento" (Ez 4,12.15), pero a la que se le añaden las vocales de "ídolo", para expresar no tanto una figura idolátrica concreta, cuanto el asco que producen dichas figuras (véase nota a 6,4 en la NBJ). El término es típico de Ezequiel (que acumula 37 de las 48 veces que aparece en todo el AT), aunque difícilmente se pueda afirmar que sea invención suya.

En los vv. 8-10 no se describe la destrucción de los altozanos, estelas y altares idolátricos situados en lugares elevados, ni se menciona la muerte que acompañará al castigo, cuando el Señor extienda su mano. Inesperadamente el objetivo se mueve de los montes devastados a los dispersos en todas las naciones. Se menciona un pequeño resto que, diseminado entre las naciones, será capaz de sentir vergüenza ("asco", cfr. Sal 95,10; Job 10,1) por su culpa. Ezequiel lo repetirá en dos ocasiones: 20,43 y 36,31, en textos relativamente similares. Este sentimiento es el comienzo para poder 'reconocer' la justicia del Señor. Este texto constituye un buen inicio para la elaboración de un concepto teológico tan importante como el del "resto", tan presente en la literatura profética posterior al exilio para expresar la molécula inicial de un nuevo comienzo. Algunos comentaristas suponen que este texto fue añadido posteriormente, cuando la teología del "resto" ya estaba algo desarrollada. En el texto actual suponen un perfecto contrapunto a la ira divina. También el nuevo comienzo será obra del Señor.

Los vv. 11-14 nos hacen regresar al escenario de muerte. "Batir las manos" puede ser 'aplaudir', o simple expresión de alegría (Sal 47,2; 98,8; Ez 25,6), de burla (Na 3,19; Job 27,23) o de furia (Nm 24,10). Aquí parece que el miedo ante la amenaza es más coherente (cf. Ez 21,19.22; 22,13). "Batir palmas" y "patalear" son expresiones mencionadas también en 25,6, donde el significado es más explícito: «a costa de la tierra de Israel». ¡El Señor pide al profeta comportarse como un enemigo! El gesto de Ezequiel, además de llamar la atención de los oyentes, hace explícita la actitud del Señor. A continuación, el profeta anuncia el desastre: espada, hambre y peste serán los verdugos. Los versos finales resumen el mensaje anti-idolátrico del conjunto, formulado muy apropiadamente en un lenguaje sacerdotal.

2.4. El final está cerca (cap. 7)

La fórmula de recepción de la palabra y la denominación “Hijo de hombre” abren la nueva unidad literaria; la fórmula de reconocimiento (vv. 4.9.27) lo subdivide en tres unidades de tamaño desigual (vv. 1-4; 5-9; 10-27). Estos detalles relacionan formalmente esta unidad con la anterior. Allí se mencionaba el espacio; aquí el tiempo. También el tema es de juicio y de destrucción; el tono se vuelve escatológico. ¡El final se acerca! El mismo grito que en Am 8,2. El mensaje de condena a la tierra de Israel es claro, pero su formulación complicada: repeticiones, inconsistencias gramaticales y frases cortadas causan varios graves problemas de traducción y de interpretación en algún momento. Pero no vamos a entrar en detalles, porque el contenido general es suficientemente coherente. El texto de los vv. 2-4 y 5-9 se pueden ordenar en columnas paralelas; la segunda aparecería evidentemente más amplia. La versión griega modifica algunas partes del texto hebreo masorético: añade la orden de hablar («di», que se mantiene en la traducción); traspone parte de los vv. 3-6a después del v.9 y de los vv. 6b-7a, que se colocan junto al v. 2; modifica la fórmula de reconocimiento, dejando simplemente «porque yo soy Yahvé», coloca la fórmula “Esto dice el Señor Yahvé” del v. 5 al comienzo del v. 10, etc. Todo ello ha conducido a algunos exegetas a considerar los vv. 6-9 como una inserción posterior; otros la consideran más original. El problema es claro, pero no es la primera vez –ni la última– que encontraremos repeticiones en el texto profético de Ezequiel. En la tercera sección (vv. 10-27), una vez que se ha hablado del “final”, se pasa a describir el “día del Señor”. Ya no se habla a la tierra en segunda persona, sino en tercera, y el contenido se centra en la suerte de la población con abundantes imágenes agrícolas. También Amós había hablado del “final” (Am 8,1-4) y del día del Señor (Am 5,18-20), anunciando la desgracia. Un texto con varios puntos de contacto con Ezequiel lo podemos encontrar en Is 13,1-16, y tal vez dicha comparación nos sirva para ensalzar la fuerza poética y plástica de Isaías.

7 [1]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de hom-
bre, di: Esto dice el Señor Yahvé a la tierra de Israel: ¡El fin!
Llega el fin sobre los cuatro extremos de esta tierra. [3]Te ha tocado el
fin. Voy a desencadenar mi cólera contra ti; ***te juzgaré según tu con-***

ducta y te pediré cuentas de todas tus abominaciones. [4]*No me apia-
daré de ti, ni te perdonaré; te daré según tu conducta, cuando aparez-
can tus abominaciones en medio de ti*. Y sabréis que yo soy Yahvé.
[5]«Esto dice el Señor Yahvé: ¡Desgracia única! ¡Ya viene la des-
gracia! [6]Se acerca el fin, el fin se acerca sobre ti; es ya inminente.
[7]Te llega el turno, habitante del país; llega el tiempo, está cercano
el día. En los montes habrá consternación, y no saltos de alegría.
[8]Ahora voy a derramar sin tregua mi furor sobre ti y a desahogar
mi cólera en ti; *voy a juzgarte según tu conducta y a pedirte cuentas
de todas tus abominaciones.* [9]*No me apiadaré de ti, ni perdonaré; te
pagaré según tu conducta, cuando tus abominaciones aparezcan en
medio de ti*. Y sabréis que yo soy Yahvé, el que hiere.
[10]«¡Está llegando el día! ¡Te ha tocado el turno! Florece la injus-
ticia, despunta la arrogancia, [11]se alza la violencia para hacerse
vara de maldad… [12]Llega el tiempo, se acerca el día. Que el com-
prador no se alegre, ni se entristezca el vendedor, porque *la ira va
dirigida contra toda su multitud*. [13]El vendedor no recobrará lo ven-
dido, y eso si se encuentra entre los vivos, *pues la ira contra toda su
multitud* no será revocada; nadie tendrá segura la vida, a causa de
su iniquidad. [14]Tocad la trompeta, tened todo dispuesto, pero que
nadie entre en combate, porque *mi ira es contra toda su multitud*.
[15]«Fuera está la espada; en casa, la peste y el hambre. El que se
encuentre en el campo morirá a espada, y al que esté en la ciudad
lo devorarán el hambre y la peste. [16]Escaparán sus supervivientes
y andarán por los montes como las palomas de los valles; todos
irán gimiendo, cada uno por sus culpas. [17]Todas las manos desfa-
llecerán, las rodillas se irán en agua; [18]se ceñirán de sayal, un esca-
lofrío los invadirá; todos los rostros sonrojados, las cabezas rapa-
das. [19]Arrojarán su plata por las calles y su oro se convertirá en
inmundicia; ni su plata ni su oro podrán salvarlos el día de la ira
de Yahvé; no se saciarán ni llenarán su vientre, porque ello consti-
tuía la ocasión de su pecado. [20]Se enorgullecían de la hermosura
de sus joyas: con ellas fabricaron las imágenes de sus ídolos abo-
minables; por eso yo las convertiré en basura. [21]Las entregaré
como botín a los extranjeros, como presa a los malvados de la tie-
rra, para que las profanen. [22]Apartaré de ellos mi vista, y mi tesoro
será profanado: los invasores penetrarán en él y lo profanarán.

[23]«Haz unas cadenas, porque el país está lleno de sangre, la ciudad repleta de violencia. [24]Yo haré venir a las naciones más crueles, que se apoderarán de sus casas. Pondré fin al orgullo de los poderosos, y sus santuarios serán profanados. [25]Llegará el terror y ellos buscarán la paz, pero no la habrá; [26]vendrá un desastre tras otro, una mala noticia tras otra. En vano pedirán una visión al profeta; al sacerdote le faltará la ley, y el consejo a los ancianos. [27]El rey estará en duelo, el príncipe hundido en la desolación, al pueblo de la tierra le temblarán las manos. Yo los trataré según su conducta, los juzgaré según sus juicios. Y sabrán que yo soy Yahvé.

El texto no es fácil en los detalles, y el v. 11 no sabemos cómo restaurarlo. Pero el mensaje global es evidente. Las dos primeras estrofas (vv. 1-4; 5-9) relacionan el "final" con la desgracia. Es tiempo de consternación, no de romerías. El Señor se pone en contra de su pueblo; antes (5,5) contra la ciudad asediada (Jerusalén), ahora contra la tierra de Israel (v. 2); antes contra el centro de los pueblos, ahora desde los cuatro puntos cardinales. En las dos estrofas se afirma que Dios no se apiadará. El grito inicial del v. 2 («¡El fin!»), por ausencia de verbo, recuerda la alarma del "vigía". «Los cuatro extremos de esta tierra» refuerza el carácter geográfico del objeto: todo el país. De la población ya se hablará más tarde. El tiempo es inmediato. En el v. 3 se intuye un "ahora"; está presente. La tierra aparece personificada y como sujeto moral: «tu conducta… tus abominaciones». Al final, se diluye la imagen: «tus abominaciones en medio de ti». En el v. 5, un nuevo grito de alarma avisa de la desgracia. La construcción es paralela: el mismo destinatario, el tiempo inminente y la parte final casi idéntica. Pero con frases más abruptas, como expresando el jadeo del vigía. «Está cercano el día» (v. 7) prepara ya la tercera estrofa.

El tercer grito de alarma anuncia la venida del "día". La imagen tradicional del "día del Señor" no es la que ofrece el texto. En la tradición oficial, en "el día" Dios se pone a favor de su pueblo contra los enemigos de éste. En la literatura profética la injusticia y la idolatría provocan un cambio de rol y el Señor ataca a su pueblo (Is 5,5.25; 7,18-25); el día del Señor se convierte en el día de la ira (Am 5,18-20; 8,9-10; So 1,15-18). La triple repetición de la fórmula «la ira va dirigi-

da contra toda su multitud» (vv. 12.13.14) generaliza el desastre: alcanza el comercio (vv. 12-13), la derrota fuera de la ciudad y la peste dentro de ella (v. 15); los supervivientes vagarán avergonzados (vv. 16-18) por su culpa, sin joyas (vv. 19-20), sin lo básico; serán entregados como botín a los enemigos (vv. 21-22). Los "supervivientes" del v. 16 no tienen relación con el "resto"; son como una porción de la población que sufre el miedo, la dispersión y la angustia. El v. 19 vuelve a resonar en So 1,18. La violencia convierte el orgullo en profanación, la paz en terror. Resulta llamativa, por inesperada, la mención del rey (v. 27). En el libro de Ezequiel se menciona varias veces al rey de Egipto, pero nunca se hace mención del rey de Israel. Dicha mención desaparece en la versión griega (LXX). Ésta podría ser una alusión muy genérica a las consecuencias políticas del desastre. Existe una mención indirecta de Sedecías en 17,12-18, y en 37,24 se menciona al rey David en el restablecimiento de la alianza con el pueblo. En el orden establecido por la alianza, del profeta se espera una visión o un oráculo, del sacerdote la explicación de la ley, del anciano el consejo sapiencial (v. 26). Algunos creían que nunca podrían cesar la actividad normal de las tres categorías de jefes espirituales (profetas, sacerdotes, sabios; cf. Jr 18,18). En el día de la ira del Señor no existirán. Si caemos en la cuenta de que las tres categorías corresponden a las tres partes del Antiguo Testamento (Ley, profetas, sabios), el anuncio de que van a cesar recuerda la afirmación de 1 S 3,1 («Por aquel tiempo era rara la palabra de Yahvé, y no eran corrientes las visiones»), que algunos quieren poner en relación con la situación de injusticia que se vivía (1 S 8,1-3). En Ez 7 la razón es que todo ha llegado al final; también la presencia salvadora de Dios en su pueblo.

3. Visiones en Jerusalén (8,1 - 11,25)

Se trata de una de las secciones más complicadas y reelaboradas no sólo del libro de Ezequiel, sino de todo el AT. Ya hemos indicado más arriba que el uso de las fórmulas hacen de ella una unidad literaria formalmente peculiar: no se encuentran en ella las fórmulas «Esto dice Yahvé» o «Yahvé me dirigió su palabra…», tan usadas en el resto del libro. Pero el contenido de estos textos resulta capital

para explicar a los desterrados lo ocurrido. Jerusalén va a ser destruida, porque Dios la destruye. Si el enemigo ha vencido, es porque la Gloria de Dios ha abandonado el santuario a causa de los pecados cometidos en él, fundamentalmente idolátricos, como corresponde a la mentalidad sacerdotal de Ezequiel. La sección se introduce con una indicación cronológica que nos sitúa en el año sexto de la deportación del rey Jeconías, es decir, unos cuatro años antes de la destrucción de Jerusalén.

Esta unidad textual comienza con la fórmula habitual de datación y está marcada al principio y al final con la mención de las «sobrecogedoras divinas» (8,3; cf. 11,24) a modo de inclusión literaria. Su contenido encierra un mensaje dirigido a los desterrados (11,25). El marco ideológico del conjunto está configurado por la "Gloria del Dios de Israel", primero presente en el atrio interior del templo (8,4), después llevada procesionalmente por los querubines dentro del templo (10,4) hasta la puerta oriental, y que finalmente abandona el templo y la ciudad, deteniéndose en el monte al oriente de la ciudad, que nosotros conocemos como Monte de los Olivos (11,23). Una vez que la gloria de Dios abandona la ciudad, ésta puede ser conquistada por el enemigo. La visión de la gloria se identifica repetidamente con la visión inicial del profeta, junto al río Quebar (8,4; 10,15.20.22, así como en 43,3). Entre la primera y la segunda mención de la gloria se narran las visiones de las abominaciones cometidas en el templo y su castigo, que consistirá en la profanación que ejecutarán "seis hombres", uno de ellos "vestido de lino" (8,2 - 9,11); entre la segunda y la tercera mención de la gloria se encuentra la escena de los veinticinco malvados consejeros en el pórtico oriental (11,1-13) y un inesperado oráculo de salvación (11,14-21).

También el marco geográfico resulta significativo en este conjunto: el profeta está en su casa (8,1) y la mano del Señor le lleva en visiones a Jerusalén (8,3). Allí, fundamentalmente en la puerta norte del templo y en el atrio, tiene una serie de visiones del pecado del pueblo: del "ídolo de los celos" (8,5-6), de los setenta ancianos con incensarios en una estancia llena de pinturas prohibidas (8,7-13), de los ritos idolátricos de las mujeres (8,14-15) y de los veinticinco adoradores del sol (8,16-17). Cada una de estas visiones, menos la última, concluye con la observación: «Todavía has de ver mayores abo-

minaciones» (8,6.13.15), lo que produce la impresión de gravedad creciente. La última se cierra con la amenaza de que el Señor ni se apiadará, ni perdonará (8,18), fórmula que se volverá a utilizar de diversas maneras en el castigo mencionado en el cap. 9 (vv. 5.10).

Teniendo en cuenta estos datos, podemos intentar la siguiente estructuración de la sección:

3.1. Introducción (8,1)
3.2. Visiones de la idolatría en el templo y su castigo (8,2 – 9,11)
3.3. La gloria traspasa el umbral del templo (cap. 10)
3.4. Escenas sueltas (11,1-21)
3.5. Conclusión de las visiones y regreso a Caldea (11,22-25)

3.1. Introducción (8,1)

8 [1]El año sexto, el día cinco del sexto mes, estando yo sentado en mi casa con los ancianos de Judá, se posó allí sobre mí la mano del Señor Yahvé.

La introducción nos sitúa en el 17 de agosto del 592 (otras cronologías indican el 18 de septiembre), antes del asedio final de Jerusalén. Los ancianos, por alguna razón desconocida, han venido a consultar al profeta (en 14,1-3 y 20,1 se sugiere que buscaban consultar al Señor). Ellos, suponemos, recibirán el mensaje final, aunque en la descripción de las visiones del profeta su presencia no se deja notar. En Jerusalén está todavía Sedecías ejerciendo las funciones de rey. La discusión sobre la breve o larga duración del destierro les podía interesar (cf. en Jr 28-29 los problemas que a Jeremías le produjo la intervención de los desterrados en su contra, porque había anunciado una larga duración del destierro). La "mano del Señor" simboliza en la historia deuteronómica la acción guerrera del Señor, habitualmente contra las naciones enemigas (Dt 2,15; Jos 4,24; 1 S 5,6.9; 7,13; 12,15); sólo una vez desciende sobre Eliseo, que anuncia un milagro a favor de su pueblo y contra Moab. En la literatura profética la mano del Señor implica también la acción de Dios contra las naciones (Is 19,16; 25,10), pero lo novedoso en el Segundo Isaías es que la mano del Señor realiza los grandes actos de la salvación

(41,20; 59,1; 66,14). El uso de "la mano del Señor" en Ezequiel es, por lo tanto, específico: descansa o se apoya sobre el profeta y casi siempre produce en él movimiento (Ez 1,3; 3,22; 8,1; 37,1; 40,1). Aquí define una actuación divina imprevista e inesperada.

3.2. Visiones de la idolatría en el templo y su castigo (8,2 – 9,11)

Una figura humana servirá de guía. Vuelve la luminosidad y el brillo de la visión inicial de la Gloria. En oposición, cuatro visiones resumen en el cap. 8 el pecado del pueblo. Fundamentalmente es idolatría; sólo al final se le acusará también de injusticia. Las visiones son:

1) Una estatua idolátrica en la puerta norte del atrio interior (8,5-6)
2) Adoración de ídolos pintados (8,7-13) en el atrio, a través de un agujero
3) Mujeres dando culto a Tamuz (8,14-15) en la puerta norte del templo
4) Adoración del sol por parte de veinticinco hombres (8,16-18) en el atrio interior
5) A las cuatro visiones sigue la ejecución de la sentencia (9,1-11)

La estructura de las cuatro visiones es idéntica: ubicación en un lugar – orden de mirar o de posibilitar la vista – exposición de la visión – pregunta retórica «¿Has visto?» – conclusión: la frase «todavía verás mayores abominaciones» en la conclusión de las tres primeras y la negación de piedad y perdón en la última confieren al conjunto sensación de una progresión, que en el contenido tenemos dificultad para comprobarlo, pues todas las acusaciones nos resultan de parecida gravedad. Pero literariamente resulta un 'crescendo' hacia la explosión final del Dios, que en un principio se dio a conocer como «tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad» (Ex 34,6; Nm 14,18; Sal 7,12; 86,15; 103,8; 119,60; 145,8), apelativo al que curiosamente en la literatura profética sólo se alude en Jl 2,13, Jon 4,2 y Na 1,3. Al parecer, los profetas anteriores al exilio tenían la misión de anunciar el desastre definitivo, como si la paciencia de Dios se estuviera agotando. Se empeñaron en anunciar el castigo en términos

jurídicos, como expresión de fidelidad por parte de Dios a la alianza, como un compromiso que no podía por menos de cumplir. La idolatría en la ley de la alianza tenía pena de muerte.

Ez 9 describe la ejecución de la sentencia. Se supone que el guía –o el Señor– llama a los seis ejecutores del castigo, entre los que destaca un «hombre vestido de lino con una cartera de escribano a la cintura» (9,2). Su misión es marcar con la letra "T" (la última de las consonantes hebreas, con forma de cruz) en la frente a quienes, por no compartir la idolatría, se librarán del desastre. Algo parecido ya lo conocemos de Ex 12, donde la señal de salvación será la sangre en el dintel de la puerta. Con la misma letra serán marcados los 144.000 elegidos en Ap 7,2-3.

**8 [2]Miré y vi allí una figura con aspecto de hombre. Desde lo que
parecían ser sus caderas para abajo era de fuego, y desde sus
caderas para arriba era resplandeciente, semejante al destello del
relámpago. [3]Alargó una especie de mano y me agarró por los cabe-
llos; el espíritu me elevó entre el cielo y la tierra y me llevó a Jeru-
salén en medio de sobrecogedoras visiones, a la puerta septentrio-
nal del atrio interior, allí donde se alza el ídolo de los celos, que
provoca los celos. [4]Y allí estaba la gloria del Dios de Israel; con el
mismo aspecto que yo la había visto en la vega. [5]El me dijo: «Hijo
de hombre, mira hacia el Norte». Miré hacia el Norte y vi que al
norte del pórtico del altar estaba este ídolo de los celos, a la entra-
da. [6]Me dijo: «Hijo de hombre, ¿ves lo que hacen éstos? La casa de
Israel comete aquí grandes abominaciones para alejarme de mi
santuario. Pues todavía has de ver mayores abominaciones».**

**[7]Me llevó a la entrada del atrio. Miré y vi un agujero en la pared.
[8]Él me dijo: «Hijo de hombre, perfora la pared». Perforé la pared y
se hizo una abertura. [9]Y añadió: «Entra y contempla las execrables
abominaciones que éstos cometen ahí». [10]Al entrar, contemplé toda
clase de representaciones de reptiles y animales repugnantes; todas
las basuras de la casa de Israel estaban grabadas en la pared, todo
alrededor. [11]Delante de ellas, de pie, estaban setenta ancianos de la
casa de Israel –uno de ellos era Yazanías, hijo de Safán–, cada uno
empuñando su incensario. Y el perfume de la nube de incienso se
expandía. [12]Me dijo entonces: «¿Has visto, hijo de hombre, lo que**

hacen en la oscuridad los ancianos de la casa de Israel, cada uno
en su estancia adornada de pinturas? Piensan que Yahvé no los ve,
que ha abandonado el país». [13]Y añadió: «Todavía les verás come-
ter mayores abominaciones».
[14]Me llevó a la puerta septentrional del templo de Yahvé; allí
estaban sentadas las mujeres, plañendo a Tamuz. [15]Me dijo: «¿Has
visto, hijo de hombre? Todavía verás abominaciones mayores que
éstas».
[16]Me condujo luego al atrio interior del templo de Yahvé. A la
entrada del santuario de Yahvé, entre el vestíbulo y el altar, había
unos veinticinco hombres de espaldas al santuario de Yahvé y de
cara a oriente; se postraban en dirección a oriente, hacia el sol.
[17]Me dijo: «¿Has visto, hijo de hombre? ¿No le basta a la casa de
Judá con cometer las abominaciones que cometen aquí, que ade-
más llenan el país de violencia, irritándome cada vez más? Mira
cómo se llevan el ramo a la nariz. [18]Pues yo también voy a actuar
con furor; no me apiadaré, ni perdonaré. Me gritarán con fuerza,
pero yo no les escucharé.

9 [1]Entonces gritó a mis oídos con voz potente: «¡Que se acer-
quen los que van a castigar a la ciudad con su instrumento de
castigo en la mano!» [2]En esto, por el camino de la puerta superior
que mira al Norte, vinieron seis hombres con su instrumento de
castigo en la mano. Entre ellos había un hombre vestido de lino
con una cartera de escribano a la cintura. Entraron y se detuvie-
ron ante al altar de bronce. [3]La gloria del Dios de Israel se elevó
por encima de los querubines sobre los que descansaba, en direc-
ción al umbral del templo. Llamó entonces al hombre vestido de
lino que tenía la cartera de escribano a la cintura, [4]y Yahvé le dijo:
«Recorre Jerusalén y marca con una cruz la frente de los hombres
que gimen y lloran por todas las abominaciones que se cometen en
ella». [5]Y oí que dijo a los otros: «Recorred la ciudad detrás de él e
id hiriendo a la gente. No tengáis piedad, no perdonéis a nadie;
[6]matad a viejos, jóvenes, doncellas, niños y mujeres, hasta que no
quede uno. Pero no toquéis a quien lleve la cruz en la frente.
Empezad por mi santuario». Empezaron, pues, por los ancianos
que estaban delante del templo. [7]Luego les dijo: «Profanad el tem-

**plo, llenad de víctimas los atrios; en marcha». Salieron a herir por
la ciudad. 8Mientras ellos herían, me quedé solo allí; caí rostro a
tierra y grité: «¡Ah, Señor Yahvé!, ¿vas a exterminar a todo el resto
de Israel, derramando tu furor contra Jerusalén?» 9Me dijo: «La
culpa de la casa de Israel y de Judá es muy grande, mucho. El país
está lleno de sangre, y la ciudad repleta de perversidad. Andan
diciendo que Yahvé ha abandonado el país, que Yahvé no ve nada;
10pues entonces tampoco yo podré apiadarme ni perdonar. Les
haré responsables de su conducta». 11En aquel momento el hom-
bre vestido de lino que llevaba la cartera a la cintura vino a dar
cuenta: «He ejecutado lo que me ordenaste».**

El profeta se encuentra transportado en visiones en Jerusalén. Lo primero que ve es la figura de aspecto humano, resplandeciente y con el brillo del fuego. Después una especie de mano le agarra de los cabellos y el espíritu le transporta –en visiones– hasta Jerusalén. Allí está la gloria del Señor, que inmediatamente se identifica con la que apareció en la visión inicial del libro. Lo normal es que la gloria esté en el templo; lo extraordinario es que la haya visto en el destierro, aunque en la visión se sienta transportado. Allí tienen lugar las visiones específicas.

La primera visión (vv. 5-6) se centra en el "ídolo de los celos". El texto no dice a quién representaba la estatua. No parece tener relación con la estatua colocada por Manasés (2 R 21,7), pues ya había sido destruida en la reforma de Josías (2 R 23,6). Toda representación del Señor en forma de estatua está prohibida (Ex 20,4; Dt 5,8; 4,15-16), porque resulta un ídolo rival. Uno de los títulos del Señor es "Dios celoso" (Ex 20,5; 34,14; Dt 4,24; 5,9; 6,15); Él es el único Dios, que tiene una relación apasionada con su pueblo. El "ídolo de los celos" puede referirse a esta prohibición general, sin una referencia concreta. En la historia de Israel varias veces se ha colocado alguna estatua en el templo, pero siempre ha sido condenada (2 R 21,7; 2 Cro 33,7; Jr 7,18). La finalidad expresada («para alejarme de mi santuario»; 8,6) es una traducción dudosa, pues en hebreo falta el objeto que se aleja (en la traducción se elige la primera persona "me"), pero resulta significativa en relación con lo que finalmente ocurrirá. Todavía se verán mayores abominaciones.

La segunda visión (vv. 7-13) sucede en el atrio interior y presenta a «setenta ancianos de la casa de Israel» ofreciendo culto a los ídolos dibujados en las paredes. Su número trae a la memoria los "setenta ancianos" que ayudaron a Moisés en el gobierno del pueblo (Ex 24,1.9) y sobre los cuales se derramó el Espíritu de Dios (Nm 11,16.24.25). Curiosamente se dice de Moisés y de ellos que «vieron al Dios de Israel. Bajo sus pies había como un pavimento de zafiro» (Ex 24,9). Por supuesto, es fácil recordar que los "ancianos de Judá" están visitando al profeta (8,1); evidentemente no son los mismos, pero ostentan el mismo rango. Identifica a uno de ellos (Jazanías, hijo de Safán), que no vuelve a ser mencionado en la Biblia, aunque sí se encuentra en documentos arqueológicos, y el mismo Ezequiel hace mención de un personaje con ese mismo nombre (pero distinto apellido, "hijo de Azur") en 11,1. De todos modos, el apellido "Hijo de Safán" le convierte en miembro de una noble familia de Jerusalén: su padre fue escriba de Josías (2 R 22,3-14). Hijos de Safán fueron también Ajicán (Jr 26,24), Elasá (Jr 29,3) y Guemarías (Jr 36,10-12), todos ellos relacionados positivamente con Jeremías. La corrupción alcanza los niveles más altos de la jerarquía. En cuanto al contenido de la visión: el profeta hace un agujero en el muro, que le da acceso a ver lo que sucede en el interior de una habitación en la que los ancianos ofrecen incienso a las figuras pintadas en la pared. Debemos recordar que Dt 4,15-20 prohibía toda representación animal; es agravante el hecho de que suceda en el interior del templo y que los ancianos las estén venerando con incienso. Sobre el término "basuras", se puede ver lo dicho a propósito de Ez 6,5. Es significativo que, en medio de tanta visión, se afirme que "Yahvé no ve". Esta primera excusa resulta ridícula, frente a las cuatro veces que al profeta se le pregunta si ve lo que se le muestra (vv. 6.12.14.17); la segunda («ha abandonado el país») trágica, pues predice lo que va a pasar. Expresa la confusión creada, incluso entre las autoridades, por todo lo que está pasando y su pérdida de fe. Para el profeta, al revés, es la expresión máxima del rechazo de la alianza y, por consiguiente, la explicación más evidente del castigo sobrevenido. También concluye la visión con el anuncio de mayores abominaciones.

La tercera visión (vv. 14-15) y la cuarta (vv. 16-18) siguen la pauta idolátrica de las anteriores. Para la tercera, el profeta es colocado en

la puerta septentrional del templo. En ella ve a las mujeres que dan culto a Tamuz (única mención en toda la Biblia), cantando sus lamentos. Pudiera tratarse de un personaje sumerio elevado a dignidad divina y responsable de la fertilidad de los campos, cuya muerte se celebra tras el solsticio de verano, pero que resurgirá en primavera, cuando se celebra su boda con la diosa Istar. Desconocemos el ritual que se seguía; probablemente estaba relacionado con ritos fúnebres. Todavía se anuncian mayores abominaciones. Para la cuarta visión el profeta es introducido en el atrio interior. Los veinticinco adoradores del sol (prohibido en Dt 4,19) no son únicamente idólatras; son también violentos en su sociedad. La unión entre idolatría e injusticia es típicamente profética (Is 1; Os 6). El número de veinticinco vuelve a aparecer en 11,1 referido a los jefes del pueblo. Adorar a otro dios que no sea el Dios de la alianza («de espaldas al santuario de Yahvé», v. 16), cuya exigencia fundamental es el cumplimiento de la ley y la atención a la justicia, conlleva precisamente el crecimiento de la violencia y la injusticia en medio del pueblo. Al final, todo pecado, incluso el de idolatría, resulta fratricida. Según el primer mandamiento, son reos de muerte. La repetida afirmación: «verás todavía abominaciones mayores» (tres veces) coloca a esta visión en el culmen de las abominaciones que ocurren en el templo. Resulta misterioso el rito mencionado en v. 17 de llevarse el ramo a la nariz (a la suya o a la de Dios), a pesar de las múltiples interpretaciones ofrecidas. Jeremías tiene en esa época un fuerte discurso contra el templo (Jr 7 y Jr 26), pero no menciona ninguno de estos ritos idolátricos.

Una vez expuestos los delitos, viene la sentencia del crimen de idolatría (9,1-11), que será de destrucción para la ciudad y el templo, y de muerte para casi todos sus habitantes. Literariamente el género visión no desaparece, pero la "audición" será predominante. Seis serán los ejecutores de la sentencia; el hombre vestido de lino, el salvador. Marcando con una letra "tau" (una "T" con forma de cruz) la frente de los que sufren por la abominación y la injusticia, los libra de la muerte. Esta visión sirve de base a la gran visión final del Apocalipsis (cap. 7), en la que cuatro ángeles, procedentes de los cuatro extremos de la tierra, para causar el desastre en cuanto un quinto ángel selle en la frente a los elegidos, los 144.000 que representan la

totalidad de las tribus de los pueblos de la humanidad (doce por doce por mil). Resulta también inevitable un recuerdo de Ex 12: el propio Señor pasa de largo ante las tiendas pintadas con la sangre del cordero. En la visión de Ezequiel los verdugos llevan en su mano un «instrumento de castigo» (v. 1.2). Entran en el atrio y se paran ante el altar de bronce, de ubicación desconocida (1 R 8,16). La atención se vuelve inesperadamente a «la Gloria del Dios de Israel» (v. 3). Ya no se apoya sobre los querubines, y volverá a jugar un papel importante en el siguiente capítulo, cuando se cumpla la predicción de los idólatras de la segunda visión. Se da la orden a los verdugos de ejecutar la sentencia. El protagonista, sin embargo, será el hombre vestido de lino con la cartera de escribano. Debe comprobar si hay signos de arrepentimiento. La destrucción comenzará por el santuario (v. 6) y será total: comprende a toda clase de personas (en primer lugar los ancianos, v. 6). El profeta es testigo de la destrucción de la ciudad y de la profanación del templo, lleno de cadáveres. Su soledad es impresionante. Esa vivencia le permite ejercer el oficio de mediador (v. 8), típica del profeta. Más adelante, volverá a preguntarse si Dios está dispuesto a exterminar todo el resto de Israel (11,13). Esta pregunta del profeta sobre la destrucción es interesante por ser una de las pocas palabras directamente pronunciadas por él, sin que se las haya comunicado Dios (4,14; 11,13; 24,20; 37,3). La respuesta del Señor parece afirmativa y recuerda la afirmación blasfema de los idólatras acerca de su lejanía y ausencia. Con todo, el regreso final del hombre de lino abre una posible puerta a la esperanza. Sus palabras son ambiguas: o la sentencia se ha cumplido, o él ha cumplido su misión de señalar a los justos, permitiendo un "resto" para el pueblo, como se había anunciado en la escena de los cabellos del profeta (5,3-4).

3.3. La gloria traspasa el umbral del templo (cap. 10)

Tras la visión del templo profanado, la atención se vuelve a centrar en la visión de la gloria. Este texto trata de entrelazar la visión de la destrucción que acabamos de leer con la visión de la gloria del Señor. La pregunta de fondo es: ¿cómo es posible que sea profanado

el lugar en el que el Señor manifiesta su presencia, donde se encuentra el escabel de sus pies? Literariamente se trata de un texto complejo y compuesto. Los intentos por delimitar la sección original han sido muy variados, pero sin terminar de explicar cuándo se añadieron las partes que cada autor considera "glosas", ni con qué sentido se intercalaron. Formalmente la visión se divide en dos partes, mediante la repetición de la fórmula «Miré y vi» (vv. 1.9). El primer segmento centra la atención en los querubines; el segundo introduce el extraño tema de las ruedas. A partir de v. 14 vuelve el tema de los querubines. Es como si los vv. 9-13 formaran una unidad, introducida en el conjunto en otro momento por alguna razón. Conviene distinguir varios temas que se entrecruzan: los querubines, las ruedas, la plataforma que está encima y la gloria del Señor. La tragedia culmina, cuando la gloria traspasa el umbral del templo (v. 18), pero literariamente la visión continúa.

Todo el conjunto recuerda la visión inicial del libro (v. 20). Para ayudar en algún modo a la lectura, podemos pensar que la descripción de Ezequiel parece reproducir una especie de procesión del "arca de la alianza" por el interior del templo. Está coronada por cuatro querubines en los ángulos de la parte superior, y que se entienden como escabel divino: el lugar en el que Dios, que habita en los cielos, reposa sus pies, manifestando así su presencia. La presencia de Dios se intuye en la nube de incienso (símbolo de la Gloria) que se ve en la celda central del templo, donde se custodia el arca de la alianza, y que recuerda la nube resplandeciente que cubría la presencia del Señor en el monte Sinaí. Como trasfondo de esta simbología nos puede ayudar Ex 40: en los vv. 1-33 se narra la construcción del santuario; en los vv. 34-35 el Señor toma posesión del mismo mediante la nube de su gloria, la que había guiado a los israelitas por el desierto (vv. 36-38).

Según una de las hipótesis, el posible texto primitivo de Ezequiel se resumiría así:

10 **2Y dijo al hombre vestido de lino: «Métete bajo la carroza,**
debajo de los querubines, y llena los cuencos de tus manos
con las brasas que hay entre los querubines; luego las esparces

**por la ciudad». Y él entró, [7]alargó su mano ... hacia el fuego ..., lo
tomó ... y salió. [4]La gloria de Yahvé se elevó de encima de los
querubines hacia el umbral del templo, que se llenó de la nube,
mientras el atrio entero resplandecía con la gloria de Yahvé. [18]La
gloria de Yahvé traspasó el umbral del templo ... [19]y se detuvo
junto a la puerta oriental del templo del Yahvé. [11,23]La gloria de
Yahvé se elevó de en medio de la ciudad y se detuvo sobre el monte
que está al oriente de la ciudad.**

No todos los comentaristas coinciden en todos los detalles, pero puede ayudarnos a comprender lo que realmente sucede en el texto y la notable elaboración redaccional que ha sufrido.

Texto completo actual:

**10 [1]Miré y vi que sobre la plataforma que estaba por encima
de los querubines una especie de piedra de zafiro, semejan-
te a un trono. [2]Y dijo al hombre vestido de lino: «Métete bajo la
carroza, debajo de los querubines, y llena los cuencos de tus manos
con las brasas que hay entre los querubines; luego las esparces por
la ciudad». Y apareció ante mi vista. [3]Cuando entró el hombre, los
querubines estaban situados a la derecha del templo, y la nube
llenaba el atrio interior. [4]La gloria de Yahvé se elevó de encima de
los querubines hacia el umbral del templo, que se llenó de la nube,
mientras el atrio entero resplandecía con la gloria de Yahvé. [5]El
ruido de las alas de los querubines se oía hasta en el atrio exterior,
y se parecía a la voz del Dios Sadday cuando habla.**

**[6]Cuando ordenó al hombre vestido de lino que tomase fuego de
la carroza en medio de los querubines, éste fue y se detuvo junto a
la rueda. [7]Entonces el querubín alargó su mano de entre los queru-
bines hacia el fuego que había en medio de éstos; lo tomó y lo puso
en las manos del hombre vestido de lino. Éste lo tomó y salió.
[8]Entonces apareció una especie de mano humana debajo de las
alas de los querubines.**

**[9]Miré y vi que había cuatro ruedas al lado de los querubines,
una por querubín, y que el aspecto de las ruedas era como el des-
tello del crisólito. [10]Las cuatro tenían la misma forma, como si**

**una rueda estuviese dentro de la otra. [11]Cuando se movían, avan-
zaban en las cuatro direcciones; y no se desviaban mientras mar-
chaban, pues seguían la dirección hacia la que estaban orientadas,
sin desviarse. [12]Todo su cuerpo, su espalda, sus manos y sus alas,
así como las ruedas, estaban llenos de destellos todo alrededor,
por los cuatro costados. [13]Oí que a las ruedas se les daba el nom-
bre de «galgal».**

**[14]Cada uno tenía cuatro caras: la primera era la cara del queru-
bín; la segunda, una cara de hombre; la tercera, una cara de león;
y la cuarta, una cara de águila. [15]Los querubines se levantaron: era
el ser que yo había visto junto al río Quebar. [16a] Cuando los queru-
bines avanzaban, avanzaban también las ruedas a su lado; y cuan-
do los querubines desplegaban sus alas para elevarse del suelo,
tampoco las ruedas se desviaban de su lado. [17]Cuando ellos se
detenían, se detenían ellas, y cuando ellos se elevaban, las ruedas
se elevaban con ellos, porque el espíritu del ser estaba en ellas.**

**[18]La gloria de Yahvé traspasó el umbral del templo y se posó
sobre los querubines. [19]Éstos desplegaron sus alas y se elevaron
del suelo en mi presencia. Cuando salían los querubines, las rue-
das iban con ellos; se detuvieron junto a la puerta oriental del tem-
plo de Yahvé. La gloria del Dios de Israel estaba encima de ellos.
[20]Era el ser que yo había visto debajo del Dios de Israel en el río
Quebar; y supe que eran querubines. [21]Cada uno tenía cuatro caras
y cuatro alas, y como manos humanas bajo sus alas. [22]En cuanto a
sus rostros, se parecían a los que yo había visto junto al río Que-
bar. Cada uno marchaba de frente.**

"El hombre vestido de lino", que en la visión anterior tenía la misión de marcar a los elegidos en la frente para que no fueran aniquilados, una vez cumplida su misión, aparece ahora en el mismo escenario que conocemos de la visión inicial de Ezequiel: la plataforma, el trono y los seres vivos ahora identificados como querubines. Desde la especie de trono que está encima del firmamento, una voz manda al hombre vestido de lino coger fuego de entre los querubines, en medio de la carroza, para esparcirlo por la ciudad. Cumplirá esa orden en el v. 6. Se supone, porque no se dice, que se trata de destruir la ciudad por el fuego. Si así fuera, se modificaría funda-

mentalmente la misión salvadora que este personaje tenía en el capítulo anterior. El v. 20 tratará de identificar a este hombre con el que había visto en la visión inicial. Como el ambiente de la carroza es sagrado, a pesar de la orden recibida el hombre no toma el fuego directamente, sino que un querubín se lo entrega (v. 7). El texto no dice qué hizo el hombre con el fuego. La narración se ha interrumpido con vv. 3-5, un texto que prepara lo que dirá más adelante.

A partir de v. 9 encontramos una descripción de las cuatro ruedas (vv. 9b-13), muy parecida a la ofrecida en 1,15-18 y que posiblemente trata de explicar el movimiento del conjunto. La palabra "galgal" es de difícil traducción, pero que bien podemos entender como "carro" o "carroza". Su descripción resulta tan compleja y surrealista como en la visión inicial.

En el v. 14 retornamos a los querubines. Esta vez sus caras son distintas a las indicadas en 1,10 (humana, león, toro, águila): ahora se dice que son: querubín, humana, león, águila. No sabemos qué ha pasado del toro, ni podemos imaginar una cara de querubín. La labor redaccional ha complicado el texto, añadiendo el asunto de las ruedas y sus brillos (ojos), las caras de los querubines y la descripción de su movimiento recto. Pero el mensaje continúa claro: la ciudad será destruida por el fuego. La continuación explica cómo será posible: porque la gloria del Señor la ha abandonado.

Se alcanza el culmen en el v. 18: la Gloria traspasa el umbral, va al lugar donde está la carroza y se sube sobre los querubines. Cargados con la Gloria, los querubines se ponen en marcha hacia la puerta oriental del templo, ya en el atrio exterior. El profeta, que está viendo cómo la Gloria está ya preparada para su último viaje, recuerda su comienzo profético: por dos veces recuerda impresionado que toda la visión coincide con la que él había tenido junto al río Quebar (vv. 20.22). El Señor está a punto de cerrar su historia de relación especial con Jerusalén y con su templo. Que a Ezequiel se le haga ver esto en el destierro explica claramente la destrucción de Jerusalén, pero también sirve para alargar el horizonte de su presencia a cualquier lugar en donde se reúna el pueblo creyente para recordar y para alabar. La historia continuará en 11,22-25.

3.4. Escenas sueltas (11,1-21)

Se abre el capítulo con el Espíritu que mueve al profeta (como en 8,1.3, el momento de las visiones idolátricas del templo) y que le muestra una nueva visión. La fórmula de recepción de la palabra (v. 14) divide el capítulo en dos secciones (1-13 y 14-21), que interrumpen la narración sobre la Gloria del Señor que abandona el templo y la ciudad (había comenzado en el capítulo anterior y continuará en 11,22-25). Esta interrupción produce un efecto curioso: es como si la Gloria necesitara tiempo para decidirse a abandonar el templo y la ciudad. Las dos secciones conforman sendos oráculos, unidos en cuanto a los destinatarios (los habitantes de Jerusalén), pero bien distintos en el tono: en el primero parece que se anuncia el destierro y la muerte, mientras que el segundo es claramente un anuncio de salvación.

11 1El espíritu me elevó y me condujo al pórtico oriental del templo de Yahvé, el que mira a oriente. A la entrada del pórtico había veinticinco hombres, entre los cuales vi a Jazanías, hijo de Azur, y a Pelatías, hijo de Benaías, jefes del pueblo. 2El me dijo: «Hijo de hombre, éstos son los hombres que maquinan el mal, que dan malos consejos en esta ciudad. 3Dicen: “¡No será pronto cuando haya que construir casas! Ella es la olla y nosotros somos la carne”. 4Por eso, profetiza contra ellos; profetiza, hijo de hombre». 5El espíritu de Yahvé irrumpió en mí y me dijo: «Di: Esto dice Yahvé: Sé bien lo que habéis dicho, casa de Israel; conozco bien vuestra insolencia: 6habéis multiplicado vuestras víctimas en esta ciudad; habéis llenado de víctimas sus calles. 7Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Las víctimas que habéis tirado en medio de esta ciudad son la carne, y ella es la olla; pero yo os haré salir de ella. 8¿Teméis la espada?, pues yo traeré espada contra vosotros –oráculo del Señor Yahvé–. 9Os sacaré de la ciudad, os entregaré en mano de extranjeros, y así haré justicia de vosotros. 10A espada caeréis; en el término de Israel os juzgaré yo, y sabréis que yo soy Yahvé. 11Esta ciudad no será olla para vosotros, ni vosotros seréis carne en medio de ella; dentro del término de Israel os juzgaré yo. 12Y sabréis que yo soy Yahvé, cuyos preceptos no habéis seguido y cuyas normas no habéis guardado –por el contrario

habéis obrado según las normas de las naciones que os circundan–».
[13]En esto, mientras yo estaba profetizando, Pelatías, hijo de Benaías,
murió. Yo caí rostro en tierra y grité con voz fuerte: «¡Ah, Señor
Yahvé!, ¿vas a aniquilar al resto de Israel?»

[14]Entonces Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:
[15]«Hijo de hombre, los habitantes de Jerusalén andan diciendo a
tus hermanos, a tus parientes y a toda la casa de Israel: Seguid
lejos de Yahvé; esta tierra se nos ha dado a nosotros en posesión.
[16]Por eso, di: Esto dice el Señor Yahvé: Sí, yo los he alejado entre
las naciones y los he dispersado por los países, pero yo he sido un
santuario para ellos, por poco tiempo, en los países adonde han
ido. [17]Por eso, di: Esto dice el Señor Yahvé: Yo os recogeré de en
medio de los pueblos, os congregaré de los países en los que habéis
sido dispersados, y os daré la tierra de Israel. [18]Vendrán y quitarán
de ella todos sus ídolos y abominaciones. [19]Les daré un solo cora-
zón y pondré en ellos un espíritu nuevo; quitaré de su carne el
corazón de piedra y les daré un corazón de carne, [20]para que cami-
nen según mis preceptos, observen mis normas y las pongan en
práctica, y así sean mi pueblo y yo sea su Dios. [21]En cuanto a aque-
llos cuyo corazón va en pos de sus ídolos y abominaciones, yo les
haré responsables de su conducta –oráculo del Señor Yahvé–».

Leamos el primer oráculo (vv. 1-13). El v.1 nos coloca de nuevo en la puerta oriental del templo, donde habíamos dejado a la Gloria del Señor preparada para su último viaje. El profeta ve unos veinticinco hombres, entre los que identifica a dos. Son «jefes del pueblo». Jerusalén todavía no ha sido destruida, a pesar del fuego que había extendido el hombre vestido de lino en el capítulo anterior. Esta primera sección se relaciona con muchos de los textos anteriores: el espíritu que transporta ya lo hemos visto en 8,3b; la puerta oriental del templo nos coloca en la misma ubicación que en 10,19 (y volveremos a hablar de ella en la descripción final del templo en los caps. 40-48); los veinticinco hombres recuerdan los idólatras de 8,16; las calles llenas de cadáveres son eco de 9,7; el grito del profeta (v. 13) recoge la soledad y el terror que experimentó en 9,8. Todo ello invita a leerlo como continuación de la visión del templo, pero creemos que su intención es sumar a las prácticas idolátricas, que profanan el tem-

plo, el violento e injusto comportamiento de los jefes. La idolatría no es sólo cuestión de ritos, sino de olvidar la alianza, basada en la justicia. A estos hombres se les acusa de tres cosas: «maquinan el mal», «dan malos consejos» (v. 2) y «dicen…». La tercera es problemática en el texto hebreo: parecen buscar el retraso de la reconstrucción, cuando todavía no ha empezado. El castigo que van a recibir empalma mejor con la postura contraria. La mejor solución nos la ofrece la versión griega, que lee el v. 3 como una interrogación: «¿No es para pronto el construir casas?». Es decir, estarían alentando la reconstrucción y a adueñarse de la tierra. Si así fuera, estaríamos ante una situación típica de la época y que ya conocemos por Jr 24: los habitantes de Jerusalén, que no fueron deportados en la primera deportación, se creerían los depositarios de todas las promesas de Dios en la historia. Los malos, los responsables del mal, ya han sido deportados. Dios ha operado una especie de amputación, dejando en la tierra de Israel a los buenos, que no se habían contaminado con la injusticia y que, por lo tanto, son merecedores de la misericordia divina. Por el contrario, los desterrados en tierra caldea esperan poder regresar pronto, manteniendo la esperanza de que el castigo será breve. Se menciona otra frase que repiten los veinticinco hombres: el refrán «ella es la olla y nosotros somos la carne» (v. 3). Aunque su significado nos resulte ambiguo, podría entenderse como pretensión de seguridad en el interior de la ciudad y de bondad por parte de los supervivientes en la ciudad: Jerusalén es el lugar elegido por Dios (la olla), que proporciona seguridad a sus habitantes, el pueblo de su alianza (la carne). El profeta desenmascara la realidad violenta: la ciudad no proporcionará la seguridad de la olla; la carne no son ellos, sino las víctimas que ellos han creado y que llenan las calles de la capital (vv. 6-7). En tal situación de injusticia, no cabe otra sentencia que la del castigo. La espada les permitirá reconocer al Dios de la alianza, que no soporta la injusticia (vv. 10.12). La muerte de Pelatías en la visión confirma las palabras del profeta, a pesar de que su significado etimológico (“superviviente de Yahvé”) podría permitir esperar lo contrario. Por cierto, su padre se llamaba trágicamente Benaías, es decir, “Yahvé construye”. La muerte de Pelatías no indica que Ezequiel esté dotado de poderes mágicos, sino que la palabra del Señor se cumple. El profeta reacciona impresio-

nado, con la misma exclamación de susto y de horror que hizo en 9,8: «Ah, Señor Yahvé, ¿vas a aniquilar al resto de Israel?» (v. 13).

Jeremías se tuvo que enfrentar desde Jerusalén con este mismo problema. A los que todavía habitaban la ciudad de Jerusalén los compara con una cesta de higos malos, que hay que tirar (Jr 24,8-10); a los desterrados en tierra caldea, por el contrario, con una cesta de higos buenos, que en su día el Señor hará volver al país para restablecer con ellos la alianza (Jr 24,5-7). Pero tampoco sucederá pronto. A quienes tenían prisa por regresar, les escribe una carta invitándoles a construir casas en Babilonia y a casar a sus hijos e hijas allí (Jr 29). Esta carta le ocasiona una denuncia por parte de Semaías, acusándole ante los sacerdotes de Jerusalén de desanimar al pueblo por escribir que el destierro "es para largo" (Jr 29,28) y exigiendo su encarcelamiento.

Este parece ser el ambiente en el que debemos leer Ez 11: (a) Una comunidad de habitantes de la capital que se han librado del destierro y que pretenden una búsqueda de normalidad, reconstruyendo cuanto antes las relaciones religiosas y sociales, bajo la guía del rey impuesto por Nabucodonosor, Sedecías, y (b) una comunidad de desterrados en Babilonia, mas bien aristocrática, consciente de sus conocimientos y de su poder administrativo y cultual por los cargos que habían ostentado en la capital, y que fomentan la esperanza de un rápido retorno, una vez sufrido un castigo temporal. Ni unos ni otros han tomado en serio las palabras de los profetas, que hablan más bien de un final definitivo que sólo podrá superarse con un nuevo comienzo de la relación de alianza con Dios.

En este doble escenario (con enormes consecuencias teológicas sobre la seriedad del castigo divino y el posterior origen geográfico de la salvación) es donde podemos intentar la lectura del texto de Ezequiel. El primer oráculo (11,1-13) iría destinado a los habitantes de Jerusalén; el segundo también para ellos, pero hablando de los desterrados.

El segundo oráculo (vv. 14-21) comienza con la fórmula de recepción de la palabra y va destinado también a los habitantes de Jerusalén, pero para deshacer sus ilusiones de haber heredado la tierra y anunciar indirectamente la salvación para los desterrados, de quienes se habla en tercera persona. 'Podéis seguir ahí todo el tiempo que

queráis’, parecen decir los de Jerusalén en v. 15, ‘que nosotros hemos heredado la tierra’. La respuesta es contundente: mi presencia no está asegurada por poseer el templo; yo puedo ser santuario para ellos en el país del destierro, que durará poco (v. 16). El templo está lleno de ídolos; los desterrados, no. Más aún, Él ha sido para ellos un pequeño santuario. Les hará volver, les dará un corazón de carne (v. 19) y establecerá con ellos la alianza (v. 20). A los dueños del templo, lleno de ídolos (v. 21), les pedirá cuentas de su conducta. Entendido así, no hay necesidad de mover a otro lugar estos versos, ni pensar que se trata de una añadidura posterior. Es simplemente una invectiva contra los habitantes de Jerusalén, anunciando el favor reservado a los desterrados. Sí podemos notar que “los habitantes de Jerusalén” parecen estar directamente relacionados con el profeta: «tus hermanos, tus parientes y toda la casa de Israel» (cf. v. 15). La expresión “tus parientes” es correcta, pero en hebreo expresa toda la familia, todos aquellos que en virtud de un parentesco podrían ejercer el derecho de *gō’ēl*, o sea, de “redimir” tu propiedad (*’anšê g^{e}’ullātekā*, los hombres de tu redención; cf. Jr 32 y Lv 25,23-31.39-41 Rut 4,1-12). Con este oráculo de salvación para los desterrados, el Señor responde concretamente a la pregunta del horrorizado Ezequiel en el v. 13, aunque no sucederá en poco tiempo.

3.5. Conclusión de las visiones y regreso a Caldea (11,22-25)

**11 [22]Los querubines desplegaron sus alas y las ruedas les si-
guieron, mientras la gloria del Dios de Israel estaba encima
de ellos. [23]La gloria de Yahvé se elevó de en medio de la ciudad y
se detuvo sobre el monte que está al oriente de la ciudad.**

**[24]El espíritu me elevó y me llevó a Caldea, donde los desterra-
dos, en visión, en el espíritu de Dios; y la visión que había contem-
plado se retiró de mí. [25]Yo conté a los desterrados todo lo que
Yahvé me había concedido a ver.**

Los versículos finales de este capítulo forman una inclusión literaria con el comienzo de Ez 8, como ya hemos indicado, y cierra formalmente la visión de la gloria del Señor, que comenzaba en Ez 10. La gloria de Dios abandona finalmente el templo y la ciudad. Los

querubines se ponen en movimiento y las ruedas les siguen. Abandona la puerta oriental y se detiene en el Monte de los Olivos. Al Señor le cuesta despegarse de su lugar. El Señor ha superado las barreras y se ha roto para el futuro su relación exclusiva con un lugar geográfico. El espíritu devuelve al profeta a su sitio y cuenta a los desterrados la visión que ha tenido (v. 25). Para los habitantes de Jerusalén sigue en pie el mensaje desolador de la tragedia, la destrucción y la muerte por sus muchos pecados, resumidos en la idolatría en el templo, que ha provocado un ambiente de violencia y de injusticia. Han roto la alianza y entrará en vigor el castigo previsto. Para los desterrados, personificados en los ancianos que vinieron a visitarle en 8,1, el mensaje es diferente. El hecho de que Ezequiel les contó todo lo que el Señor le había hecho ver (v. 25) contrasta vivamente con el silencio que tuvo que guardar, quedándose mudo, al finalizar la primera visión de su vocación. El conjunto de las diferentes visiones del profeta en los caps. 8-11 habían comenzado con el convencimiento de que «el Señor no ve» o «El Señor ha abandonado la tierra». Parece que al final se les da la razón en el hecho, pero no en la causa: no están mal porque el Señor les ha abandonado, sino que ellos le han obligado a alejarse a causa su maldad. Sólo con los desterrados se podrá mantener viva una pequeña llama de esperanza, pues el Señor ha sido un santuario para ellos.

4. Oráculos diversos (caps. 12-19)

Hasta la nueva indicación cronológica en 20,1 encontramos una serie de diversas órdenes divinas dirigidas al profeta, al que se le denomina «hijo de hombre» (13 veces), con sus correspondientes oráculos explicativos. Formalmente cada una de las órdenes se introducen con la fórmula de recepción de la palabra (repetida 13 veces) «Yahvé me dirigió su palabra en estos términos», y no pocas de ellas concluyen con la fórmula de reconocimiento «sabrán/sabréis que yo soy Yahvé». Tienen en común que se refieren a la etapa anterior a la caída definitiva de Jerusalén el año 586. Es decir, pertenecen a la primera etapa de la actividad profética de Ezequiel. Literariamente es llamativa la inclusión entre 12,6 («yo he hecho de ti un símbolo

para la casa de Israel» cf. v. 11) y 24,24 («Ezequiel será para vosotros un símbolo»). Encuadra, así, la figura del profeta todos los oráculos que, después de las visiones, pronuncia contra Jerusalén, y podríamos considerarla como una unidad literaria. Pero las indicaciones de fechas son más fuertes en estructuración del texto para la lectura. Esta inclusión, sin embargo, nos permite pensar que hasta el final de la primera sección general será importante la dramatización del mensaje en acciones simbólicas protagonizadas por el profeta.

Unas unidades tienen identidad propia por su tamaño y por su coherencia; otras se pueden agrupar por su contenido; otras, finalmente, son claramente dispares. Para facilitar la lectura señalo las siguientes unidades temáticas:

4.1. El equipo de deportado y la tardanza en cumplirse la amenaza (cap. 12)
4.2. Contra profetas, profetisas y adivinos y otras idolatrías (caps. 13-15)
4.3. Una historia de infidelidades (cap. 16)
4.4. Parábola de las águilas (cap. 17)
4.5. La justicia de Dios y la responsabilidad personal (cap. 18)
4.6. Elegía a la madre (cap. 19)

4.1. El equipo de deportado y la tardanza en cumplirse la amenaza (cap. 12)

Una nueva acción simbólica (vv. 1-7) abre esta sección, a la que sigue su explicación (vv. 8-16). El siguiente oráculo (vv. 17-20) está relacionado con el asedio que antecede a la deportación. Los otros dos oráculos finales (vv. 21-25; 26-28) podrían ponerse en relación con la siguiente sección, porque trata de 'visiones' que no se cumplen, como si fuesen de profeta falso. Más que en un 'no cumplimiento' deberemos pensar en la tardanza que sufre el cumplimiento de los oráculos de Ezequiel, deportación incluida. En esta sección todas las partes comienzan con la misma frase: «Yahvé me dirigió su palabra en estos términos»; todas utilizan el apelativo "hijo de hombre", dirigido al profeta; casi todas concluyen con la fórmula de reconocimiento: «sabrán/sabréis que yo soy Yahvé».

12 1Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 2«Hijo de
hombre, tú vives en medio de la casa rebelde, pues tienen
ojos para ver y no ven, oídos para oír y no oyen (porque son una
casa rebelde). 3Ahora, pues, hijo de hombre, prepárate un equipo
de deportado y sal como deportado en pleno día, para que te vean.
Saldrás de tu lugar habitual hacia otro lugar, para que te vean.
Acaso reconozcan que son una casa rebelde. 4Arreglarás tu equipo
de deportado de día, para que te vean, y saldrás por la tarde, como
salen los deportados, para que te vean. 5Harás en su presencia un
agujero en la pared, y saldrás por él. 6Cuando ellos te vean, carga-
rás con tu equipaje a la espalda y saldrás en la oscuridad, y te
cubrirás el rostro para no ver la tierra. Yo he hecho de ti un sím-
bolo para la casa de Israel».

7Yo hice como se me había ordenado: preparé de día mi equipo,
como el de un deportado, y por la tarde hice un agujero en la pared
con la mano; y salí en la oscuridad, cargando con el equipaje a mis
espaldas, a la vista de todos ellos.

8Por la mañana, Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:
9«Hijo de hombre, ¿no te ha preguntado la casa de Israel, esta casa
rebelde: “Qué es lo que haces”? 10Diles: Esto dice el Señor Yahvé.
Este oráculo se refiere a Jerusalén y a todos los israelitas que hay
en ella. 11Di: Yo soy un símbolo para vosotros; como he hecho yo,
así se hará con ellos: serán deportados, irán al destierro. 12El prín-
cipe que los gobierna cargará con su equipo a la espalda, en la
oscuridad, y saldrá. Horadarán la muralla para hacerle salir por
ella, y se tapará la cara para no ver la tierra con sus propios ojos.
13Mas yo tenderé mi lazo sobre él y quedará preso en mi red: lo
conduciré a Babilonia, al país de los caldeos. Pero no lo verá, y
morirá allí. 14Por lo que respecta a todo su séquito, su guardia y
sus tropas, yo los esparciré a todos los vientos y desenvainaré la
espada tras ellos. 15Y sabrán que yo soy Yahvé cuando los disperse
entre las naciones y los esparza por los países.

16«Sin embargo, dejaré que un pequeño número de ellos es-
capen a la espada, al hambre y a la peste, para que cuenten todas
sus abominaciones entre las naciones adonde vayan, a fin de que
sepan que yo soy Yahvé».

Como era de esperar, esta sección comienza con la fórmula de recepción de la palabra y concluye con la repetición de la fórmula de reconocimiento. El género de dramatización del mensaje en acciones simbólicas lo conocemos por los caps. 4 y 5. Sus partes son claras: orden de ejecutarla (vv. 3-6), realización (v. 7) e interpretación (vv. 8-14). Esta vez la imagen parece clara: el profeta debe simbolizar en su persona lo que le va a suceder al pueblo. Dos detalles hacen más dramático el simbolismo: deberá salir por un agujero de la muralla, como si la ciudad hubiera sido destruida, y deberá cargar con el equipaje de un exiliado. Otro detalle pone una chispa de contradicción en la escena: lo debe hacer a la vista de todos, pero en la oscuridad. El último detalle podrá ser una añadidura posterior, pero subraya eficazmente la negatividad del mensaje. Unos versos de época posterior (vv. 12-14) relacionan la acción simbólica con lo sucedido realmente al rey Sedecías (actual gobernante en Jerusalén), según lo cuenta 2 R 25,1-7 y Jr 39,4-7. Sedecías (y sus soldados) salió "de noche" (Jr 39,4; 2 R 25,4) y noche oscura supuso para él el castigo de ser cegado tras ver cómo degollaban a sus hijos. Para quien tuviera fresco el recuerdo de aquellos trágicos días, resultaba fácil recordarlos al escuchar el oráculo de Ezequiel.

Al final del capítulo anterior Ezequiel se encontraba entre los deportados. A ellos, pues, parece que va dirigida la acusación de rebeldes. No son mejores que los que han quedado en Jerusalén, de quienes hemos visto la idolatría e injusticia en el capítulo anterior. Los desterrados no responden ni a lo que ven ni a lo que escuchan. Acusaciones similares referidas al pueblo rebelde se encuentran en otros textos proféticos: Is 6,9; 43,8; Jr 5,21. Esta acusación servirá más tarde para definir a los ídolos inermes, fabricados por artesanos: Sal 115,5-7. El profeta recibe la orden de prepararse el "equipo de deportado", que puede ser un simple atillo con lo más urgente o un gran paquete con todas las pertenencias. Para pasar por un agujero, más sencillo resulta pensar en la primera posibilidad; hacerlo "en pleno día" (v. 3) y salir de hecho "en la oscuridad" (vv. 6.7) sugiere algo más de tiempo. Para Ezequiel era como repetir dramáticamente una experiencia personal ya vivida. Revivirla «para que te vean» (vv. 3.4.6.7) contrapone la esperanza divina

(«acaso reconozcan que son una casa rebelde») con lo que el lector ya sabe: tienen ojos que no ven (v. 2). Ezequiel ejecuta la orden sin replicar (v. 7).

Llega la explicación. No parece claro que los testigos de la acción simbólica la entendieran bien. Ni siquiera preguntan. Es la misma palabra del Señor la que pone en su boca la esperada pregunta: «¿Qué es lo que haces?» o «¿qué significa lo que estás haciendo?» (v. 9) y la que ordena al profeta interpretar el simbolismo. La explicación presenta algunas dificultades y resulta un tanto redundante. Pretende que todo sea más claro, pero le quita el vigor de la sugerencia: se trata de Jerusalén, sus habitantes serán desterrados tras la derrota. Para el v. 10 podemos presentar dos opiniones: según unos comentaristas se trataría de una glosa, introducida posteriormente por quien conoce la suerte de Sedecías y de Jerusalén, para indicar el referente de la acción simbólica; según otros, sería más bien un ataque directo de Ezequiel a Sedecías, que está gobernando en Jerusalén por voluntad de Nabucodonosor. En el primer caso, quien hubiera realizado el añadido explicativo, está también convencido de que los testigos de la acción simbólica eran los desterrados, como hemos indicado al principio, y ahora tiene que explicar algo evidente: que el oráculo se refiere a los de Jerusalén, que son los que todavía pueden ser desterrados. El problema radica en la traducción de la palabra hebrea *maśśā*, que etimológicamente significa 'peso', pero que ya otros profetas han utilizado en el sentido de 'oráculo' (Is 13,1; 15,1; 17,1; Jr 23,33-36). «Este oráculo se refiere a Jerusalén» (v. 10) sería una glosa que rompe el suspense, y un tanto redundante, pues los testigos ya están desterrados y sólo los de Jerusalén pueden serlo, como de hecho ocurrirá. Por el contrario, afirmar que "el peso es Jerusalén..." y, en definitiva, Sedecías, coincide bien con la mentalidad de Ezequiel. Ezequiel le niega a Sedecías el título de 'rey', que reserva para el deportado Jeconías. Parece evidente que los vv. 12-14 son de alguien que trata de aplicar la acción simbólica de Ezequiel a lo que realmente le ocurrió a Sedecías (cf. 2 R 25,3-7). Preferimos, por tanto, la opinión de quien considera el v.10 una glosa. Es también verdad que la indecisión de Sedecías –o su falta de poder respecto a los jefes que todavía quedaban en Jerusalén (cf. Jr 38,5)– fue

un gran obstáculo para salvar la ciudad. Pero no parece justo reducir tan drásticamente el sentido de la acción simbólica, realizada por Ezequiel, y cuya realidad conocen los desterrados personalmente. Es más fácil entender este texto como un dramático aviso de lo que volverá a suceder, cuando Jerusalén sea conquistada y destruida. En la aplicación de la acción simbólica a Sedecías hay detalles de precisión literaria más que histórica (por ejemplo, la red o el llevarlo a Babilonia) y que añaden un punto de tragedia («no lo verá y morirá allí» v. 13). La finalidad del castigo a los habitantes de Jerusalén es que 'conozcan' o 'reconozcan' que Dios es el Señor.

Quien conoce bien el mensaje de Ezequiel ha añadido el v. 16 para hablar de un pequeño resto. Serán los testigos ante las naciones de que el Señor ha cumplido su amenaza de destrucción por medio de "la espada, el hambre y la peste". Otra mención de semejantes verdugos podemos encontrar en otros textos, como Jr 14,14-16; 15,2; Ez 14,21 y, sobre todo, en Ez 14,12-19.

12 17Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 18«Hijo de
hombre, comerás tu pan tembloroso y beberás tu agua
inquieto y angustiado; 19y dirás al pueblo de la tierra: Esto dice el
Señor Yahvé a los habitantes de Jerusalén que pisan el suelo de
Israel: comerán su pan angustiados y beberán su agua estremecidos, para que esta tierra y los que en ella se encuentran queden
libres de la violencia de todos sus habitantes. 20Las ciudades populosas serán destruidas y esta tierra se convertirá en desolación. Y sabréis que yo soy Yahvé».

La palabra del Señor vuelve a ordenar al profeta una acción simbólica. Los elementos formales son los habituales de la sección: fórmula de recepción de la palabra (v. 17), apelativo "hijo de hombre" para el profeta (v. 18), orden de hablar (v. 19) y fórmula de reconocimiento como objetivo final (v. 20). El contenido de estos versos tiene poco que ver con el contexto literario inmediato. Sin embargo, la orden es similar a la de Ez 4,9-17 y con similar mensaje: la estrechez en tiempos de devastación. Esta vez se ofrecen menos detalles sobre la cantidad y ninguna referencia a la impureza de los alimentos. En

ambas ocasiones se insiste en la angustia y la ansiedad, que en este caso es el punto que se subraya. Los destinatarios (no los testigos presenciales) son otra vez los habitantes de Jerusalén, que se identifican como “pueblo de la tierra”. A ellos se reserva la ansiedad y el temblor, por el país que va a ser vaciado de lo que lo llena: la violencia. Esa es la culpa que motiva el castigo. En su cumplimiento se reconoce la presencia del Señor, el justo.

12 **[21]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [22]«Hijo de hombre, ¿qué queréis decir con ese proverbio que circula acerca del suelo de Israel: Los días se prolongan y toda visión se desvanece? [23]Pues bien diles: Esto dice el Señor Yahvé: Yo haré que calle ese proverbio; no se volverá a repetir en Israel. Diles en cambio: Llegan los días en que toda visión se cumplirá, [24]pues ya no habrá ni visión vana ni presagio mentiroso en la casa de Israel. [25]Yo, Yahvé, hablaré, y lo que yo hablo es una palabra que se cumple sin dilación. Sí, en vuestros días, casa rebelde, yo pronunciaré una palabra y la ejecutaré –oráculo del Señor Yahvé–.**

[26]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [27]«Hijo de hombre, mira, la casa de Israel está diciendo: “La visión que éste contempla es para un futuro lejano; éste profetiza para una época remota”. [28]Pues bien, diles: Esto dice el Señor Yahvé: Ya no habrá más dilación para ninguna de mis palabras. Lo que yo hablo es una palabra que se cumple –oráculo del Señor Yahvé–».

Con la fórmula de recepción de la palabra comienzan estos dos oráculos que cierran el capítulo e inician el tema de los profetas falsos, que se retomará más directamente en el siguiente capítulo. Formalmente ambos concluyen asegurando el cumplimiento del mensaje y la fórmula “oráculo del Señor Yahvé”. Ambos oráculos reproducen un dicho que el pueblo está repitiendo de modo casi proverbial: no sucede nada de lo que el profeta anuncia. El cumplimiento del anuncio es un criterio para distinguir al verdadero del falso profeta y el tiempo parece desmentir el anuncio de Ezequiel (Dt 18,22 y 1 R 22,28; Is 30,8; Ez 33,33; Jr 28,9; 1 S 3,19). La palabra esta vez anuncia su cumplimiento inmediato. La conclusión de ambos parece

rubricarlo. El anuncio de Ezequiel añadía algo más a la derrota y a la primera deportación, ya ocurrida; hablaba de la destrucción, la muerte, el hambre, la peste, etc., y todo esto no había ocurrido. ¿Sucederá esta vez? La historia le confirmó como profeta verdadero, pero el problema es que en este momento no puede aportar ninguna confirmación a su palabra. De todos modos, creer a un profeta en su anuncio de algo futuro exige la misma fe que creer que algo sucedido ya había sido anunciado por un profeta. Porque no anuncian detalles, sino situaciones. Quienes sufrían la violencia tenían menos dificultad para creerle que quienes la ejercían. La tardanza en cumplirse lo anunciado por la palabra ha creado muchos problemas a los profetas. Jeremías se lamenta personalizando el problema («no por alargar tu ira sea yo arrebatado» = «no me dejes perecer por tu paciencia» en Jr 15,15). Dios le resulta un espejismo (Jr 15,18), hasta llegar a desear no haber nacido (Jr 20,17). Habacuc, elevando el problema casi al orden ontológico, llega a afirmar que Dios, por su pureza, es incapaz de ver el mal (Ha 1,13) y recibe una respuesta parecida a la de Ezequiel (Ha 2,3).

El primer oráculo (vv. 21-25) comienza, tras las consabidas fórmulas, con una pregunta sobre un proverbio que circula en ambientes no bien determinados: «acerca del suelo de Israel» podría suponer que se comenta entre los deportados; «en Israel» sería un comentario entre quienes todavía están en Jerusalén. En todo caso el proverbio cita una especie de resistencia a creer en el mensaje de Ezequiel, puesto que no se cumple. La Palabra de Dios –o la visión en la que se comunica– pierde fuerza y se va desvaneciendo, si las predicciones no se cumplen inmediatamente. Es una característica típica de la debilidad de la palabra profética. La réplica va precedida con dos órdenes de hablar: «no habrá ni visión vana… ni presagio mentiroso» (v. 23): todo se cumplirá, pues quien habla es el Señor.

El segundo oráculo (vv. 26-28) repite el tema con mayor concisión. Esta vez «la casa de Israel» pueden ser los desterrados. Nuestra percepción no sirve para medir el tiempo divino. Pero en la historia de fe el Señor tiene la última palabra.

4.2. Contra profetas, profetisas y adivinos y otras idolatrías (caps. 13-15)

13 [1]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de
hombre, profetiza contra los profetas de Israel; profetiza
y di a los que profetizan por su propia cuenta: Escuchad la pala-
bra de Yahvé. [3]Esto dice el Señor Yahvé: ¡Ay de los profetas insen-
satos que siguen su propia inspiración, sin haber visto nada!
[4]Como raposos entre las ruinas, tales han sido tus profetas, Israel.
[5]No habéis escalado las brechas, no habéis construido una mura-
lla en torno a la casa de Israel, para que pueda resistir en el com-
bate, en el día de Yahvé. [6]Tienen visiones vanas, presagios menti-
rosos los que dicen "Oráculo de Yahvé", sin que Yahvé les haya
enviado; ¡y esperan que se confirme su palabra! [7]¿No es cierto que
no tenéis más que visiones vanas, y no anunciáis más que presa-
gios mentirosos, cuando decís "Oráculo de Yahvé", siendo así que
yo no he hablado?

[8]Pues bien, esto dice el Señor Yahvé: Por causa de vuestras
palabras vanas y vuestras visiones mentirosas, sí, aquí estoy con-
tra vosotros –oráculo del Señor Yahvé–. [9]Extenderé mi mano con-
tra los profetas de visiones vanas y presagios mentirosos; no serán
admitidos en la asamblea de mi pueblo, no serán inscritos en el
libro de la casa de Israel, no entrarán en el suelo de Israel. Y
sabréis que yo soy el Señor Yahvé.

[10]Porque, en efecto, extravían a mi pueblo diciendo "¡Paz!",
cuando no hay paz. Y mientras él construye un muro, ellos lo re-
cubren de argamasa. [11]*Di a los que lo recubren de argamasa: ¡Habrá
una lluvia torrencial, caerá granizo y se desencadenará un viento
tormentoso*, [12]y el muro quedará derrumbado! Entonces segura-
mente se os dirá: "¿Dónde está la argamasa con que lo recubris-
teis?".

[13]Pues bien, esto dice el Señor Yahvé: Voy a desencadenar furio-
so un viento de tormenta, lanzaré encolerizado una lluvia torren-
cial, haré que caiga granizo en mi furia destructora. [14]Derribaré el
muro que habéis recubierto de argamasa, lo echaré por tierra, y
sus cimientos quedarán al desnudo. Caerá y vosotros pereceréis
debajo de él. Y sabréis que yo soy Yahvé. [15]*Cuando haya desahoga-*

do mi furor contra el muro y contra los que lo recubren de argamasa, os diré: Ya no existe el muro ni los que lo revocaban: esos profetas de Israel que profetizaban sobre Jerusalén y le ofrecían visiones de paz, cuando no había paz –oráculo del Señor Yahvé–.

[17]«Y tú, hijo de hombre, vuélvete hacia las hijas de tu pueblo que profetizan por su propia cuenta, y profetiza contra ellas.
[18]Dirás: Esto dice el Señor Yahvé: ¡Ay de aquellas que cosen bandas para todos los puños, que hacen velos para cabezas de todas las tallas, con ánimo de atrapar a la gente! Vosotras atrapáis a la gente de mi pueblo, ¿y vais a asegurar vuestras propias vidas? [19]Me
deshonráis delante de mi pueblo por unos puñados de cebada y unos pedazos de pan, haciendo morir a las personas que no deben morir y dejando vivir a las personas que no deben vivir, diciendo mentiras al pueblo que escucha la mentira. [20]Pues bien, esto dice
el Señor Yahvé: Aquí me tenéis contra vuestras bandas, con las que atrapáis a las personas como pájaros. Yo las arrancaré de vuestros brazos y dejaré libres a las personas que atrapáis como pájaros. [21]Rasgaré vuestros velos y libraré a mi pueblo de vuestras
manos, para que no vuelvan a ser presa vuestra. Y sabréis que yo soy Yahvé.

[22]Porque afligís el corazón del justo con mentiras, cuando yo no lo aflijo, y aseguráis las manos del malvado para que no se convierta de su mala conducta y pueda salvar su vida; [23]por eso, ya
no tendréis más visiones vanas ni pronunciaréis más presagios. Yo libraré a mi pueblo de vuestras manos. Y sabréis que yo soy Yahvé».

Introducido por la fórmula ya tantas veces repetida, que anuncia la comunicación de la palabra del Señor al profeta, el cap. 13 es un texto ordenado y simétrico dirigido a los profetas y profetisas falsas. Tiene dos partes, y cada una de ellas consta de dos oráculos gemelos que concluyen con la fórmula de reconocimiento. Se trata de una estructura ‘geminada’ bastante recurrente en el libro de Ezequiel. La fórmula conclusiva “oráculo del Señor” marca formalmente la división entre las dos partes. Aunque tienen distinto tamaño, su organización formal se refleja en el siguiente esquema:

Contra los profetas:	**Contra las profetisas:**
Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:	
A) vv. 2-7: *Hijo de hombre, profetiza... Esto dice el Señor Yahvé*	A) vv. 17-19: *Hijo de hombre, profetiza… Esto dice el Señor Yahvé*
vv. 8-9: *Pues bien, esto dice el Señor… y sabréis que yo soy Yahvé*	vv. 20-21: *Pues bien, esto dice el Señor… y sabréis que yo soy Yahvé*
B)vv. 10-14: *Porque* (extravían al pueblo)… *sabréis que yo soy Yahvé*	B) vv.22-23: *Porque* (afligís al justo)… *sabréis que yo soy Yahvé*

Su contenido lo convierte en uno de esos textos claves para entender el fenómeno de la profecía falsa en el AT (junto a otros, como Jr 23,9-40), aunque no lo explica en toda su amplitud. Lo importante para quien admite la posibilidad de que Dios se comunique por medio de su palabra y a través de personas humanas es que sea consciente de que está admitiendo necesariamente la mentira o el error inherente a toda palabra humana; en otras palabras, está admitiendo la existencia de la profecía falsa, que tiene la pretensión de comunicar la palabra de Dios. A pesar de todas las prohibiciones (Dt 18,9-22), la profecía de Israel no ha logrado evitar una cierta relación con la magia y la adivinación de las culturas vecinas. No resultaba fácil distinguir entre el verdadero y el falso profeta. Dependía de la autoridad moral de los protagonistas (por cierto, muy baja en el caso de los verdaderos) y también de lo que se quería escuchar, bien por lo que cada uno esperaba o por la relación que encontraba entre las palabras pronunciadas y la fe tradicional.

La primera parte (vv. 1-16) resulta compleja por la alternancia inesperada entre la 2ª y la 3ª persona. Se refiere a profetas insensatos o locos (*nãbãl*), término que en otros lugares acarrea falta de fe (Sal 14,1; 53,2; 74,22). Profetizan lo primero que se les ocurre (v. 3). Los caracteriza en dos imágenes: ‘raposos entre ruinas’, que buscan aprovechar los despojos (13,4), o se aprovechan de las ‘brechas’ del muro defensivo. En ambos casos, Israel está en situación de desamparo y ellos se aprovechan, en lugar de defenderla. No han protegido a Israel, anunciándoles del peligro que se cernía a causa de su pecado, no han construido una muralla para defenderlo realmente; es decir, no han cumplido con la misión profética de ‘centinela’ (Ez 3,18). Ya sin metáforas, les acusa de vacuidad y de mentira, que repite en forma de pregunta retórica en el v. 7. Llega la sentencia (vv.

8-9): Dios se pone en contra. La mano del Señor es poderosa: serán arrancados de la comunión, borrados del censo del pueblo, no entrarán en la tierra. No sólo no han participado en el consejo divino, sino que no participarán en los derechos de su pueblo.

Los vv. 10-16 repiten el juicio contra los profetas falsos. La acusación es clara: extravían al pueblo (v. 10) anunciando paz en falso para contentarle. El anuncio de paz, el convencimiento de que todo va bien, ha sido un grave problema cuando, según los verdaderos profetas, el Señor había decretado la destrucción. El hecho de que ésta no sucediera inmediatamente agravaba el problema. En Jeremías la acusación contra quienes "anuncian paz", cuando no hay paz, ocupa un espacio más amplio (Jr 23,17; cf. 6,14; 8,11; 14,13, y la discusión con Ananías en Jr 28). El anuncio de los profetas falsos es como reparar un muro con un poco de cal, sin arreglarlo de veras. La sentencia que reciben (vv. 11-12) continúa la imagen: el muro caerá con el viento de la ira divina y los aplastará. Han pronunciado lo que los oyentes querían escuchar y son reos de muerte, por no haber cumplido su misión. El muro de la casa se ha convertido en una ciudad destruida. El segundo oráculo concluye con unos versos añadidos, que se cierran en inclusión con el comienzo ("paz, cuando no hay paz" vv. 10.16). Siempre en el trasfondo, el anuncio de la destrucción de Jerusalén.

La segunda parte del capítulo (vv. 17-23) la componen dos oráculos contra las profetisas. La construcción también es doble en la sentencia (vv. 20-21; 23), introducida por "Pues bien" o "Por eso" (*lākēn*). El problema es en el fondo el mismo que con los falsos profetas: profetizan mentiras al pueblo que escucha contento la mentira (v. 19), porque no han sido enviadas por el Señor (v. 22). Tampoco ellas ejercen la labor de centinelas, trastrocan los mensajes al justo y al malvado (vv. 19.22), afligiendo al primero y confirmando al segundo. Pero presentan algunos rasgos originales. En el AT hay pocos oráculos dedicados expresamente a las mujeres: Am 4,1-3 contra las aristócratas de Samaría, a las que se acusa de las mismas violencias de sus maridos o Is 3,16-24 contra el lujo de las vecinas de Jerusalén. Aquí se les denomina «hijas de tu pueblo», expresión, en femenino, similar a la de Ez 3,11. Profetizan por su cuenta, como los profetas del v. 3. Curiosamente no se les aplica el sustantivo "profetisa"

(*n*^{e}*bî'â*), usado en otras partes del AT (Ex 15,20; Jc 4,4; Is 8,13; 2 R 22,14; 2 Cro 34,22 o Ne 6,14). Se mencionan unas 'bandas' y unos 'velos', con las que atrapan a la gente (v. 18), aludiendo posiblemente a un rito mágico que desconocemos. Sí resulta significativa la contraposición de estas hechiceras «hijas de **tu** pueblo» (v. 17) y las víctimas «la gente de **mi** pueblo» (v. 18). En el presente capítulo y en el siguiente el Señor se presenta muy ligado a "su" pueblo, denominándolo así («mi pueblo») al menos nueve veces (cinco de las cuales en este breve texto). Quienes los engañan, deshonran al Señor y tendrán que enfrentarse con Él. Se les acusa también de aprovecharse personalmente y de cambiar el mensaje, según les proporcionen alimentos o no (v. 19; cf. los oráculos de Miqueas 2,11; 3,5). Llega también la sentencia para ellas (v. 20 y v. 23): desaparecerán sus instrumentos de magia, sus visiones falsas y sus presagios o conjuros. El Señor librará a su pueblo de las manos de estas embaucadoras (vv. 21.23). Algo que no se decía de los profetas falsos, aunque sobre ellos caería el muro inútil que habían construido. La doble fórmula de reconocimiento sella el sentido del castigo divino contra estas brujas embaucadoras.

14 **1Algunos ancianos de Israel vinieron a mi casa y se senta-**
ron ante mí. 2Entonces Yahvé me dirigió su palabra en
estos términos: 3«Hijo de hombre, estos hombres han erigido sus
basuras en su corazón, han puesto delante de su rostro la ocasión
de sus culpas, ¿y voy a dejarme consultar por ellos? 4Habla, por
tanto, y diles: Esto dice el Señor Yahvé: Si alguien de la casa de
Israel que erija sus basuras en su corazón o pone delante de su
rostro la ocasión de sus culpas, y luego acude a consultar al pro-
feta, yo mismo, Yahvé, le responderé (a causa de la multitud de
sus basuras), 5a fin de atrapar por el corazón a la casa de Israel, a
todos aquellos que se han alejado de mí a causa de todas sus basu-
ras.

6«Por eso, di a la casa de Israel: Esto dice el Señor Yahvé: Con-
vertíos, apartaos de vuestras basuras, apartad vuestro rostro de
todas vuestras abominaciones, 7porque a todo hombre de la casa
de Israel, o de los forasteros residentes en Israel, que se aleje de mí
para erigir sus basuras en su corazón, que ponga delante de su

rostro la ocasión de sus culpas, y luego se presente al profeta para consultarme, yo mismo, Yahvé, le responderé. [8]Volveré mi rostro contra ese hombre, haré de él ejemplo y proverbio, y lo extirparé de en medio de mi pueblo. Y sabréis que yo soy Yahvé.

[9]«Y si el profeta se deja seducir y pronuncia una palabra, es que yo, Yahvé, he seducido a ese profeta; extenderé mi mano contra él y le exterminaré de en medio de mi pueblo Israel. [10]Cargarán con el peso de sus culpas ambos: igual de culpables serán el profeta y quien le consulte. [11]Así, la casa de Israel ya no se desviará lejos de mí ni seguirá manchándose con todas sus culpas. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios –oráculo del Señor Yahvé–».

Sigue el tema de los profetas, en cuanto receptores de consultas por parte del pueblo. En esta ocasión son los ancianos. Desconocemos la pregunta que formulan. El hecho de consultar al Señor (1 S 4,3) por medio del profeta no es extraño (1 S 8,4). Muchos de los oráculos que conocemos son respuestas a tales consultas. Uno de los casos más representativos es la consulta a la profetisa Hulda, cuando en tiempo de Josías se promulgó el libro del Deuteronomio (2 R 22,13). A Jeremías le consultaron varias veces, incluso el rey (Jr 37,17; 38,14). A Ezequiel le consultan más veces (20,3.31). La consulta de un grupo de idólatras puede contagiar al profeta. Si es así, compartirán la culpa (v. 10). El verdadero, el auténtico centinela, no se deja engañar: su mensaje ha de desenmascarar la idolatría de sus oyentes y buscar que purifiquen su corazón antes de consultar al Señor. Entonces cabe esperar respuesta del Señor a su consulta. Si el profeta no actúa así, convierte al Señor en embaucador de su pueblo (el tema parece más complejo –Jr 4,10; 1 R 22,20; Is 6,10–, pero no cabe duda de que los falsos profetas transmiten un mensaje engañoso). En el cap. 8 el profeta había condenado la práctica idolátrica en el templo, aunque fuese escondida; ahora la del corazón. Ante el idólatra, el Señor no responde. En este momento no sabemos quiénes son los interlocutores de Ezequiel: si en visión los habitantes de Jerusalén, o en persona los desterrados en Babilonia. Tampoco se mencionan sus dioses alternativos: si sus vanas esperanzas o los dioses caldeos. Sólo la conversión garantiza que el Señor responda y que la alianza (v. 11) se restablezca.

Así se puede resumir el mensaje de esta sección, que comienza con la descripción del escenario, la fórmula de recepción de la palabra y la denominación "hijo de hombre". La conclusión repite la fórmula de la alianza y la fórmula habitual de cierre «oráculo del Señor Yahvé». Formalmente el oráculo presenta también una estructura geminada, que ya hemos encontrado en el capítulo anterior: contiene una doble respuesta del Señor, precedida de la partícula "por eso" (*lākēn*, vv. 4.6) y, además, la fórmula de reconocimiento (v. 8) divide la segunda respuesta en dos partes. La primera respuesta (vv. 4-5) parece servir sólo para el profeta; la segunda (vv. 6-11), para quienes consultan. En algunos aspectos este texto recuerda la visita de los ancianos en 8,1 y la respuesta que el Señor les ofrece; el texto retoma algunas de las características del profeta-centinela, ya expuestas en 3,16-21.

Los "ancianos de Israel" (en 8,1 eran "ancianos de Judá", pero en este tiempo ambas expresiones son intercambiables) se presentan al profeta. No dicen nada, no preguntan nada, pero la Palabra del Señor surge espontánea. En una primera parte (v. 3) la palabra previene al profeta de la idolatría básica de los visitantes. Son ellos quienes deben responder ante el Señor, no Él ante ellos. A pesar de eso, le ordena comunicarles un mensaje, con forma de caso legal y sentencia de juicio (v. 4). En una nueva sentencia ("por eso" vv. 6-11), inesperadamente se les invita a la conversión y se incluye a «los forasteros residentes en Israel» (v. 7). La respuesta del Señor será mediante acciones contra los idólatras, cuyo castigo será simbólico y proverbial: serán eliminados del pueblo del Señor. Luego, la palabra se vuelve contra los profetas que se dejan engañar (v. 9) y el mismo Señor se echa la culpa del engaño: «yo, Yahvé, he seducido a ese profeta». Afirmación dura, escandalosa y que constituye uno de los mayores problemas de la literatura profética. Algo así encontramos en otros pasajes del AT (1 R 22; Jr 4,10; 20,7.10). Es un peaje que debe pagar el monoteísmo. Si alguien, usando el nombre del Señor, anuncia mentira y engaña, de alguna manera el mismo Señor se mancha con el engaño. No hay otro dios malo que crea el error. El error o la mala voluntad humana tiñen de falsedad al mismo Dios. Sólo el castigo del seductor podrá lavar la imagen del Dios de la verdad. La desaparición de tal falso profeta será la única posibilidad de

renovar la correcta relación entre el Señor y su pueblo en una alianza que no decaerá. El corazón limpio, el discernimiento atento y la búsqueda sincera serán el antídoto único para eliminar la idolatría (la injusticia) y para restablecer la alianza de salvación entre Dios y su pueblo.

**14 [12]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [13]«Hijo
de hombre, supongamos que un país peca contra mí come-
tiendo infidelidad y que yo extiendo mi mano contra él, destruyo su
provisión de pan y envío contra él el hambre para aniquilar hombres
y bestias; [14]si resulta que en ese país se hallan Noé, Danel y Job, estos
tres salvarán su vida por su justicia –oráculo del Señor Yahvé–.
[15]«Supongamos que suelto las bestias feroces contra ese país
para privarle de sus habitantes y convertirlo en una desolación por
donde nadie pase a causa de las bestias; [16]si resulta que en ese país
se hallan esos tres hombres, juro por mi vida –oráculo del Señor
Yahvé– que ni hijos ni hijas podrán salvar. Sólo se salvarán a sí
mismos, y el país quedará convertido en desolación.
[17]«O bien, supongamos que hago venir contra ese país la espa-
da, diciendo: "Que cruce la espada por este país", y extirpo de él
hombres y bestias; [18]si resulta que esos tres hombres se hallan en
ese país, juro por mi vida –oráculo del Señor Yahvé– que no podrán
salvar ni hijos ni hijas. Sólo ellos se salvarán.
[19]«Supongamos que envío la peste sobre ese país y derramo en
sangre mi furor contra ellos, extirpando de él hombres y bestias;
[20]si resulta que en ese país se hallan Noé, Danel y Job, juro por mi
vida –oráculo del Señor Yahvé– que ni hijos ni hijas podrán salvar.
Sólo se salvarán a sí mismos por su justicia.
[21]«Pues esto dice el Señor Yahvé: Cuando yo mande contra
Jerusalén mis cuatro terribles azotes: espada, hambre, bestias fe-
roces y peste, para extirpar de ella hombres y bestias, [22]puede que
queden en ella algunos supervivientes que sacan a sus hijos e hijas.
Y, cuando salgan hacia vosotros y veáis su conducta y sus obras, os
consolaréis de la desgracia que yo he acarreado sobre Jerusalén,
de todo lo que he acarreado sobre ella. [23]Ellos os consolarán cuan-
do veáis su conducta y sus obras, y sabréis que no sin motivo hice
yo todo lo que hice en ella –oráculo del Señor Yahvé–».**

El texto presenta cuatro casos de un mismo proceso legal, como lo indica el estilo condicional «supongamos que». La acusación es única: un país que resulta infiel al Señor. El castigo se simboliza en cuatro instrumentos aniquiladores, que son recurrentes en la literatura profética: hambre, bestias, espada y peste, que ya han sido citados en Ez 5,17. En el trasfondo podemos intuir la destrucción de Jerusalén. Formalmente los vv. 12-20 tienen un formato similar; el v. 21 (con la fórmula típica de introducción) divide el texto en dos secciones desiguales. La segunda crea algunas dudas en los comentaristas por su cambio de estilo y por pasar de una presentación hipotética a una aplicación directa a Jerusalén, añadiendo el tema de los supervivientes. En el fondo, el texto parece responder a un cuestionamiento previo sobre la justicia de Dios. Sin embargo, el juicio es irrevocable.

En este juicio, el Dios misericordioso y lento a la cólera, no se dejará conmover por los intercesores oficiales. Los profetas han ejercido esa función (Am 7,2.5; Jr 15,11; 37,3; Ez 9,8, Dn 9). Los casos típicos de intercesión bíblica son Moisés, buscando el perdón aun a costa de sí mismo (Ex 32,11-14.30-33; Nm 14,13-19) o evitando la derrota de su pueblo (Ex 17,11-12), y Abrahán, tratando de evitar la destrucción de Sodoma (Gn 18,16-32). Los citados en el texto de Ezequiel resultan un tanto desconocidos y son más bien paradigma de hombres justos que de intercesores. Noé («halló gracia a los ojos de Yahvé» Gn 6,8; 7,1) logró salvar a su familia del diluvio; Danel, que vuelve a aparecer en Ez 28,3, es ejemplo de sabiduría en la cultura cananea (sin relación alguna con el libro profético de Daniel); Job, figura proverbial que da nombre a un libro bíblico, es conocido como hombre íntegro y recto (Job 1,8), aunque no logró salvar a su familia. Las tres figuras son extranjeras. Cuando en el libro de Jeremías se afirma que el tiempo final no admite intercesiones, se traen ejemplos de intercesores clásicos del pueblo hebreo: Moisés y Samuel (Jr 15,1; sobre la intercesión de Samuel cf. 1 S 7,8-9; 12,19-25).

El tema es teológicamente complicado. El texto menciona en los cuatro casos el principio de la retribución individual: sólo los justos se salvarán (vv. 14.16.18.20). Precisamente en Ezequiel tiene este principio uno de sus más acérrimos defensores. Pretende salvar un concepto de justicia en Dios, que parece castigar a los inocentes jun-

to con los culpables. Tal vez el origen estuviera en la mentalidad popular que supone en los exiliados (siempre en 'los otros') la exclusividad de la culpa. Sin embargo, las consecuencias del pecado alcanzan a los inocentes. Cuando los profetas anuncian el "final", cuando su mensaje es que la infidelidad, traducida en violencia, opresión e injusticia, ha destruido al pueblo, es todo el pueblo el que sufre las consecuencias. Se formula diciendo que "Dios pronuncia una sentencia de condena"; lo que en realidad se dice es que el pecado, finalmente fratricida, destruye todo y mata al hermano.

15 **1Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 2«Hijo de**
hombre, ¿tiene más valor el leño de la vid que el leño de
cualquier rama que haya entre los árboles del bosque? 3¿Se toma
de él madera para hacer alguna cosa? ¿Se hace con él un gancho
para colgar algún objeto? 4Si se tira al fuego para que arda, si el
fuego devora los dos extremos y el centro está quemado, ¿servirá
aún para hacer algo? 5Si ya, cuando estaba intacto, no se podía
hacer nada con él, ¡cuánto menos, cuando lo ha devorado el fuego
y lo ha quemado, se podrá hacer con él alguna cosa!
6Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Lo mismo que el leño de la
vid, entre los árboles del bosque, al cual he arrojado al fuego para
que lo devore, así he entregado a los habitantes de Jerusalén. 7He
vuelto mi rostro contra ellos. Han escapado al fuego, pero el fuego
los devorará. Y sabréis que yo soy Yahvé, cuando vuelva mi rostro
contra ellos. 8Convertiré esta tierra en desolación, porque han
cometido infidelidad –oráculo del Señor Yahvé–».

No sabemos a quién va dirigido este oráculo. Su contenido es claro: la madera de la vid es inútil y sólo sirve para hacer fuego. Formalmente el v. 6 indica una división entre la metáfora de la inutilidad y su explicación. La metáfora comienza con una pregunta retórica, fácil de responder para los destinatarios. El tronco de la vid no sirve para trabajarlo y, menos aún, si está quemado. Pero se ha creado el suspense: ¿a qué se refiere? Si la cepa hiciera referencia a Babilonia, sería una imagen de esperanza. Pero recordemos que la imagen de la vid se ha aplicado repetidas veces a Israel, ya desde Is 5. La

cepa podría hacer referencia a los notables del pueblo, que fueron conducidos al exilio, mientras que algunos se han librado, por el momento, ocupando Jerusalén. El v. 6 aclara todo mencionando a «los habitantes de Jerusalén»: éstos son como madera de vid y les espera el fuego. También ellos son infieles. El final de Jerusalén es inminente y en su ejecución se reconocerá al Señor. Concluye con la consabida fórmula de cierre.

4.3. Una historia de infidelidades (cap. 16)

Llegamos a la unidad literaria más larga del libro. Comienza con la fórmula de recepción de la palabra (16,1), que no se repetirá hasta el siguiente capítulo (17,1). El género literario es el de *rîb* o juicio a dos, entre el Señor y su pueblo. La alegoría de este capítulo está relacionada con la del cap. 23 y con la historia narrada en el cap. 20. Aquí predomina la imagen esponsal, inaugurada por Oseas (Os 1-3) y utilizada por Jeremías (Jr 3). La relación entre Yahvé y su pueblo se dibuja con rasgos de alianza matrimonial, rota por la infidelidad adúltera del último. Como el pecado no fue único, sino repetido (el texto cita: egipcios, filisteos, asirios y caldeos; vv. 26-28), la imagen del adulterio cede su puesto a la de la prostitución. La escena mezcla ternura y violencia, amor e ira, inconsciencia y celos. Todo ello hace de esta alegoría un texto pasional, que no se lee sin emoción. No carece de repeticiones, posible fruto de reelaboraciones posteriores, pero posiblemente nunca fue un texto de desarrollo lineal. En la actualidad consta de dos (o tres) partes.

La primera parte (vv. 1-45) está marcada por la inclusión “padre amorreo, madre hitita”. En ella se desarrolla la imagen de la mujer infiel y consta de acusación y sentencia (vv. 1-34; 35-45), división clásica de la sentencia judicial y común en muchos oráculos proféticos. La segunda parte (vv. 46-63) está basada en la comparación con sus “hermanas” y bien pudiera indicar una influencia del cap. 23. Como el oráculo se desarrolla con el restablecimiento de las hermanas (vv. 53-58), al que un redactor pretendió sumar también a Judá (v. 55c), se añaden al final, a modo de conclusión, unas palabras reconfortantes del Señor, en las que anuncia la restauración de su alianza, con las hermanas y con Judá (vv. 59-63).

16 [1]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de
hombre, haz saber a Jerusalén sus abominaciones. [3]Dirás:
Esto dice el Señor Yahvé a Jerusalén: Por tu origen y tu nacimien-
to eres del país de Canaán. Tu padre era amorreo y tu madre hiti-
ta. [4]Cuando naciste, el día en que viniste al mundo, no te cortaron
el cordón, no te lavaron con agua para limpiarte, no te frotaron
con sal, ni te envolvieron en pañales. [5]Nadie se fijó en ti ni se apia-
dó compasivo para brindarte alguno de estos menesteres. El día
en que viniste al mundo quedaste expuesta en pleno campo, por-
que dabas repugnancia. [6]Yo pasé junto a ti y te vi agitándote en tu
sangre. Y te dije, al verte llena de sangre: “Vive”, [7]y te hice crecer
como la hierba de los campos. Tú creciste, te desarrollaste y lle-
gaste a la edad núbil. Se formaron tus senos y tu cabellera creció,
pero estabas completamente desnuda. [8]Entonces pasé yo junto a
ti y te vi. Era tu tiempo el tiempo de los amores. Extendí sobre ti
el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con
juramento, hice alianza contigo –oráculo del señor Yahvé– y tú
fuiste mía. [9]Te bañé con agua, lavé la sangre que te cubría, te ungí
con óleo. [10]Te puse vestidos recamados, zapatos de cuero fino, una
banda de lino fino y un manto de seda. [11]Te adorné con joyas, puse
brazaletes en tus muñecas y un collar a tu cuello. [12]Puse un anillo
en tu nariz, pendientes en tus orejas y una espléndida diadema en
tu cabeza. [13]Brillabas así de oro y plata, vestida de lino fino, de
seda y recamados. Te alimentabas de flor de harina, miel y aceite.
Te hiciste cada día más hermosa, y llegaste al esplendor de una
reina. [14]Tu nombre se difundió entre las naciones, debido a tu
belleza, que era perfecta, gracias al esplendor del que yo te había
revestido –oráculo del Señor Yahvé–.

[15]«Pero tú te pagaste de tu belleza, te aprovechaste de tu fama
para prostituirte, prodigaste tu lascivia a todo transeúnte, entre-
gándote a él. [16]Tomaste tus vestidos para hacerte altos de ricos
colores y te prostituiste en ellos. [17]Tomaste tus joyas de oro y plata
que yo te había dado y te hiciste imágenes de hombres para prosti-
tuirte ante ellas; [18]tomaste tus vestidos recamados y las recubriste
con ellos. Les hiciste dones con mi aceite y mi incienso, [19]y les
ofreciste, como calmante aroma, el pan que yo te había dado, la
flor de harina, el aceite y la miel con que yo te alimentaba. Y suce-

dió incluso –oráculo del Señor Yahvé– [20]que tomaste a tus hijos y a
tus hijas que me habías dado a luz y se los sacrificaste como ali-
mento. ¿No era suficiente tu prostitución, [21]que además inmolaste
a mis hijos y los entregaste haciéndoles pasar por el fuego en su
honor? [22]Así, en medio de todas tus abominaciones y tus prostitu-
ciones, no te acordaste de cuando eras joven, cuando estabas com-
pletamente desnuda, agitándote en tu sangre.

[23]«Y para colmo de maldad –¡ay, ay de ti!, oráculo del Señor
Yahvé– [24]te construiste un prostíbulo, te hiciste un altillo en todas
las plazas. [25]En la cabecera de todo camino te construiste tu altillo y
allí contaminaste tu hermosura; entregaste tu cuerpo a todo tran-
seúnte y multiplicaste tus prostituciones. [26]Te prostituiste a los egip-
cios, tus vecinos, de enormes miembros, y multiplicaste tus prosti-
tuciones para irritarme. [27]Entonces levanté mi mano contra ti: dis-
minuí tu ración y te entregué a la animosidad de tus enemigas, las
hijas de los filisteos, que se avergonzaban de la infamia de tu con-
ducta. [28]Y no harta todavía, te prostituiste a los asirios; te prostituis-
te sin hartarte tampoco. [29]Luego, multiplicaste tus prostituciones en
el país de los mercaderes, en Caldea, y tampoco esta vez quedaste
harta.

[30]«¡Oh, qué débil era tu corazón –oráculo del Señor Yahvé– para
cometer todas estas acciones, dignas de una prostituta descarada!
[31]Cuando te construías un prostíbulo a la cabecera de todo cami-
no, cuando te hacías un altillo en todas las plazas, despreciando el
salario, no eras como la prostituta. [32]La mujer adúltera, en lugar
de su marido, toma ajenos. [33]A toda prostituta se le da un regalo.
Tú, en cambio, dabas regalos a todos tus amantes, y los atraías
con mercedes para que vinieran a ti de los alrededores y se presta-
sen a tus prostituciones. [34]Con tus prostituciones ha pasado al
revés que con otras mujeres, pues nadie andaba detrás de ti solici-
tándote. No te pagaban, pues eras tú la que pagabas. ¡Justamente
al revés!

[35]«Pues bien, prostituta, escucha la palabra de Yahvé. [36]Esto
dice el Señor Yahvé: Por haber prodigado tu bronce y descubierto
tu desnudez en tus prostituciones con tus amantes y con todas tus
abominables basuras, por la sangre de tus hijos que les has ofreci-
do, [37]por esto he decidido reunir a todos los amantes a quienes

complaciste, a todos los que amaste y también a los que aborreciste. Los voy a congregar de todas partes contra ti, y descubriré tu desnudez delante de ellos, para que te vean completamente desnuda. [38]Voy a aplicarte el castigo de las mujeres adúlteras y criminales: te entregaré al furor y a los celos, [39]te entregaré en sus manos. Ellos arrasarán tu prostíbulo y demolerán tus altillos, te despojarán de tus vestidos, te arrancarán tus joyas y te dejarán completamente desnuda. [40]Luego incitarán a la multitud contra ti: te lapidarán, te acribillarán con sus espadas, [41]prenderán fuego a tus casas y harán justicia de ti, a la vista de una multitud de mujeres. Yo pondré fin a tus prostituciones, y no volverás a dar salario de prostituta. [42]Desahogaré mi furor en ti, pero luego dejaré de tenerte celos; me apaciguaré y no volveré a encolerizarme. [43]Por no haberte acordado de cuando eras joven, y por haberme provocado con todas estas cosas, he decidido, por mi parte, hacer recaer tu conducta sobre tu cabeza –oráculo del Señor Yahvé–. ¡Bien sabes las infamias que has cometido con todas tus abominaciones!

[44]«Mira, todos los autores de proverbios harán uno a propósito de ti; dirán: “De tal madre, tal hija”. [45]Hija eres, sí, de tu madre, que dejó de amar a sus maridos y a sus hijos, y hermana de tus hermanas, que dejaron de amar a sus maridos y a sus hijos. Vuestra madre era una hitita y vuestro padre un amorreo.

[46]«Tu hermana mayor es Samaría, que habita a tu izquierda con sus hijas; tu hermana menor es Sodoma, que habita a tu derecha con sus hijas. [47]No has sido parca en imitar su conducta y en cometer sus abominaciones; te has mostrado más corrompida que ellas en toda tu conducta. [48]Por mi vida –oráculo del Señor Yahvé– que tu hermana Sodoma y sus hijas no obraron como habéis obrado tú y tus hijas. [49]El crimen de tu hermana Sodoma y sus hijas fue: orgullo, voracidad e indolencia nacida de una vida placentera; no socorrieron al pobre y al indigente, [50]se enorgullecieron y cometieron abominaciones ante mí. Por eso las hice desaparecer, como tú has visto. [51]En cuanto a Samaría, ni la mitad de tus pecados ha cometido. Tú has cometido muchas más abominaciones que ellas, tantas que has hecho que tus hermanas parezcan honradas. [52]Así, pues, carga con tu ignominia, pues tú misma has decidido el fallo en favor de tus hermanas. Ellas resultan ser más honradas que tú,

pues los pecados que has cometido son mucho más abominables que los suyos. Avergüénzate, pues, y carga con tu ignominia por hacer parecer honradas a tus hermanas.

53«Yo las estableceré. Restableceré a Sodoma y a sus hijas; restableceré a Samaría y a sus hijas. Y después te restableceré a ti en medio de ellas, 54a fin de que soportes tu ignominia y te avergüences de todo lo que has hecho, para consuelo de ellas. 55Tu hermana Sodoma y sus hijas serán restablecidas en su antiguo estado; Samaría y sus hijas serán restablecidas en su antiguo estado. Tú y tus hijas seréis restablecidas también en vuestro antiguo estado. 56¿No hiciste burla de tu hermana Sodoma, en un arrebato de tu orgullo, 57antes que fuese puesta al descubierto tu desnudez? Como ella, ahora te has convertido en blanco de las burlas de las hijas de Edom y de todas las de los alrededores, así como de las hijas de los filisteos, que por todas partes te agobian a desprecios. 58Tú misma soportas las consecuencias de tu infamia y tus abominaciones –oráculo de Yahvé–.

59«Pues esto dice el Señor Yahvé: Voy a hacer contigo lo mismo que has hecho tú, que menospreciaste el juramento y rompiste la alianza. 60Pero yo me acordaré de la alianza que hice contigo cuando eras joven, y estableceré en tu favor una alianza eterna. 61Y tú te acordarás de tu conducta y te avergonzarás de ella, cuando acojas a tus hermanas, las mayores y las menores, y yo te las dé como hijas, si bien no en virtud de tu alianza. 62Yo mismo restableceré mi alianza contigo, y sabrás que yo soy Yahvé. 63Así, cuando te haya perdonado todo lo que has hecho, te acordarás y te avergonzarás, y la vergüenza ya no te dejará volver a abrir la boca –oráculo del Señor Yahvé–».

La primera sección (vv. 1-45) desarrolla la historia de Israel en las etapas de crecimiento de una muchacha: «Cuando naciste» (v. 4), la «edad núbil» (v. 7) que se identifica con el «tiempo de los amores» (v.8), y los «cuando eras joven» (v. 22, denominación que se repite en el v. 43). A pesar del marco literario de la inclusión mencionada, Ezequiel no presta mucha atención a la historia pre-egipcia de la nación. En todo el libro se cita a los patriarcas sólo en cuatro ocasiones: Abrahán (33,24); Isaac nunca; las otras tres veces son para Jacob

(28,25; 37,25; 39,25). Jerusalén es una niña abandonada el día de su nacimiento, sin los cuidados mínimos para un recién nacido. Sucia, desatendida, desnuda y manchada de sangre la encuentra el Señor, que la toma bajo su protección; la atiende, la cuida y, sobre todo, le dirige esa palabra que sólo Él puede pronunciar: «¡Vive!» (v. 6). Los años del crecimiento se resumen en un versículo (v. 7). Sólo a partir del v. 8 el padre adoptivo se convierte en el esposo mediante una alianza conyugal. El marido aporta sus dones: extender el manto (relaciones conyugales, cf. Rut 3,4.7), cuidado del cuerpo, vestidos, joyas y alimento de reina (v. 13). Son las obligaciones del esposo, según Ex 21,10: comida, ropa y derechos conyugales (cf. Os 2). La esposa adquiere fama por su belleza. Desde el v. 6 se enumeran las acciones del Señor con ella; a partir del v. 14 las acciones de ella. Ahí empiezan los males: los vestidos le sirven de cama para fornicar con extraños, las joyas para hacerse ídolos, los perfumes y el incienso como instrumentos de seducción, los alimentos como regalo para los amantes. Hasta los hijos del matrimonio, que no habían sido mencionados antes, fueron sacrificados, inmolados y ofrecidos en honor de los visitantes (vv. 20-21). Todo ello constituye una acusación apasionada de la infidelidad, en boca del marido traicionado. En el v. 22 se cierra en inclusión («agitándote en tu sangre») la primera acusación.

Pero aún hay agravantes: era prostituta insaciable, como indica el hecho de que se ofreciera en todos los lugares (alturas y encrucijadas) y con todos los vecinos con los que compartió historia (vv. 23-31). Su insaciable lujuria le llevó a ofrecerles los regalos de su boda, en vez de cobrar sus servicios (vv. 33-34). Oseas añadirá que se imaginaba que todos los dones se los habían dado sus amantes (Os 2,7). Se refiere sin duda a la contaminación idolátrica con las religiones de los pueblos vecinos, pero también al no cumplimiento de la ley del Señor, que exigía justicia para mantener la alianza. El castigo del enfurecido marido (v. 30) consistirá en convocar a todos estos pueblos (invasión) y descubrir ante ellos su desnudez. El Señor, airado, la insulta llamándola prostituta descarada (v. 30), pero con más fuerza tuvo que sonar: "hija de amorreo e hitita, genéticamente cananea". El insulto no es estrictamente histórico, por lo que tuvo que doler más. Amorreo designa un grupo semita occidental de

Palestina (Nm 21,13; Jos 10,5); los hititas era un pueblo indoeuropeo que habitaba Palestina ya en época de los patriarcas (Gn 23; 25,9-10; 26,34; 27,46). El profeta pretende subrayar las raíces paganas de Jerusalén y de los israelitas. Tengamos en cuenta que la religión cananea se basaba fundamentalmente en cultos de fertilidad. No fue Ezequiel el primero en denominar "adulterio" o "prostitución" a la idolatría. Hemos citado a Oseas, pero se puede encontrar también fuera de la literatura profética (Ex 34,15.16; Lv 17,7; 20,5; Dt 31,16; Jc 2,17; 8,27.33).

Tras la larga acusación, llega la sentencia (vv. 35-45), que en caso de adulterio será finalmente la muerte (Dt 22,22; Lv 20,10). Para deshonra, antes la presentará ante los pueblos desnuda y manchada con la sangre de sus hijos. Los propios pueblos, que han sido sus amantes, serán los ejecutores: el Señor los reunirá, les entregará Jerusalén (¡desnudez!) y la destruirán con piedras, espada y fuego (vv. 37-41). Los vv. 41b-43 son una apología del Señor: cesará su furia, su pasión se calmará… y no volverá a suceder (v. 42). Los vv. 44-45 son una especie de foto de familia: con ellos se cierra en inclusión la primera sección ('madre hitita' y 'padre cananeo'), al tiempo que abre la segunda con la mención de sus hermanas.

La segunda sección (vv. 46-63), dirigida a lo que queda de Judá, está centrada en la comparación de su actuación con la de sus hermanas Samaría y Sodoma, con dos partes muy distintas, antes y después de v. 53. Samaría había sido destruida hacía más de siglo y medio (1 R 17) y en el reino del Sur se había entendido como castigo merecido; Sodoma es caso típico de destrucción total (Gn 19). La comparación es recurrente (Jr 3,6-13; Ez 23), pero en ella Jerusalén sale perdiendo. La comparación con Samaría es breve, tal vez por demasiado conocida. La culpa de Sodoma se desarrolla más (vv. 49-50) y es interesante: se citan el orgullo, la voracidad, la vida fácil y la injusticia, con la mención de la despreocupación ante el pobre e indigente. El reato de Jerusalén hace parecer justas a sus hermanas, por lo que el Señor (a partir de v. 53) habla de reconstruirlas, de "cambiar su suerte" (cf. 39,25; Jr 29,14 y varias veces en Jr 30-33). El castigo y la destrucción no es la última decisión del Señor de la historia, ni había sido el objetivo del comienzo. Iguales en el castigo, las hermanas se encontrarán unidas en la restauración. El 'recuerdo'

servirá al Señor de la alianza (v. 60) para la vergüenza de Jerusalén (v. 61) y para un 'reconocimiento' (v. 62) que le impide volver a repetir la historia negativa. La alianza será el fundamento del futuro y del reconocimiento (v. 63) de la soberanía del Señor. El texto está sellado: oráculo del Señor.

4.4. Parábola de las águilas (cap. 17)

El capítulo comienza con la fórmula de recepción de la palabra y está estructurado en tres partes: vv. 1-10: la parábola de las águilas (sin personajes humanos); vv. 11-21: explicación narrativa de la parábola (con personajes humanos); vv. 22-24: acción de Dios sobre la vid, convertida en árbol (en escenario divino). Las dos últimas concluyen con la fórmula de reconocimiento de que el Señor ha hablado. El texto vuelve a presentar una estructura geminada: parábola e interpretación, dos águilas, dos plantas, dos juicios, dos planes (humano y divino), condena y esperanza, doble repetición de la fórmula de recepción de la palabra (vv. 1.11), la fórmula de 'cita' (vv. 3.19.22), doble juramento (vv. 16.19), doble fórmula de reconocimiento (vv. 21.24). Sin embargo, la impresión es de unidad. La parábola se interpreta históricamente; la historia se lee teológicamente y se diseña el futuro.

Las imágenes aluden a la época inmediatamente anterior a la definitiva caída de Jerusalén (586): el rey Sedecías, puesto por Nabucodonosor al frente de Jerusalén, se debatía entre la obediencia a Babilonia, a donde habían sido desterrados Jeconías y la aristocracia, o la alianza con Egipto, imperio de amplio influjo en el territorio, aunque algo debilitado. Recordemos que pocos años antes (609), el faraón Necó había enviado sus tropas para ayudar a los asirios contra los babilonios y que había matado al rey Josías de Jerusalén. El señuelo de su fuerza seguía jugando en Jerusalén una baza política de oposición a Babilonia. Para ayudar a la lectura identificamos: Cedro = Judá; Águila I = Nabucodonosor; Líbano = Jerusalén; Cogollo del cedro = Jeconías; plantar un brote = nombrar a Sedecías como rey; Águila 2 = Faraón (Psammético II, que venció a los nubios con ayuda de los judíos el 593 y visitó Judá el 592, o Hofra); extender raíces = enviar emisarios a Egipto para buscar ayuda.

17 **[1]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de
hombre, propón un enigma; presenta una parábola a la casa
de Israel. [3]Dirás: Esto dice el Señor Yahvé: El águila grande, de gran-
des alas y colosal envergadura, de espeso plumaje abigarrado, vino
al Líbano y cortó la cima del cedro; [4]arrancó la punta más alta de sus
ramas, la llevó a un país de mercaderes y la colocó en una ciudad de
comerciantes. [5]Luego, tomó de la semilla de la tierra y la puso en un
campo de siembra; junto a una corriente de agua abundante la colo-
có como un sauce. [6]Brotó y se hizo una vid aparrada, de pequeña
talla, que volvió sus ramas hacia el águila, aunque sus raíces no se
movieron. Se hizo una vid, echó cepas y alargó sarmientos.**

**[7]Había otra águila grande, de grandes alas y de abundante plu-
maje, y entonces la vid tendió sus raíces hacia ella, hacia ella alar-
gó sus ramas, para que la regase desde el terreno donde estaba
plantada. [8]Estaba plantada en campo fértil, junto a una corriente
de agua abundante, para echar ramaje y dar fruto, para hacerse
una vid magnífica.**

**[9]Di: Esto dice el Señor Yahvé: ¿Prosperará? ¿No arrancará sus
raíces el águila, no cortará sus frutos, de suerte que se sequen
todos los brotes tiernos que eche, sin que sea menester brazo gran-
de ni pueblo numeroso para arrancarla de raíz? [10]Vedla ahí planta-
da, ¿prosperará tal vez? ¿No se secará totalmente al soplar el vien-
to del Este? En el terreno en que brotó, se secará».**

La historia de esos años era convulsa en Jerusalén. Judá sufría la tensión de dos polos en el orden internacional: uno viejo y conocido, Egipto, que el año 609 había matado al rey Josías, se había llevado como rehén a su hijo mayor y había impuesto como rey a Joaquín, despótico y sanguinario; el otro polo, emergente pero fuerte y poderoso, Babilonia, que el año 597 venció y mató al rey, se llevó cautivo a su hijo Jeconías e impuso en el trono a su tío Sedecías, hermano de Joaquín. Al cedro le habían cortado la copa (v. 4). El águila cambia de actividad y planta el esqueje en tierra fértil y nace una vid que extiende «sus ramas hacia el águila» (v. 6). Entra en acción otra águila (v. 7), también grande, pero no tanto como la primera (v. 3). La atención se centra en la vid, que no extiende sus sarmientos, sino sus raíces, hacia la nueva águila (v. 7). El profeta hace intervenir al audi-

torio con preguntas (vv. 9-10) retóricas de lo que es evidente: así no puede prosperar. Las águilas marcan los dos polos entre los que se movía la política interna, que podemos definir como ‘sometimiento’ o ‘resistencia’ a Babilonia. A favor de la primera jugaban la palabra profética de Jeremías, que le costó una vida de cárcel, y la correcta apreciación de la fuerza real del nuevo imperio; a favor de la segunda, una ingenua valoración de la propia capacidad militar, ayudada por las débiles fuerzas de otros pequeños pueblos vecinos o del declinante Egipto. Al juramento de vasallaje exigido por el gran imperio se contraponían las pequeñas y trabajosas alianzas de resistencia con esos pueblos. En resumen, palabras dadas que se contraponen y que nadie mantiene. La posibilidad de la ayuda egipcia (la rebelión de Sedecías contra Babilonia coincidió con la subida al trono del faraón Psammético II en Egipto), parece reavivar las esperanzas de resistencia. Ezequiel, desde Babilonia, sale al paso con este oráculo, pronunciado quizás el 588, al conocer la rebelión de Sedecías. En el fondo está en juego la fe de Israel: un pueblo que confiesa su origen en la liberación de la esclavitud, producida por Dios, difícilmente puede aceptar el sometimiento al fuerte; por otro lado, la promesa de estabilidad a la monarquía davídica parece llegar a su fin, con el rey legítimo desterrado y el otro a punto de morir en la guerra. Las promesas de Dios están en horas bajas. Ezequiel apela a la soberanía histórica de Dios. Las imágenes no son coherentes (el cedro se convierte en sauce o en vid), pero el dominio del Señor queda patente en la parábola. Fuera de Él nada podrá sostenerse, ni prosperar. No hará falta un brazo fuerte para arrancarla de su suelo.

17 **11 Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 12 «Di a esa**
casa rebelde: ¿No sabéis lo que significa esto? Di: Mirad, el
rey de Babilonia vino a Jerusalén, tomó al rey y a los príncipes y los
llevó con él a Babilonia. 13 Escogió luego a uno de estirpe real, con-
cluyó un pacto con él y le hizo prestar juramento, después de haber-
se llevado a los grandes del país, 14 a fin de que el reino quedase
modesto y sin ambición, para guardar su alianza y mantenerla.
15 Pero este príncipe se ha rebelado contra él enviando mensajeros a
Egipto en busca de caballos y tropas en gran número. ¿Prosperará?
¿Se salvará el que ha hecho esto? Ha roto el pacto, ¿y va a salvarse?

**[16]Por mi vida –oráculo del Señor Yahvé– que morirá en Babilonia,
donde habita el rey que le puso en el trono, cuyo juramento despre-
ció y cuyo pacto rompió. [17]Ni con su gran ejército y sus numerosas
tropas le salvará el faraón en la guerra, cuando se levanten terraple-
nes y se hagan trincheras para exterminar muchas vidas humanas.
[18]Ha despreciado el juramento y ha roto el pacto; ha hecho todo
esto aun después de haber dado su palabra. ¡No tendrá remedio!**

**[19]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Por mi vida que le haré cul-
pable de haber despreciado mi juramento y haber roto mi alianza.
[20]Extenderé mi lazo sobre él y quedará preso en mi red; lo llevaré
a Babilonia y allí le pediré cuentas de la infidelidad que ha cometi-
do contra mí. [21]Lo más selecto de sus tropas caerá a espada, y los
que queden serán dispersados a todos los vientos. Y sabréis que
yo, Yahvé, he hablado».**

Las palabras de Ezequiel son más fuertes y claras que nuestras explicaciones. Para él, buscar la alianza de Egipto, además de ser inútil, era romper la palabra empeñada con juramento. De Egipto no puede venir la salvación, dirá Jeremías en Jerusalén; Ezequiel parece hacerle eco en Babilonia. Podríamos poner en dos columnas el texto de la parábola y el de su explicación. La explicación pasa al ámbito teológico (vv. 19-21). Sedecías ha roto el juramento divino y ha roto su alianza. El Señor intervendrá cazándolo, sometiéndolo a Babilonia y castigándolo. El año 586 se cumplió la desgracia. Los desterrados tendrán que reconocer el triunfo de la palabra del Señor.

17 **[22]Esto dice el Señor Yahvé: «También yo tomaré un tallo de
la copa del alto cedro, de la punta de sus ramas escogeré
un ramo y lo plantaré yo mismo en una montaña elevada y excel-
sa: [23]en la alta montaña de Israel lo plantaré. Echará ramaje y
producirá fruto, y se hará un cedro magnífico. Debajo de él habi-
tarán toda clase de pájaros, toda clase de aves morarán a la som-
bra de sus ramas. [24]Y todos los árboles del campo sabrán que yo,
Yahvé, humillo al árbol elevado y elevo al árbol humilde, hago
secarse al árbol verde y reverdecer al árbol seco. Yo, Yahvé, he
hablado y lo haré».**

El epílogo final recuerda que no todo acaba mal. La actuación del Señor en primera persona relaciona estos versos con los anteriores; la mención del cedro retoma la imagen inicial. El Señor puede convertir la guía cimera, desmochada, en cedro nuevo, en un cedro magnífico. No es que se hayan convertido, ni que se hayan portado bien, ni que hayan mantenido la palabra. Es sencillamente que el Señor es soberano de la historia. Y, así como será reconocido cuando hace secarse al árbol verde, será también reconocido cuando haga reverdecer al árbol seco. La palabra del Señor se cumplirá, independientemente de la acción de quienes se creen protagonistas de la historia. Todos los reinos de la tierra (árboles) reconocerán la soberanía del Señor y la eficacia de su Palabra.

4.5. La justicia de Dios y la responsabilidad personal (cap. 18)

La fórmula de recepción de la palabra (v. 1) nos introduce en uno de los textos más característicos –y más difíciles teológicamente– del profeta Ezequiel (cf. Ez 33). También Jeremías trata el mismo tema (Jr 31,29-30) de la responsabilidad personal o, mejor, de la retribución individual. Mientras la sensibilidad corporativa era fuerte, siempre se podía entender el mal como consecuencia de pecados anteriores o ajenos (Lm 5,7). Con la irrupción de la mentalidad individual, la justicia de Dios queda en entredicho: ¿cómo puede castigar al inocente? La realidad del mal y del dolor ha sido siempre un problema teológico de primera magnitud para toda religión monoteísta. Al no existir una divinidad negativa sobre la que descargar la culpabilidad, hay que buscar otras vías de explicación. Para Israel el culpable es el pecado del pueblo; así se ha aceptado en la predicación profética o en la catequesis deuteronómica. Pero nunca se ha librado Dios de ciertas manchas en relación con el mal y el dolor. En este caso, los creyentes judíos comprendían el castigo a las generaciones anteriores por los pecados que hubieran cometido. Pero ¿a ellos? No eran culpables. ¿Por qué les castigaba Dios? ¡Los padres comieron agraces y ellos sufren la dentera! Dios no es justo, castigando al inocente. En el libro de Job alcanza el problema su cota máxima y en él se funden poesía y misterio. Tal vez sea el único modo de afrontarlo. Ezequiel, Jeremías y Job afrontan el problema,

pero no pueden proporcionar una solución intelectualmente satisfactoria. Sólo en el caldo de cultivo de esta problemática es imaginable un intento de solución tan audaz como el que ofrece la figura del siervo (Segundo Isaías), en la que se funden persona individual y su valor corporativo en una función salvífica misteriosa y grandiosa al mismo tiempo. En este recorrido se prepara el acontecimiento de Jesús, justo inocente por antonomasia, injustamente perseguido.

18 **[1]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«¿Por qué
andáis repitiendo este proverbio en la tierra de Israel: Los
padres comieron el agraz, y los dientes de los hijos sufren la dente-
ra? [3]Por mi vida –oráculo del Señor Yahvé– que no repetiréis más
este proverbio en Israel. [4]Mirad: todas las vidas son mías; tanto la
vida del padre como la del hijo son mías. Morirá el que peque.**

**[5]El que es justo y practica el derecho y la justicia, [6]no come en
los montes ni alza sus ojos a las basuras de la casa de Israel, no
contamina a la mujer de su prójimo ni se acerca a una mujer
durante su impureza, [7]no oprime a nadie, devuelve la prenda de
una deuda, no comete rapiñas, da su pan al hambriento y viste al
desnudo, [8]no presta con usura ni cobra intereses, aparta su mano
de la injusticia, pronuncia dictámenes justos entre hombre y hom-
bre, [9]se conduce según mis preceptos y observa mis normas,
obrando conforme a la verdad…, un hombre así es justo. Sin duda
que vivirá –oráculo del Señor Yahvé–.**

**[10]«Si éste engendra un hijo violento y sanguinario, que hace
alguna de estas cosas [11]que él mismo no había hecho, un hijo que
come en los altozanos, contamina a la mujer de su prójimo, [12]opri-
me al pobre y al indigente, comete rapiñas, no devuelve la prenda,
alza sus ojos a las basuras, comete abominación, [13]presta con usu-
ra y cobra intereses…, éste no vivirá en modo alguno después de
haber cometido todas estas abominaciones. Morirá sin remedio, y
sólo él será reo de culpa.**

**[14]«Y si éste, a su vez, engendra un hijo que, a pesar de haber
visto todos los pecados que ha cometido su padre, no los imita,
[15]que no come en los altozanos ni alza sus ojos a las basuras de la
casa de Israel, no contamina a la mujer de su prójimo, [16]no oprime
a nadie, no guarda la prenda, no comete rapiñas, da su pan al**

hambriento, viste al desnudo, [17]aparta su mano de la injusticia, no
presta con usura ni cobra intereses, practica mis normas y se con-
duce según mis preceptos..., éste no morirá por la culpa de su
padre. Seguro que vivirá. [18]Su padre morirá por su propia culpa,
por haber sido violento, haber cometido rapiñas y no haber obra-
do bien entre su gente.

[19]«Vosotros decís: "¿Por qué no carga el hijo con la culpa de su
padre?".

Pues porque el hijo ha practicado el derecho y la justicia, ha
observado todos mis preceptos y los ha puesto en práctica. Seguro
que vivirá. [20]El que peque es quien morirá. El hijo no cargará con
la culpa de su padre, ni el padre con la culpa de su hijo: al justo se
le imputará su justicia y al malvado su maldad.

[21]«En cuanto al malvado, si se aparta de todos los pecados que
ha cometido, observa todos mis preceptos y practica el derecho y
la justicia, vivirá sin duda; no morirá. [22]Ninguno de los crímenes
que cometió se le volverá a recordar; vivirá a causa de la justicia
que ha practicado. [23]¿Acaso me complazco yo en la muerte del
malvado –oráculo del Señor Yahvé– y no más bien en que se con-
vierta de su conducta y viva? [24]Pero si el justo se aparta de su jus-
ticia y comete el mal, imitando todas las abominaciones que come-
te el malvado, ¿creéis que vivirá? No, no quedará ya memoria de
ninguna de las obras justas que había practicado, sino que morirá
a causa de la infidelidad en que ha incurrido y del pecado que ha
cometido.

[25]«Vosotros decís: "No es justo el proceder del Señor".

Escuchad, casa de Israel: ¿Que no es justo mi proceder? ¿No es
más bien vuestro proceder el que no es justo? [26]Si el justo se apar-
ta de su justicia, comete el mal y muere, habrá muerto por el mal
que ha cometido. [27]Pero si el malvado se aparta del mal que ha
cometido y practica el derecho y la justicia, conservará su vida.
[28]Ha abierto los ojos y se ha apartado de todos los crímenes que
había cometido. Seguro que vivirá; no morirá.

[29]«Sin embargo, la casa de Israel dice: "No es justo el proceder
del Señor".

¿Que mi proceder no es justo, casa de Israel? ¿No es más bien
vuestro proceder el que no es justo? [30]Pues pienso juzgar a cada

uno según su proceder, casa de Israel –oráculo del Señor Yahvé–. Convertíos y apartaos de todos vuestros crímenes, de modo que no incurráis en ocasión de culpa.
31Descargaos de todos los crímenes que habéis cometido contra mí, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?
32Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere –oráculo del Señor Yahvé–. Convertíos y vivid.

El tema de la justicia exige géneros literarios ligados al ámbito jurídico. En efecto, en este texto encontramos el uso de la casuística, conocida en los códigos legales antiguos y en la Biblia (Dt 12.17.21-22, etc.), así como las fórmulas declaratorias sacerdotales (Lv, Sal 15 o Sal 24, etc.), que indican la sentencia a la muerte o a la vida, y la parénesis (Dt y profetas). En el capítulo podemos distinguir dos partes principales: la primera (vv. 1-18, con la repetición 19-24), dedicada al caso de tres generaciones distintas, y la conclusión, que responde a la acusación de injusticia dirigida a Dios. En ambas se concluye con la afirmación de que Dios no se complace con la muerte, ni siquiera del malvado. Solemne es la invitación final a vivir, que recuerda la posición del creyente judío (Dt 30,15: «Mira, yo pongo hoy delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal») o de todo hombre (Si 15,17: «Ante los hombres está la vida y la muerte, a cada uno se le dará lo que prefiera»).

Se comienza citando el proverbio que, en boca de los oyentes, acusa al Señor de comportamiento injusto. Dios se defiende negando la validez del proverbio (v. 3) y subrayando su dominio sobre toda vida (v. 4). A continuación el capítulo se centra en un caso en el que se analizan tres generaciones que son juzgadas de acuerdo a su propio comportamiento (vv. 5-18). Los tiempos han cambiado. Ya no es válida la máxima de otro tiempo (Dt 5,9-10), según la cual el Dios celoso castiga «la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación, cuando me odian, y tengo misericordia por mil generaciones, cuando me aman y guardan mis mandamientos». Ahora es el tiempo de la responsabilidad individual. Cada uno recibirá lo merecido por su conducta. Así se establecía desde siempre en la ley de Israel (Dt 24,16; cf. 2 Cro 25,4), para evitar las venganzas sin fin. Evidentemente, trata de espabilar a los desterrados,

propensos a pensar que estaban pagando las culpas de otros, posiblemente de generaciones anteriores. Ellos se consideran inocentes.

Conviene notar la triple repetición de lo que se ha dado en llamar "decálogo profético", un género que recorre los mandamientos del decálogo en formulación libre (vv. 6-8; 11-13; 15-17). La repetición desmarca la conducta del hijo violento y sanguinario de la de su padre o de la de su hijo. Tres generaciones, cada cual con comportamiento distinto ante un mismo patrón. Se describe en primer lugar la actuación de un hombre justo en base a patrones de religiosidad, de uso de la sexualidad o de actividades sociales. Como es justo, debe vivir (v. 9). Pero tiene un hijo malvado, definido como «violento y sanguinario» (v. 10). Sus acciones son contrarias a las de su padre y debe ser condenado a muerte (vv. 11-13). La tercera generación es la de un nieto que, diferente a su padre, se comporta como su abuelo (vv. 14-18). Se podría pensar en Josías, Joaquín y Jeconías, aunque no hay muchos datos para ello. Las dos primeras generaciones serían fácilmente aceptables, pero como referente de la tercera generación cabe la posibilidad de Jeconías en Babilonia o de Sedecías en Jerusalén, si suponemos que el profeta se dirige a los desterrados o a los habitantes de Jerusalén. En el texto la última generación es juzgada positivamente; en la historia, la población desterrada no puede ser declarada inocente, aunque en el futuro se confesará su retorno; la población que quedó en Jerusalén acabó mal, como se acredita en el libro de los Reyes y en Jeremías. Al primer padre se le denomina "justo" (inclusión que engloba el decálogo profético); al hijo malvado se le llama "violento y sanguinario" (vv. 10.18); al tercero no se le califica, simplemente ha visto los pecados de su padre, pero no lo ha imitado. Los vv. 19-20 retoman el caso propuesto mediante una pregunta retórica («¿Por qué no carga el hijo con la culpa de su padre?») y la afirmación de la justicia divina. El v. 20 repite a la letra lo dicho en v. 4 («el que peque es quien morirá»).

A partir del v. 21 se deja de lado la generación familiar y se analiza la oposición justo-malvado en forma quiástica: el justo que resulta malvado y el malvado que se convierte en justo. En la realidad no es fácil el cambio, pero se trata de un caso hipotético. Si sucede, el hombre será juzgado por su realidad presente, no por su pasado. El conjunto de los vv. 23-30 está encuadrado en una inclusión que afir-

ma la complacencia de Dios por la vida, no por la muerte; los vv. 25 y 29 repiten la discusión sobre quién es justo, Dios o el pueblo; los vv. 26-28 colocan en el centro la perversión del justo o la conversión del malvado. A cada uno se ofrece la posibilidad de elegir la vida o la muerte. La justicia de Dios se pone en duda en el destierro o en las turbulencias finales de Jerusalén (no sabemos a quién se refiere). En el presente no es fácil reconocer su justicia; es sólo posible esperar en su bondad. La fórmula conclusiva "oráculo del Señor Yahvé" y la invitación a la conversión cierran el capítulo. El Señor prefiere dar la vida; es su última palabra.

4.6. Elegía a la madre (cap. 19)

Canto fúnebre o elegía (vv. 1.14) por el reino, representado en sus reyes. Se trata casi de un acertijo alegórico sobre el final de la dinastía davídica. Una imagen animal (leona, vv. 2-9) y otra vegetal (vid, vv. 10-14) soportan la descripción del desastre dinástico. Las dos partes comienzan con alusión a la "madre"; en ambas no es fácil encontrar la estructura métrica típica de la *qînâ* (3+2 acentos), sobre todo en la segunda parte.

**19 [1]«Y tú entona una elegía sobre los príncipes de Israel.
[2]Dirás: ¿Qué era tu madre? Una leona entre leones; echada
entre los leoncillos, criaba a sus cachorros. [3]Crió bien a uno de sus
cachorros, que se hizo un león joven; aprendió a desgarrar su presa
y devoró hombres. [4]Oyeron hablar de él las naciones, que lo atra-
paron en la fosa que cavaron; con garfios lo llevaron al país de
Egipto. [5]Como vio que su espera era fallida, fallida su esperanza,
tomo otro de sus cachorros e hizo de él un león joven. [6]Andaba
éste entre los leones, y se hizo un león joven; aprendió a desgarrar
su presa y devoró hombres. [7]Derribó sus palacios, devastó sus ciu-
dades; la tierra y sus habitantes estaban aterrados por su violento
rugido. [8]Se alzaron contra él las naciones, las provincias circun-
dantes; tendieron sobre él su red y en su fosa quedó preso. [9]Lo
enjaularon atado con garfios y lo llevaron al rey de Babilonia; en
calabozos lo metieron, para que no se oyese más su rugido por los
montes de Israel.**

**10«Tu madre se parecía a una vid plantada a orillas de las aguas.
Era fecunda, exuberante, por la abundancia de agua. 11Tenía ramas
fuertes para ser cetros reales; su talla se elevó hasta dentro de las
nubes. Era imponente por su altura, por su abundante ramaje.
12Pero ha sido arrancada con furor, tirada por tierra; el viento del
este ha agostado su fruto; ha sido rota, su rama fuerte se ha seca-
do, la ha devorado el fuego. 13Y ahora está plantada en el desierto,
en tierra de sequía y de sed. 14Ha salido fuego de su rama, que ha
devorado sus sarmientos y su fruto. No volverá a tener su rama
fuerte, su cetro real». Esto es una elegía; y de elegía sirvió».**

Un breve capítulo, compuesto por dos estrofas de un poema, unidas por la referencia a la “madre” y la inclusión “elegía”. Podemos considerarlo como fábula (los personajes son animales o plantas) o como alegoría (sus referencias son históricas). Presenta contrastes típicos: los rugidos del rey, ahora silencioso (vv. 7.9); rama extendida a lo alto, que ahora no existe (vv. 11.14); cepa frondosa, convertida en desierto (vv. 10.13). Los cachorros enjaulados y las ramas quemadas representan la realidad. Ambos cachorros desarrollan un voraz apetito de carne humana («devoró hombres», vv. 3.6) y sus acciones provocan una respuesta internacional (vv. 4.8). No es fácil la identificación de los dos cachorros, a los que la madre enseñó el oficio, a pesar de que el primero fue llevado a Egipto y el segundo a Babilonia. El título es apropiado para un rey. Posiblemente el primer cachorro (vv. 5-9) se refiere a Joacaz, llevado a Egipto, mientras que el segundo podría referirse a Jeconías (en Babilonia) o a Sedecías (en Jerusalén). Algunos autores defienden la posibilidad de Jeconías, porque sería difícil que Ezequiel no lo mencionara y para salvar el paralelismo de las dos menciones que encontramos en Jr 22,11-12.24-30.

Cambia la imagen (vv. 10-14) y se rompe la métrica de la lamentación. Comienza con una referencia a la madre, pero aquí concluyen los parecidos con la sección anterior. Ahora se pasa a una imagen vegetal. Una vid exuberante y fecunda es la madre que, inesperadamente, es atacada con furor. Rota por el viento, una rama sufre las consecuencias del fuego, el resto de la cepa es transplantado de la zona fértil al “desierto”. La tensión política y la realidad histórica de los últimos años de Jerusalén quedan bien reflejadas. Una realidad

que bien merece un canto fúnebre para concluir con la dinastía de David. El hecho de que al final florece el cedro y no la vid parece indicar que Ezequiel confía en la descendencia de Jeconías y no en la de Sedecías. El momento es de canto fúnebre y lamento.

5. Últimos oráculos antes de la caída de Jerusalén (20,1 - 23,49)

Las citas cronológicas de 20,1 y de 24,1 separan claramente las secciones. Llegamos al año séptimo (590) del reinado virtual de Jeconías. Falta muy poco para la caída definitiva de Jerusalén (será el año noveno; cf. Ez 24). En esta sección encontraremos los últimos oráculos de Ezequiel –a juicio del último redactor del libro– antes de la caída y destrucción de Jerusalén. Con la excusa de una consulta al Señor por medio del profeta, se presentan una serie de oráculos que en su rica variedad de imágenes no tienen más unidad que la que les confiere la inminente tragedia. Las grandes secciones del texto comienzan con la frase: «Yahvé me dirigió su palabra en estos términos» y concluyen con la fórmula de reconocimiento: «sabrán (sabréis, para que sepan) que yo soy Yahvé».

Encontramos las siguientes secciones que nos ayudarán para la lectura:

1. Consulta al profeta y resumen de la historia de rebelión (cap. 20)
2. El fuego y la espada (cap. 21)
3. Tres oráculos describen el mal generalizado (cap. 22)
4. La historia de las dos hermanas (cap. 23)

Todo el conjunto se puede leer por secciones, dada su variedad. El conjunto pretende explicar la razón de tanta calamidad, aun vivida desde el destierro.

5.1. Consulta al profeta y resumen de la historia de rebelión (cap. 20)

Dejando la introducción del v. 1 para el conjunto, dividimos esta sección en dos partes, aunque con dudas por falta de indicios literarios. En la primera (vv. 2-29), con motivo de una consulta, se resume la historia de infidelidad del pueblo en tiempos verbales de pasado; en la

segunda (vv. 30-44) se retoma el tema de la consulta, pero se acusa más explícitamente a la generación actual en tiempo presente. La fórmula de reconocimiento sirve de doble cierre en ambas: vv. 20.25 para la primera (cf. lo que decimos sobre vv. 27-29); vv. 38.42.44 para la segunda.

20 1El año séptimo, el día diez del quinto mes, algunos de los
ancianos de Israel vinieron a consultar a Yahvé y se senta-
ron ante mí.
2Entonces Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 3«Hijo
de hombre, habla a los ancianos de Israel y diles: Esto dice el
Señor Yahvé: ¿Venís a consultarme? Por mi vida, que no me dejaré
consultar por vosotros –oráculo del Señor Yahvé–. 4¿Vas a juzgar-
los? ¿Vas a juzgar, hijo de hombre? Pues hazles saber las abomina-
ciones de sus antepasados.
5Les dirás: Esto dice el Señor Yahvé: El día que yo elegí a Israel,
alcé mi mano hacia la raza de la casa de Jacob; me manifesté a
ellos en el país de Egipto y levanté mi mano hacia ellos diciendo:
Yo soy Yahvé, vuestro Dios.
6Aquel día alcé mi mano hacia ellos jurando sacarlos del país
de Egipto hacia una tierra que había explorado para ellos, que
mana leche y miel, la más hermosa de todas las tierras. 7Pero les
advertí: Arrojad los ídolos que seducen vuestros ojos, no os conta-
minéis con las basuras de Egipto; yo soy Yahvé, vuestro Dios.
8Pero ellos se rebelaron contra mí y no quisieron escucharme.
Ninguno arrojó los ídolos que seducían sus ojos; ninguno abando-
nó las basuras de Egipto.
Pensé entonces derramar mi furor sobre ellos y desahogar en
ellos mi cólera, allí en el país de Egipto.
9Pero tuve consideración a mi nombre y procedí de modo que
no fuese profanado a los ojos de las naciones entre las que ellos se
encontraban, y a la vista de las cuales me había manifestado a
ellos, sacándolos del país de Egipto.
10Por eso, los saqué del país de Egipto y los conduje al desierto.
11Les dicté mis preceptos y les di a conocer mis normas, por las
que el hombre vive, si las pone en práctica. 12Y les di además mis
sábados como señal entre ellos y yo, para que supieran que Yo soy
Yahvé, que los santifico.

[13]Pero la casa de Israel se rebeló contra mí en el desierto; no se
condujeron según mis preceptos, rechazaron mis normas, por las
que vive el hombre, si las pone en práctica, y no hicieron más que
profanar mis sábados.

Entonces pensé derramar mi furor sobre ellos en el desierto,
para exterminarlos.

[14]Pero tuve consideración a mi nombre, y procedí de modo que
no fuese yo profanado a los ojos de las naciones, a la vista de las
cuales los había sacado.

[15]Y, una vez más alcé mi mano hacia ellos en el desierto, jurando
que no les dejaría entrar en la tierra que les había dado, que mana
leche y miel, la más hermosa de todas las tierras. [16]Y es que habían
despreciado mis normas, no se habían conducido según mis pre-
ceptos y habían profanado mis sábados; porque su corazón se iba
tras sus basuras. [17]Pero los miré con piedad y decidí no exterminar-
los, ni acabar con ellos en el desierto.

[18]Pero advertí a sus hijos en el desierto: No sigáis las reglas de
vuestros padres, no imitéis sus normas, no os contaminéis con sus
basuras. [19]Yo soy Yahvé, vuestro Dios. Seguid mis preceptos, guar-
dad mis normas y ponedlas en práctica. [20]Santificad mis sábados;
que sean una señal entre yo y vosotros, para que se sepa que Yo
soy Yahvé, vuestro Dios.

[21]Pero los hijos se rebelaron contra mí, no se condujeron según
mis preceptos, no guardaron ni pusieron en práctica mis normas,
aquéllas por las que vive el hombre, si las pone en práctica, y pro-
fanaron mis sábados.

Entonces pensé derramar mi furor sobre ellos y desahogar en
ellos mi cólera, en el desierto.

[22]Pero retiré mi mano y tuve consideración a mi nombre, proce-
diendo de modo que no fuese profanado a los ojos de las naciones,
a la vista de las cuales los había sacado.

[23]Pero, una vez más, alcé mi mano hacia ellos, en el desierto,
jurando dispersarlos entre las naciones y esparcirlos por los países.
[24]Y es que no habían puesto en práctica mis normas, habían des-
preciado mis preceptos y profanado mis sábados, y sus ojos se
habían ido tras las basuras de sus padres. [25]E incluso llegué a dar-
les preceptos que no eran buenos y normas con las que no podrían

vivir, [26]y los contaminé con sus propias ofrendas, haciendo que pasaran por el fuego a todo primogénito, a fin de infundirles horror, para que supiesen que Yo soy Yahvé.

[27]Por eso, hijo de hombre, habla a la casa de Israel. Les dirás: Esto dice el Señor Yahvé: Vuestros antepasados siguieron ultrajándome, siéndome infieles. [28]Yo les conduje a la tierra que, mano en alto, había jurado darles. Allí vieron toda clase de colinas elevadas, toda suerte de árboles frondosos, y en ellos ofrecieron sus sacrificios y presentaron sus ofrendas provocadoras; allí depositaron el calmante aroma y derramaron sus libaciones. [29]Yo les dije: ¿Qué es el alto adonde vosotros vais? (y se le puso el nombre de *Bamá*, hasta el día de hoy).

Tras la datación inicial que fija la cronología del oráculo, asistimos de nuevo a una consulta de los "ancianos de Israel" (vv. 1-4). No se indica ni la ocasión ni el contenido de la consulta. Ésta provoca una inmediata respuesta del Señor, que no se deja consultar, pero que aprovecha la ocasión para echarles en cara su actitud depravada desde siempre. A continuación (vv. 5-29) Ezequiel describe la historia sagrada en tres escenarios (Egipto, desierto, tierra) en los que se repite un mismo esquema de comportamiento con variaciones significativas, dignas de consideración. Comencemos por el esquema narrativo general, que consta de cuatro tiempos:

1) Dios jura salvar (alza la mano), ofreciéndoles sus dones (normas y/o preceptos) para que vivan;
2) ellos se rebelan, convirtiéndose en idólatras (basuras);
3) el Señor se enfurece y pretende desahogar su cólera;
4) se frena, en consideración a su nombre, y vuelve a jurar la salvación, excepto en la última repetición del esquema.

Este esquema revela una teología y una concepción del Dios de Israel muy similar a la conocida en otros libros (Jc 2) y fundamentalmente en la escuela deuteronómica. Los escenarios marcan las etapas históricas en las que el esquema se repite. Bien sea por la inclusión literaria (vv. 6.27) o por la ausencia evidente de su mención explícita, la tierra ocupa el lugar central. Las etapas son cuatro (con menos detalles, pero con estructura similar a las cantadas en Sal 106).

En la primera etapa, coloca los orígenes de la nación en Egipto (vv. 6-9): el Señor conoce y reconoce a Israel, y se compromete con él para que sea su nación, jurándole sacarle de ahí. Exige de ellos, como respuesta a esta actitud de gracia, que abandonen su conducta abominable y rechacen a los dioses egipcios. Ellos rechazan la oferta y el Señor en encoleriza, pero se frena por el honor de su nombre. Los libera graciosamente y así se revela a las naciones.

En la segunda etapa, conduce a Israel al desierto (vv. 10-17), donde les revela su voluntad, prometiéndoles vida. A esta alusión a la alianza del Sinaí se suma el don de sus "sábados" (cf. Jr 17,19-27; Is 56,2.4.6). Ellos rechazan de nuevo la oferta y el Señor rehúsa llevarlos a la tierra prometida. En atención a su nombre no los destruye en el desierto.

El Señor intenta una tercera etapa en el desierto con la siguiente generación (vv. 18-26) a la que revela sus preceptos para que tengan vida. También ellos rechazan la oferta, provocando el enfado del Señor. Pero, por el honor de su nombre, decidió no destruirles, sino diseminarlos entre los pueblos y cambiar sus leyes para la vida en leyes para la muerte (cf. comentario más abajo).

Finalmente, la última etapa tiene lugar en la tierra (no mencionada en v. 17, donde podría esperarse, pero sí en vv. 27-29) y no sigue el esquema habitual. Sólo se mencionan sus abominaciones idolátricas.

Notemos la ausencia de la etapa patriarcal. Todo arranca en Egipto, pero es la tierra la que está en juego. Se recogen retazos de la tradición del éxodo: revelación del nombre, juramento de liberación, el binomio salir/entrar, la maravillosa tierra visitada por los exploradores. En la narración épica que desarrolla el libro del éxodo no se menciona el culto idólatra en Egipto; aquí se menciona como el comienzo de la rebelión, muestra de la corrupción original de la nación. La idolatría es típica de la tradición del desierto y en Ezequiel no falta. Lo que era una etapa intermedia en la tradición primigenia, se prolonga temporalmente durante una segunda generación y con el don de la ley se convierte en término. Un nuevo desierto espera a Israel al concluir la etapa de posesión de la tierra: el «desierto de los pueblos» (v. 35). El lenguaje del profeta es sacerdotal: los dones que Dios ofrece se resumen en la Ley (normas y preceptos que dan la vida o los sábados, descubrimiento típico de la diáspora babilónica); la rebelión del pue-

blo se resume en el desprecio de la ley y la profanación de los sábados; la desobediencia se traduce en contaminación, opuesta a la santidad. Lenguaje propio de un sacerdote en el destierro.

En los vv. 25-26 el Señor llega a contaminarse con la conducta de Israel. La afirmación es tremenda y chocante. ¡La perversión del pueblo contagia a Dios y les da leyes para la muerte! Curiosamente una formulación tan atrevida («normas con las que no podrían vivir») no ha sido nunca utilizada en las disputas de los primeros cristianos con los judíos. Probablemente entendieron la frase como Orígenes: han convertido los preceptos buenos en malos a base de no observarlos (*Homiliae in Exodum 7,2*). Es más fácil leerlo como pregunta: «¿Acaso les di preceptos que no eran buenos y normas con las que no podrían vivir? ¿Acaso los contaminé con sus propias ofrendas, haciendo que pasaran por el fuego a todo primogénito, a fin de infundirles horror?». Desde luego podría tener más sentido. No faltan en la Biblia frases chocantes y casi blasfemas, pero debemos reconocer que el pasar a los niños por el fuego siempre ha sido mal visto en Israel, aunque haya sido una práctica repetida (2 R 16,3; 17,17; 21,6; 23,10; Jr 7,31; 32,35). La narración del sacrificio de Isaac (Gn 22) recoge una tradición, pero sirve para marcar distancias con dicha práctica. Los primogénitos son del Señor, pero en el caso de los primogénitos humanos la ley prevé que sean rescatados (Ex 13,13; 34,20; Nm 18,15). Los sacrificios de niños estaban expresamente prohibidos en la Ley (Lv 18,21; 20,4-5).

Los vv. 27-29 los podríamos unir con lo que sigue: comienza con "Por eso", como el v. 30; menciona la "casa de Israel", como en los versículos siguientes; no conserva la estructura del texto anterior. Pero por su referencia a la idolatría como pecado de las generaciones anteriores a la actual, lo dejamos aquí. "Bamá", altozano, quedará como nombre genérico de todo altar en el que sacrifica a otra divinidad con culto idolátrico.

20 [30]**«Pues bien, di a la casa de Israel: Esto dice el Señor Yahvé:**
Conque vosotros os contamináis conduciéndoos como vuestros antepasados, prostituyéndoos detrás de sus ídolos, [31]presentando vuestras ofrendas, haciendo pasar a vuestros hijos por el fuego; os contamináis con todas vuestras basuras, hasta el día de

**hoy, ¿y pensáis que voy a dejarme consultar por vosotros, casa de
Israel? Por mi vida –oráculo del Señor Yahvé– que no me dejaré
consultar por vosotros. [32]Y no se realizará jamás lo que se os pasa
por la imaginación, cuando decís: "Seremos como las naciones,
como las tribus de los otros países, adoradores del leño y de la
piedra".**

**[33]Por mi vida –oráculo del Señor Yahvé–, que yo reinaré sobre
vosotros, con mano fuerte y tenso brazo, desbordando furor. [34]Os
haré salir de entre los pueblos y os reuniré de los países donde
fuisteis dispersados, con mano fuerte y tenso brazo, desbordando
furor; [35]os conduciré al desierto de los pueblos y allí os juzgaré
cara a cara. [36]Os juzgaré como juzgué a vuestros antepasados en el
desierto de Egipto –oráculo del Señor Yahvé–. [37]Os haré pasar bajo
el cayado y os haré entrar por el aro de la alianza; [38]separaré de
vosotros a los rebeldes, a los que se han rebelado contra mí: los
haré salir del país en que residen, pero no entrarán en la tierra de
Israel. Y sabréis que yo soy Yahvé.**

**[39]«En cuanto a vosotros, casa de Israel, esto dice el Señor Yahvé:
Que vaya cada uno a servir a sus basuras; después, juro que me
escucharéis y no volveréis a profanar mi santo nombre con vues-
tras ofrendas y vuestras basuras. [40]Porque toda la casa de Israel,
toda ella ya en esta tierra, me servirá en mi santa montaña, en la
alta montaña de Israel –oráculo del Señor Yahvé–. Allí los acogeré
amorosamente y allí solicitaré vuestras ofrendas y las primicias de
vuestros dones, con todas vuestras cosas santas. [41]Os acogeré
amorosamente como calmante aroma, una vez que os haya hecho
salir de entre los pueblos y os reúna de en medio de los países en
los que habéis sido dispersados. Y así, por vosotros, me mostraré
santo a los ojos de las naciones. [42]Sabréis que yo soy Yahvé, cuan-
do os conduzca al suelo de Israel, a la tierra que, mano en alto,
juré dar a vuestros antepasados. [43]Allí os acordaréis de vuestra
conducta y de todas las acciones con las que os habéis contamina-
do, y cobraréis asco de vosotros mismos por todas las maldades
que habéis cometido. [44]Sabréis que yo soy Yahvé, cuando actúe
con vosotros por consideración a mi nombre, y no con arreglo a
vuestra mala conducta y a vuestras corrompidas acciones, casa de
Israel –oráculo del Señor Yahvé–».**

Se retoma el tema de la consulta, como al comienzo del capítulo. Volvemos al presente. El "santo" no quiere contacto con los "impuros": por medio de dos preguntas retóricas (v. 30) se niega a responder a quienes consultan (v. 31). En cierta manera así sucede. Su palabra no es de respuesta, sino de anuncio. Se anuncia un final inesperado para una historia de desamor. Ellos, tan rebeldes como sus padres, que desean ser como los demás pueblos en la adoración "del leño y de la piedra", no alcanzarán su sueño por la decisión del Señor de imponerles su reinado por la fuerza (v. 33). El pecado original del reino, "ser como los demás pueblos" (1 S 8,5), no ocurrirá ni cuando Israel se disuelva como un azucarillo entre las naciones, con "restos" en Asiria, Babilonia o Egipto. La mano fuerte y tenso brazo, que sirvió para liberarlos de Egipto y llevarlos a la tierra, va a servir ahora para dispersarlos entre las naciones y para volverlos a reunir. Será una especie de nuevo éxodo (v. 34). También pasarán por un nuevo desierto, el "desierto de las naciones" (v. 35). En el primer desierto Moisés se encontró "cara a cara" con Dios; esta vez será el lugar del juicio. En este desierto también el Señor pastoreará a su pueblo (v. 37) y les ofrecerá la alianza, pero a la fuerza. Esta etapa faltaba en el resumen histórico de la primera parte. No se había mencionado la rebelión en la tierra y su pérdida como consecuencia de la contaminación. Será un desierto tan doloroso como el primero, aunque a la larga haya resultado muy beneficioso para la religiosidad de Israel. Se trata, sin duda, de un juicio de condena. Pero no todo acabará aquí.

La segunda parte comienza (v. 39) con su fórmula de introducción y la referencia a los oyentes como "casa de Israel". A pesar de la actitud idolátrica que mantendrán en el fondo de su corazón, la santidad del Señor no volverá a ser profanada. También en este desierto habrá una montaña para encontrarse con Dios. Todo Israel lo servirá. La salvación será el colofón del juicio de condena; aunque sea a la fuerza. Reconocerán su mala conducta, dejarán de echar la culpa de su situación a las generaciones anteriores y, finalmente, aprenderán que Dios es el Señor cuando les castiga y cuando lo vuelva a reunir (vv. 43-44). El resto de las naciones comprenderá también los planes del Señor y conocerá su fidelidad. Las imágenes de restauración, con todo, resultan inesperadas en el contexto en el que nos encontramos, pero es que los planes del Señor, incluido el momento del castigo, son para la vida y no para la muerte.

5.2. El fuego y la espada (cap. 21)

Esta sección consta de, al menos, tres oráculos que comienzan con la fórmula de recepción de la palabra y con el apelativo “hijo de hombre” dirigido al profeta, y finalizan con una fórmula profética conclusiva. Algunos de los oráculos son dobles. Todos ellos comparten la mención de la espada como instrumento de castigo del Señor; la primera parte del primer oráculo menciona el fuego. Todos ellos son probablemente independientes, aunque, una vez unidos, permiten descubrir una cierta progresión: el mismo Señor desenvaina la espada (vv. 1-12); la espada parece recobrar vida por sí misma (vv. 13-22); el Señor la entrega a su agente, que tiene dos caminos para elegir (vv. 23-32) y finalmente la espada regresa a la vaina, concluida la misión (vv. 33-37). Las distintas fórmulas utilizadas nos permitirán leer los distintos oráculos por separado.

21 **[1]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de**
hombre, vuelve tu rostro hacia el mediodía, y que tus pala-
bras fluyan hacia el Sur; profetiza contra el bosque de la región del
Negueb. [3]Dirás al bosque del Negueb: Escucha la palabra de Yahvé.
Esto dice el Señor Yahvé: Yo mismo voy a prenderte fuego, un fuego
que devorará todo árbol verde y todo árbol seco; será una llama que
no se apagará, y arderá todo, desde el Negeb hasta el Norte. [4]Toda
la gente verá que yo, Yahvé, lo he encendido; y no se apagará».
[5]Yo dije: «¡Ah, Señor Yahvé!, ésos andan diciendo de mí que no
soy más que un charlatán de parábolas».
[6]Entonces Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [7]«Hijo
de hombre, vuelve tu rostro hacia Jerusalén, y que tus palabras
fluyan hacia su santuario; profetiza contra la tierra de Israel.
[8]Dirás a la tierra de Israel: Esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy
contra ti; voy a sacar mi espada de la vaina y extirparé de ti al justo
y al malvado. [9]Para extirpar de ti al justo y al malvado va a salir mi
espada de la vaina, dirigida contra todos, desde el Negueb hasta el
Norte. [10]Y toda la gente sabrá que yo, Yahvé, he sacado mi espada
de la vaina y no será envainada. [11]Y tú, hijo de hombre, lanza gemi-
dos, con corazón quebrantado; lanza gemidos en su presencia, lle-
no de amargura.

[12]«Y si te preguntan por la razón de esos gemidos, les dirás: "Por causa de una noticia a cuya llegada todos los corazones desfallecerán, desmayarán todos los brazos, todos los espíritus se amilanarán, y todas las rodillas se irán en agua". Ya está llegando; es cosa hecha –oráculo del Señor Yahvé–».

Un oráculo, con estructura que recuerda el comienzo de Ez 17, nos coloca en un momento terrible: se anuncia la desgracia. ¿A quién? Al «bosque de la región del Negueb». Es difícil que un desierto como el Negueb tenga un bosque, por lo que bien podría referirse a Jerusalén (cf. Jr 21,13-14). No es extraño que el profeta sea considerado un charlatán, que dice incoherencias. Jeremías anunciaba el castigo desde el Norte (Jr 1,14; 4,6; etc.); Ezequiel lo anuncia por el Sur. Al anuncio del fuego destructivo de un bosque, sigue una explicación directa que aplica el anuncio contra Jerusalén (vv. 6-12): si el fuego les parece una amenaza lejana, la espada la sentirán más cercana. En Ez 24 llegará la dramática noticia. De momento no se desvela su contenido. Pero sí se identifica al autor: quien prende el fuego y quien desvaina la espada es el Señor. Se crea suspense, mientras la espada comienza su dramático baile. Su movimiento hará girar la cabeza, aunque los ojos estén fijos en Jerusalén. La existencia de Jerusalén y su carga prometedora de favores divinos, todavía alimentaba la esperanza. La noticia de su destrucción acabará con ese resquicio. El profeta acompaña su anuncio con gemidos, porque la noticia es trágica: el Señor actúa contra su pueblo. Mientras llega la noticia, la espada se mueve y destella.

**21 [13]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:
[14]«Hijo de hombre, profetiza. Dirás: Esto dice el Señor. Di:
¡Espada, espada! Afilada está, bruñida. [15]Está afilada para la ma-
tanza, para centellear está bruñida... [16]Ha sido bruñida para empu-
ñarla; ha sido afilada la espada, ha sido bruñida para que la empuñe
un asesino. [17]Grita, da alaridos, hijo de hombre, porque está desti-
nada a mi pueblo, a todos los príncipes de Israel destinados a la
espada con mi pueblo. Por eso, golpéate el pecho, [18]pues la prueba
está hecha... –oráculo del Señor Yahvé–.**

19«Y tú, hijo de hombre, profetiza y bate palmas. ¡Golpee la es-
pada dos, tres veces, la espada de las víctimas, la espada de la gran
víctima, que les amenaza en torno! 20A fin de que desmaye el cora-
zón y abunden las ocasiones de caída, en todas las puertas he
puesto yo víctimas de la espada, hecha para centellear, bruñida
para la matanza. 21¡Gírate: a la derecha, vuélvete a la izquierda,
donde tus filos sean requeridos! 22Yo también batiré palmas, sacia-
ré mi furor. Yo, Yahvé, he hablado».

Las imágenes se suceden con rapidez: el fuego se ha convertido en espada, la espada se mueve. Es el rey de Babilonia contra Jerusalén o contra los amonitas. Al final el fuego reaparece con su capacidad destructora. La lógica no es su característica principal y el texto está mal conservado. Baila el profeta al ritmo del movimiento de la espada. No podemos asegurar que el texto no refleje un cántico más antiguo o un baile popular. Atendiendo a las fórmulas, el texto parece dividirse en dos partes (vv. 13-18; 19-22), cada una con su fórmula inicial y conclusiva. La representación de algunas escenas confiere movimiento al cuadro, cuyo protagonista indiscutible es la espada. Gritos, palmas, pasos, choques, destellos, marcan tanto el baile de la espada como la danza del profeta. Hasta el Señor termina batiendo palmas al concluir su acción (v. 22). La sentencia se ha cumplido.

21 23Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:
24«Y tú, hijo de hombre, marca dos caminos por donde
venga la espada del rey de Babilonia; que salgan los dos del mismo
país. Y marca una señal, márcala en la cabecera del camino de la
ciudad. 25Después traza el camino para que venga la espada hacia
Rabá de los amonitas y hacia Judá, a la fortaleza de Jerusalén.
26Porque el rey de Babilonia se ha detenido en el cruce, en la cabe-
cera de los dos caminos, para consultar a la suerte. Ha sacudido
las flechas, ha interrogado a los *terafim*, ha observado el hígado.
27En su mano derecha está la suerte de Jerusalén: para situar arie-
tes, dar la orden de matanza, lanzar el grito de guerra, situar arie-
tes contra las puertas, levantar un terraplén, hacer trincheras.
28Ellos opinan que no es más que un vano presagio: se les había

**dado un juramento... Pero él recuerda las culpas por las que cae-
rán presos. [29]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Por haber hecho
recordar vuestras culpas, descubriendo vuestros crímenes, hacien-
do aparecer vuestros pecados en todas vuestras acciones, y porque
así se os ha recordado, caeréis presos en su mano.**

**[30]«En cuanto a ti, vil criminal, príncipe de Israel, cuya hora ha
llegado con la última culpa, [31]esto dice el Señor Yahvé: Quitad la
tiara, retirad la corona. Las cosas cambiarán; lo humilde será ele-
vado, lo elevado será humillado. [32]Ruina, ruina, ruina, eso es lo
que haré con él, como jamás la hubo, hasta que llegue aquel a
quien corresponde el juicio y a quien yo se lo entregaré.**

**[33]«Y tú, hijo de hombre, profetiza y di: Esto dice el Señor Yahvé
respecto de las burlas de los amonitas. Dirás: ¡La espada, la espa-
da está desenvainada para la matanza, bruñida para devorar, para
centellear [34]–mientras te ofrecen ti visiones vanas y te presagian
mentiras–, para degollar a los viles criminales cuya hora ha llega-
do con la última culpa! [35]Hazla volver a su vaina. Voy a juzgarte en
el lugar donde fuiste creada, en tu tierra de origen; [36]derramaré
sobre ti mi ira, soplaré contra ti el fuego de mi furia, y te entregaré
en manos de hombres bárbaros, agentes de destrucción. [37]Serás
pasto del fuego; tu sangre correrá en medio del país; no quedará
de ti recuerdo alguno. Yo, Yahvé, he hablado».**

El baile se serena, pero el movimiento continúa. La espada la empuña el rey de Babilonia. Ha puesto su campamento en Riblá, junto al Orontes (Siria). Sedecías se había rebelado, aliándose con Amón. Se le abren por delante dos caminos: se detiene en el cruce, creando tensión. Necesita tiempo para sus consultas y adivinaciones ("sacudir las flechas", "consultar a sus dioses", examinar el "hígado" de algún animal (v. 26). Pero la duda es breve. ¿Decidirá atacar primero a los amonitas y después a Jerusalén? "Vano presagio" (v. 28); la suerte está echada y Jerusalén será la primera (v. 27).

El rey Sedecías se ha hecho merecedor de un oráculo explícito contra él (vv. 30-32; ver también Ez 17,11-21). Ezequiel se olvida del rey de Babilonia y se dirige explícitamente contra el príncipe de Jerusalén. Con la muerte del "vil criminal" (v. 30) concluye la dinastía de David. La triple exclamación: "Ruina, ruina, ruina" (v. 32)

expresa la emoción del momento. La anarquía no es el fruto de la derrota, sino el ambiente que reina durante la espera.

La atención se vuelve hacia quienes no habían sido castigados en primer lugar, los amonitas (vv. 33-35). Sus burlas se congelan ante la espada que les alcanza; suena de nuevo para ellos el canto inicial de la espada. El texto se centra de nuevo en la espada (vv. 35-37). Todo vuelve a su origen: la espada a la vaina, el agente de la destrucción a Babilonia. Allí el fuego volverá a ser instrumento del juicio del Señor contra ella para borrarla del mapa definitivamente. Todo se confirma recordando que es el Señor quien lo ha anunciado.

5.3. Tres oráculos describen el mal generalizado (cap. 22)

Los tres oráculos contra Jerusalén que componen el capítulo comienzan con el anuncio de la Palabra del Señor y se refieren al profeta con el apelativo habitual "hijo de hombre". Dos concluyen con la afirmación de que así será reconocido el Señor; el tercero con la fórmula conclusiva que expresa la seguridad de que se cumplirá su palabra.

22 [1]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«Y tú, hijo
de hombre, ¿no vas a juzgar? ¿No vas a juzgar a la ciudad
sanguinaria? Haz que conozca todas sus abominaciones. [3]Dirás:
Esto dice el Señor Yahvé: ¡Ciudad que derrama la sangre de sus
habitantes, haciendo que llegue tu hora; que fabrica basuras en su
suelo para contaminarse! [4]La sangre que derramaste te ha hecho
culpable, con las basuras que hiciste te has contaminado; has ade-
lantado tu hora, ha llegado el término de tus años. Por eso, te he
convertido en la burla de las naciones y en la irrisión de todos los
países. [5]Próximos y lejanos se reirán de ti, ciudad de nombre impu-
ro, repleta de desórdenes. [6]Ahí están dentro de ti los príncipes de
Israel, cada uno según su poder, sólo ocupados en derramar sangre.
[7]En ti se desprecia al padre y a la madre, en ti se maltrata al foras-
tero residente, en ti se oprime al huérfano y a la viuda. [8]No tienes
respeto a mis cosas sagradas, profanas mis sábados. [9]Hay en ti
gente que calumnia para provocar crímenes. En ti hay gente que
come en los montes y comete infamias. [10]En ti se descubre la des-
nudez del propio padre, en ti se fuerza a la mujer en estado de

**menstruación. [11]Hay quien comete impureza con la mujer de su
prójimo, quien se contamina cometiendo acciones infames con su
nuera, o quien fuerza a su hermana, la hija de su propio padre. [12]En
ti se acepta soborno para provocar crímenes; practicas la usura y el
interés, explotas a tu prójimo con violencia, y así te has olvidado de
mí –oráculo del Señor Yahvé–.**

**[13]«Así que voy a descargar mi mano a causa de los actos de
pillaje que has cometido y de la sangre que corre en medio de ti.
[14]¿Tendrás suficiente valor y firmeza para hacer frente al día en
que yo actúe contra ti? Yo, Yahvé, he hablado y lo haré. [15]Te dis-
persaré entre las naciones, te esparciré por los países, borraré la
inmundicia que hay en tus moradores, [16]por ti misma te verás pro-
fanada a la vista de las naciones. Y sabrás que yo soy Yahvé».**

En el primer oráculo el Señor acusa a la ciudad impura por la sangre derramada («ciudad sanguinaria»). No se trata sólo de algo ritual, sino de desórdenes y violencias descritas con fuerza y sin medios términos: las evidencias son abundantes (vv. 6-12). El decálogo se recorre otra vez (como en Ez 18) de principio a fin, sobre todo, en lo que conocemos como “segunda tabla”, la referente al prójimo. Si esto es “olvidarse del Señor” (v. 12), no es extraño que también la primera se contamine con la idolatría. El paralelismo de las expresiones llama la atención. La sentencia no se hace esperar (vv. 13-16). La dispersión sella el final y servirá para reconocer la acción del Señor.

**22 [17]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [18]«Hijo de
hombre, la casa de Israel se me ha convertido en escoria;
todos son cobre, estaño, hierro, plomo, en medio de un horno.
¡Sólo son escoria! [19]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Por haberos
convertido todos vosotros en escoria, voy a juntaros en medio de
Jerusalén. [20]Del mismo modo que se ponen juntos plata, cobre,
hierro, plomo y estaño en el horno, y se atiza el fuego por debajo
para fundirlo todo, así os juntaré yo en mi cólera y mi furor, y os
fundiré. [21]Os reuniré, atizaré contra vosotros el fuego de mi furia
y os fundiré dentro de la ciudad. [22]Como se funde la plata dentro
del horno, así seréis fundidos vosotros dentro de ella. Y sabréis
que yo, Yahvé, he derramado mi furor sobre vosotros».**

Este segundo oráculo utiliza la imagen del fuego, que convierte todo en escoria. Todos los minerales se juntan y amalgaman, pero no sirven para nada, porque se han convertido en escoria. El horno del juicio reunifica todo en el desastre. El Señor es el fundidor; Jerusalén el horno (v. 19). Tradicionalmente, Egipto era el lugar en el que se había fundido Israel para purificarse. Ahora, en Jerusalén se fundirá la escoria y reconocerá el enfado del Señor.

**22 [23]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [24]«Hijo de
hombre, dile: Eres una tierra que no ha tenido lluvia ni
inundación en el día de la ira. [25]Los príncipes que en ella residen
son como un león rugiente que desgarra su presa; han devorado a
la gente, se han apoderado de haciendas y joyas, han multiplicado
las viudas que la habitan. [26]Sus sacerdotes han violado mi ley y
profanado mis cosas sagradas; no han hecho diferencia entre lo
sagrado y lo profano, ni han enseñado a distinguir entre lo puro y
lo impuro; se han tapado los ojos para no ver mis sábados, y yo he
sido deshonrado entre ellos. [27]Los jefes que viven en ella son como
lobos que desgarran su presa, acostumbrados al crimen, que asesinan a las personas para robar sus bienes. [28]Sus profetas los han
recubierto de argamasa con sus vanas visiones y sus presagios
mentirosos, pues dicen “Esto dice el Señor Yahvé”, cuando Yahvé
no había hablado. [29]El pueblo de la tierra ha hecho violencia y
cometido pillaje, ha oprimido al pobre y al indigente, ha maltratado al forastero sin ningún derecho. [30]Busqué entre ellos alguno
que construyera un muro y se mantuviera de pie en la brecha ante
mí, para proteger la tierra e impedir que yo la destruyera, pero no
he encontrado a nadie. [31]Entonces derramé mi ira sobre ellos y los
exterminé en el fuego de mi furia, haciéndolos así responsables de
su conducta –oráculo del Señor Yahvé–».**

Este tercer oráculo compara la tierra con el desierto. Para quienes lo escuchaban era claro que en él no se produce nada de valor. La acusación la reparte entre todos los dirigentes (príncipes, sacerdotes, jefes y profetas), como ya había hecho en 7,26-27. Sus palabras parecen expandir el oráculo que Sofonías había pronunciado en

tiempos de Josías (Sof 3,3-4; ver también Jr 5,28-31). Todos han prevaricado y han convertido la tierra en estéril. Los "príncipes" (v. 25) aparecen en la versión griega; en hebreo se habla de la "conspiración de profetas", que no hace sentido. Los profetas ya habían sido objeto de un oráculo en el cap. 13: con sus oráculos falsos pretendían tapar las grietas del muro (13,11) sin evitar su derrumbe. La mención de la lluvia en el v. 24 está tomada del griego; en hebreo se dice de la tierra "que no ha sido purificada", como subrayando la función purificadora del agua. La sangre sigue clamando desde la tierra y la hace impura. Todos actúan como leones o lobos, sedientos de sangre, violentos y opresores. El Señor ha buscado la excepción, alguien que levantara un muro contra su ira, y no lo ha encontrado: recibirán su merecido. El texto no comenta la reacción del auditorio; sólo que Dios ha hablado.

5.4. La historia de las dos hermanas (cap. 23)

En este capítulo tenemos una alegoría parecida a la del cap. 16. No es una joven que ha sido alimentada, cuidada y favorecida desde su nacimiento; ahora son dos hermanas, que representan los dos reinos del pueblo escogido (Israel y Judá) o más exactamente sus capitales (Samaría y Jerusalén). En ambos textos se desarrolla la imagen conyugal. Aquí se hace comenzar la historia de pecado ya en Egipto; ahí comenzaron sus infidelidades. Conviene recordar que el reino de Israel fue destruido históricamente casi 150 años antes que Judá. La conocida fórmula de recepción de la palabra abre la sección, que se extiende hasta la próxima datación en 24,1. La doble denominación "hijo de hombre" (vv. 2.36) indica las dos partes del capítulo. Las cuatro repeticiones de la fórmula "Esto dice el Señor" (vv. 28.32.35.46) señalan en cada una de ellas la estructura doble que hemos encontrado en tantos oráculos de Ezequiel. Sin embargo, el v. 35 causa problemas: si la estructura literaria formal nos invita a considerarlo como el comienzo de la segunda parte (sobre todo, tras la fórmula conclusiva de v. 34), el contenido nos invita a leerlo junto con la primera. En efecto, parece referirse en singular a una de las hermanas y no a las dos (en plural), como ocurrirá después. Lo repetimos en ambas partes, por si ayuda en lecturas posteriores.

23 [1]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de
hombre: Había una vez dos mujeres, hijas de la misma
madre, que [3]se prostituyeron en Egipto siendo todavía jóvenes. Allí
fueron palpados sus pechos y acariciado su seno virginal. [4]La mayor
se llamaba Oholá, y su hermana Oholibá. Fueron mías y dieron a
luz hijos e hijas. Oholá era Samaría, y Oholibá, Jerusalén.
[5]«Oholá se prostituyó cuando estaba bajo mi autoridad: se
enamoró perdidamente de sus amantes, sus vecinos asirios, [6]que
iban vestidos de púrpura; eran gobernadores y prefectos, todos
ellos jóvenes apuestos y hábiles caballeros. [7]Les otorgó sus favo-
res –eran todos ellos la flor de los asirios– y, con todos aquellos de
los que se había enamorado, se contaminó al contacto de todas
sus basuras. [8]No cejó en las prostituciones que había comenzado
en Egipto, donde se habían acostado con ella en su juventud, aca-
riciando su seno virginal y desahogando con ella su lascivia. [9]Por
eso la entregué en manos de sus amantes asirios, de los que se
había enamorado. [10]Estos descubrieron su desnudez, se llevaron
a sus hijos y sus hijas, y a ella misma la mataron a espada. Vino
así a ser ejemplo para las mujeres, porque se había hecho justicia
de ella.
[11]«Su hermana Oholibá había sido testigo de esto, pero su
pasión y sus prostituciones fueron todavía más escandalosas que
las de su hermana. [12]Se enamoró de sus vecinos asirios, de sus
gobernadores y prefectos, que vestían espléndidamente; todos
ellos eran hábiles caballeros y jóvenes apuestos. [13]Yo me di cuenta
que estaba impura (pues las dos adoptaron la misma conducta).
[14]Pero ésta superó a la otra en sus prostituciones. Vio hombres
pintados en la pared, figuras de caldeos pintadas con bermellón,
[15]con cinto en las caderas y amplios turbantes en sus cabezas, con
aspecto de escuderos todos ellos, que representaban a los babilo-
nios, caldeos de origen, [16]y en cuanto los vio se enamoró de ellos y
les envió mensajeros a Caldea. [17]Los babilonios vinieron donde
ella a compartir el lecho de los amores y a mancillarla con su las-
civia; pero, una vez mancillada por ellos, dejó de desearlos. [18]Así,
al dejar al descubierto sus prostituciones y su desnudez, me aparté
de ella, como me había apartado de su hermana. [19]Pero ésta mul-
tiplicó sus prostituciones, acordándose de cuando era joven, cuan-

do se prostituía en Egipto [20]y se enamoraba de aquellos disolutos
de sexo de asnos y esperma de caballos. [21]Has renovado así la
inmoralidad de tu juventud, cuando en Egipto acariciaban tu bus-
to palpando tus pechos juveniles.

[22]«Pues bien, Oholibá, esto dice el Señor Yahvé: Voy a incitar
contra ti a todos tus amantes, ésos de los que te hartaste. Los voy
a traer contra ti de todas partes: [23]a los babilonios y a todos los
caldeos, los de Pecod, de Soa y de Coa, y con ellos a todos los asi-
rios, jóvenes apuestos, gobernadores y prefectos, todos ellos escu-
deros de título y hábiles caballeros. [24]Te atacarán desde el Norte
con carros y carretas, con una multitud de soldados. Por todas
partes te opondrán el pavés, el escudo y el yelmo. Yo les daré el
encargo de juzgarte, y te juzgarán conforme a su derecho. [25]Desen-
cadenaré mis celos contra ti y te tratarán con furor; te cortarán la
nariz y las orejas, y tus supervivientes caerán a espada; se llevarán
a tus hijos y a tus hijas, y tus supervivientes serán devorados por el
fuego. [26]Te despojarán de tus vestidos y se apoderarán de tus joyas.
[27]Yo pondré fin a tu inmoralidad y a las prostituciones que comen-
zaste en Egipto; no volverás a ansiar su presencia ni volverás a
acordarte de Egipto.

[28]«Porque esto dice el Señor Yahvé: Voy a entregarte en manos
de los que detestas, en manos de aquellos de los que te has harta-
do. [29]Ellos te tratarán con odio, se apoderarán de todo el fruto de
tu trabajo y te dejarán completamente desnuda. Así quedará al
descubierto la vergüenza de tus prostituciones. Tu inmoralidad y
tus prostituciones [30]te han acarreado todo esto, por haberte pros-
tituido a las naciones, por haberte contaminado con sus basuras.
[31]Por haber imitado la conducta de tu hermana, pondré su copa en
tu mano.

[32]«Esto dice el Señor Yahvé:
Beberás la copa de tu hermana,
copa ancha y profunda,
que servirá de burla e irrisión,
una copa de grande capacidad.
[33]Te empaparás de embriaguez y de aflicción.
Copa de desolación y de angustia,
la copa de tu hermana Samaría.

34La beberás, la apurarás;
apurarás hasta sus heces,
y te desgarrarás el seno.
Yo soy quien ha hablado –oráculo del Señor Yahvé–».
[35Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Puesto que me has olvidado y me has arrojado a tus espaldas, carga tú también con tu inmoralidad y tus prostituciones.]

Se presenta el caso con relativa normalidad (vv. 1-5). Una madre anónima tiene dos hijas, que van a ser las protagonistas con nombres propios. Aunque ahora ya son "mujeres" (v. 2), se dieron a la prostitución desde el comienzo. Habla el Señor, pero no se dice que Él sea el marido traicionado. Sólo indirectamente se podría entender así por la afirmación en el v. 5 de que Oholá le pertenecía, algo que, por cierto, no se dirá de su hermana. Los dos nombres contienen la palabra hebrea "tienda": Oholá podría ser "mi tienda" y Oholibá suena como "mi tienda está en ella". Se ha hecho notar que Oholá tiene el mismo número de sílabas que Samaría; Oholibá como Jerusalén. Tampoco se afirma en el texto que las dos tuvieran el mismo marido al mismo tiempo o si la hermana menor ocupó el lugar de la mayor, cuando ésta desapareció. La hermana mayor es la protagonista hasta el v. 10; después ocupa su puesto la hermana menor, a quien se dedica un oráculo particular (vv. 22-34). Samaría hace tiempo que fue destruida, por lo que simplemente se cuenta su infidelidad y su castigo pasado. En resumen, la historia de las hermanas se centra fundamentalmente en Jerusalén.

La épica del Éxodo habla de "dura esclavitud" del pueblo hebreo en Egipto, no de relaciones fáciles, ni de coqueteos juveniles. Ezequiel es osado. Posiblemente por subrayar las relaciones que Israel y Judá han mantenido con las potencias de turno, se anima a anticipar la infidelidad a la etapa inicial, como ocurrió en Ez 20. La imagen de la esposa infiel es típica de Oseas, pero en él se permite suponer un comienzo fácil y una época feliz. Aunque al texto de Oseas se le da habitualmente una explicación algo más compleja, podría pensarse que la orden inicial de Dios: «Tómate una mujer dada a la prostitución» (Os 1, 2) participa de la mentalidad de Ezequiel sobre la etapa

de Egipto. El desarrollo del adulterio toma diversas formas en ambos profetas, pero el fondo es el mismo. La confianza en el poderío militar de las alianzas se equipara a una infidelidad a favor de unos amantes que dan regalos y ofrecen seguridad. En Oseas equivalen a adulterio; Ezequiel parece subrayar fundamentalmente el hábito que crean. Son llamativos los detalles que colorean de pasión dicha relación. No resulta fácil leer Ezequiel, prescindiendo del trasfondo de Oseas.

Los vv. 5-10 se dedican al reino del Norte, a Samaría. Su destrucción ocurrió por intentar aliarse con otros pueblos contra el hegemónico imperio asirio. Pero una vivencia religiosa bien distinta (no centrada en el culto jerosolimitano) y el sistema de deportaciones que puso en marcha el imperio asirio en las tierras conquistadas, llenándolas con gentes de otros pueblos, ha creado siempre la sensación de que los habitantes del reino del Norte han sido sincretistas y propensos a formas idolátricas de adoración. Ahí hunde sus raíces la aversión a los samaritanos y al culto del reino de Samaría. Ezequiel no ahorra pudor a la lascivia y describe su castigo como ejemplar para todas las naciones. Que Samaría cayó por su propia culpa es un pensamiento acorde con la enemistad acumulada contra el reino vecino por quienes sobrevivieron 150 años al desastre. Las acusaciones dirigidas a la hermana mayor (vv. 5-8) se resumen en prostitución. Sus amantes no son ídolos, sino humanos, apuestos y bien vestidos: los asirios. La condena (vv. 9-10) parece un resumen de 16,36-43. Históricamente Samaría fue destruida por traicionar a Asiria.

A partir de v. 11 el objetivo se centra en Jerusalén (vv. 11-35) y se aplica el zoom para agrandar su pecado. No había aprendido de la historia. La acusación (vv. 11-21) repite el caso de su hermana: se le vuelve a acusar por sus relaciones con los asirios, que históricamente no tuvieron nada que ver con el desastre de Jerusalén, pero cuya alianza, para encontrar alivio en el ataque siro-efraimita, ya fue condenada por Isaías en su tiempo (Is 7-8). En la fila de los amantes ocupan el último lugar –como estuvieron al principio– los egipcios (vv. 19-21), pero el lugar principal se cede a los caldeos, que se habían adueñado del imperio babilónico (vv. 14-18). En el v. 13 Dios habla como testigo ocular; en el v. 18 tiene la reacción despechada del mari-

do traicionado; al final interpela directamente a la infiel. La descripción de los amantes presenta rasgos coloristas y subraya su lascivia disoluta. Al final, ellos mismos se hastían y la abandonan desnuda y sola, subrayando el absurdo de haberse entregado a ellos: todos la atacarán (v. 24: "desde el Norte", según la traducción griega). En el primer anuncio del castigo (vv. 22-27) los nobles seductores se convierten en soldados armados hasta los dientes, sus dulces palabras se transforman en gritos. La violencia está en todas partes. La mención de Egipto (v. 27) cierra en inclusión el comienzo de la alegoría (v. 3); el castigo vuelve a unir en la desgracia a las dos hermanas, que beben la misma copa. La copa que han de beber como castigo es una imagen que conocemos de Jeremías (Jr 25), pero allí referida al castigo de las naciones extranjeras. En su desarrollo el libro de Ezequiel añade un pequeño poema (vv. 32-34) que subraya la avidez y el ansia de Oholibá por apurar la copa de su hermana. La seguridad de su castigo proviene de la autoridad de quien lo ha pronunciado (v. 34).

[[35]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Puesto que me has olvidado y me has arrojado a tus espaldas, carga tú también con tu inmoralidad y tus prostituciones.] [36]Después, Yahvé me dijo: «Hijo de hombre, ¿vas a juzgar a Oholá y Oholibá? Pues repróchales sus abominaciones. [37]Han cometido adulterio, tienen las manos ensangrentadas, han cometido adulterio con sus basuras y hasta han hecho pasar por el fuego a los hijos que me habían dado a luz, como alimento para ellas. [38]Han llegado a hacerme hasta esto: contaminaron mi santuario (aquel día) y profanaron mis sábados; [39]y, después de haber inmolado sus hijos a sus basuras, ese mismo día, entraron en mi santuario para profanarlo. Esto es lo que han hecho en mi propia casa. [40]Más aún, enviaron mensajeros para que vinieran hombres de países lejanos. Y, cuando llegaron, te bañaste, te pintaste los ojos y te pusiste tus joyas. [41]Luego te reclinaste en un espléndido diván, ante el cual estaba aderezada una mesa en la que habías puesto mi incienso y mi aceite. [42]Se oían allí las voces de una turba indolente, de una multitud de bebedores traídos del desierto, que ponían brazaletes en las manos de ellas y preciosas coronas en su cabeza. [43]Y yo me preguntaba cómo era

posible que aquella mujer, desgastada de tantos adulterios, siguiese entregándose a sus prostituciones [44] (pues venían donde ella como se viene donde una prostituta). Así venían donde Oholá y Oholibá, estas mujeres depravadas. [45]Pero hay hombres justos que les aplicarán el castigo reservado a las adúlteras y asesinas, porque ellas son adúlteras y hay sangre en sus manos.

[46]«Pues esto dice el Señor Yahvé: Convóquese contra ellas un ejército que las someta al terror y al pillaje, [47]un ejército que las mate a pedradas y las acribillará a golpes de espada; que mate a sus hijos y a sus hijas, y prenda fuego a sus casas. [48]Yo pondré fin a la inmoralidad en esta tierra; todas las mujeres quedarán así avisadas y no imitarán vuestra inmoralidad. [49]Vosotras seréis responsables de vuestra inmoralidad y cargaréis con los pecados cometidos con vuestras basuras. Y sabréis que yo soy el Señor Yahvé».

Ya hemos comentado la dificultad del v. 35, que por su contenido parece más relacionado con la sección anterior. La denominación “hijo de hombre” (v. 36) permite leer estos versículos como dos oráculos (vv. 37-45; 46-49) añadidos a la alegoría de las dos hermanas, ahora tratadas en conjunto y no acusadas de prostitución, sino de adulterio (v. 37). Se retoman ciertas imágenes anteriores, se repiten los nombres de las hermanas, pero ni el vocabulario ni la temática se parecen. El texto está mal conservado, pero se entiende que presenta el caso de los dos reinos como un único caso. Al profeta se le pide actuar de fiscal. Las manos de las hermanas están manchadas por la sangre de sus propios hijos, han cometido idolatría, no han guardado los sábados y han profanado el santuario del Señor. Hay agravantes (“más aún” vv. 40-44): ellas han invitado a los lejanos y se han vestido de gala para recibirlos, han preparado un gran banquete con los dones del Señor. La acusación es apasionada y se realiza directamente con la segunda persona del singular, aunque se refiera a las dos. El profeta se dirige a sus contemporáneos y seguramente alude a sucesos conocidos, que nosotros no entendemos. El castigo del adulterio es la muerte (v. 45). Ese será su juicio y su sentencia (vv. 46-49). Otras mujeres, en referencia a otras capitales, escarmentarán en su infortunio. La fórmula de reconocimiento cierra el oráculo.

6. Un emisario anuncia la caída de Jerusalén. Ezequiel viudo (cap. 24)

La nueva indicación de fecha da comienzo a la sección. Este año es decisivo para todos, pues tendrá lugar la destrucción de Jerusalén. La fórmula de introducción de la palabra divina divide el capítulo en dos secciones (vv. 1-14; 15-27). En ambas, el profeta es denominado "hijo de hombre" (en la segunda sección por dos veces en vv. 16 y 25). También en la vida personal del profeta el año es decisivo: quedará viudo. A este episodio se dedica la segunda parte, mientras que la primera se reserva a la parábola de la olla hirviendo que simboliza el final de Jerusalén. Metafóricamente la viudedad del profeta entrará así en relación con la viudedad del pueblo o de Dios, por la destrucción de Jerusalén. De hecho la mudez del profeta se relaciona con ambas: aquí con la muerte de su esposa; en 33,21-22 con la destrucción de la capital. La mudez del profeta ya había sido evocada en 3,26-27.

**24 [1]El año noveno, el día diez del décimo mes, Yahvé me diri-
gió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de hombre, escri-
be la fecha de hoy, de este mismo día, porque el rey de Babilonia
se ha lanzado sobre Jerusalén precisamente en este día. [3]Compón
una parábola sobre esta casa rebelde.**

**«Les dirás: Esto dice el Señor Yahvé: Arrima la olla al fuego,
arrímala, y ve llenándola de agua. [4]Echa en ella trozos de carne,
todos los trozos buenos, tajadas de pierna y espalda; llénala de hue-
sos selectos; [5]toma los mejores corderos. Apila en torno la leña,
debajo, y hazla hervir a borbotones, de modo que se cuezan los
huesos.**

**[6]«Porque esto dice el Señor Yahvé: ¡Ay de la ciudad sanguina-
ria, olla toda roñosa, que no desprende su herrumbre! ¡Vacíala
trozo a trozo, pues no es posible el perdón! [7]Sigue manchada de
sangre, esparcida sobre la roca desnuda, pues no la ha derramado
en tierra, recubriéndola de polvo. [8]Para que el furor desborde,
para tomar venganza, he puesto yo su sangre sobre roca desnuda,
para que no fuera recubierta.**

**[9]«Pues bien, esto dice el Señor Yahvé: ¡Ay de la ciudad sangui-
naria! También yo voy a hacer un gran montón de leña: [10]apila**

bien la leña, enciende el fuego, cuece la carne a punto, prepara las especias, que los huesos se abrasen. 11Mantén la olla vacía sobre las brasas, para que se caliente, se ponga al rojo el bronce, se funda dentro de ella su suciedad, y su herrumbre se consuma. 12Pero ni el fuego desprende la herrumbre de la que está roñosa. 13He querido purificarte de la impureza de tu inmoralidad, pero no te has dejado. En consecuencia, no serás purificada hasta que yo haya desahogado mi furor en ti. 14Yo, Yahvé, he hablado, y cumplo la palabra: no me retraeré, no tendré piedad ni me compadeceré. Te juzgarán conforme a tu conducta y tus obras –oráculo del Señor Yahvé–».

La primera parte (vv. 1-14) comienza con la indicación de la fecha: el profeta la debe escribir para memoria. Se refiere al comienzo del asedio de Jerusalén. Coincide literalmente con la fecha de 2 R 25,1-3 (= Jr 39,1-2) y crea algunos problemas con el sistema cronológico que Ezequiel utiliza habitualmente (sobre la base de la primera deportación). En Ezequiel, desde este comienzo del asedio hasta que llega el anuncio de la caída (33,21-22) transcurren casi tres años. Como sabemos que el asedio duró 18 meses, la formulación de la fecha en el v. 1 sigue otro sistema cronológico: hay que entenderla como un claro intento de armonización con los otros pasajes fuera del libro de Ezequiel, que siguen el calendario “oficial”. La palabra ordena al profeta (además de escribir la fecha) componer una parábola (vv. 3-5), que después se explica (vv. 9-10); otro autor, posiblemente, prolonga la parábola (vv. 11-12) y la interpreta (vv. 13-14). Probablemente los vv. 6-8 han sido insertados en el texto posteriormente. El contexto aclara el significado.

Ezequiel comienza con un alegre y popular ‘canto de cocinero’ que prepara un banquete abundante (vv. 3-5). No es la primera parábola que usa el profeta (cf. 12,22; 21,5). Los oyentes conocen el dicho que repetían con orgullo: «ella [la ciudad] es la olla y nosotros somos la carne» (11,3). Como estaba roñosa, hay que vaciarla para poderla limpiar y usar. El canto podría tener el final feliz (cf. Is 22,13) de un buen banquete. Estaban seguros de que volverían a Jerusalén, pues el templo no sería tocado. Difícilmente podían aceptar la explicación del profeta (vv. 9-10), según la cual Dios mismo prende el fuego para

que se queme su interior. Al continuar la parábola (v. 11) el nuevo autor no trata ya de consumir la carne del interior, sino la olla misma. Lo explica por la suciedad e impureza (tres veces en el v. 13) de la ciudad llena de sangre y bien a la vista (vv. 6.7.8.9). La pone al fuego para purificarla, pero la herrumbre no desaparece. Sólo se conseguirá tras la destrucción, que se anuncia directamente, sin usar ya la imagen de la olla. Con esta conclusión, el desastre, ineludible al ser sentenciado por el Señor, adquiere un tono purificador, un tanto inesperado.

24 15Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 16«Hijo de hombre, mira, voy a quitarte de golpe el encanto de tus ojos. Pero no te lamentarás ni llorarás; no verterás ni una lágrima. 17Suspira en silencio, no hagas duelo de difuntos; ciñe el turbante a tu cabeza, cálzate tus sandalias, no te cubras la barba, ni comas pan ordinario». 18Por la mañana hablé a la gente, y por la tarde murió mi mujer. Al día siguiente por la mañana hice como se me había ordenado. 19La gente me preguntó: «¿No vas a explicarnos qué significado tiene para nosotros lo que estás haciendo?»

20Yo les respondí: «Yahvé me ha dirigido su palabra en estos términos: 21Di a la casa de Israel: Esto dice el Señor Yahvé: He decidido profanar mi santuario, orgullo de vuestra fuerza, encanto de vuestros ojos, por el que suspiráis apasionados. Vuestros hijos y vuestras hijas, que habéis abandonado, caerán a espada. 22Y vosotros haréis lo mismo que yo: no os cubriréis la barba, no comeréis pan ordinario, 23seguiréis llevando vuestros adornos en la cabeza y vuestras sandalias en los pies; no os lamentaréis ni lloraréis. Os consumiréis por las culpas cometidas y gemiréis los unos con los otros. 24Ezequiel será para vosotros un símbolo: haréis todo lo que él ha hecho. Y cuando esto suceda, sabréis que yo soy el Señor Yahvé.

25«Respecto a ti, hijo de hombre, el día en que yo les despoje de su apoyo, de su alegre ornato, del encanto de sus ojos, de aquello por lo que suspiran apasionados, de sus hijos y sus hijas, 26ese día llegará donde ti el fugitivo que traerá la noticia. 27Aquel día se abrirá tu boca, podrás hablar con el fugitivo y ya no seguirás mudo. Serás un símbolo para ellos, y sabrán que yo soy Yahvé».

La referencia al momento del asalto a Jerusalén se mantiene y se mezcla con la muerte de la esposa del profeta. El conjunto cierra la primera gran sección de los oráculos escritos de Ezequiel. Los vv. 15-19 sirven de introducción a dos oráculos, uno para todo Israel y, en especial, para el templo (vv. 20-24); otro personal para el profeta (vv. 25-27). Ambos van unidos a la figura del profeta como "símbolo" para todos (vv. 24.27; cf. 12,6.11). La introducción (vv. 15-19) permite una mirada en la vida personal del profeta, para resumir simbólicamente su anuncio. Perderá "el encanto de sus ojos" (vv. 15.21.25), en alusión a la muerte de su mujer y a la destrucción del templo. El v. 18 anuncia el cumplimiento de la acción simbólica que no logran entender los testigos; los vv. 20-24 la explican para el auditorio: lo que su mujer era para el profeta, era el templo para ellos (v. 21), y tampoco deben guardar luto, ni lamentarse (vv. 22-23). En el v. 24 se pone por única vez en boca de Dios el nombre del profeta, cuando lo presenta como signo para Israel. La frase «Ezequiel será para vosotros un símbolo» (v. 24) forma inclusión con parecida afirmación en 12,6.11, ofreciendo un marco simbólico y literario a la gran sección Ez 12-24, que habíamos establecido.

Resulta extraño que en el v. 27 se anuncie que se abrirá la boca del profeta, tras la llegada del mensajero. No se había dicho que estuviese mudo; al contrario, acababa de comunicar una palabra al pueblo en los versículos anteriores. El fugitivo no llega el día de la destrucción de Jerusalén, lo que estaría en contradicción con 33,21. Se han buscado todas las soluciones posibles. La más sencilla sería suponer que el texto de 3,25-26 (también 3,17-19) se ha trasladado de otro lugar –en el cap. 33–, aunque se ha mantenido en su sitio original.

La muerte de su mujer sirve al profeta como signo de la conquista de la capital. Los oyentes comprenderán que la ciudad ha sido tomada; es una pasión simbólica en la vida del profeta, en línea con el matrimonio de Oseas o el celibato de Jeremías. Cuando comprueben el hecho, Ezequiel volverá a hablar. Durante siete años se lo anunció a sus conciudadanos, que no le creyeron. Ahora, con su dolor, no predice; da testimonio de que ha sucedido. Su pasión concluirá en 33,21-22, cuando un mensajero confirme su señal. Se menciona la mudez de Ezequiel tres veces: 3,26 en la vocación; 24,25-27 con la

muerte de la esposa; 33,21-22 con la destrucción de Jerusalén. Se ha pretendido relacionar la mudez con la prohibición temporal de acusar (¿o interceder? 3,26). Otros piensan que la gente del pueblo le relega en su casa, para no escucharle y Dios le prohíbe acusar, mientras no se lo ordene. Su mudez recuerda a Israel las consecuencias de su rechazo al Señor. Tras la destrucción de Jerusalén, Ezequiel es más libre para hablar de esperanza y moverse entre el pueblo. Se trata de hipótesis. Se intenta encontrar el sentido de la palabra y del silencio. En ambos casos, el profeta es signo. Una posible reconstrucción de los hechos la ofrece Luis Alonso Schökel en su comentario a Ezequiel (Profetas, vol. II, p. 773):

> "El 5 de enero del 587 comienza el asedio de Jerusalén, el 18 de julio del 586 abren brecha en la muralla y el 15 de agosto la ciudad es destruida. Algo antes muere la esposa y el profeta queda mudo; un fugitivo se pone en camino para llevar la noticia a los deportados, llega a Babilonia el 5 de enero del 585; el profeta, al oír la noticia, recobra el uso de la palabra".

Pero de la nueva palabra del profeta hablaremos en la segunda etapa de actividad de Ezequiel, a partir del cap. 33.

CAPÍTULO 2

ORÁCULOS CONTRA LAS NACIONES (caps. 25-32)

Se trata de una sección temáticamente homogénea que ocupa el centro de los oráculos en el libro de Ezequiel, prescindiendo, por tanto, de la descripción del templo y de la tierra. Son oráculos dirigidos contra las naciones vecinas a Judá, que en algún tiempo fueron sus aliadas, pero que dejaron huella como enemigas. Una colección similar se encuentra en todos los libros proféticos posteriores, desde Amós (1-2), y ocupa un lugar importante en los profetas mayores: Isaías (caps. 13-23), Jeremías (caps. 47-51) y Ezequiel (caps. 25-32). En éstos ocupa la parte central, excepto en la versión hebrea de Jeremías, donde cierra el libro. Se discute sobre su origen y se hacen hipótesis sobre el sentido teológico de su ubicación literaria. Como origen podría pensarse en un rito imprecatorio egipcio en el que se destruía una estatuilla de barro contra el suelo al tiempo que se pronunciaba el nombre del enemigo correspondiente. Con todo, es innegable el gran desarrollo literario que han alcanzado en la literatura profética. No todos los oráculos dirigidos contra un pueblo extranjero se encuentran formando parte de la colección: en Ez 35 volveremos a encontrar un oráculo contra Edom, que cumple en ese lugar una función literaria específica; algunos comentaristas piensan que también los oráculos contra Gog (caps. 38-39) podrían haber formado parte de la colección. En cuanto al sentido de estos oráculos, y a pesar de la satisfacción que puede provocar el mal del enemigo en un espíritu revanchista, deberemos recordar que para el pueblo del AT la existencia y la necesaria relación con los demás pueblos

siempre ha supuesto un problema teológico. Podríamos decir que el deseo de ser como las demás naciones fue el pecado original del reino de Israel en el momento mismo de su institución (1 S 8,20) y el deseo de imitarles, el pecado paradigmático de Israel en los libros proféticos. Además, en la teología profética las "naciones" han sido en su orden histórico los verdugos utilizados por el Señor para castigar a su pueblo y sus tierras el lugar en el que Israel fue esparcido y desparramado. Israel se ha encontrado realmente con los demás pueblos en el desastre del exilio. Sin duda, unos oráculos dirigidos contra las naciones extranjeras sirven para ampliar el dominio del Señor hasta horizontes de universalidad.

La colección de Ezequiel comienza, como la de Amós, con oráculos contra los pequeños reinos vecinos: Amón (ya citado en Ez 21), Moab, Edom (citado también en Ez 35 con el nombre de Seír), Filisteos, las dos ciudades fenicias (Tiro y Sidón) y la lista culmina con Egipto. En total siete, como en Amós, es decir, la plenitud, la totalidad. Pero en Amós la serie se dirige al final contra Judá e Israel, como si ocuparan la cima del castigo. En la serie de oráculos que aparecen en el libro del desterrado Ezequiel llama la atención el gran espacio concedido a Tiro y a Egipto (este pueblo ocupa cuatro capítulos de los siete) y que no haya ningún oráculo dedicado a Babilonia, en donde se encuentra desterrado Ezequiel. Este último punto puede subrayar la idea teológica de que éste es el momento de Babilonia, el instrumento de castigo elegido por Dios. Como si todavía no se hubieran producido los desmanes de los que posteriormente será acusada en Is 47; mejor aún, como si los desmanes caldeos no hubieran todavía invadido de odio el corazón de los desterrados. Ahora son castigadas las naciones que con mayor o menor empeño se oponen al dominio babilonio. Evidentemente esta lista, como todas las listas, se presta a adiciones en el transcurso de la historia.

Ezequiel pone fecha a varios de sus oráculos (entre el 587 y el 585): A Tiro el año undécimo de la primera deportación; a Egipto desde el año décimo al duodécimo. "El año veintisiete" en Ez 29,17 (sería el año 571) es la única fecha fuera de orden cronológico de todo el libro, y casi seguro que fue añadida posteriormente. A pesar

de ello, no debemos pensar que el orden de los oráculos en Ezequiel sea cronológico, sino temático; y tiene sentido teológico. La primera parte del libro que hemos leído constaba fundamentalmente de oráculos de juicio contra Judá; después de los oráculos contra las naciones predominarán casi exclusivamente oráculos de salvación para el pueblo. Es como si, una vez castigados los enemigos, el reino pudiera de nuevo establecerse en paz. En todo caso, la colección de Ezequiel está encuadrada literariamente en el marco de la destrucción de Jerusalén en los caps. 24 y 33. La lista de oráculos contra los pueblos comienza sin fecha. En ellos se presupone la toma de Jerusalén y el provecho que los vecinos intentaron sacar del desastre.

Los oráculos contra las naciones en Ezequiel forman tres colecciones desiguales:

1. Contra los pueblos vecinos (cap. 25)
2. Contra ciudades fenicias (caps. 26-28)
3. Contra Egipto (caps. 29-32)

1. Oráculos contra los pueblos vecinos (cap. 25)

La fórmula de recepción de la palabra y el apelativo "hijo de hombre", dirigido al profeta, da comienzo a esta sección. La introducción de una cita ("Esto dice el Señor", vv. 3.6.8.12.15) y la llamada fórmula de reconocimiento ("sabrás/sabréis que yo soy Yahvé", vv. 5.7.11.14.17) marcan la división de estos cinco oráculos, que, en virtud de los destinatarios, resultan ser cuatro, pues los amonitas reciben dos oráculos o, si se prefiere, uno doble. Como todo oráculo de juicio, cada uno consta de dos partes: la acusación y la condena, la culpa que se les imputa y la sentencia que merece dicha culpa. Todos estos oráculos indican claramente el comienzo de la segunda parte, mediante la partícula causal (*lākēn* /"por eso", vv. 4.7.9.13.16).

25 [1]**Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:** [2]**«Hijo de**
hombre, vuelve tu rostro hacia los amonitas y profetiza
contra ellos. [3]**Dirás a los amonitas: Escuchad la palabra del Señor**
Yahvé. Esto dice el Señor Yahvé: Por haberte reído cuando mi

santuario era profanado, cuando la tierra de Israel era devastada
y cuando la casa de Judá marchaba al destierro, [4]por eso, voy a
entregarte en manos de los hijos de Oriente; emplazarán sus cam-
pamentos en tu territorio, y en él instalarán sus tiendas; comerán
tus frutos y se beberán tu leche. [5]Yo haré de Rabá un establo de
camellos, y de las ciudades de Amón un redil de ovejas. Y sabréis
que yo soy Yahvé».

[6]Esto dice el Señor Yahvé: «Por haber batido palmas y haber
pataleado de alegría, por haberte regocijado, con todo tu despre-
cio y animosidad, a costa de la tierra de Israel, [7]por eso, voy a
extender mi mano contra ti y a entregarte a las naciones, para que
te saqueen; te extirparé de entre los pueblos y te exterminaré de
entre los países. Te destruiré, y sabrás que yo soy Yahvé».

[8]Esto dice el Señor Yahvé: «Por haber dicho Moab (y Seír):
"Mirad, la casa de Judá es igual que todas las naciones", [9]por eso,
voy a abrir las espaldas de Moab y a destruir de un extremo al otro
sus ciudades, las joyas de ese país: Bet Yesimot, Baal Meón, Qui-
riatáin. [10]La entregaré en posesión a los hijos de Oriente, además
de los amonitas, para que no vuelva a ser recordada entre las
naciones. [11]Haré justicia de Moab, y sabrán que yo soy Yahvé».

[12]Esto dice el Señor Yahvé: «Por haber ejecutado Edom su ven-
ganza sobre la casa de Judá y haber incurrido en grave culpa al
vengarse de ella, [13]por eso, esto dice el Señor Yahvé: Voy a exten-
der mi mano contra Edom y a extirpar de ella hombres y bestias;
la convertiré en desierto. Caerán a espada desde Temán a Dedán.
[14]Dejaré mi venganza contra Edom en manos de mi pueblo Israel,
que tratará a Edom según mi cólera y mi furor; y sabrán lo que es
mi venganza –oráculo del Señor Yahvé–».

[15]Esto dice el Señor Yahvé: «Por haber actuado vengativamente
los filisteos y haber ejecutado su venganza con desprecio y animo-
sidad, tratando de destruir a impulsos de un odio eterno, [16]por
eso, esto dice el Señor Yahvé: Voy a extender mi mano contra los
filisteos; extirparé a los quereteos y destruiré lo que queda en el
litoral del mar. [17]Ejecutaré contra ellos terribles venganzas y furio-
sos escarmientos, y sabrán que yo soy Yahvé, cuando les aplique
mi venganza».

Los cuatro primeros oráculos van dirigidos a los reinos que rodean al pueblo de Judá por el Norte, el Sur y el Este. Son los vecinos por antonomasia. Formalmente recuerdan mucho a los oráculos numéricos de Amós, por la nitidez en que están definidas las partes que componen cada uno de ellos (acusación – sentencia o mal realizado – castigo merecido). En efecto, la estructura se mantiene idéntica en los cuatro:

Comienzo:	«Esto dice el Señor Yahvé»
1ª parte:	«por haber…» o «porque…»
2ª parte:	«por eso… yo…» (en hebreo verbo en futuro)
Final:	Fórmula de reconocimiento: «sabrán/sabréis que yo soy Yahvé».

Los dos últimos relacionan internamente sus secciones con el término "venganza", que no es tanto un oscuro sentimiento personal cuanto el ardor que mueve la reinstauración de la justicia.

Los reinos de Amón y Moab representan la incestuosa descendencia de Lot (Gn 19,30-38). Son enemigos de Israel desde el comienzo de la ocupación de la tierra (Jc 3-13). Los "hijos de Oriente" (vv. 4.10) a quienes se entrega estos reinos son bandas de beduinos trashumantes (Jc 6-7). Amón ocupaba el actual territorio de Jordania y su capital (Rabat Amón) se corresponde con la actual Amán. Sus relaciones con Judá fueron siempre tormentosas, a pesar de esporádicas y temporales sumisiones. Se les acusa de haberse mofado con ocasión de la destrucción del templo, de la devastación de la tierra y del exilio de Judá (v. 3). Todo ello hace referencia al tiempo reciente. La sentencia los entrega en manos de los "hijos de Oriente" (Quedemitas), que harán de su territorio el lugar de acampada y pasto de sus animales. La fórmula de reconocimiento cierra el primer oráculo. Los vv. 6-7 prolongan –en singular– la acusación de burla y la condena en manos extranjeras hasta desaparecer de la historia. El oráculo concluye repentinamente con la fórmula de reconocimiento.

Moab, en la zona oriental del Mar Muerto, es acusada de no reconocer el puesto relevante de Judá en la historia. Conviene recordar que Balaán fue llamado a pronunciar en Moab un oráculo contra el pueblo de Israel, que atravesaba el territorio hacia la tierra prometida, y que, sin embargo, lo pronunció en su favor (Nm 22-24). El v. 8,

en hebreo, añade la mención de Seír, junto a Moab. Resulta extraño, porque Seír (la región montañosa situada al sureste del Mar Muerto) pertenece a Edom y se suele emplear como sinónimo de este reino (cf. cap. 35). Evidentemente falta en griego. En un brevísimo oráculo (comparado con Jr 48,1-47) se le acusa en tercera persona de no distinguir la especificidad teológica del pueblo del Señor. Los “hijos de Oriente” serán de nuevo los agentes del juicio del Señor contra su blasfema afirmación. La fórmula de reconocimiento pone fin de nuevo al oráculo.

Edom representa a Esaú, a quien Jacob arrebató la primogenitura. En las figuras patriarcales la hostilidad comenzó en el seno materno; históricamente los pueblos se enfrentaron desde que Edom no permitió el paso del pueblo de Israel a través de su territorio (Nm 20). Los problemas se extendieron a lo largo de la historia, pero se exacerbaron en el momento de la caída de Jerusalén (Am 1,11-12; Lm 4,21-22; Ab 10-16). Aunque más tarde dedicará un oráculo a Edom (Ez 35), ahora el oráculo es escueto y genérico, sobre todo si lo comparamos por ejemplo con Jr 49,7-22. La “venganza” excesiva ejercida contra Judá se volverá contra ella, que será castigada con dureza. Así se reconocerá la “venganza” del Señor, que constituye una modalidad extraña de la habitual fórmula de reconocimiento.

El tema de la venganza se prolonga en el oráculo contra los filisteos. Éstos ocupaban el lado suroccidental de Judá y habían sido la piedra de toque para el establecimiento del reino. Sólo David pudo someterlos, después de haber sido aliado de ellos. El juez Sansón o la figura de David, luchando contra Goliat, representan bien la enemistad y la desproporción entre ambos pueblos. El comienzo es casi reproducción del oráculo contra Edom. Han actuado impulsados por un “odio eterno”. La acción vengativa del Señor va a ser directa: no se mencionan agentes humanos. Los “quereteos” (que la versión griega traduce como “cretenses” por pensar que Creta era el lugar de origen de los filisteos) formaban parte del cuerpo de guardia de David (2 S 8,18; 15,18; 20,7; 1 R 1,38). La furia del Señor los destruirá. Toda la actuación divina contra sus enemigos ha podido provocar en Israel un cierto optimismo respecto a su futuro.

2. Oráculos contra ciudades fenicias (caps. 26-28)

Tiro, "la roca", era una de las principales ciudades fenicias, casi inexpugnable por estar construida en una isla escarpada, separada casi un kilómetro de la costa. En tiempos de Ezequiel, ciertamente marcaba un límite para el poderío babilónico. No fue conquistada hasta los tiempos de Alejandro Magno. Ahora está unida a tierra y forma una especia de península, gracias a la arena depositada por el mar en el puente que construyó Alejandro Magno. Contra esa roca chocan las naciones reproduciendo los embates de las olas, hasta su destrucción. Tiro era un centro comercial muy activo, desde el cual los filisteos organizaban todas las transacciones comerciales del Mediterráneo. Así consiguió una riqueza y un esplendor que fueron la envidia de otras ciudades. No podemos decir que los fenicios hayan constituido un imperio, pero ciertamente dominaron el mediterráneo con sus fletes comerciales. Las grandes ciudades fenicias son Biblos, Tiro y Sidón. Tiro, "la roca", tomó parte en casi todas las conjuras contra el imperio babilónico y evitó ser conquistada por Nabucodonosor. Los fenicios eran adoradores de Baal y ejercieron un cierto influjo en el reino del Norte, sobre todo en el período de la dinastía de Omrí (Jezabel, mujer de Ajab, en tiempos de Elías, era fenicia; 1 R 16,31). Al final abandonó a Jerusalén y se alegró de su caída.

Formalmente, la sección empieza con una datación, y no hay otra hasta 29,1. Toda la sección contiene varios oráculos referidos al pueblo fenicio. La fórmula de recepción de la palabra (26,2; 27,1; 28,1; 28,11; 28,20) permite distinguir cinco secciones mayores, confirmadas con el uso inicial del apelativo "hijo de hombre" (26,2; 27,2; 28,2; 28,12; 28,21). La fórmula de cita "esto dice el Señor" (26,3.7.15.19; 27,3; 28,2.12.22.25) permite señalar otras subdivisiones, que se cierran con la expresión que sella un oráculo ("oráculo del Señor Yahvé" en 26,5.7.20; 28,10) o con fórmula de reconocimiento (26,6; 28,20. 24.25). Merece especial atención la expresión «haré de ti un objeto de espanto» que desaparecerá para siempre (26,21; 27,36; 28,19), que de alguna manera cierra los tres capítulos. Ciertamente el cap. 27 tiene algo de especial, al carecer de casi todas estas fórmulas tan repetidas; la quinta sección es también peculiar (28,20-25) y está for-

mada por dos o tres breves oráculos. La recurrencia de todas estas fórmulas nos permite dividir el texto en la forma que lo presentamos. Pero, como fundamentalmente corroboran la actual división en capítulos, intentemos la lectura y el comentario por capítulos.

26 [1]El año undécimo, el día primero del mes, Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de hombre, Tiro se ha burlado de Jerusalén: "Ahí está hecha pedazos la puerta de las naciones; todo ha pasado a mí, su riqueza; está en ruinas". [3]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy contra ti, Tiro. Voy a hacer que suban contra ti numerosas naciones, como el mar hace subir sus olas. [4]Derruirán las murallas de Tiro y abatirán sus torres. Yo barreré de ella hasta el polvo y la dejaré como roca pelada. [5]Quedará, en medio del mar, como un secadero de redes. Yo mismo lo he dicho –oráculo del Señor Yahvé–. Tiro será presa propicia para el concierto de las naciones. [6]Sus hijas, que están tierra adentro, serán víctimas de la espada. Y sabrán que yo soy Yahvé.

[7]«Pues esto dice el Señor Yahvé: Voy a traer contra Tiro, por el Norte, a Nabucodonosor, rey de Babilonia, rey de reyes, con caballos, carros y jinetes, y gran número de tropas. [8]A tus hijas, tierra adentro, las hará caer a espada. Te atacará con torres de asalto, levantará contra ti un terraplén, alzará contra ti un testudo, [9]lanzará los golpes de su ariete contra tus murallas, demolerá tus torres con sus máquinas. [10]Sus numerosos caballos te cubrirán de polvo; el estrépito de su caballería, de sus carros y carretas, hará que trepiden tus murallas, cuando entre él por tus puertas como se entra en una ciudad en la que han abierto brecha; [11]los cascos de sus caballos hollarán todas tus calles. Pasará a cuchillo a tu gente, y tus grandiosas estelas se desplomarán en tierra. [12]Se llevarán como botín tus riquezas, saquearán tus mercancías, destruirán tus murallas, demolerán tus casas suntuosas. Tus piedras, tus vigas y tus escombros los echarán al fondo de las aguas. [13]Yo mismo pondré fin a la armonía de tus canciones; ya no se oirá el son de tus cítaras. [14]Te convertiré en roca pelada, quedarás como secadero de redes; no volverás a ser reconstruida, porque yo, Yahvé, he hablado –oráculo del Señor Yahvé–».

**[15]Esto dice el Señor Yahvé a Tiro: «Al estruendo de tu caída,
cuando giman las víctimas y hierva la carnicería dentro de ti, ¿no
temblarán las islas? [16]Bajarán de sus tronos todos los príncipes del
mar, se quitarán sus mantos y dejarán sus vestidos recamados; se
vestirán de pavor, se sentarán en tierra, temblarán sin parar y que-
darán pasmados al verte. [17]Entonarán por ti esta elegía: ¡Cómo has
quedado destruida, desaparecida de los mares, la otrora ciudad
famosa! Fuiste poderosa en el mar, con tus habitantes, que infun-
dían terror en todo el continente. [18]Ahora tiemblan las islas, ahora
que presencian tu caída; las islas del mar están aterradas al ver en
qué has acabado.**

**[19]«Porque esto dice el Señor Yahvé: Cuando yo te convierta en
una ciudad en ruinas como las ciudades despoblada; cuando yo
empuje sobre ti el océano y te cubran sus aguas caudalosas,
[20]entonces te haré bajar a la fosa con los muertos, con la gente de
antaño; te haré habitar en el mundo subterráneo (parecido a unas
ruinas de antaño), con los que ya han muerto, para que no vuelvas
a ser restablecida en la tierra de los vivos. [21]Haré de ti un objeto de
espanto, y no existirás más. Te buscarán, pero ya nunca te encon-
trarán –oráculo del Señor Yahvé–».**

Atendiendo a los indicios que hemos indicado al principio, este capítulo se subdivide en cuatro secciones: 1-6; 7-14; 15-18; 19-21. Encontraremos relaciones mutuas entre las dos primeras y las dos últimas, lo que nos permite hablar de un díptico con dos tablas en cada panel, cerrándose cada panel con la fórmula “oráculo del Señor” (vv. 14.21) y marcando la separación de cada tabla con la partícula *kî* (‘pues’ o ‘porque’, vv. 7.19). La división binaria es típica en la obra de Ezequiel, como hemos tenido (y tendremos) ocasión de comprobar.

La primera sección (vv. 1-6) presenta una estructura similar a los oráculos más breves que hemos visto en el capítulo anterior, especialmente con el primero de ellos, contra Amón. Suele preferirse la versión griega de la fecha indicada en v. 1 (año 12, mes 11) por ser más completa. La referencia a Jerusalén como “puerta de las naciones” (v. 2) indica la visión que los fenicios tenían del obstáculo que Israel suponía para su expansión hacia el oriente. Los vv. 3-5 subrayan la intervención directa del Señor, elevando el conflicto más allá

de la simple rivalidad entre dos pueblos. “Numerosas naciones” serán los agentes del castigo, que convertirá a Tiro en una roca pelada y vacía; sus ciudades en el continente serán arrasadas. El Señor habla y será reconocido en su acción.

La segunda sección (vv. 7-14) comienza con la fórmula de cita y concluye con la fórmula que sirve de firma: es el Señor quien habla. Conserva diversas relaciones con la sección anterior, pero se desarrolla libremente. Se cita a Nabucodonosor como el principal agente del castigo, enviado por el Señor, a quien acompaña un gran ejército de caballos, carros e infantes. Se describe la estrategia utilizada en el ataque (vv. 8-12) con numerosos rasgos realistas, como si se tratara de una ciudad construida en tierra firme; el polvo, el estrépito, los gritos completan la imagen de destrucción de una ciudad que acabará arrojada en el mar. La transformación de su esplendor en ruina se describe en términos de silencio (ni canciones ni liras). El v. 14 resume el efecto del ataque (repitiendo lo dicho en los vv. 4-5) y ofrece la firma del autor.

La tercera sección (vv. 15-18) está encuadrada por la inclusión que anuncia el temblor de las islas ante la caída de Tiro. Indica la reacción de los países costeros ante la noticia: cesan su acción de gobierno y temen una suerte parecida (v. 16). Entonan una canción fúnebre (elegía), que expresa su estado emocional.

Finalmente, la cuarta sección (vv. 19-21) retoma la acción del Señor con una doble imagen: ruina o desolación y ola gigante. A partir del v. 20, se personifica la imagen de la ciudad: es como quien desciende al mundo inferior (‘fosa’, ‘infiernos’) para siempre; su lugar está en el mundo de los muertos, de quienes han concluido su existencia.

27 **1Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 2Y tú, hijo**
de hombre, entona una elegía sobre Tiro. 3Dirás a Tiro, la
ciudad sentada a la entrada del mar, centro del tráfico de los pue-
blos hacia islas sin cuento: Esto dice el Señor Yahvé: Tiro, tú
decías: “Yo soy un navío de perfecta hermosura”. 4En el corazón de
los mares estaban tus fronteras. Tus constructores hicieron perfec-
ta tu hermosura. 5Con cipreses de Senir construyeron todas tus
planchas. Del Líbano tomaron un cedro para erigirte un mástil.

[6]Con encinas de Basán fabricaron tus remos. El puente lo constru-
yeron de marfil incrustado en cedro de las islas de Quitín. [7]Tu vela,
de lino egipcio recamado, te servía de enseña. Púrpura y escarlata
de las islas de Elisá formaban tu toldo. [8]Los habitantes de Sidón y
de Arvad eran tus remeros. Tus sabios, que iban a bordo, servían
como timoneles. [9]Llevabas a los ancianos de Guebal, cuyos exper-
tos reparaban tus averías.

Contabas con todas las naves del mar y sus marineros, para ase-
gurar tu comercio. [10]Los de Persia, Lud y Put servían en tu ejército
como soldados; colgaban en ti sus escudos y yelmos, y así te daban
esplendor. [11]Los hijos de Arvad, con tu ejército, guarnecían por todas
partes tus murallas, y los gamadeos tus torres. Colgaban sus escudos
en torno a tus murallas y hacían perfecta tu hermosura. [12]Tarsis era
cliente tuya, debido a la abundancia de tus riquezas; a cambio te
daba plata, hierro, estaño y plomo. [13]También Yaván, Túbal y Mésec
traficaban contigo, y te daban a cambio hombres y utensilios de
bronce. [14]Los de Bet Togarmá daban por tus mercancías caballos de
tiro y de silla, y mulos. [15]Los hijos de Rodán traficaban también con-
tigo; numerosas islas eran clientes tuyos, que te pagaban con colmi-
llos de marfil y madera de ébano. [16]La abundancia de tus productos
atraía asimismo a Edom, que, a cambio de tus mercancías, te daba
malaquita, púrpura, recamados, batista, coral y rubíes. [17]Judá y la
tierra de Israel traficaban también contigo: te daban a cambio trigo
de Minit, pannag, miel, aceite y resina. [18]La abundancia de tus pro-
ductos atraía igualmente a Damasco; debido a la abundancia de tus
riquezas, te proveía de vino de Jelbón y lana de Sajar. [19]Dan y Yaván,
desde Uzal, daban por tus mercancías hierro forjado, canela y caña.
[20]Dedán traficaba contigo en sillas de montar. [21]Arabia y todos los
príncipes de Quedar eran también tus clientes: pagaban con corde-
ros, carneros y machos cabríos. [22]Los mercaderes de Sabá y de Ramá
traficaban también contigo; a cambio de tus mercancías te daban
aromas de primera calidad y toda clase de piedras preciosas y oro.
[23]Jarán, Cané y Edén, los mercaderes de Sabá, de Asiria y de Quil-
mad traficaban contigo; [24]traían a tu mercado vestidos de lujo, man-
tos de púrpura y brocado, tapices multicolores y maromas trenza-
das. [25]Las naves de Tarsis formaban tu flota comercial.

**Pero estabas repleta y pesada en el corazón de los mares. 26A alta
mar te condujeron los que a remo te llevaban. El viento de oriente
te ha quebrado en el corazón de los mares. 27Tus riquezas, mercan-
cías y fletes, tus marineros y timoneles, tus calafates y agentes co-
merciales, todos los guerreros que llevas, toda la tripulación que
transportas, se hundirán en el corazón de los mares el día en que
naufragues. 28Al oír los gritos de tus marinos, se asustarán las cos-
tas; 29entonces desembarcarán de sus naves todos los remeros; los
marineros, todos los hombres de mar, se quedarán en tierra. 30Lan-
zarán gritos por ti, gemirán amargamente; se echarán polvo en la
cabeza, se revolcarán en la ceniza; 31se raparán el pelo por tu causa,
se ceñirán de sayal. Llorarán por ti repletos de amargura; su lamen-
to será amargo. 32Entonarán por ti, en su duelo, una elegía; se lamen-
tarán así por ti: «¿Quién era semejante a Tiro en medio del mar?**

**33Cuando tus mercancías se desembarcaban, saciabas a muchos
pueblos; con la abundancia de tus riquezas y productos enrique-
cías a los reyes de la tierra. 34Mas ahora estás ahí, quebrada por las
olas, en las profundidades del mar. Tu carga y toda tu tripulación
se han hundido contigo. 35Todos los habitantes de las islas están
pasmados por tu causa. Sus reyes están estremecidos de terror;
tienen el rostro descompuesto. 36Los mercaderes de los pueblos
silban asombrados por ti, porque te has convertido en objeto de
espanto, y has desaparecido para siempre».**

La fórmula de recepción de la palabra y el apelativo “hijo de hombre” abren el nuevo capítulo. El segundo oráculo contra Tiro imagina a ésta como un barco suntuoso, cargado con mercancías de todo el mundo, que no puede soportar la sobrecarga. Nave de construcción internacional y cabotaje universal, se va a pique. La introducción identifica el conjunto como una elegía. La ausencia de indicios estructurales de división ofrece a este capítulo una rara cohesión. Los vv. 9b-25a (en especial a partir del v. 12) interrumpen la descripción poética de la nave, su construcción y flete, para ofrecer una larga lista de las relaciones comerciales de Tiro. Llama la atención el carácter ‘secular’ del texto, sin mención de Dios y de su intervención. No se denuncian transgresiones o pecados, ni anuncia jui-

cio alguno; se olvida por completo el ataque babilónico del capítulo anterior. La mención de Judá e Israel como socios comerciales (v. 17) sugiere una antigua fecha de composición.

Tras la orden al profeta de entonar una elegía por Tiro, el oráculo presenta una ciudad a la que compara con una nave, que surca los mares segura de sí misma por su calidad y su "perfecta hermosura" (vv. 3.4; cf. v.11). La nave ha sido construida con el mejor material disponible (vv. 4-6): cipreses del Hermón (= Senir) para la cubierta, cedro del Líbano para el mástil; encinas de Basán para los remos; marfil incrustado en cedro de Quitín para el puente; lino egipcio para las velas y enseñas; púrpura de Elisá para el toldo. No sólo material selecto, sino decorado con magnificencia. Dotado, incluso de una tripulación escogida: remeros, timoneles y técnicos de reconocido prestigio. [Los vv. 9b-11 prolongan en prosa la dotación del barco con los militares que lo defienden, aunque inesperadamente la nave se ha convertido en ciudad.] Expresiones técnicas comerciales llenan la lista de los pueblos que componen la red comercial de Tiro, formando una especia de armada que acompaña a la nave almirante (v. 9b). Posiblemente, la posición de Judá e Israel en el centro de los agentes comerciales no ocurre sin intención. La lista de mercancías es abundante.

Bien cargada, inicia la travesía (vv. 25b-36). Los remeros comienzan su faena, pero todo cambia de repente; una galerna del oriente destroza la nave en alta mar. La sobrecarga no ayuda, la pericia de los marineros y técnicos no sirve. Todo se va a pique. Sólo los gritos llegan a la costa. La voz que marca el ritmo de los remeros y el ruido de las palas en el agua se convierten en griterío de desesperación que produce espanto en las costas y provoca un gran luto: lamentos, ceniza, mesarse el cabello, sayales, llanto y amargura. No hay ironía y nadie se alegra; el duelo parece sincero. Era incomparable y ha desaparecido para siempre.

28 **1Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 2«Hijo de**
hombre, di al príncipe de Tiro: Esto dice el Señor Yahvé:
Tu corazón se ha engreído y has dicho: "Soy un dios, sentado en
un trono divino, instalado en el corazón del mar". Tú que eres un
hombre y no un dios, equiparas tu mente a la de Dios. 3¡Claro, eres
más sabio que Danel; ningún sabio se te puede comparar! 4Con tu

sabiduría y tu inteligencia te amasaste una fortuna; amontonaste
tesoros de oro y plata. [5]Tu gran sabiduría y tu comercio multipli-
caron tu fortuna, y tu fortuna fue la causa del engreimiento de tu
corazón.

[6]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Por haber equiparado tu
mente a la mente de Dios, [7]he decidido traer extranjeros contra ti,
los más bárbaros entre las naciones. Desenvainarán la espada con-
tra tu linda sabiduría, y profanarán tu esplendor; [8]te precipitarán
en la fosa, y morirás de muerte violenta en el corazón de los mares.
[9]¿Podrás decir "Soy un dios" estando ante tus verdugos? ¡Sólo
serás un hombre, no un dios, en manos de los que te traspasen!
[10]Morirás como los incircuncisos, a manos de gente extranjera. Yo
soy quien ha hablado –oráculo del Señor Yahvé–».

[11]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [12]«Hijo de
hombre, entona una elegía sobre el rey de Tiro. Le dirás: Esto dice
el Señor Yahvé: Eras el sello de una obra maestra, colmado de
sabiduría, de consumada belleza. [13]Morabas en Edén, en el jardín
de Dios. Toda suerte de piedras preciosas engalanaban tu manto:
rubí, topacio, diamante, crisólito, piedra de ónice, jaspe, zafiro,
malaquita, esmeralda; en oro estaban labrados los aretes y pinjan-
tes que llevabas, preparados desde el día de tu creación.

[14]«Hice de ti un querubín protector, centelleante; estabas en el
monte santo de Dios, caminabas entre piedras de fuego. [15]Tu con-
ducta fue perfecta desde el día de tu creación, hasta el día en que
se halló en ti iniquidad. [16]Por la amplitud de tu comercio te llenas-
te de violencia, y pecaste. Y yo te degradé del monte de Dios; te
eliminé, querubín protector, de en medio de las piedras de fuego.
[17]Tu belleza te hizo altanero, corrompiste tu sabiduría por causa
de tu esplendor. Y yo te precipité por tierra, convertido en espectá-
culo de reyes. [18]Por tantas y tantas culpas, por la inmoralidad de
tu comercio, profanaste tus santuarios. Y yo he sacado de ti mis-
mo el fuego que te ha devorado; te he reducido a ceniza sobre la
tierra, a los ojos de cuantos te miraban. [19]Todos los pueblos que te
conocían quedaron pasmados por ti. Eres un objeto de espanto;
has desaparecido para siempre».

[20]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [21]«Hijo de hom-
bre, vuelve tu rostro hacia Sidón y profetiza contra ella. [22]Dirás:

Esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy contra ti, Sidón; en medio de ti seré glorificado. Sabrán que yo soy Yahvé, cuando yo haga justicia de ella y manifieste en ella mi santidad. [23]Mandaré contra ella la peste, habrá sangre en sus calles; caerán víctimas en medio de ella, pues será cercada por la espada. Y sabrán que yo soy Yahvé.

[24]Ya no padecerá la casa de Israel pinchazos de espina ni heridas de zarza, de todos sus vecinos que la desprecian. Y sabrán que yo soy el Señor Yahvé.

[25]«Esto dice el Señor Yahvé: Cuando yo reúna a la casa de Israel de en medio de los pueblos donde está dispersa, manifestaré en ellos mi santidad a la vista de las naciones. Habitarán en la tierra que yo di a mi siervo Jacob; [26]habitarán allí con seguridad, construirán casas y plantarán viñas. Vivirán seguros cuando yo haga justicia de todos sus vecinos que los desprecian. Y sabrán que yo soy Yahvé su Dios».

El tercer capítulo dedicado a Tiro es menos unitario que los anteriores. La fórmula de recepción de la palabra, seguida por el apelativo “hijo de hombre” (vv. 1.11.20), marca las tres partes del capítulo. Las dos primeras hacen referencia al príncipe o rey de Tiro, mientras que la tercera se refiere a Sidón, otra gran ciudad filistea, y confiere a los vv. 20-26 una notable autonomía. El texto referido al príncipe de Tiro (vv. 1-19) presenta problemas de todo tipo: textuales, de relación entre sus dos partes (1-10: 11-19) o con los oráculos anteriores, palabras y frases de difícil interpretación, etc. Los límites de sus partes son claros. La primera parte (vv. 1-10) es un oráculo de juicio contra el príncipe por su arrogancia: se ha creído divino (vv. 2.9), asentado en un trono divino en medio del mar y dotado de sabiduría divina. Esta pretensión de sabiduría lleva a algunos autores a identificar Danel con Daniel, conocido en la corte de Nabucodonosor por su sabiduría. No hay otra razón para no relacionarlo con el personaje legendario Danel, citado previamente en 14,14. La sabiduría no le ha servido al rey de Tiro para subir de categoría, como Daniel en Babilonia, sino para producir riqueza (vv. 4-5). La prosperidad le ha cegado. La sentencia (vv. 6-10) anuncia a “extranjeros” que aniquilarán los símbolos de su riqueza (“tu linda sabiduría”), profanarán su radiante esplendor casi divino, lo arrojarán a la fosa. Quien pensaba

ser un dios, acabará en el infierno. Es simplemente un mortal, que morirá a manos de extranjeros, alcanzando así el rango de los incircuncisos. El v. 10 cierra el oráculo con la fórmula habitual.

En la segunda parte (vv. 11-19), el Señor ordena a Ezequiel entonar un lamento por el rey de Tiro. Aunque el profeta conoce bien el género (cf. Ez 19; 26,15-18; 27), en el texto que sigue no hay rastro de tal género, ni expresiones de dolor o luto. Todo él está referido al pasado y carece de indicios de división. Las únicas fórmulas están al comienzo y nos han ayudado a establecer la división, pero no hay ninguna que estructure internamente la composición. Ezequiel comienza con un retrato muy imaginativo del rey de Tiro, como sello de obra de arte. Compara sus dominios con el Edén y al soberano con una joya, adornado con toda clase de piedras preciosas (cuyos nombres no nos resultan conocidos en todos los casos). Había olvidado que era obra de Dios desde su creación (v. 14). Tres afirmaciones definen su estatus inicial con alusiones mitológicas: querube protector, situado en la montaña sagrada, caminando entre el fuego. ¡Pero se lo ha creído! Los vv. 15-16 definen su vuelta a su ser de creatura, al haberse hallado en él iniquidad. La segunda acusación (v. 17) repite el defecto fundamental del rey engreído, empalmando con lo dicho en la primera parte (vv. 2.7). En la tercera acusación (v. 18) el texto subraya la injusticia de sus prácticas comerciales y la consiguiente profanación de los santuarios. No es clara la acción punitiva: una primera lectura sugiere que el Señor saca fuego del interior del mismo querubín; podría también provenir de las piedras de fuego sobre las que caminaba. El oráculo concluye con una terrible nota: su final servirá de espanto para todos y no quedara rastro de él (concluyendo como 26,21 y 28,36). La riqueza y el boato alimentan el orgullo en quien los disfruta y le impiden ver la injusticia y la opresión a su alrededor. El rey de Tiro ocupa el lugar del hombre primordial, culmen de la creación y guardián de la misma, lleno de sabiduría y belleza. Su desbocada ansia de ser como Dios le causó la perdición.

Hasta aquí los oráculos contra Tiro y su príncipe. El oráculo contra Sidón (28,20-24) nos devuelve a la lista inicial de naciones (cap. 25). Su estructura formal, como en aquellos, comienza con “Esto dice el Señor” (y el apelativo “hijo de hombre”) y concluye con la

fórmula de reconocimiento ("sabrán que yo soy Yahvé"), repetida en cada versículo; su contenido es genérico y carece de la brillantez de los oráculos referidos a su hermana Tiro. La lista de pueblos crece ¡y ya van 6! (se cerrará con Egipto). Según Ez 28,24, el castigo de las naciones vecinas permite a Israel vivir en paz, sin hostigamientos ni molestias. Esta lectura podría ser válida para Ezequiel, pero no siempre es válida para todos los oráculos proféticos contra las naciones extranjeras. A veces, como hemos dicho, Israel y Judá ocupan el ápice del castigo, como broche de oro de las naciones castigadas: son tan paganas como las demás y merecen castigo igual o mayor. El caso más evidente es Am 1-2. En Ezequiel la buena noticia del castigo ajeno se prolonga (28,25-26) con una promesa de restauración para Israel, que empalma con la tradición original de Jacob. Estos versos podrían haber sido el colofón de los breves oráculos iniciales contra las cinco primeras naciones, pero ofrecen, sin duda, un sentido a todos estos oráculos en el libro de Ezequiel. La gloria y santidad del Señor se manifestarán ante todas las naciones, aunque Israel se encuentre en el destierro; la mención de Jacob, que acabó su vida en Egipto, ofrece también un empalme con los oráculos que siguen.

3. Oráculos contra Egipto (caps. 29-32)

Cuatro capítulos contienen los oráculos que el libro de Ezequiel dedica al imperio egipcio. Debemos recordar que Egipto no sólo ha sido el lugar tradicional de la primera esclavitud, el origen de su libertad, sino también el aliado esperado (u ofrecido) contra los imperios mesopotámicos. Aunque nunca ha supuesto en la realidad una ayuda militar importante (y ciertamente su ayuda no impidió la derrota bajo Asiria o bajo Babilonia), en el imaginario colectivo de Israel era la potencia de referencia para poder resistir al imperio mesopotámico de turno. Egipto no ha desarrollado nunca una política internacional expansiva para hacer crecer su territorio o su influjo. Se limitó a unificar los territorios en torno al Nilo, como eje de su imperio. Con todo, siempre ha ejercido una atracción especial entre los pueblos de la región, por su cultura e industria, y ha sido una tentación continuamente para Israel.

Literariamente Egipto se presenta como cocodrilo por su grandeza, como bastón de caña por el apoyo falso que ofrece, como árbol frondoso talado por su orgullo. Un zoom pone en primer plano el brazo roto del faraón como símbolo de su poder militar destruido. Atención especial merecen los ritos fúnebres de su descenso a los infiernos, en donde se encontrará con todos los enemigos de Israel.

Las distintas fechas del texto (29,1; 29,17; 30,20; 31,1; 32,1; 32,17) y la fórmula de recepción de la palabra (29,1; 30,1) nos permiten dividir la colección de oráculos en siete partes. Todas ellas, excepto la tercera, están fechadas; la primera y las cuatro últimas guardan un orden cronológico. Las partes segunda y tercera son anómalas: la fecha indicada en 29,17 sugiere que se trata de la última intervención de Ezequiel; la tercera no tiene fecha. Las divisiones del texto quedarían así, con indicación del tema principal:

3.1. Contra el faraón, cocodrilo del Nilo (29,1-16)
3.2. Egipto, premio de consolación para Nabucodonosor (29,17-21)
3.3. El día del Señor en Egipto (30,1-19)
3.4. El brazo roto del faraón (30,20-26)
3.5. El faraón, un árbol en Egipto (cap. 31)
3.6. Elegía por el cocodrilo (32,1-16)
3.7. Egipto desciende al Seol (32,17-32)

3.1. Contra el faraón, cocodrilo del Nilo (29,1-6)

29 1 El año décimo, el día doce del décimo mes, Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 2 «Hijo de hombre, vuelve tu rostro hacia el faraón, rey de Egipto, y profetiza contra él y contra todo Egipto.

3 Les dirás: Esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy contra ti, faraón, rey de Egipto, gran cocodrilo, recostado en medio de sus Nilos, tú que has dicho: "Mi Nilo es mío, yo mismo lo he hecho".
4 Voy a ponerte garfios en las quijadas, pegaré a tus escamas los peces de tus Nilos y te sacaré fuera de tus Nilos, con todos los peces de tus Nilos pegados a tus escamas.
5 Te arrojaré al desierto, junto con los

peces de tus Nilos; yacerás en medio del campo, no serás recogido ni enterrado. Te entregaré como pasto a las bestias de la tierra y a las aves del cielo, [6]y todos los habitantes de Egipto sabrán que yo soy Yahvé.

«Porque has sido un apoyo de caña para la casa de Israel; [7]cuando ellos te agarraban, te rompías en sus manos y desgarrabas toda su palma; cuando se apoyaban en ti, te hacías pedazos y hacías vacilar todos los riñones. Por eso, así dice el Señor Yahvé: Voy a traer contra ti la espada, para extirpar de ti personas y bestias. [9]El país de Egipto se convertirá en desolación y ruina, y sabrán que yo soy Yahvé.

«Por haber dicho: "El Nilo es mío, yo mismo lo he hecho", [10]aquí estoy yo contra ti y contra tus Nilos. Convertiré el país de Egipto en ruinas, devastación y desolación, desde Migdol hasta Sevené y hasta la frontera de Etiopía. [11]Ningún hombre lo pisará, ningún animal lo pateará. Quedará deshabitado durante cuarenta años. [12]Voy a hacer del país de Egipto una desolación en medio de países desolados; sus ciudades estarán desoladas entre ciudades en ruinas, durante cuarenta años. Dispersaré a los egipcios entre las naciones y los esparciré por los países.

[13]«Porque esto dice el Señor Yahvé: Al cabo de cuarenta años, reuniré a los habitantes de Egipto de entre los pueblos en los que habían sido dispersados. [14]Recogeré a los cautivos egipcios y los haré volver al país de Patrós, su lugar de origen. Allí formarán un reino modesto. [15]Egipto será el más modesto de los reinos y ya no se alzará por encima de las naciones; le haré pequeño para que no vuelva a imponerse a las naciones. [16]No volverá a ser para la casa de Israel apoyo de su confianza, que provoque el delito de irse en pos de él. Y sabrán que yo soy el Señor Yahvé».

Dos fechas marcan el comienzo y el final de esta unidad. En primer lugar hay que notar que la fecha inicial, aunque técnicamente referida al primer oráculo (29,1-6), nos adelanta en un año al primer oráculo contra Tiro. Es el 7 de enero del 587, anterior, en algunos meses, a la caída de Jerusalén. Podría, por tanto, hacer referencia a las vicisitudes militares y políticas de ese tiempo en Judá.

Geográficamente la vida de Egipto corre con el Nilo como eje. A él debe su fecundidad y su vida; por eso lo diviniza.

La fórmula “esto dice el Señor” divide la unidad en tres oráculos: 3-7; 8-12; 13-16. Cada una contiene la fórmula de reconocimiento (vv. 6.9.16). Conforme avanza la lectura, aumentan las referencias a anteriores oráculos contra las naciones. El cocodrilo es un animal que se cuenta entre las bestias mitológicas marinas. El Señor se presenta en persona para castigar a quien se ha creído dueño del territorio y convertirlo en un pez como los demás. Llama la atención que se mencionen las escamas del cocodrilo y no su boca. Tal vez, unas escamas llenas de peces pegados reproduce mejor la atracción que Egipto ha producido a Israel. Sacado del agua, será enterrado en la tierra seca. El Señor será reconocido en su victoria.

El bastón de caña no necesita explicación como imagen de falsa seguridad y ya se aplica a Egipto en Is 36,6 de modo algo más vivo. No sólo es inútil; es nociva, porque desgarra la mano de quien se apoya en él. El castigo se extiende más allá de la figura del faraón a todo Egipto: Migdol está en el extremo norte; Sevené (actualmente Asuán) corresponde a la primera catarata, desde donde se preparaban las campañas contra Etiopía. Resulta significativa la mención de los cuarenta años de castigo, como si en la mente de un hebreo el nombre de Egipto estuviera relacionado con el tiempo que Israel anduvo por el desierto. Su arrogancia será castigada al convertirse en una nación pequeña, como las demás.

El castigo de Egipto repercute en Israel, que no volverá a ser molestado. También a Egipto le ofrece el Señor un rayo de esperanza y una posibilidad de retorno en la humildad de un reino modesto (vv. 13-16). A las demás naciones no se les había concedido. Se trata de un caso único en la tradición profética bíblica. La relación (y la diferencia) del v. 26 con 28,24, tal vez explican la razón: Egipto no se había burlado, sino que había intentado frenar la caída de Judá, por lo que su castigo puede ser distinto, reduciéndolo a una especie de reino vasallo. La humillación sufrida le ayudará a no enorgullecerse ni ante los demás pueblos ni ante Israel; le servirá para reconocer al Señor.

3.2. Egipto, premio de consolación para Nabucodonosor (29,17-21)

**29 17El año veintisiete, el día uno del primer mes, Yahvé me
dirigió su palabra en estos términos: 18«Hijo de hombre,
Nabucodonosor, rey de Babilonia, ha emprendido con su ejército
una violenta campaña contra Tiro. Todas las cabezas han quedado
peladas y todas las espaldas llagadas, pero no ha obtenido de Tiro,
ni para sí ni para su ejército, ningún provecho de la empresa aco-
metida contra ella. 19Por eso, esto dice el Señor Yahvé: He decidi-
do entregar a Nabucodonosor, rey de Babilonia, el país de Egipto.
Él saqueará sus riquezas, se apoderará de sus despojos y se llevará
su botín, que servirá de paga para su ejército. 20En compensación
de su esfuerzo contra Tiro, voy a entregarle el país de Egipto, por-
que han trabajado para mí –oráculo del Señor Yahvé–.**

**21Aquel día haré brotar un cuerno a la casa de Israel, y a ti te per-
mitiré abrir la boca en medio de ellos. Y sabrán que yo soy Yahvé».**

Si atendemos a la fecha, nos encontramos ante el último oráculo del profeta. Sus últimas palabras se dirigen a Egipto, 17 años después del primer oráculo en su contra y 16 años después del siguiente. En la primavera del 571 el profeta anuncia que Nabucodonosor ha conseguido permiso del Señor para conquistar Egipto, tras su fracaso contra Tiro, a la que no pudo doblegar con un asedio de trece años. ¡Y el ataque había sido ordenado por el mismo Señor! Es curioso cómo el Dios de Israel se presenta como señor de la historia, pero sin manejar directamente los hilos de las marionetas, sino con sus órdenes y su palabra. Si luego, un siervo castigador no tiene fuerza suficiente para ejecutar su sentencia, le manda otra misión para compensar su esfuerzo. De alguna manera esta fecha indica que el oráculo contra Tiro no se ha cumplido todavía. Egipto es ahora el premio para Nabucodonosor. Varios puntos recuerdan a Jeremías: Nabucodonosor es “siervo del Señor” (Jr 25,9; 27,6) o las duras palabras finales del profeta contra Egipto (Jr 43). Nabucodonosor no conquistará Egipto hasta el 568. En esta historia compleja de fuerzas y tiempos, va desarrollándose una pequeña fuente de vigor para Israel, pero su crecimiento se mantiene en tono menor y será acompañada de una palabra profética que lo desvelará. Varias veces

se ha mencionado el silencio del profeta para anunciar un oráculo (3,26; 24,26-27; 33,21-22); ésta vez parece como si fuera para cantar su alegría o reconocer la cercanía de Dios con su pueblo.

3.3. El día del Señor en Egipto (30,1-19)

30 1Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 2«Hijo de
hombre, profetiza y di: Esto dice el Señor Yahvé: Gemid
diciendo: "¡Ay, aquel día!", 3porque está cercano el día, está cerca-
no el día de Yahvé, día cargado de nubarrones; será la hora de las
naciones. 4La espada descargará sobre Egipto, cundirá el pánico en
Cus, cuando las víctimas caigan en Egipto, cuando sean saqueadas
sus riquezas y sus cimientos derruidos. 5Cus, Put y Lud, toda Arabia
y Cub, y la gente de los países aliados, caerán con ellos a espada.
6Esto dice Yahvé: Caerán los apoyos de Egipto, se desplomará el
orgullo de su fuerza; desde Migdol a Sevené, caerán todos a espada
–oráculo del Señor Yahvé–. 7Quedarán desolados entre países deso-
lados; sus ciudades estarán entre ciudades en ruinas. 8Sabrán que
yo soy Yahvé, cuando prenda fuego a Egipto, y se rompan todos sus
apoyos.
9Aquel día enviaré mensajeros en navíos a sembrar el terror en
Cus, que se cree segura. Cundirá el pánico entre sus habitantes,
cuando llegue el día de Egipto. Miradlo, está llegando.
10Esto dice el Señor Yahvé: Pondré fin a la opulencia de Egipto,
por mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia. 11Él, junto con su
ejército, los más violentos de las naciones, serán enviados a asolar
el país. Desenvainarán la espada contra Egipto y llenarán el país
de víctimas. 12Yo dejaré secos los Nilos, y entregaré el país en
manos de gente malvada. Devastaré el país y cuanto contiene por
mano de extranjeros. Yo, Yahvé, he hablado.
13Esto dice el Señor Yahvé: Haré desaparecer las basuras y pon-
dré fin a los falsos dioses de Nof. No habrá más príncipes en Egip-
to, y sembraré el terror en el país. 14Devastaré Patrós, prenderé
fuego a Soán, haré justicia de No. 15Derramaré mi furor en Sin, la
fortaleza de Egipto; pondré fin a la opulencia de No.
16Prenderé fuego a Egipto. Sin se retorcerá de dolor, abrirán bre-
cha en No y cundirán las aguas. 17Los jóvenes de On y de Pi-Béset
caerán a espada, y las ciudades mismas partirán al cautiverio. 18En

Tafnis el día se convertirá en tinieblas, cuando yo quiebre allí el yugo de Egipto y se acabe el orgullo de su fuerza. Quedará cubierta por nubarrones, y la gente de sus pueblos partirá al cautiverio.
19 Así haré justicia de Egipto, y sabrán que yo soy Yahvé».

El capítulo comienza sin fecha, algo inusual en la colección de oráculos contra Egipto. La fórmula "esto dice el Señor" señala el comienzo de cuatro oráculos heterogéneos, que no tienen en común más que su interés por el castigo que el Señor va a infligir a Egipto. Únicamente los dos últimos concluyen con distintas fórmulas de cierre. El conjunto desarrolla dos temas centrales: el día del Señor como día del castigo para Egipto y la mención de las distintas regiones o ciudades de Egipto. Pueden servir para una clase de geografía o de historia, pero no aportan nada literaria o teológicamente. Nof es Menfis, muy cerca del delta del Nilo; Patrós hace referencia al alto Egipto; Soán es Tanis en el delta, donde también se encuentra la fortaleza de Sin; Tebas, capital del Alto Egipto, se denomina No; On es Heliópolis (capital del culto solar) y Pi-Béset es Bubasti (la casa de Bastet, el dios representado con cabeza de gato), ambas en el Bajo Egipto; Tafnis se encuentra en la frontera oriental del delta. Este elenco de ciudades presenta múltiples discrepancias entre la versión hebrea y la griega de los LXX, lo que no favorece la defensa de la autenticidad de su origen. Los dos primeros mencionan el "día"; el segundo y el cuarto contienen la fórmula de reconocimiento. La fórmula inicial (vv. 1-2a) sirve para el conjunto.

Tres melodías se entrecruzan en esta sinfonía sobre "el día" (inclusión vv. 2-9). El "día del Señor" se identifica (como en Ez 7) con el día terrible de su juicio. Se conocerá como "la hora de las naciones" (v. 3) que atacan; también en el "día de Egipto" (v. 9), expresión utilizada para la caída de Etiopía, se espera que jueguen un importante papel las naciones extranjeras. La espada será el instrumento de castigo que utilizarán los atacantes. Todos los mencionados son vecinos, pero la lista se cierra con "la gente de los países aliados" (v. 5). El Targum y la Vulgata lo interpretan como los aliados (de Egipto), lo que resulta comprensible; los LXX, al decir "la gente de mi alianza", señalan a Israel y podrían referirse veladamente a algunos mercenarios judíos que han servido en el ejército del

faraón. No es imposible, pero resulta demasiado llamativo para no tener ningún desarrollo en el texto.

Los vv. 6-9 desarrollan el tema de los aliados de Egipto iniciado en el verso anterior: sus “apoyos” (vv. 6.8) caerán con él y compartirán su destrucción. Etiopía se menciona de forma explícita (cf. Is 18,2). El día está próximo.

El tercer oráculo (vv. 10-12) menciona a Nabucodonosor como el agente que debe sellar el final del arrogante Egipto. También él traerá como aliados a las naciones más bárbaras (cf. Is 25,3.5; Ez 28,7). En esta misma sección se repite la expresión en 31,12 y 32,12. A la espada se sumará la sequía de los canales, y el Señor venderá el país a los enemigos. Está decidido.

El cuarto oráculo (vv. 13-19) examina el desastre de Egipto bajo dos puntos de vista simultáneos: la intervención directa del Señor en primera persona; la perspectiva de las víctimas, en tercera persona. La geografía de la destrucción consta de ocho topónimos. Aunque sólo se ha hablado de condena y castigo, un rayo de esperanza se abre con la fórmula de reconocimiento, pues hasta los egipcios podrán reconocer la soberanía del Señor de la historia.

3.4. El brazo roto del faraón (30,20-26)

30 [20]El año undécimo, el día siete del primer mes, Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [21]«Hijo de hombre, yo he roto el brazo del faraón, rey de Egipto, y nadie ha curado su herida aplicándole medicamentos y vendas, de modo que recobre el vigor para empuñar la espada. [22]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy yo contra el faraón, rey de Egipto; quebraré sus brazos, el que está sano y el roto, y haré que la espada caiga de su mano. [23]Dispersaré a Egipto entre las naciones, lo esparciré por los países. [24]Robusteceré los brazos del rey de Babilonia, pondré mi espada en su mano y romperé los brazos del faraón, que lanzará ante él gemidos de víctima. [25]Robusteceré los brazos del rey de Babilonia, mientras que los brazos del faraón desmayarán. Y sabrán que yo soy Yahvé, cuando ponga mi espada en la mano del rey de Babilonia y él la esgrima contra el país de Egipto. [26]Dispersaré a Egipto entre las naciones y lo esparciré por los países. Y sabrán que yo soy Yahvé».

En marzo-abril del 587 Jerusalén estaba ya sitiada. La versión griega del v. 20 lee "el año décimo". Egipto trató de intervenir para obligar a levantar el cerco, pero fracasó (Jr 37,5-8), como cuando el año 609 intentó ayudar al resto de los asirios, refugiados en Jarán (2 R 23,29; 2 Cro 35,19-24). Los dos imperios, Babilonia y Egipto, se enfrentan ahora en desigual lucha de titanes: El Señor sostiene el brazo de uno y rompe el del segundo, que no puede sostener la espada. La dispersión de Egipto no sucedió, pero nunca más salió de sus fronteras para auxiliar a Judá.

El oráculo contiene todos los elementos formales que lo delimitan: fecha, fórmula de recepción de la palabra, apelativo "hijo de hombre", fórmula de cita ("esto dice el Señor") junto a la partícula "*lākēn*" ("por eso"), y la fórmula de reconocimiento al final (dos veces). El oráculo comienza contra el faraón, a quien se le aparta del poder; se extiende a todo el pueblo, que será dispersado. El Señor se declara responsable del desastre: no sólo le quita el poder al faraón, sino que se lo entrega a Nabucodonosor. La oposición entre ambos señala el poderío del Señor.

3.5. El faraón, un árbol en Egipto (cap. 31)

31 [1]El año undécimo, el día uno del tercer mes, Yahvé me
dirigió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de hombre, di
al faraón, rey de Egipto, y a la multitud de sus súbditos: ¿A quién
compararte en tu grandeza? [3]A una esbelta conífera, a un cedro
del Líbano de espléndido ramaje, de fronda de amplia sombra y de
elevada talla. Su copa despuntaba entre las nubes. [4]Las aguas lo
hicieron crecer, el abismo le dotó de altura, derramando sus aguas
en torno a sus raíces, y enviando sus acequias a todos los árboles
del campo. [5]Por eso su tronco superaba en altura a todos los árbo-
les del campo; sus ramas se multiplicaban, se alargaba su ramaje,
por el agua abundante que lo hacía crecer. [6]En sus ramas anida-
ban todos los pájaros del cielo; bajo su fronda parían todas las
bestias del campo; a su sombra se instalaban naciones numerosas.
[7]Era hermoso en su grandeza, por el despliegue de ramaje, porque
sus raíces se alargaban hacia aguas abundantes. [8]Ningún cedro le

igualaba en el jardín de Dios; los cipreses no podían competir con
su ramaje; los plátanos no tenían ramas como las suyas. Ningún
árbol, en el jardín de Dios, le igualaba en belleza. [9]Yo lo había
embellecido con follaje abundante, y le envidiaban todos los árbo-
les de Edén, los del jardín de Dios.

[10]Pues bien, esto dice el Señor Yahvé: Por haber exagerado su
talla, levantando su copa por entre las nubes, y haberse engreído
su corazón de orgullo, [11]yo le he entregado en manos del conduc-
tor de las naciones, para que le trate conforme a su maldad. ¡Lo he
desechado! [12]Extranjeros, los más bárbaros entre las naciones, lo
han talado y lo han abandonado. En los montes y por todos los
valles yace su fronda; sus ramas están destrozadas por todos los
barrancos del país. Todos los pueblos de la tierra se han retirado
de su sombra y lo ha abandonado. [13]Sobre sus despojos se han
posado todos los pájaros del cielo; han pisoteado sus ramas todas
las bestias del campo. [14]Ha sido para que ningún árbol plantado
junto a las aguas se engría de su talla, ni levante su copa por entre
las nubes, y para que ningún árbol bien regado se estire hacia ellas
con su altura. ¡Porque todos ellos están destinados a la muerte, a
lo profundo de la tierra, como el común de las personas, como los
que bajan a la fosa!

[15]Esto dice el Señor Yahvé: El día que bajó al Seol, cerré el abis-
mo tras él en señal de duelo; detuve sus ríos, y las aguas abundan-
tes cesaron. En su memoria, cubrí de sombra el Líbano, y todos los
árboles del campo se amustiaron por él. [16]Hice temblar a las nacio-
nes con el estrépito de su caída, cuando lo precipité en el Seol, con
los que bajan a la fosa. En el mundo subterráneo se consolaron
todos los árboles de Edén, lo más selecto y más bello del Líbano,
regados todos por las aguas. [17]Y con él bajaron también al Seol,
donde las víctimas de la espada, los que eran su brazo y moraban
a su sombra en medio de las naciones. [18]¿A quién eras comparable
en gloria y en grandeza, entre los árboles de Edén? Sin embargo,
has sido precipitado, con los árboles de Edén, en el mundo subte-
rráneo. Allí yaces, en medio de incircuncisos, con las víctimas de
la espada. Se trata del faraón y todo su ejército –oráculo del Señor
Yahvé–».

La imagen de una nave ligera y cargada de mercancías servía para representar a Tiro; la de un árbol frondoso, plantado junto al agua, sirve para Egipto. El faraón personifica el imperio. Egipto es el mayor árbol del jardín, profundamente enraizado y, por lo tanto, con ramaje extenso en el que anidan las aves del cielo. Un cedro, mayor que los cipreses y los plátanos del Edén, enraizado en las profundas aguas del abismo (Seol). Él, que había enseñado la verticalidad a todos los árboles, ha sido talado por su engreimiento. La altura le había llenado de orgullo, la elección acarreaba privilegios y, así, provocaba la envidia de otros. Alcanzadas las nubes, era de prever su caída; de sus despojos se aprovechan también las aves y las bestias (v. 13), pero su caída produce terror en todas las naciones (v. 16). Con una cierta facilidad se salta de la imagen a la reflexión humana y moralizante: es el final de todo arrogante (v. 14), que yace entre incircuncisos (v. 18). La mención del faraón en el versículo final cierra en inclusión el oráculo y responde a la pregunta inicial.

Formalmente son claros los límites del oráculo: fecha y fórmula de recepción de la palabra, apelativo "hijo de hombre" y orden de hablar indican el comienzo; la fórmula que firma el autor, marca el final. La fórmula "esto dice el Señor" (vv. 10.15) divide el conjunto en tres partes. La datación fija el oráculo dos meses después del oráculo anterior. El v. 3 comienza con problemas en el texto hebreo: «¡Mira, Asiria! Cedro del Líbano…». No tiene demasiado sentido recordar al faraón que Asiria es un ejemplo del poder destruido por el Señor. Seguro que se ha transmitido algún error en la grafía. Se suele hacer la hipótesis a partir de una rara palabra (*te'aššûr*, "conífera" en Is 41,19; 60,13; Ez 27,6, leída equivocadamente como *'aššûr*, Asiria). Preferimos mantener la referencia inicial y final al faraón (vv. 2.18). Él es el árbol frondoso, plantado junto al agua Nilo, que va adquiriendo características del árbol mitológico del jardín primigenio (v. 8). Su altura, su frondosidad, su ramaje eran incomparables; hunde sus raíces en el océano subterráneo y llega hasta las aguas del firmamento celestial (nubes); en él anidaban los pájaros y a su sombra se refugiaban los animales. Era la envidia del jardín de Dios.

También él, como Tiro, se lo creyó y en su engreimiento será castigado (vv. 10-14). La escena se reinterpreta en el orgullo. No merecía admiración, sino condena. No se dice que el Señor lo hubiera plantado; tampoco actúa directamente contra él: simplemente lo entrega en manos del "conductor de las naciones" (v. 11), seguramente Nabucodonosor. Son los extranjeros los que actúan, "los más bárbaros entre las naciones": lo talan y lo abandonan. Los hombres lo abandonan, pero sus despojos continúan convocando a los pájaros y las bestias (v. 13). El estilo parenético del v. 14 y su alcance universal resultan extraños en el conjunto.

Los vv. 15-18 parecen hacer eco a la condena de Tiro (26,19-20) a lo más profundo de los abismos marinos. Ahora sí actúa el Señor, cerrando el abismo y deteniendo el agua. Pero no importa sólo la suerte final del cedro, sino la de todos los árboles que le acompañan en el Seol. Quienes temieron su poder se consuelan ahora al compartir su suerte. La pregunta inicial «¿A quién compararte?» cierra en inclusión el oráculo (vv. 2.18). Sin duda, agrava el castigo el hecho de encontrarse entre "incircuncisos" y, al mismo tiempo, empalma con el oráculo final del siguiente capítulo (32,17-31).

3.6. Elegía por el cocodrilo (32,1-16)

32 1El año duodécimo, el día uno del duodécimo mes, Yahvé
me dirigió su palabra en estos términos: 2«Hijo de hombre,
entona una elegía sobre el faraón, rey de Egipto. Le dirás: ¡Estás
perdido, león de las naciones! Eras como un cocodrilo acuático,
chapoteabas en tus ríos, enturbiabas el agua con tus patas, agitabas su corriente.
3Esto dice el Señor Yahvé: Echaré mi red para pescarte entre
una asamblea de pueblos numerosos; en mi red te sacarán. 4Te
dejaré varado en tierra, tirado en medio del campo; haré que se
ceben en ti todos los pájaros del cielo; haré que harten contigo
todas las bestias de la tierra. 5Echaré tu carne por los montes, de
tu carroña llenaré los valles; 6regaré el país con la aguaza que desprendan tus despojos; los barrancos rebosarán de tu sangre.
7Cuando te extingas, velaré los cielos y enlutaré las estrellas; cubriré el sol de nubarrones y la luna no dará más su claridad. 8Oscure-

**ceré por tu causa todos los astros que brillan en el cielo, y cubriré
tu país de tinieblas –oráculo del Señor Yahvé–.**
**[9]Haré que cunda el desánimo entre mucha gente, cuando se
difunda la noticia de tu ruina entre las naciones, incluso en países
que no conoces. [10]Dejaré pasmados por ti a muchos pueblos, y sus
reyes se estremecerán de horror por tu causa, cuando yo blanda
mi espada ante ellos. Temblarán sin parar, cada uno por su vida, el
día de tu caída.**
**[11]Porque esto dice el Señor Yahvé: La espada del rey de Babilo-
nia caerá sobre ti. [12]Abatiré a tu numerosa tropa con la espada de
guerreros, los más crueles de las naciones; arrasarán el orgullo de
Egipto y todo su ejército será exterminado. [13]Haré perecer a todo
tu ganado, que pasta junto a aguas abundantes; ya no las enturbia-
rán pies humanos, no volverán a enturbiarlas pezuñas de animal.
[14]Entonces yo amansaré sus aguas, haré correr sus ríos como acei-
te –oráculo del Señor Yahvé–. [15]Cuando yo convierta a Egipto en
desolación, y el país sea despojado de cuanto contiene, cuando
hiera a todos los que lo habitan, sabrán que yo soy Yahvé. [16]Una
elegía es ésta, que cantarán las capitales de las naciones. La canta-
rán por Egipto y por todo su ejército. Cantarán esta elegía –orácu-
lo del Señor Yahvé–».**

Con una elegía y una lamentación (ambas en Ez 32) se va a cerrar la serie de oráculos contra Egipto. Formalmente las dataciones, las conocidas fórmulas de recepción de la palabra (vv. 1.17) y el apelativo “hijo de hombre” marcarán el comienzo de las dos partes; la fórmula de cierre para ambas será idéntica: “Oráculo del Señor Yahvé”. La primera está marca con la inclusión “elegía” (vv. 2.16) y el agua enturbiada por las patas de los animales (vv. 3.13); la segunda cierra el conjunto con una lista de pueblos.

La fecha inicial (3 de marzo del 585) nos sitúa unos meses después de la caída de Jerusalén. En Egipto gobernaba el faraón Ofra desde el 588. La primera parte consiste, según el texto, en una elegía (vv. 1.16) o canto fúnebre por el faraón. La fórmula de cita (“esto dice el Señor” vv. 3.11) divide el oráculo en tres partes. La primera presenta al protagonista; las otras dos su condena a manos del Señor (vv. 3-10) o de su agente Nabucodonosor (vv. 11-16).

Aunque al faraón le gustaba más compararse con un león, desde el comienzo se retoma la imagen del cocodrilo, usada en Ez 29: se presenta al animal mitológico jugando en las aguas del río, cuando viene su contrincante, identificado desde el comienzo como el Señor, armado con una enorme red y seguido de multitud de espectadores. Como si el cocodrilo fuese un pez, su castigo se limita a sacarlo a tierra y tirarlo por el campo, donde lo abandona. Esta vez no tiene peces pegados en sus escamas; ahora sus despojos sirven para saciar el hambre de pájaros y bestias. Llamativa la construcción literaria por parejas: tierra/campo, pájaros/bestias, cielos/tierra, montes/valles, sangre/carne, montes/barrancos, sol/luna, brillo/tinieblas… La multitud queda sobrecogida de terror al contemplar la ejecución de la sentencia. El día del Señor se ha convertido en "el día de tu caída".

Probablemente en el v. 10 terminaba el oráculo, que se cerraba del todo con el v. 16. La elegía habría estado en v. 2, pero el texto que ahora tenemos no es técnicamente una *qînâ* (como ocurría en Ez 19). Puede que el autor no pretenda una fidelidad técnica y se contente con evocar el ambiente fúnebre de la elegía. Los vv. 11-15 no se refieren directamente al faraón, sino a sus súbditos, ni la imagen del cocodrilo conserva contornos claros; más bien se utiliza el agua para marcar con su ausencia la desolación. Formalmente concluye esta parte con la fórmula de reconocimiento (v. 15). El v. 16 sirve de colofón y cierra el oráculo.

3.7. Egipto desciende al Seol (32,17-32)

32 [17]El año duodécimo, el quince del primer mes, la palabra de
Yahvé se dirigió a mí en estos términos: [18]«Hijo de hombre,
entona una lamentación por el ejército de Egipto, y hazle bajar,
junto con la gente de las capitales de naciones majestuosas, al
mundo subterráneo, con los que bajan a la fosa. [19]¿Crees que su-
peras a alguien en belleza? ¡Pues baja y acuéstate con los incircun-
cisos! [20]En medio de las víctimas de la espada caen (la espada ha
sido entregada, la han sacado) él y todas sus tropas. [21]Dicen de
ellos en pleno Seol los más esclarecidos héroes: "Han bajado con
sus aliados; yacen con los incircuncisos, víctimas de la espada".

22«Allí está Asiria y toda su gente en torno a su sepulcro; todos
cayeron víctimas de la espada. 23Sus sepulcros se encuentran en
las profundidades de la fosa (y su gente está en torno a su sepul-
cro; todos cayeron víctimas de la espada), ellos que sembraban el
pánico en la tierra de los vivos.

24«Allí está Elam con todo su ejército en torno a su sepulcro;
todos cayeron víctimas de la espada. Han bajado con los incircun-
cisos al mundo subterráneo, ellos que sembraron el pánico en la
tierra de los vivos. Pero ahora soportan su ignominia con los que
han bajado a la fosa. 25En medio de estas víctimas se le ha prepa-
rado un lecho; todo su ejército, todas las víctimas de la espada,
yacen en torno a su sepulcro. Todos ellos son incircuncisos, vícti-
mas de la espada, que sembraron el pánico en la tierra de los vivos,
pero que ahora soportan su ignominia con los que han bajado a la
fosa. Se les ha puesto en medio de estas víctimas.

26«Allí están Mésec, Túbal y sus ejércitos en torno a sus sepul-
cros; todos son incircuncisos, víctimas de la espada, que sembra-
ron el pánico en la tierra de los vivos. 27No yacen con los héroes
caídos de antaño, aquellos que bajaron al Seol con sus armas de
guerra, a los que se les puso la espada bajo su cabeza y los escudos
sobre sus huesos, porque hicieron cundir el pánico en la tierra de
los vivos. 28Pero tú, Egipto, yacerás en medio de incircuncisos, con
las víctimas de la espada.

29«Allí está Edom, sus reyes y todos sus príncipes, que fueron
puestos, a pesar de su prepotencia, entre las víctimas de la espada.
Yacen entre incircuncisos, con los que bajan a la fosa.

30«Allí están todos los príncipes del norte, todos los sidonios,
que bajaron con las víctimas, a pesar del pánico que sembraba su
prepotencia. Confundidos yacen, incircuncisos, entre las víctimas
de la espada, y soportan su ignominia con los que bajan a la fosa.

31«Cuando el faraón los vea, se consolará de la pérdida de su
ejército (víctima de la espada, el faraón y todo su ejército) –orácu-
lo del Señor Yahvé–. 32Había sembrado el pánico en la tierra de
los vivos; por eso yacerá en medio de incircuncisos, con las vícti-
mas de la espada, el faraón y todo su ejército –oráculo del Señor
Yahvé–».

La fecha inicial es problemática. El texto hebreo no menciona el mes, es decir, coloca este oráculo quince días después del anterior; sólo la versión griega lo adelanta al primer mes. La enumeración de pueblos conocidos y el tono repetitivo de sus frases nos invitan a considerarlo como colofón de la serie. Por eso, resulta más atractivo el texto hebreo, sin la mención del mes. El texto de este último oráculo contra Egipto, que cierra la serie dedicada a las naciones extranjeras, es complicado: frases cortadas, formas gramaticales de difícil comprensión, repeticiones, todo invita a aceptar las soluciones que ofrece la versión griega de los LXX, por lo demás, una sexta parte más breve que el texto hebreo. Formalmente, contiene todos los indicios habituales para señalar el comienzo y el final. El género "lamentación", propuesto en el v. 18, no resulta evidente; además, las "capitales de naciones majestuosas" (literalmente "hijas de naciones majestuosas") del mismo versículo, es decir, las naciones arrojadas al Seol con Egipto, podrían hacer referencia, según algunos, a plañideras oficiales. Egipto practicaba la circuncisión, por lo que el término "incircuncisos" hay que entenderlo como metáfora de insulto, coherente con una tradición sacerdotal ya algo desarrollada después del exilio babilónico. En el mundo inferior Egipto no se encontrará sólo, sino que se verá acompañado por una serie de grupos condenados a la deshonra. La lista empieza con las "víctimas de la espada" (v. 20) y los antiguos "héroes esclarecidos" (v. 21), pero se completa con una larga serie de nombres de naciones (vv. 22-32), que comienza con Asiria. La enumeración conserva una estructura similar para cada una de las naciones, en base a varios elementos comunes: "allí está" (el pueblo en cuestión), su ejército o sus reyes, sus sepulcros, víctimas de la espada, el pánico que sembraron, incircuncisos, etc. Toda enumeración se presta a añadidos; no es difícil contar siete (totalidad), pero resulta artificioso. El orden tampoco es exactamente el seguido en los oráculos contra las naciones. La nueva referencia al faraón de Egipto (vv. 31-32) cierra la lista en clara inclusión con el comienzo: "ejército de Egipto" (v. 18) – "el faraón y todo su ejército" (v. 32). El cocodrilo mitológico (29,3-4; 32,1-10), el bastón de caña (29,6-7), el cedro frondoso (31,1-14) o el héroe de brazos rotos (30,20-26) se topa en el abismo con el resto de enemigos de Israel; uno más entre los incircuncisos que bajan a la fosa por obra del

Señor. El arrogante y casi divino faraón es acompañado por los héroes de los demás pueblos. Los arrogantes comparten la suerte de los infiernos. Todos "han bajado a la fosa", todos "yacen", por lo que todos son iguales. En el sepulcro no hay privilegios. Las repeticiones de las fórmulas permiten seguir añadiendo, pero el protagonista será siempre Egipto. La multitud de los caídos le servirá de consuelo. Sembraron el pánico entre los vivos; comparten la suerte de los difuntos. La espada, que hemos visto antes en manos del Señor, ha sido la causa; ésta es su palabra.

Al final de este recorrido por las naciones vecinas a Jerusalén, castigadas en su orgullo y envidiosas del pueblo de Israel, sigue siendo un dato digno de atención no encontrar ningún oráculo contra Babilonia, que fue el imperio que destruyó Jerusalén. El dato es interesante, pues Ezequiel se encuentra entre los desterrados en este imperio. Algunos opinan que Babilonia es para Ezequiel el instrumento del castigo, pero también lo fue para Jeremías y sí dedica algún oráculo a Babilonia (Jr 50-51).

CAPÍTULO 3

ORÁCULOS DE SALVACIÓN PARA EL PUEBLO. SEGUNDA ACTIVIDAD PROFÉTICA DE EZEQUIEL (caps. 33-39)

Comienza la tercera parte del libro, según la mayoría de los comentarios. Pero debemos señalar que el cap. 33 crea problemas por su estructura y por su estrecha relación con los oráculos anteriores (si saltamos los oráculos de las naciones), mucho mayor que con los capítulos siguientes. Algunos autores ponen la segunda actividad profética de Ezequiel a partir del cap. 34. Las fórmulas no nos ayudan mucho, pues aunque casi todos los oráculos que siguen comienzan con la fórmula de recepción de la palabra, el único dato cronológico nos lo ofrece 33,21. En el contenido predominan los oráculos de salvación, excepto en Ez 33. Debemos, por tanto, subrayar la particularidad de este capítulo, cuya sección más larga está dedicada a la actividad profética del vigía, ya vista en la vocación inicial de Ezequiel (3,17-19). Dicho esto, no resulta descabellado entender este capítulo como resumen de la primera actividad y comienzo de una nueva. No una nueva vocación, pues no se trata de un relato, sino de una nueva misión, tal vez posterior al silencio impuesto por la mudez del profeta con la que finalizaba el cap. 24. La datación del v. 21 empalma directamente con el final del cap. 24. Los oráculos contra las naciones (caps. 25-32) han supuesto una interrupción del relato y han dado tiempo para prolongar el silencio del profeta respecto a Jerusalén y preparar la llegada del mensajero que anuncia la destrucción de la ciudad.

Los mencionados indicios formales literarios de estructuración del texto nos permiten leerlo, siguiendo las siguientes secciones:

1. El profeta centinela (33,1-20)
2. Recuperación del habla (33,21-22. 23-33)
3. Contra los pastores de Israel (cap. 34)
4. Contra la montaña de Seír (cap. 35) y los montes de Israel (36,1-15)
5. Profanación y santificación del Nombre (36,16-38)
6. La visión de los huesos secos (37,1-14)
7. Las dos varas (37,15-28)
8. Oráculos contra Gog (caps. 38-39)

En la mayoría de estos oráculos notaremos un gran cambio de tono en la predicación de Ezequiel. La razón no se da, pero el dato narrado en 33,21-22 ofrece una interpretación plausible. Ezequiel ha estado mudo mientras la destrucción de Jerusalén (3,25-27; 24,27). Dios ha acompañado su destrucción con el silencio. Ya lo había anunciado y no habían querido hacer caso. El profeta había ejercido el papel de centinela y había avisado. La destrucción, acompañada con el silencio, da paso a una nueva situación. La palabra podrá fluir de nuevo. ¿Para cantos fúnebres o para lamentos? No; para cantos de alegría y promesas de reconstrucción. Recuerda el llanto de David durante la enfermedad de su hijo y su alivio tras su muerte (2 S 12,20 ss.). Ya no hay remedio y lo que tenía que pasar ha pasado. Ahora sólo cabe mirar al futuro. El Señor se había retirado y su profeta había enmudecido; ahora vuelven ambos para prometer futuro y ofrecer esperanza. Interesante notar la repetición de la fórmula de la alianza (34,24-31; 36,28) o la explícita relación del Señor con "su" pueblo (35,15). Los temas son casi todos conocidos de la primera parte; el tono muy diferente.

1. El profeta centinela (33,1-20)

Comienza la nueva etapa del profeta. Muchos elementos son parecidos a la primera: la función de vigía, el apelativo "hijo de hombre", la responsabilidad individual del actuar moral, la iniciativa divina, etc. Pero cambia el tono. Ahora el anuncio va a ser fundamentalmente de salvación. Al comienzo, el tono de juicio empalma con la situación anterior del profeta que anunció el castigo. El centi-

nela tendrá ahora la misión de anunciar el nuevo comienzo, el restablecimiento de la unidad, la nueva alianza y la construcción del nuevo templo (caps. 40-48) en la nueva tierra.

33 [1]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [2]«Hijo de
hombre, habla a tus compatriotas y diles: Supongamos que
ordeno a la espada que ataque un país, y que la gente de ese país
escoge a uno de los suyos y lo ponen como centinela; [3]y que éste, al
ver que la espada ataca el país, toca el cuerno para advertir a la
gente. [4]Si resulta que alguien oye bien el sonido del cuerno, pero no
hace caso, de suerte que la espada sobreviene y lo mata, sólo él será
responsable de su muerte. [5]Como ha oído el sonido del cuerno y no
ha hecho caso, será responsable de su muerte. En cambio, el que
haya hecho caso salvará su vida. [6]Si, por el contrario, el centinela ve
venir la espada y no toca el cuerno, de suerte que la gente no es
advertida, y la espada sobreviene y mata a alguno de ellos, éste perecerá por su culpa, pero pediré cuentas de su muerte al centinela.

[7]«A ti, también, hijo de hombre, te he hecho yo centinela de la
casa de Israel. Cuando oigas una palabra de mi boca, les advertirás
de mi parte. [8]Si yo digo al malvado: "Malvado, eres reo de muerte",
y tú no hablas con él para advertirle que deje su conducta, él, el
malvado, morirá por su culpa, pero te pediré cuentas a ti de su
muerte. [9]Si, por el contrario, adviertes al malvado que se convierta
de su conducta, pero él no se convierte, morirá él debido a su culpa, mientras que tú habrás salvado tu vida.

[10]«Y tú, hijo de hombre, di a la casa de Israel: Vosotros andáis
diciendo: "Nuestros crímenes y nuestros pecados pesan sobre nosotros; por causa de ellos nos consumimos. ¿Cómo podremos vivir?".
[11]Diles: "Por mi vida –oráculo del Señor Yahvé– que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta de su conducta y viva. Convertíos, convertíos de vuestra
mala conducta. ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?".

[12]«Y tú, hijo de hombre, di a tus compatriotas: La honradez del
justo no le salvará el día en que pervierta, ni la maldad del malvado le hará sucumbir el día en que se aparte de su maldad. Pero
tampoco el justo vivirá en virtud de su honradez el día en que
peque. [13]Si yo digo al justo: "Vivirás", pero él, fiándose de su hon-

radez, comete una injusticia, no quedará memoria de toda su honradez, sino que morirá por la injusticia que cometió. [14]Y si digo al malvado: "Vas a morir", pero él se aparta de su pecado y practica el derecho y la justicia, [15]si devuelve la prenda, restituye lo que robó, observa los preceptos que dan la vida y deja de cometer injusticias, vivirá ciertamente; no morirá. [16]Ninguno de los pecados que cometió se le recordará más: ciertamente vivirá, por haber observado el derecho y la justicia. [17]Tus compatriotas dicen: "No es justo el proceder del Señor". ¡Lo que no es justo es su proceder! [18]Cuando el justo se aparta de su honradez y comete una injusticia, muere por ello. [19]Y cuando el malvado se aparta de su maldad y observa el derecho y la justicia, vive por ello. [20]Y vosotros decís: "No es justo el proceder del Señor". ¡Yo os juzgaré, a cada uno según su conducta, casa de Israel!».

La fórmula de recepción de la palabra, la datación del v. 21 y la repetición del apelativo "hijo de hombre" marcan las dos secciones del capítulo, desiguales en su amplitud y subdivididas, a su vez, cada una en dos partes. En la primera (33,1-20) se retoma la figura del profeta como centinela que avisa del peligro. En el fondo late la acusación de injusto que el pueblo levanta contra Dios (v. 17). Como si el castigo recibido fuera por el pecado de otros. El profeta apela a la responsabilidad individual para poner las cosas en su sitio. La fórmula inicial de recepción de la palabra es la que va a introducir los oráculos que vienen a continuación (excepto en 36,1 y 37,1). La palabra del Señor vuelve a tomar la iniciativa.

Se presenta un caso con dos posibles escenarios. Un país, que teme la amenaza del enemigo contrata un centinela que debe anunciar la llegada de éste: en el primer escenario el vigía cumple su misión, pero el pueblo no le hace caso; en el segundo, el vigía es quien no la cumple. Ezequiel es quien tiene esa misión (vv. 7-9), retomando lo dicho en 3,16-21, en el momento de su vocación. Allí se trataba de un mensaje privado; ahora es un anuncio público. Él ha dado el aviso de lo que iba a pasar; ha cumplido su papel de profeta y no es culpable; ha sido centinela fiel, como en 3,16-21. Ahora le toca defender la justicia de Dios, como en 18,15-22. Todo suena conocido: el profeta como centinela, su silencio, la justicia de Dios y

la responsabilidad personal son temas que se encuentra en la primera actividad de Ezequiel. El Señor no se complace en la muerte del malvado, sino en su conversión (33,11; 18,23.32).

El pueblo reacciona (vv. 10-20) reconociendo en primer lugar su culpa. Sólo que cunde el desánimo: «¿Cómo podremos vivir?» (v. 10). La respuesta de Dios abre las puertas al nuevo tono que vamos a encontrar: «¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?» (v. 11). El Señor no se complace en la destrucción de nadie ni de nada, sino en la vida, como había anunciado repetidamente (cf. 18,23.32). El arrepentimiento es todavía posible y acarreará la vida. Así el Señor se mostrará justo, juzgando a cada uno por sus acciones (v. 20). En adelante no se volverá a hacer mención de la conversión. La salvación ocurrirá sencillamente por "el honor de mi nombre". ¿Se dará por supuesta la conversión o el nuevo comienzo sucederá a pesar de todo?

2. Recuperación del habla (33,21-22.23-33)

La datación abre una nueva sección. La fórmula de recepción de la palabra introduce dos oráculos dirigidos al profeta: la denominación "hijo de hombre" señala el comienzo y el reconocimiento de que ha habido un profeta entre ellos el final. El primero (vv. 23-29) podría estar dirigido a quienes todavía ocupan las ruinas de Jerusalén; el segundo (vv. 30-33) a los compañeros de exilio que vienen a escuchar la palabra.

**33 21El año duodécimo, el día cinco del décimo mes de nues-
tra cautividad, llegó donde mí el fugitivo de Jerusalén y me
anunció: «La ciudad ha sido tomada». 22La tarde anterior a la lle-
gada del fugitivo, la mano de Yahvé había venido sobre mí y me
había abierto la boca. Cuando aquél llegó donde mí por la maña-
na, mi boca se había abierto y ya no estuve mudo.**

**23Entonces, Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:
24«Hijo de hombre, los que habitan esas ruinas, en el suelo de Israel,
dicen: "Abrahán, que era uno solo, obtuvo en posesión esta tierra.
Nosotros, que somos muchos, hemos recibido esta tierra en pose-
sión". 25Pues bien, diles: Esto dice el Señor Yahvé: Vosotros coméis**

con sangre, alzáis los ojos hacia vuestras basuras, derramáis sangre, ¡y vais a poseer esta tierra! [26]Confiáis en vuestras espadas, cometéis abominaciones, cada cual contamina a la mujer de su prójimo, ¡y vais a poseer esta tierra! [27]Les dirás: Esto dice el Señor Yahvé: Por mi vida, que los que están entre las ruinas caerán a espada, a los que andan por el campo los entregaré a las bestias como pasto, y los que están en las escarpaduras y en las cuevas morirán de peste. [28]Convertiré esta tierra en pura desolación, y se acabará su orgullo prepotente. Los montes de Israel serán devastados y nadie pasará más por ellos. [29]Y sabrán que yo soy Yahvé, cuando convierta esta tierra en pura desolación, por todas las abominaciones que han cometido.

[30]En cuanto a ti, hijo de hombre, tus compatriotas andan hablando de ti junto a los muros y a las puertas de las casas. Comentan entre sí: "Vamos a escuchar qué palabra viene de parte de Yahvé". [31]Y mi pueblo acude a ti en masa y se sienta delante de ti; pero, tras escuchar tus palabras, no las ponen en práctica. Me lanzan lisonjas de palabra, pero su corazón sólo anda buscando su interés. [32]Te han tomado por un intérprete de cantos de amor, de voz encantadora, que se acompaña de buenos instrumentos. Sí, escuchan tus palabras, pero luego nadie las cumple. [33]Mas cuando todo esto llegue –ya está llegando–, sabrán que había un profeta en medio de ellos».

La fecha marca con claridad un nuevo comienzo: «El año duodécimo, el día cinco del décimo mes de nuestra cautividad». Es la única fecha de esta sección y, junto con la fecha de 40,1 (la última del libro), las únicas que mencionan "nuestra cautividad" y no la deportación del rey Jeconías (1,2). Hemos mencionado su problemática en relación con 24,1. Jerusalén ha sido destruida. Un mensajero trae la noticia en diciembre del 586 (año 12, día 5 del mes 5). Según este dato, ha tardado 17 meses en llegar (desde el cuarto mes del año 11). Si hiciéramos caso a algún manuscrito que, tanto en hebreo como en griego o en siríaco, dice que se trata del "undécimo mes" –se entiende, del año undécimo–, habría tardado sólo 7 meses. Posiblemente se han usado distintos patrones de tiempo, como hemos comentado. Pero la cronología no es el centro del mensaje. Lo impor-

tante es que Jerusalén ya ha sido tomada y el templo destruido. El profeta recupera la palabra y nunca volverá a faltarle (24,26-27); sus compatriotas se acercan de nuevo a escucharla. El Señor no cree en su sinceridad, pero tal acercamiento permite esperar. Ezequiel había anunciado lo que iba a suceder. El versículo final (33,5) subraya la importancia de que se reconozca que ha habido un profeta que ha hablado en nombre del Señor, un profeta que, según 24,27 (ver también 24,24), se convierte en símbolo para ellos. Los culpables han perecido. La nueva palabra nace del silencio, el nuevo comienzo de la destrucción, la vida de la muerte.

Esta segunda parte del capítulo (vv. 23-33) está centrada en la posesión de la tierra y comienza empalmando con Abrahán. Todo buen israelita aprende pronto a remontarse a los orígenes de su historia y de su fe. Así ora y encuentra consuelo. Consta de dos oráculos. El primero (vv. 23-29) se refiere a «los que habitan esas ruinas, en el suelo de Israel», evitando la mención de Jerusalén y de Judá. Se creen legítimos herederos de la tierra (v. 24), pero no mencionan para nada la promesa divina. No les interesa. La respuesta del Señor es fuerte y les acusa de seis delitos. La posesión de la tierra no va sólo unida a la pureza legal (comer sangre o idolatría, v. 25), sino también a la justicia («confiáis en vuestras espadas», «cada cual contamina a la mujer del prójimo», v. 26). Y ellos no cumplen ninguna. Así no pueden heredar la tierra. La sentencia (vv. 27-29) los condena a la espada, a las bestias y a la peste. El Señor busca todavía ser reconocido en su castigo como fiel cumplidor de la alianza y la promesa.

El segundo oráculo (vv. 30-33), dirigido también al profeta, se refiere a “tus compatriotas”, es decir, a sus compañeros de exilio. La promesa a Abrahán tiene dos partes: descendencia y tierra. Ambas son necesarias ahora, pero ni el número garantiza su realización, ni basta con sentarse a escuchar embelesados las bonitas palabras del profeta. No han perdido, al parecer, la esperanza de un rápido regreso y les gusta escuchar palabras lisonjeras. Varias veces han venido los ancianos a consultar al profeta (14,3; 20,3). En 21,5 Ezequiel les parecía un “charlatán de parábolas”. ¡A ver qué dice el Señor ahora! ¡Si otros han muerto, es que nosotros somos buenos! No practican la conversión, pero al final reconocerán que el Señor estaba presente y les hablaba por medio de su profeta.

3. Contra los pastores de Israel (cap. 34)

Ahora sí comienza la sección de los oráculos de salvación. No está marcada con una nueva datación, sino con la simple fórmula de recepción de la palabra. Con la caída de Jerusalén se han cumplido sus anuncios de juicio. Ya habíamos asistido a algunos destellos del glorioso futuro de Israel (6,8-10; 11,14-21; 16,60-63; 17,22-24). Ahora, calmada la ira del Señor, se aclara el horizonte de la gracia y de la alianza. Cambia radicalmente el tono, aunque persisten todavía elementos de juicio. La salvación no va a ocurrir porque han modificado su conducta, sino porque la actuación del Señor no termina en la destrucción y la muerte. La salvación la va a imponer la soberanía de Dios. Ezequiel ha luchado contra las falsas seguridades: alianza con el pueblo, con David y la casa real, inviolabilidad de Jerusalén y del templo, promesa de la tierra a los padres, etc. La realización de lo anunciado ha provocado una gran depresión en el pueblo. Ahora vuelven a aparecer los mismos elementos, pero sin dar opción a una falsa interpretación. Ellos constituyen la esperanza del futuro, pero son una gracia a la que hay que responder con gratitud y reconocimiento. Sucederá no porque ahora se han hecho dignos de la atención divina, sino "por el honor de su nombre". El Señor va restaurar su figura como pastor de Israel (cap. 34), va a rehacer su 'país' y su 'honor' (caps. 35-36), 'su' pueblo y 'su' alianza (cap. 37), 'su' supremacía y, finalmente, 'su' presencia en medio del pueblo (= 'su' templo, caps. 39-46) y 'su' presencia en el país (caps. 47-48).

Cuando Ezequiel subrayaba la responsabilidad personal y atendía las necesidades culturales de su época, no olvidaba la responsabilidad de determinadas capas sociales. Ahora tampoco. Comienza con los dirigentes, los jefes de la sociedad en imagen de pastores. Son claros el comienzo y el final de esta unidad literaria, marcada por la fórmula inicial de recepción de la palabra (v. 1) y la fórmula conclusiva (y algo modificada) de reconocimiento (vv. 30-31). El capítulo se divide claramente en dos partes: en la primera (vv. 1-16) la denuncia contra los falsos pastores da pie a la presentación del Señor como auténtico y verdadero pastor; en la segunda (vv. 17-31) la palabra se dirige directamente a las ovejas del rebaño para establecer con ellas una alianza. Así, cada una de las partes se convierte en un díptico

con dos caras. Recordemos que David había sido consagrado rey, cuando estaba pastoreando las ovejas de su padre (1 S 16,1-13).

34 [1]**Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:** [2]**«Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza y diles: Esto dice el Señor Yahvé:**

¡«Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar el rebaño? [3]**Pues vosotros os habéis bebido la leche de las ovejas, os habéis vestido con su lana y habéis sacrificado las más rollizas. No habéis apacentado el rebaño.**

[4]**No habéis fortalecido a las ovejas débiles, no habéis cuidado a la enferma ni curado a la que estaba herida; no habéis hecho volver a la descarriada ni buscado a la perdida. Al contrario, las habéis dominado con violencia y dureza.** [5]**Ellas se han dispersado, por falta de pastor, y se han convertido en presa de todas las fieras del campo.** [6]**Mi rebaño anda errante por todos los montes y altos collados; mi rebaño anda disperso por todo el país, sin que nadie se ocupe de él ni salga en su busca.**

[7]**«Por eso, pastores, escuchad la palabra de Yahvé:** [8]**Lo juro por mi vida –oráculo del Señor Yahvé–: Ya que mi rebaño ha sido expuesto al pillaje, hasta convertirse en pasto de todas las fieras del campo por falta de pastor; ya que mis pastores no se ocupan de mi rebaño, sino que se apacientan a sí mismos y no se ocupan de mis ovejas,**

[9]**«por eso, pastores, escuchad la palabra de Yahvé.** [10]**Esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy yo contra los pastores: reclamaré mi rebaño de sus manos y no les dejaré apacentar mi rebaño. Así los pastores no volverán a apacentarse a sí mismos. Yo arrancaré a mis ovejas de su boca, para que ya no sean su presa.**

[11]**«Porque esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy para cuidar yo mismo de mi rebaño y velar por él.** [12]**Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de densa niebla.** [13]**Las sacaré de en medio de los pueblos, las reuniré de los países y las conduciré de nuevo a su suelo. Las pastorearé por los montes de Israel, por los barrancos y por todos los poblados de esta tierra.** [14]**Las apacentaré en tiernos pastos, y su majada estará en los montes de la encumbrada Israel. Allí reposarán en buena majada, y pacerán pingües pastos por los montes de Israel.**

[15]«Yo mismo apacentaré mis ovejas y yo las llevaré a reposar –oráculo del Señor Yahvé–. [16]Buscaré la oveja perdida, haré volver a la descarriada, curaré a la herida, confortaré a la enferma; pero a la que está gorda y robusta la exterminaré: las pastorearé con justicia».

En la primera parte (vv. 1-16) se pone en evidencia la oposición entre los malos pastores que se apacientan a sí mismos (vv. 3.8.10) y el verdadero dueño de las ovejas ("yo mismo" vv. 11.15). A los primeros se refiere la primera hoja del díptico (vv. 2-10); el segundo centra la segunda (vv. 11-15). La oposición entre ambos se manifiesta en el diferente trato que ofrecen a las ovejas "débiles, enfermas, heridas, descarriadas, perdidas" (v. 4) // "perdidas, descarriadas, heridas, enfermas o gordas y robustas" (v. 16). El tema es parecido al de Jr 23,1-6, y lo desarrolla. Los pastores se han aprovechado de las ovejas, de su leche, de su lana, de su carne. En vez de cuidarlas, se han apacentado a sí mismos. Al final, las ovejas se dispersaron por toda la superficie de la tierra y fueron presa de las fieras salvajes (vv. 5-6). Perfecto reflejo de la situación histórica en la que se encuentra el pueblo. Al dueño del rebaño no le queda otra opción: debe actuar (vv. 7-10) contra tales pastores (vv. 7-8), quitándoles el rebaño y apacentándolo él mismo (vv. 9-10). La imagen del Señor como pastor de su pueblo, proveniente de las antiguas culturas del Medio Oriente, se desarrolló con éxito en el AT (Is 40, 11; 44,28; 63,11; Sal 23) y ha pasado como buen pastor al NT (Mt 9,36; Mc 6,34; y especialmente Jn 10).

La salvación consistirá en primer lugar en la liberación del rebaño de las amenazas externas (vv. 11-16). "Aquí estoy yo" es una magnífica afirmación para la confianza. Examinará la condición física del rebaño, lo rescatará de las garras del enemigo, lo reunirá y lo conducirá a su tierra, y allí los apacentará. El texto hebreo del v. 16 presenta una dificultad especial, al afirmar que a la oveja gorda y robusta la "exterminará". No mantiene la lógica del oráculo, ni respeta el "pastoreo con justicia" con el que concluye el versículo. El tema no es que unas ovejas engorden a costa de las otras, sino el escaso interés de los pastores en el bien del rebaño. Tal vez fuera mejor leer: «a la gorda y robusta la cuidaré», con el texto griego y latino.

34 [17]«En cuanto a vosotras, ovejas mías, esto dice el Señor
Yahvé:
Tengo pensado juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho
cabrío. [18]¿Os parece poco pacer en tiernos pastos, para que piso-
teéis además el resto de vuestros pastos? ¿Os parece poco beber en
agua limpia, para que enturbiéis el resto con los pies? [19]¡Mis ovejas
tienen que pastar lo que vuestros pies han pisoteado y beber lo que
vuestros pies han enturbiado!»
[20]Por eso, esto les dice el Señor Yahvé:
«Yo mismo voy a juzgar entre la oveja gorda y la flaca. [21]Pues-
to que vosotras habéis empujado con el flanco y con el lomo y
habéis topado con los cuernos a todas las ovejas más débiles
hasta dispersarlas fuera, [22]yo vendré a salvar a mis ovejas, para
que no estén más expuestas al pillaje. Voy a juzgar entre oveja y
oveja.
[23]«Yo suscitaré un solo pastor que las guíe y las apaciente: a mi
siervo David. Él las apacentará y será su pastor.
[24]«Yo, Yahvé, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe. Yo,
Yahvé, he hablado.
[25]«Concluiré con ellos una alianza de paz, y haré desaparecer
de esta tierra a las bestias feroces. Habitarán seguros en la estepa
y dormirán en los bosques. [26]Los asentaré en los alrededores de mi
colina, y mandaré a su tiempo la lluvia: será una lluvia de bendi-
ción. [27]El árbol del campo dará su fruto, la tierra dará sus produc-
tos, y ellos vivirán seguros en su tierra.
«Y sabrán que yo soy Yahvé, cuando despedace las barras de
su yugo y los libre de la mano de los que los tienen esclavizados.
[28]No volverán a ser presa de las naciones; las bestias salvajes no
volverán a devorarlos. Habitarán seguros y no volverá a ser ate-
morizados.
[29]«Haré que les broten plantíos prósperos; no habrá más vícti-
mas del hambre en el país, ni volverán a sufrir el ultraje de las nacio-
nes. [30]Y sabrán que yo, Yahvé su Dios, estoy con ellos, y que ellos, la
casa de Israel, son mi pueblo –oráculo del Señor Yahvé–.
[31]«Vosotras, ovejas mías, sois el rebaño humano que yo apa-
ciento, y yo soy vuestro Dios –oráculo del Señor Yahvé–».

Este díptico final no se refiere ya a los malos pastores, sino al juicio que el pastor auténtico va a ejecutar entre las ovejas, entre las gordas y las flacas, entre carneros y cabritos. De repente se dirige directamente al rebaño. Como si ahora el pastor quisiera librar al rebaño de las amenazas internas: unas pisan el pasto de las otras, enturbian el agua con sus pezuñas, se empujan unas a otras hasta toparse con los cuernos. Una inclusión marca el primer panel como un "juicio entre oveja y oveja" (vv. 17-22). Se conoce bien a quienes tienen alimento en abundancia y deshacen el que podía servir a los demás individuos del rebaño, que acaban siendo marginados a empujones fuera del redil. El pastor no necesita mucho para 'juzgar', sino para 'hacer justicia', es decir, para poner orden y cuidar a las débiles del pillaje ajeno (vv. 21-22). Suscitará un pastor que en su nombre lo lleve a la práctica. Establecer la seguridad de las fronteras y la justicia en el interior es la misión del rey-pastor, cuya imagen clásica es el rey David (v. 23). Él será el agente de la paz. La historia ha enseñado que la monarquía de David ha fracasado por la mala función que han desempeñado sus sucesores. Tal vez sea el momento de esperar en una renovada misión de un nuevo David, al que le cuadra mejor el título de "príncipe" o de "siervo" (v. 24). El oráculo se firma con la fórmula de la alianza, referida al príncipe, y el sello de la autoridad de quien ha hablado (v. 24).

El uso del término "alianza" da paso a la segunda parte del díptico (vv. 25-31), en la que se restablece la alianza de paz y de seguridad con el pueblo, como se indica en la inclusión que se establece entre el término "alianza de paz" (v. 25, cf. Nm 25,12; Is 54,7-10), al comienzo, y la fórmula adaptada de la alianza (vv. 30-31), al final. Establecer la justicia y la tranquilidad dentro del rebaño era la tarea del buen pastor. Sentir seguridad en el desierto o disfrutar de pastos abundantes en las colinas gracias a la lluvia que llega en su tiempo, será la experiencia positiva de las ovejas. Los frutos y productos de la tierra completan con la abundancia el concepto de *shalôm*. Se vuelve a establecer la alianza original: sois mi rebaño, yo soy vuestro Dios. Según algunos comentarios, estos versículos se inspiran en las bendiciones de la alianza, como se leen en Lv 26,4-13. Curiosamente, hay que notarlo, esta alianza es incondicional; no dependerá del cumplimiento de determinadas cláusulas. Así, del oráculo contra los

malos pastores que debían pastorear en nombre del Señor, hemos pasado al pastor verdadero que lo hace por medio del 'príncipe' (evita el título de 'rey'), a través del cual se mantiene la verdadera alianza. La imagen del auténtico pastor, o del buen pastor, ha tenido un desarrollo elocuente en la literatura bíblica. Con él se establecerá finalmente el bien mesiánico de la paz; pero el Mesías (= 'rey') comienza a ser denominado 'siervo' (v. 23).

4. Contra la montaña de Seír (cap. 35) y los montes de Israel (36,1-15)

De repente nos encontramos con un oráculo contra la montaña de Seír (= Edom), que podía haber estado en la serie de oráculos contra las naciones (Ez 25-32), especialmente junto al oráculo contra Edom (25,12-14). Su ubicación configura su función literaria: no es, sin más, un oráculo contra un país extranjero cualquiera; es contra uno que ha insultado a "los montes de Israel" (v. 12) y cuya ruina es "alegría" (v. 14) para Israel. En efecto, esta alegría da paso a un oráculo de restauración para los desolados "montes de Israel" (36,1-15). Así ambos capítulos forman un díptico. Formalmente ambos se encuentran bajo una única introducción con la fórmula de recepción de la palabra (35,1), similar orden al profeta de profetizar (35,2-3; 36,1-2), idéntica mención del profeta como "hijo de hombre" y frecuentes repeticiones de fórmulas. En cuanto al contenido, y como en el capítulo anterior, la amenaza contra los 'malos' (Edom es este caso) se transforma en promesa para los humillados (montes de Israel en Ez 36). Si antes el Señor había defendido su rebaño, ahora defenderá su tierra.

35 1Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 2«Hijo de
hombre, vuelve tu rostro hacia la montaña de Seír, y profe-
tiza contra ella. 3Le dirás: Así dice el Señor Yahvé: Aquí me tienes
contra ti, montaña de Seír. Voy a extender mi mano contra ti: te
convertiré en pura desolación, 4y dejaré en ruinas tus ciudades;
serás una desolación, y sabrás que yo soy Yahvé.
5«Por haber alimentado un odio eterno y haber entregado a la
espada a los israelitas cuando les llegó el desastre, el último día,

**cuando pagaron su culpa, 6por eso, por mi vida –oráculo del Señor
Yahvé–, voy a reducirte a sangre, y la sangre te perseguirá. Sí, eres
rea de sangre, ¡y la sangre te perseguirá! 7Convertiré a la montaña
de Seír en pura desolación, y extirparé de allí al que va y al que
vuelve. 8Llenaré de heridos tus montes; tus colinas, valles y barran-
cos se llenarán de víctimas de la espada. 9Te convertiré en perpe-
tua desolación; tus ciudades no volverán a ser habitadas. Y sabréis
que yo soy Yahvé.**

**10«Tú has dicho: "Las dos naciones, los dos países son míos,
vamos a tomarlos en posesión", siendo así que Yahvé estaba allí.
11Pues por haberlo dicho, juro por mí mismo –oráculo del Señor
Yahvé– que procederé con la misma cólera y el mismo celo con que
tú los has odiado, y me daré a conocer a ellos cuando te castigue.
12Sabrás que yo, Yahvé, he oído todos los insultos que lanzabas con-
tra los montes de Israel, cuando decías: "Están devastados, nos han
sido entregados como pasto". 13Me habéis desafiado de palabra, no
habéis hecho más que hablar contra mí; lo he oído todo.**

**14«Esto dice el Señor Yahvé: Para que toda esta tierra se alegre,
haré de ti una desolación. 15Tú te alegraste cuando la heredad de
la casa de Israel era una desolación; pues yo te trataré de la misma
manera. Serás una desolación, montaña de Seír, y lo mismo el
conjunto de Edom. Y sabrán que yo soy Yahvé».**

Tras la fórmula de recepción de la palabra, que sirve para los dos capítulos del díptico, la fórmula de reconocimiento del Señor (vv. 4.9.12.14: las tres primeras veces en segunda persona, la última en impersonal) divide el primer panel en cuatro secciones:

1) La primera es el escueto oráculo contra Edom (vv. 1-4), que será convertida en ruina y desolación;

2-3) Secciones centrales: el Señor lanza contra Edom por dos veces la típica acusación de haberse aprovechado de la derrota de Israel (habría que decir 'de Judá y de Israel', las "dos naciones" v. 10). En la primera (vv. 5-9) el Señor se presenta como el "vengador de la sangre" de su pueblo (institución jurídica basada en la familia y cuya misión es restablecer la justicia a favor del familiar injustamente herido… o muerto). El "odio eterno" parece remontarse a las desave-

nencias entre Jacob y Esaú (= Edom), que ya comenzaron en el seno materno (Gn 25,22-23) y prosiguieron en la vida de adultos (Gn 27,41-45; 32,4-22; 33,1-16). La enemistad entre ambos pueblos parece que creció en las últimas horas de Judá, cuando Nabucodonosor invadió Judá (Sal 137; Jl 4,19; Ab 1-14; Ml 1,2-5; Lm 4,21). Ya habían profetizado contra Edom Amós (1,11-12) e Isaías (cap. 34). En la segunda acusación (vv. 10-13) el Señor reacciona como el airado propietario al que le han destrozado su propiedad. La 'cólera', los 'celos' y el 'odio' que Edom ha empleado contra su pueblo, usará el Señor contre él.

4) Los vv. 13-15 concluyen el oráculo. El Señor 'ha oído' los insultos. La 'venganza de la sangre' y el enfado del Señor produce desolación (idea que se repite seis veces en el capítulo, tres de ellas en este final); era de esperar. Lo inusual es la alegría que produce su desgracia, por haberse alegrado de la ajena. El v. 14 parece ser una mala copia del v. 15, y resulta de traducción insegura. Seír no podrá reconocer la actuación del Señor; los demás sí.

36 **1«Tú, hijo de hombre, profetiza sobre los montes de Israel.**
Diles: Montes de Israel, escuchad la palabra de Yahvé.
2Esto dice el Señor Yahvé: Por haber dicho el enemigo de vosotros:
"¡Ja, ja, estas alturas eternas han pasado a ser posesión nuestra!",
3profetiza y diles:

«Esto dice el Señor Yahvé: Ya que habéis sido asolados y codiciados por cuantos os rodean, hasta pasar a ser posesión de las otras naciones, y ya que habéis sido el blanco de las habladurías y difamaciones de la gente,

4«por eso, escuchad, montes de Israel, la palabra del Señor Yahvé. Esto dice el Señor Yahvé a los montes, a las colinas, a los barrancos y a los valles, a las ruinas desoladas y a las ciudades abandonadas que han sido entregadas al pillaje y a la irrisión del resto de naciones circunvecinas;

5«por eso, esto dice el Señor Yahvé: Sí, movido por el ardor de mi celo, voy a hablar contra las otras naciones y contra el conjunto de Edom, que, con alegría en el corazón y desprecio en el alma, se apoderaron de mi tierra como si fuera suya, para entregar su pastizal al pillaje.

**[6]«Por ello, profetiza sobre la tierra de Israel. Dirás a los montes y
a las colinas, a los barrancos y a los valles: Esto dice el Señor Yahvé:
Aquí estoy, lleno de celo y de furor, pues habéis sufrido el ultraje de
las naciones. [7]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Juro mano en alto
que las naciones que os rodean cargarán con sus propios ultrajes.**

**[8]«Por vuestra parte, montes de Israel, vais a echar ramas y a pro-
ducir frutos para mi pueblo Israel, porque está a punto de volver. [9]Sí,
aquí me tenéis, vuelto hacia vosotros: vais a ser cultivados y sembra-
dos. [10]Multiplicaré los habitantes de toda la casa de Israel; las ciuda-
des serán habitadas y las ruinas reconstruidas. [11]Os multiplicaré per-
sonas y bestias, que serán numerosos y fecundos. Os repoblaré como
antaño y mejoraré vuestra condición precedente. Y sabréis que yo
soy Yahvé. [12]Haré que circulen por vosotros personas, mi pueblo
Israel. Tomarán posesión de ti y serás su heredad, y no volverás a
privarles de sus hijos.**

**[13]«Esto dice el Señor Yahvé: Se ha dicho de ti que devoras a la
gente y que has privado a tu nación de hijos; [14]por eso, ya no devo-
rarás más hombres, ni volverás a privar de hijos a tu nación –orá-
culo del Señor Yahvé–. [15]No consentiré que vuelvas a oír el ultraje
de las naciones y a soportar los insultos de los pueblos; y no volve-
rás a privar de hijos a tu nación –oráculo del Señor Yahvé–».**

Numerosas fórmulas proféticas parecen dividir el texto en pequeños segmentos. Ciertamente ha sufrido una importante labor redaccional. Con todo, los vv. 1-2 actúan como introducción del conjunto y presentan una estructura similar a la de los oráculos breves de Ez 25. Ya en Ez 6 hemos visto oráculos sobre los “montes de Israel” (y en nueve casos más, aunque la relación importante se establece con Ez 6). En ambos casos los montes de Israel parecen resumir toda la tierra (“montes, colinas, barrancos y valles” se citan en los vv. 4 y 6). En el presente capítulo, la mención de los “montes de Israel” divide el conjunto en dos oráculos: en el primero el Señor ordena al profeta pronunciarlo en público (vv. 1-7); en el segundo toma la palabra directamente (vv. 8-15). En uno se habla de los montes en tercera persona y se centra en juzgar a los demás pueblos; en el otro, compuesto directamente en segunda persona, se anuncia la restauración del país. Las naciones y, en concreto, Edom se han atribuido la pose-

sión de una tierra que el Señor había hecho desalojar a su pueblo, pero que no les pertenecía. Su envidia y su codicia les empuja a adueñarse de lo que no es suyo. Ese es el "ultraje de las naciones" (vv. 6.7.15), cuya mención cierra literariamente cada uno de los oráculos y que el Señor va a remediar (36,1-7). Israel, en su ruina y devastación, se ha convertido en irrisión de los pueblos. Pero Israel era el territorio del Señor y, sintiéndose ultrajado, va a actuar. No especifica el cómo, pero el castigo de los orgullosos supone ya indirectamente una restauración del país.

Un segundo oráculo (vv. 8-15) se dirige directamente (en segunda persona) a los montes de Israel. Se va a producir un cambio radical en la humillación del territorio, cuando regrese "mi" pueblo. La fertilidad de los campos, la reconstrucción de los edificios, su habitabilidad, la fecundidad del pueblo acompañan la restauración, como se imaginaban que fueron los momentos iniciales (tierra que mana leche y miel). A la abundancia de frutos corresponde la multiplicación de los habitantes. Por esos montes volverán a circular los hombres, sus hijos los poseerán. Es la imagen de bendición con la que concluye el oráculo: el Señor anula el "ultraje de las naciones", que se referían a Israel como "devorador de hombres" y "privador de hijos" a su propia nación (v. 13). Tal ha sido el castigo recibido, que el insulto no queda en medias tintas. No volverá a suceder.

Lo curioso en este capítulo es el lugar que empiezan a ocupar "las naciones" y que dura hasta el final de la sección: de las 54 recurrencias en el libro de Ezequiel, 20 aparecen entre los caps. 36-39. Las naciones son el lugar que ha recogido la dispersión de Israel, el verdugo que ha inflingido a Israel su castigo ("el ultraje de las naciones", 36,6.7.15); y serán castigadas por su acción (36,7). En adelante serán los testigos de su restauración con la fórmula solemne: "las naciones sabrán" (36,23.36; 37,28; 39,7.23) que el Señor es el autor de la dispersión y de la reunificación. Este va a ser el tema central de esta sección. Había comenzado con una especie de segundo nombramiento del profeta como centinela, una vez conquistada Jerusalén, y concluirá con la nueva instalación del pueblo en la tierra, unificado bajo un rey y –en la sección final– con un nuevo templo. El tema es constante, pero literariamente el texto produce la impresión de desorden, de pasos adelante y atrás para nuestra mentalidad.

5. Profanación y santificación del Nombre (36,16-38)

36 [16]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [17]«Hijo de
hombre, los de la casa de Israel que habitaban en su tierra
la contaminaron con su conducta y sus obras; su conducta me
resultaba impura, como la de una menstruante. [18]Entonces derra-
mé mi furor sobre ellos, por la sangre que habían vertido en su
tierra y por las basuras con las que la habían contaminado. [19]Los
dispersé entre las naciones y fueron esparcidos por los países. Los
juzgué según su conducta y sus obras. [20]Y en las naciones donde
llegaron profanaron mi santo nombre, haciendo que se dijera a
propósito de ellos: “Son el pueblo de Yahvé, y han tenido que salir
de su tierra”. [21]Pero yo he tenido consideración a mi santo nombre
que la casa de Israel profanó entre las naciones adonde había ido.
[22]«Por eso, di a la casa de Israel: Esto dice el Señor Yahvé: No
hago esto por consideración a vosotros, casa de Israel, sino por mi
santo nombre, que vosotros habéis profanado entre las naciones
adonde fuisteis. [23]Yo santificaré mi gran nombre profanado por
vosotros entre las naciones; y las naciones sabrán que yo soy Yahvé
–oráculo del Señor Yahvé– cuando vean que me sirvo de vosotros
para manifestarles mi santidad. [24]Os tomaré de entre las naciones,
os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. [25]Os
rociaré con agua pura y quedaréis purificados; os purificaré de
todas vuestras inmundicias y de todas vuestras basuras. [26]Os daré
un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré
de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de car-
ne. [27]Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis
según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. [28]Habita-
réis la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo
y yo seré vuestro Dios. [29]Os pondré a salvo de todas vuestras inmun-
dicias. Haré que el trigo se multiplique, y no os someteré más al
hambre. [30]Multiplicaré los frutos de los árboles y los productos de
los campos, para que no sufráis más el oprobio del hambre entre las
naciones. [31]Entonces os acordaréis de vuestra mala conducta y de
vuestras acciones, que no eran buenas, y sentiréis asco de vosotros
mismos por vuestras culpas y vuestras abominaciones. [32]No hago
esto por vosotros –oráculo del Señor Yahvé–, sabedlo bien. Avergon-
zaos y confundíos de vuestra conducta, casa de Israel.

33«Esto dice el Señor Yahvé: El día que yo os purifique de todas
vuestras culpas, repoblaré las ciudades y las ruinas serán recons-
truidas; 34la tierra devastada será cultivada, después de haber sido
una desolación a la vista de todos los transeúntes. 35Y se dirá: “Esta
tierra, hasta ahora devastada, parece un jardín de Edén; y las ciuda-
des en ruinas, devastadas y demolidas, están de nuevo fortifica-
das y habitadas”. 36Así, las naciones que quedan a vuestro alrededor
sabrán que yo, Yahvé, he reconstruido lo que estaba demolido y he
replantado lo que estaba devastado. Yo, Yahvé, lo digo y lo hago.
37«Esto dice el Señor Yahvé: Me dejaré todavía buscar por la casa
de Israel, para multiplicarlos como si fueran un rebaño humano,
38un rebaño de reses consagradas, como el que se concentra en
Jerusalén con ocasión de las fiestas solemnes. De manera parecida,
vuestras ciudades en ruinas se llenarán de un rebaño humano. Y
sabrán que yo soy Yahvé».

La fórmula de recepción de la palabra, seguida del apelativo “hijo de hombre” referido a Ezequiel, abre una nueva sección que concluirá con la fórmula de reconocimiento. La fórmula que anticipa las citas (vv. 22.33.37) o que rubrica el anuncio de un oráculo del Señor (vv. 23.32) e incluso las diversas variaciones de la fórmula de reconocimiento, dan una idea de la complejidad del texto. La crítica textual (especialmente de los vv. 23-30) es muy complicada en el testimonio de estos versículos. En los comentarios, los vv. 33-36 y 37-39 suelen considerarse por separado, si no del todo independientes. Pero tampoco el conjunto de los vv. 1-32 es mucho más claro. El comienzo es un oráculo dirigido al profeta y que se refiere a Israel en tercera persona; a partir de v. 22 se le encomienda al profeta anunciar públicamente a Israel una palabra. La inclusión literaria «No hago esto… por vosotros» (vv. 22.32) forma el marco del mensaje.

Los oráculos de restauración comienzan a ser apasionados. Resumidos con otras palabras, afirman: vosotros profanasteis mi nombre y recibisteis el merecido castigo, pero, cuando yo santifique mi nombre con vuestra reconstrucción, sabrán las naciones que yo soy el Señor. El pecado (de idolatría) de Israel contamina la tierra, por lo que tuvo que ser expulsado; pero Israel dispersado entre las naciones es profanación del Nombre del Señor. Es curioso que el castigo

merecido por el pueblo se convierta en algo negativo para Dios. Su fidelidad a la alianza aparece como impotencia o como una equivocación en la elección del pueblo. Si Él atiende a su nombre, si tiene consideración de su santo nombre (36,21), tiene que proceder a la restauración de su pueblo, a la firma de la nueva alianza. Para quien ha aprendido a decir de corazón "Santificado sea tu nombre", este oráculo le recuerda que carece de méritos personales y que sólo Dios es el único fundamento de toda alianza con su pueblo, ya sea en el pasado ya en el futuro. El motor de la restauración no será la bondad del pueblo, sino la visibilidad de la santidad y el honor del nombre del Señor.

La tradición de la contaminación de la tierra por el pecado de Israel tiene una larga tradición, como ha sido recogida en Ez 16 o Ez 23. El catálogo de las bendiciones que acompañan a la restauración (vv. 24-30) se presta a múltiples añadiduras literarias, difíciles de detallar. El recorrido de todas ellas resulta sencillo: El Señor recogerá a su pueblo de entre las naciones y le hará entrar en la tierra (v. 25), lo purificará con agua pura (v. 26) y lo transformará, estableciendo una alianza como la sellada con sus padres (v. 28). El v. 26 es una cita de 11,19. En Ezequiel la transformación consiste en convertir la piedra en carne y conseguir, así, un nuevo corazón, alentado por un espíritu nuevo. En Jeremías (31,31-34) la alianza misma era nueva, indicando que la otra había caducado. A la transformación del corazón de Israel seguirán los signos externos de toda esta novedad: la fertilidad de la tierra (v. 29), que se convertirá en un jardín de Edén (v. 35), o la restauración de las ruinas, que podrán ser de nuevo fortificadas y habitadas; finalmente el pueblo será un rebaño numeroso en plena relación festiva con su Señor (v. 38). El v. 29 recoge la obediencia del trigo a la orden de Dios, mencionada en Os 2,23-24.

En la tradición deuteronómica la alianza es también algo interior, hunde sus raíces en el corazón: con él se busca a Dios (Dt 4,29), desde él se ama a Dios (Dt 6,5), hay que circuncidar el corazón (Dt 10,16), la boca se une al corazón para alabar a Dios (Dt 30,2.6.10.14). Los vv. 37-38 concluyen el oráculo con una última bendición un poco más compleja que las anteriores. Un Dios cercano y accesible borra la maldición de los caps. 14 y 20. La imagen del rebaño (retomada de Ez 34) tiene esta vez valor conclusivo; no sólo se subraya el número, sino

su carácter sagrado. Ezequiel es consciente de la necesidad de cambio; el corazón de carne latirá al impulso de un espíritu nuevo. Así se restaura el honor del nombre y la santidad de Dios. Todo el mundo podrá reconocerlo y su nombre será santificado entre las naciones.

6. La visión de los huesos secos (37,1-14)

Llegamos a una de las visiones más vivas y más conocidas de Ezequiel: el campo de huesos secos. Restaurado el país, llega la restauración del pueblo de Dios, que vuelve a la vida. La “mano” y el “Espíritu” del Señor abren la sección, que se cierra con la consabida fórmula de reconocimiento y la de conclusión de un oráculo.

**37 [1]Yahvé puso su mano sobre mí y, por su espíritu, me sacó
y me colocó en medio de la vega, que estaba llena de hue-
sos. [2]Me hizo pasar por entre ellos en todas direcciones. Los hue-
sos eran numerosos y cubrían el suelo de la vega, y estaban com-
pletamente secos. [3]Me dijo: «Hijo de hombre, ¿podrán vivir estos
huesos?». Yo respondí: «Señor Yahvé, tú lo sabrás».**

**[4]Entonces me dijo: «Profetiza sobre estos huesos. Les dirás:
Huesos secos, escuchad la palabra de Yahvé. [5]Esto dice el Señor
Yahvé a estos huesos: Voy a infundir en vosotros un espíritu que os
hará vivir. [6]Os cubriré de nervios, haré crecer carne en vosotros, os
cubriré de piel, os infundiré espíritu y viviréis. Y sabréis que yo soy
Yahvé».**

**[7]Yo profeticé como se me había ordenado, y mientras yo profe-
tizaba se produjo un ruido. Hubo un temblor, y los huesos se jun-
taron unos con otros. [8]Me fijé y vi que se recubrían de nervios, que
la carne brotaba y que la piel se extendía por encima. Pero no
había espíritu en ellos.**

**[9]Él me dijo: «Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre.
Dirás al espíritu: Esto dice el Señor Yahvé: Ven, espíritu, de los
cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos para que vivan».**

**[10]Yo profeticé como se me había ordenado, y el espíritu entró
en ellos. Entonces revivieron y se pusieron de pie: era un enorme,
inmenso ejército.**

**[11]Entonces me dijo: «Hijo de hombre, estos huesos son toda la
casa de Israel. Ellos andan diciendo: "Se han secado nuestros hue-
sos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para
nosotros". [12]Por eso, profetiza y diles: Esto dice el Señor Yahvé: Voy
a abrir vuestras tumbas; os sacaré de ellas, pueblo mío, y os llevaré
de nuevo al suelo de Israel. [13]Sabréis que yo soy Yahvé cuando abra
vuestras tumbas y os haga salir de ellas, pueblo mío. [14]Infundiré mi
espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestro suelo, y
sabréis que yo, Yahvé, lo digo y lo hago –oráculo de Yahvé–».**

Realmente la imagen es vigorosa y la secuencia de hechos dramática, impresionante; la descripción es sobria, evocadora, esencial. Lástima que se explica (vv. 11-14): la visión se explica como imagen de Israel (vv. 12-14) y responde a una queja del pueblo (v. 11). Para una mentalidad sacerdotal se trata de una visión notablemente espeluznante. El profeta se encuentra situado por la fuerza divina y el espíritu del Señor en un valle plagado de abundantes huesos calcinados. Es como si se hubiera cumplido la maldición prevista en la alianza (Dt 28,25-26; cf. Jr 34,17-20) sobre la casa de Israel.

El Señor se dirige al profeta directamente con una pregunta retórica: «¿Podrán vivir?» (v. 3). La respuesta parecería evidente, pero el profeta ha aprendido ya que con este Dios todo es posible y responde con cautela. Ahora tiene que entrar en acción. Su profecía vuelve a ser binaria, con dos partes gemelas: vv. 4-7; 9-10. Un temblor acompaña el acoplamiento de los huesos y el crecimiento de la carne, nervios y piel. Pero no respiraban. La segunda intervención trae el aliento y se ponen en pie; ¡han revivido! Es una parábola de la acción del Espíritu, que sopla de los cuatro costados y convierte la muerte de los huesos en vida. No bastan los huesos, la carne y la piel (v. 8); el profeta debe invocar al espíritu de la vida y así de espectador se convierte en actor. Al final el espíritu es divino ("mi espíritu" v. 14). Las oposiciones son elementales: horizontal de huesos tirados frente a la verticalidad "sobre sus pies" (v. 10); sequedad y desolación frente a aire y vida. La creación del nuevo pueblo ("inmenso ejército" v. 10) se asemeja a la creación del hombre en Gn 2, con la infusión del espíritu. La pregunta retórica del comienzo (v. 3) sobre la posibilidad de vida se responde al final con la seguridad de la omnipotencia divina (v. 14).

La interpretación (vv. 11-14) va dirigida en primer lugar al profeta y responde a la depresión del pueblo. Pero debe anunciarla a todos: el Señor abrirá las tumbas, les infundirá de nuevo su Espíritu y les volverá a dar la tierra, en donde vivirán. El restablecimiento del triángulo Dios – Pueblo – Tierra les permitirá reconocer al Señor. La insistencia en hacerles volver al "suelo", "vuestro suelo" en oposición a "tumbas", "vuestras tumbas", convierte la nueva vida en liberación y regreso del destierro. La victoria de la vida sobre la muerte corre el peligro de limitarse a señalar el fin del destierro. La visión es más fuerte y tiene un valor más universal que la mera limitación histórica del momento en que se inserta. En todo caso, servirá para reconocer la presencia y la acción del Creador, del Señor de la vida. En Ap 11,11 se cita esta imagen a favor de los dos testigos cuyos cadáveres han estado expuestos en el suelo de la "ciudad" durante tres días, evidentemente con alusiones nuevas a la muerte y resurrección del Señor.

7. Las dos varas (37,15-28)

**37 [15]Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: [16]«Por
tu parte, hijo de hombre, toma una vara y escribe en ella:
"Judá (y los israelitas asociados a él)". Toma luego otra vara y
escribe en ella: "José, (vara de Efraín, y toda la casa de Israel aso-
ciada a él)". [17]Júntalas después una con otra, de suerte que, cuan-
do las tengas en tu mano, formen una sola vara. [18]Y cuando tus
compatriotas te pregunten: "¿No nos vas a explicar qué es eso que
tienes ahí?", [19]les responderás: Esto dice el Señor Yahvé: Voy a
tomar la vara de José (que está en la mano de Efraín) y las tribus
de Israel asociadas a él, y pondré junto a ella la vara de Judá, de
suerte que, cuando las tenga en mi mano, sean una sola. [20]Sujeta
con tu mano las varas en las que has escrito, de modo que las
vean, [21]y diles: Esto dice el Señor Yahvé: Voy a recoger a los israe-
litas de entre las naciones a las que marcharon. Los reuniré de
todas partes para conducirlos a su suelo. [22]Haré de ellos una sola
nación en esta tierra, en los montes de Israel, y los gobernará un
solo rey. Ya no formarán dos naciones, ni volverán a estar dividi-
dos en dos reinos. [23]No se contaminarán más con sus basuras, con**

sus ídolos y con todos sus crímenes. Los pondré a salvo de las infidelidades por las que pecaron y los purificaré, y serán mi pueblo y yo seré su Dios. [24]Mi siervo David reinará sobre ellos; será el único pastor que tengan. Obedecerán mis normas, observarán mis preceptos y los pondrán en práctica. [25]Habitarán en la tierra que yo di a mi siervo Jacob, donde habitaron vuestros padres. Allí habitarán ellos, sus hijos y sus descendientes para siempre, y mi siervo David será su príncipe eternamente. [26]Concluiré con ellos una alianza de paz, que será para ellos una alianza eterna. Los estableceré, los multiplicaré y pondré mi santuario en medio de ellos para siempre. [27]Mi morada estará junto a ellos; seré su Dios y ellos serán mi pueblo. [28]Y, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre, sabrán las naciones que yo soy Yahvé, que santifico a Israel».

La fórmula inicial de recepción de la palabra y la final de reconocimiento son indicios de una unidad literaria autónoma. Pero conserva varios motivos de relación con la visión de los huesos secos, como el anuncio de reunirlos de entre las naciones, darles la tierra ("montes de Israel" v. 22) y el interés por la nación en su conjunto. La Palabra ordena al profeta procurarse dos varas que se pueden insertar. En la primera debe grabar el nombre de "Judá"; en la segunda el de "José", pues el profeta reserva el nombre de Israel para el pueblo en su conjunto. Es una especie de acción simbólica en la que se representan los dos reinos que habían configurado el reino de David y en los que se dividió el territorio a la muerte de Salomón. Las guerras que siguieron inmediatamente a la división, así como las grandes diferencias culturales y de intereses a lo largo de la historia, habían profundizado la herida de la división. No bastaron los años de buenas relaciones en tiempos de Ezequías, ni la experiencia de territorio unido bajo Josías. Lo que les une realmente es la tragedia; les hermana el destierro, que cada uno sufrió por separado. Las mismas infidelidades les condujeron a idéntica suerte en tiempos distintos. Ahora la palabra se dirigirá al conjunto.

A partir de v. 21 comienza la explicación. Se trata de formar una única nación en una sola tierra bajo un único rey (v. 22). También se restaura la integridad espiritual de la alianza con el Señor (v. 24).

Tras una repetición de las principales fases anunciadas (vv. 24-25), se explicita la alianza ‘de paz’ y ‘eterna’ (v. 26), que establecerá con ellos y que permitirá que el Señor esté en medio de ellos (un nuevo santuario) para siempre. Pero miremos con más detalle. Se habla de unidad, de padres, de hijos… No se pronuncia el término “hermanos”. No hay reconciliación, no se manifiesta alegría. En su común destrucción son inertes, no hacen nada, no tienen nada que hacer. La restauración será toda obra de Dios (v. 22) y el objetivo es el rehacer la alianza con su pueblo, para que las naciones conozcan su obra. La destrucción del pueblo podía significar debilidad de su Dios; su restauración evidencia su grandeza y poder. El único protagonista es el Señor. Para el pueblo unificado habrá un único garante de la alianza, un único David; sólo un lugar de culto, el santuario del Señor. Todo vuelve a su situación original. El templo, la tierra y la ciudad serán los protagonistas de los capítulos finales del libro de Ezequiel (caps. 40-48), como el anuncio de su destrucción en los primeros capítulos había sido el escenario en el que asistimos al abandono de la Gloria del Señor. El Señor estará en medio de su pueblo y éste será en medio de las naciones el instrumento de su revelación al mundo, a las naciones, que reconocerán su poder. Vuelve a sonar el verbo “santificar”, esta vez aplicado a Israel, gracias al santuario que está en su interior. Tras estos versículos finales del capítulo, tan prometedores, cabría esperar a continuación la visión del templo, la tierra y la ciudad. En cambio los capítulos que siguen nos proponen una lucha colosal de Dios contra un enemigo que invade desde el Norte.

8. Oráculos contra Gog (caps. 38-39)

Estos dos capítulos configuran una sección que se suele calificar como “escatología”. Es única en el libro de Ezequiel, pero habitual en otros libros proféticos (Is 24-27; Is 34-35; Is 65-66; Jl 3-4; Miq 4-5; Za 14). Tratan de presentar el momento definitivo, el nuevo orden cósmico. No hablan del “fin del mundo”, sino del “final de la historia”, la implantación definitiva del plan de Dios. Alonso Schökel (*Profetas*, vol. 2, p. 824) explica los elementos comunes de estos textos. Presenta en primer lugar a los actores: Dios, el enemigo, el pue-

blo. Dios es el árbitro, el juez que dicta sentencia, el Señor de lo nuevo y el soberano, vencedor de la batalla definitiva. De enemigo puede actuar un pueblo conocido (Moab, Edom), un personaje ficticio (Gog en este caso) o un monstruo rebelde mitológico (Leviatán). El pueblo de Israel es un "resto" elegido, es decir, depurado en la prueba, al que pueden sumarse hombres de otras naciones. El resultado final será doble: la restauración del pueblo para un nuevo comienzo sin fallos ni errores, que reconoce con gozo a Dios, y el reconocimiento por parte de todas las naciones de la soberanía del Señor. Ninguna situación histórica anterior o posterior al exilio se corresponde fielmente con la situación descrita en estos capítulos. El sentido del corte literario que estos capítulos suponen entre la restauración anunciada en 37,25-28 y la visión final, podría resumir la promesa de 34,27-28: ni les devorarán las bestias salvajes, ni volverán a ser presa de las naciones. La victoria sobre Gog elimina todo enemigo para la nación restaurada.

Desde el punto de vista literario, los autores de estas escatologías toman fórmulas y expresiones de la tradición profética, especialmente de los oráculos contra las naciones. No suelen ser rigurosos en el desarrollo de los acontecimientos. Su estilo literario prefiere la contraposición y la oposición en el marco teórico de un juicio con acusación y sentencia. Estos textos escatológicos se consideran añadidos en un momento posterior, y el de Ezequiel no es excepción, aunque en la parte final contenga algún elemento original del profeta. Es interesante que notemos en qué lugar del libro ha sido insertada esta escatología. Podía haber estado al final del los oráculos de las naciones (caps. 25-32), como colofón contra los enemigos del pueblo. Sin embargo, está al final de los capítulos dedicados a lo que hemos llamado "segunda etapa" del profeta Ezequiel, es decir, a los oráculos dedicados a anunciar la restauración del pueblo desterrado. Al mismo tiempo, abre los capítulos dedicados al nuevo templo, centro de la nueva Jerusalén. Así, esta batalla contra Gog cierra la reconciliación del Señor con el pueblo mediante un nuevo David (cap. 33), el nuevo Monte de la tierra prometida (cap. 34) para el pueblo, su renovada alianza con el Señor (cap. 36), su nueva llamada a la vida (cap. 37), que son los grandes signos que reconocerán las naciones; y al mismo tiempo abren a la descripción detallada del

nuevo templo al que volverá la Gloria del Señor (cap. 43). La fórmula de reconocimiento, siete veces repetida en estos capítulos (38,16.23; 39,6.7.22.23.28), ofrece una clave de interpretación de la intencionalidad del oráculo: la voluntad del Señor de revelar definitivamente su santidad a las naciones y su fidelidad a Israel.

La fórmula de recepción de la palabra, que trasmite una nueva orden al profeta "hijo de hombre", indica claramente el comienzo de una nuevo unidad. La fórmula conclusiva de 39,29 marca el final, confirmada con el comienzo de una nueva visión en 40,1. Una vez encontramos la típica división binaria en dos paneles (caps. 28 y 29), marcada por notables correspondencias entre las respectivas introducciones.

Primer panel

38 1Yahvé me dirigió su palabra en estos términos: 2«Hijo de
hombre, vuelve tu rostro hacia Gog (en el país de Magog),
príncipe supremo de Mésec y Túbal, y profetiza contra él. 3Le dirás:
Esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy contra ti, Gog, príncipe
supremo de Mésec y Túbal. 4Te haré dar media vuelta, te pondré
garfios en las quijadas y te haré salir con todo tu ejército, caballos
y caballeros, todos bien equipados, una inmensa asamblea con escudos y paveses, y diestros en el manejo de la espada. 5Entre ellos
están Persia, Cus y Put, todos con escudo y yelmo. 6Contigo están
Gómer, con todas sus huestes, Bet Togarmá, en el extremo norte,
con todas sus huestes; en fin, pueblos numerosos. 7Disponte y prepárate, junto con toda la muchedumbre concentrada en torno a ti,
y ponte a mi servicio. 8Al cabo de mucho tiempo, recibirás órdenes.
Después de muchos años, atacarás el país cuyos habitantes escaparon a la espada y fueron reunidos, de entre una multitud de pueblos, en los montes de Israel, que durante tanto tiempo, habían estado desérticos. Desde que fueron separados de los otros pueblos, viven todos tranquilos. 9Tú atacarás y te desplazarás como un
huracán, como un nubarrón que cubrirá la tierra, junto con todas
tus huestes y los numerosos pueblos que están contigo.
10«Esto dice el Señor Yahvé: Aquel día te vendrán a la mente
proyectos y concebirás perversos planes. 11Dirás: "Voy a atacar un

país lleno de brechas; marcharé contra toda esa gente confiada que habita tranquilamente en ciudades sin murallas, sin cerrojos ni puertas”. [12]Irás a saquear, a hacer botín, a poner tu mano sobre ruinas repobladas, actuando contra un pueblo reunido de entre las naciones, entregado a reponer ganado y hacienda, que habita en el centro de la tierra. [13]Sabá, Dedán, los mercaderes de Tarsis y todos sus leoncillos te dirán: “¿A saquear has venido? ¿Para hacer botín has concentrado tu ejército? ¿Para llevarte el oro y la plata, para apoderarte de ganados y haciendas, para hacer un gran botín?”.

[14]«Por eso, profetiza, hijo de hombre. Dirás a Gog: Esto dice el Señor Yahvé: ¿No es verdad que aquel día, cuando mi pueblo Israel viva en seguridad, te pondrás en movimiento? [15]Vendrás de tu lugar, del extremo norte, acompañado de pueblos numerosos, todos montados a caballo: una enorme muchedumbre, un ejército innumerable. [16]Atacarás a mi pueblo Israel, como un nublado que recubre la tierra. Será después de mucho tiempo, cuando te haga venir contra mi tierra para que las naciones me conozcan, y vean que manifiesto mi santidad a costa tuya, Gog.

[17]«Esto dice el Señor Yahvé: Tú eres aquel de quien yo hablé antaño, por medio de mis siervos los profetas de Israel, que profetizaron en aquel tiempo, durante años, que yo te traería para atacarlos. [18]Aquel día, cuando Gog avance contra el suelo de Israel –oráculo del Señor Yahvé– estallará mi furor. Lo digo lleno de cólera [19]y de celo, enardecido por la furia: Sí, aquel día habrá un gran terremoto en la tierra de Israel. [20]Entonces mi presencia hará temblar a los peces del mar y a los pájaros del cielo, a las bestias del campo y a todos los reptiles que serpean por el suelo, y a toda la gente que hay en la tierra. Se desplomarán los montes, caerán las rocas, todas las murallas se derrumbarán por tierra. [21]Convocaré contra él toda clase de terrores –oráculo del Señor Yahvé–. Volverán la espada unos contra otros. [22]Mi pleito con él irá acompañado de peste y sangre; haré caer una lluvia torrencial, granizo, fuego y azufre, sobre él, sobre sus huestes y sobre los numerosos pueblos aliados con él. [23]Manifestaré mi grandeza y mi santidad; me daré a conocer a numerosas naciones. Y sabrán que yo soy Yahvé».

En primer lugar aclaremos los nombres. Gog parece ser un nombre inventado. Todos los intentos de identificarlo han resultado vanos. 'En el país de Magog' parece una glosa y es de localización desconocida. Magog aparece en la lista de las naciones (Gn 10,2 y en 1 Cro 5,4), como hijo de Jafet y hermano, por tanto, de Túbal y Mésec. Estos dos últimos se citan también en Ez 27,13, como socios comerciales de Tiro y en 32,26 como naciones violentas que ocupan un lugar en el abismo. Desde el comienzo se presenta el ejército poderoso, enfurecido por la acción del Señor que lo estimula y con la fuerza de numerosos aliados (vv. 4-6). El inmenso ejército espera la orden de avance. Entre tanto el oráculo presenta al pueblo que ocupa los montes de Israel, reunido de la dispersión del exilio y confiado en su paz (v. 8). El avance del enemigo se compara con un huracán. De momento no hay acción. Sólo el Señor habla y organiza el escenario. El resultado se adelanta: "Aquí estoy contra…". El drama está planteado.

Se agrava cuando el ejército congregado desarrolla sus propias estrategias para conseguir botín (vv. 10-13). En oposición al plan de Dios, se presentan los planes de los hombres, basados en la propia fuerza y en la propia voluntad. La tierra abierta e indefensa despierta la codicia del botín y la riqueza. Un pueblo entregado a labores de reconstrucción va a ser atacado.

El Señor revela su intención (vv. 14-16): las naciones me reconocerán, cuando yo demuestre mi santidad al defender a "mi" pueblo (vv. 14.16) y a "mi" tierra (v. 16). La alianza está resonando en el fondo de la actuación de Dios. El v. 17 resulta como pregunta en hebreo y en griego («¿Acaso no eres tú…?»), pero no en la demás versiones. La expresión "aquel día" (v. 18) coloca la invasión de Gog en perspectiva escatológica. Los vv. 18-23 no se dirigen contra Gog, por lo que se sospecha de su inclusión posterior. Sin embargo, ofrecen una nueva razón para la actuación del Señor: su ira. El Señor lo había anunciado por medio de los profetas. Su ataque era un castigo previsto por el soberano de la historia, pero que no podrá continuar con éxito, pues la avaricia ha contaminado al instrumento castigador. La oscuridad del ataque se convierte en terremoto y terror. Temblará la naturaleza y caerán las defensas. Peste, sangre, agua y fuego caerán sobre el agresor. La teofanía adquiere carácter cósmico y realiza un juicio definitivo. Las naciones reconocerán al Señor como Soberano, grande y santo.

Segundo panel

39 [1]Por tu parte, hijo de hombre, profetiza contra Gog. Le
dirás: Esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy contra ti, Gog,
príncipe supremo de Mésec y Túbal. [2]Yo te haré dar media vuelta,
te conduciré, te haré subir desde el extremo norte y te guiaré a los
montes de Israel. [3]Romperé tu arco en tu mano izquierda y haré
caer tus flechas de tu mano derecha; [4]caerás en los montes de
Israel, junto con tus huestes y los pueblos aliados contigo. Te
entregaré como pasto a toda clase de aves de rapiña y a las fieras
salvajes; [5]quedarás tendido en el campo. Soy yo quien lo dice –orá-
culo del Señor Yahvé–. [6]Mandaré fuego contra Magog y contra los
que viven confiados en las costas. Y sabrán que yo soy Yahvé.
[7]Manifestaré mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel; no
dejaré que vuelva a ser profanado mi santo nombre. Y las naciones
sabrán que yo soy Yahvé, santo en Israel.
[8]«He aquí que ya está llegando, y se va a realizar –oráculo del
Señor Yahvé–: éste es el día que yo he anunciado. [9]Entonces los
habitantes de las ciudades de Israel saldrán a entregar a las llamas
las armas, paveses y escudos, arcos y flechas, mazas y lanzas.
Harán fuego con ello durante siete años. [10]No irán ya a buscar leña
en el campo, ni la recogerán en el bosque, porque harán el fuego
con las armas. Saquearán a sus saqueadores y harán botín de sus
depredadores –oráculo del Señor Yahvé–. [11]Aquel día, yo daré a
Gog como sepulcro en Israel un lugar famoso, el Valle de los Obe-
rín, al este del mar; el que corta el paso a los viajeros: allí será
enterrado Gog con todo su ejército, y será llamado Valle de Hamón
Gog. [12]La casa de Israel los enterrará para purificar la tierra, y tar-
dará siete meses. [13]Todo el pueblo de la tierra será movilizado para
enterrarlos, y tal acción les dará renombre el día que yo manifieste
mi gloria –oráculo del Señor Yahvé–. [14]Luego escogerán hombres
que recorran constantemente el país y entierren a los que hayan
quedado por el suelo, para purificarlo. Al cabo de siete meses
empezarán su búsqueda. [15]Cuando, al recorrer el país, alguno de
ellos vea huesos humanos, pondrá al lado una señal hasta que los
sepultureros los entierren en el valle de Hamón Gog, [16](Hamoná
es también el nombre de una ciudad) y purifiquen así la tierra.

Se repite el motivo; cambia la metáfora. Se abandona la teofanía cósmica y se usan detalles de combate personal. La oposición del Señor a Gog es total: arranca con su reclutamiento, pasa por conducirle a jugar en su campo (Israel), por destrozar su poderío militar (arco y flechas) con un golpe certero, hasta hacerle caer en el campo de batalla. Más aún, enviará fuego a su propio territorio, que ha dejado desguarnecido. No hay más vencedor que el Señor; Israel no interviene para nada. La santidad del Señor (= su soberanía) será reconocida por los castigados (v. 6) y por las naciones (v. 7), porque Israel será liberado para siempre (v. 7).

A partir del v. 8 se identifica este tiempo con el "día anunciado". El día del Señor se describe con todos los elementos apocalípticos que acompañan tradicionalmente este momento escatológico: fuego, destrucción de armas, sepulcros, saqueos, purificación. Se utilizan también las fórmulas literarias típicas: "He aquí" (v. 8), "Aquel día" (v. 11). Miles de cadáveres llenan el escenario. Cuando ya se ha acabado la batalla, Israel comenzará a actuar: no hará botín (aunque se aprovechará del fuego de las armas, cf. Sal 46,10; 76,4; Is 9,3-4) y enterrará al enemigo para purificar la tierra. Todos trabajarán (v. 13) durante siete meses (v. 14), para cumplir las leyes de la pureza cultual (Lv 21,1-11; Nm 19) y descontaminar el territorio. Todo un valle servirá de mausoleo. El "Valle de los Oberín" (= de los viajeros, v. 11) no es conocido. El hecho de encontrarse la misma palabra en el versículo ha podido causar la confusión, porque sí es conocido el nombre de "Abarîm", al este del mar muerto, en el país de Moab. Una vez que los inspectores enviados aseguran que no quedan cadáveres en la tierra (vv. 14-15), el valle recibirá un nombre nuevo con sentido irónico: Hamón (= 'horda') que recuerda el Valle de Hinnón o la Gehenna. Servirá como recuerdo perenne de la derrota trágica de Gog.

39 **17En cuanto a ti, hijo de hombre, esto dice el Señor Yahvé:**
Di a los pájaros de todas clases y a todas las fieras del
campo: Congregaos, venid, reuníos de todas partes para el sacrifi-
cio al que yo os invito: toda una hecatombe sobre los montes de
Israel. Comeréis carne y beberéis sangre; 18comeréis carne de hé-
roes y beberéis sangre de príncipes de la tierra: todos son carneros,
corderos, machos cabríos, pingües toros de Basán. 19En este sacri-

**ficio que yo os brindo, comeréis grasa hasta la saciedad y beberéis
sangre hasta la embriaguez. [20]Os hartaréis a mi mesa de caballos y
caballeros, de héroes y de toda clase de guerreros –oráculo del
Señor Yahvé–. [21]Así manifestaré yo mi gloria entre las naciones:
todas podrán ver el juicio que voy a ejecutar cuando ponga mi
mano sobre ellos. [22]A partir de ese día, la casa de Israel sabrá que
yo soy Yahvé su Dios. [23]Y sabrán las naciones que la casa de Israel
fue deportada por sus culpas, pues me fueron infieles. Yo les oculté
mi rostro y los entregué en manos de sus enemigos, y cayeron todos
a espada. [24]Los traté como lo merecían sus inmundicias y sus crí-
menes, y les oculté mi rostro.**

**[25]Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Ahora cambiaré la suerte
de Jacob, me compadeceré de toda la casa de Israel y me mostraré
celoso de mi santo nombre. [26]Cuando vivan seguros en su tierra,
sin que nadie los inquiete, olvidarán su ignominia y todas las infi-
delidades que cometieron contra mí. [27]Cuando yo los haga volver
de entre los pueblos y los recoja de los países de sus enemigos, ma-
nifestaré en ellos mi santidad a la vista de numerosas naciones.
[28]Y sabrán que yo soy Yahvé su Dios, cuando, después de haberlos
desterrado por las naciones, los reúna en su tierra, sin dejar allí a
ninguno de ellos. [29]Y no volveré a ocultarles más mi rostro, pues
derramaré mi espíritu sobre la casa de Israel –oráculo del Señor
Yahvé–.**

Para cerrar la descripción del "día del Señor", en el v. 17 se emplaza al "hijo de hombre" a dar un anuncio a un extraño auditorio: los pájaros y las fieras. El oráculo desarrolla el motivo del festín que ofrece el Señor a las aves de rapiña. No es que los hombres comerán aves, sino que éstas se hartarán de carroña humana. En otros textos proféticos la victoria del Señor culmina en un banquete (Is 34,6-8; So 1,7), como solía ocurrir en las guerras reales. Lo que en los sacrificios cultuales se reservaba a Dios (la grasa y la sangre), se lo cede el Señor a los carroñeros. El signo será reconocido universalmente (vv. 22-25) por Israel y por los demás pueblos ("naciones" cinco veces en los versículos finales). La batalla de Dios contra Gog se retoma en el Apocalipsis (20,8-9) como símbolo de la derrota definitiva tras mil años de espera.

A partir del v. 25 se expresa el sentido de todo este drama: lo que era un castigo temporal se convierte en una restauración que establece definitivamente la santidad del Señor. Volvemos a la situación que habíamos dejado antes de la invasión de Gog, al final del cap. 37. "Ahora" señala el tiempo: ni al final de los tiempos ni en aquel día. Ahora. En el pasado "ocultó su rostro" (v. 23) por un momento; en el futuro no volverá a ocultarlo nunca más (v. 29), porque ha infundido su espíritu sobre la casa de Israel. No será voluntario, pero sin duda la imagen completa la visión de los huesos secos del cap. 37. El Espíritu será la garantía. No volverán a ser presa de las naciones, ni siquiera de las más ávida y sanguinarias (como Gog). ¿Encerrarán estos capítulos una velada alusión al gran imperio de Babilonia, el mayor que Israel ha conocido… y sufrido?

CAPÍTULO 4

EL NUEVO TEMPLO, EL NUEVO PAÍS, LA NUEVA CIUDAD (caps. 40-48)

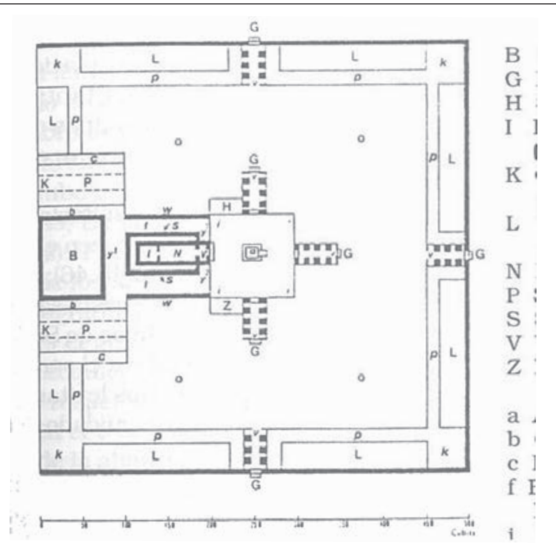
Los capítulos finales del libro de Ezequiel se han hecho clásicos en su conjunto, sin provocar gran atracción en los lectores bíblicos. Contienen material muy variado entre descripciones y legislación sacerdotal. Los comentaristas han pretendido simplificar el texto, pero no se ponen de acuerdo. Unos niegan toda autenticidad, otros la afirman sólo de distintas partes. Comienzan definiendo el conjunto bajo el título de "sobrecogedoras visiones" (40,2), como había comenzado el libro (1,1). El "hijo de hombre" contempla en la tierra de Israel, desde un monte muy alto, lo que se le muestra. En la cima del monte había una ciudad. El versículo final del libro identifica el nombre de la ciudad: "Yahvé está allí". En este marco se encierra una descripción detallada del templo nuevo (caps. 40-42), el regreso de la "Gloria" (43,1-9), la reorganización de las fiestas y de la actividad del templo (el "fuero" del templo: 43,10-46,24), y la bendición que el templo supone para la tierra (el torrente de agua viva: 47,1-12). Concluye con una descripción, menos detallada, de la tierra con sus nuevas fronteras (47,13 - 48,29) y de la capital, Jerusalén, con sus puertas (48,30-35). Se han propuesto distintas articulaciones del conjunto. Atendiendo a las recurrencias del apelativo "hijo de hombre" (40,4; 43,7; 43,10.18; 44,5; 47,6), podemos proponer las siguientes partes, conscientes de que es un criterio simplemente aproximativo:

1. Descripción del templo (caps. 40-42)
2. Regreso de la Gloria (43,1-9)
3. Legislación sobre el templo (43,10-46,24) y su fuerza vivificante (47,1-12)
4. La división de la tierra (47,13-48,29)
5. Las puertas de la capital (48,30-35)

Resulta muy complicado identificar el contexto histórico de la visión. La fecha inicial es muy detallada y, en este sentido, inusual. Afirma que tiene lugar el año veinticinco de la cautividad y catorce años después de la caída de Jerusalén. Algunos comentaristas, atienden al primer dato y señalan que estamos a la mitad del ciclo "jubilar" (cada cincuenta años, según Lv 25; véase Ez 46,27)). Otros, atendiendo al modo extraordinario de citar el mes («al comienzo del año», sin decir "el mes de Nisán"), indican que en el primer mes se celebra la liberación de Egipto. En cualquier caso, todas las explicaciones resultan más teológicas que históricas. El contexto literario, justo a continuación de los oráculos contra Gog, tiñe al conjunto de tono escatológico, es decir, en referencia a una acción definitiva de Dios. Lo que muchos comentaristas subrayan es la relación de estos capítulos (tal vez, desde Ez 33) con la Torá de Moisés y, por consiguiente, con la tradición sacerdotal.

1. Descripción del templo (caps. 40-42)

Algunos autores comentan que Ezequiel se convierte en arquitecto de la casa de Dios. Parece describir un plano. La descripción resulta muy compleja y presenta un dilema: si se sigue al detalle, se corre el peligro de perder todo el sentido simbólico y teológico de este texto; si no se sigue al detalle, el lector se pierde con facilidad. En la descripción, la medida fundamental es el "codo", una medida de longitud de unos 45 cm; el "codo mayor", que es más antiguo y el que, al parecer, usa Ezequiel, tiene 52,5 cm. Para la descripción del templo puede ayudar el siguiente dibujo, con el Norte en la parte superior:



(Tomado de Julio LAMELAS, "Ezequiel" *en Comentario al Antiguo Testamento vol.II*, p. 231; a su vez tomado de A.Cody, *Ezechiel, with an Excursus on Old Testament Priesthood*, OT Message 11, Wilmington, Delaware 1984, p. 266-267).

Estamos en el año 573. Aunque es la última fecha que se ofrece en el libro, no es la cronológicamente más avanzada entre las dataciones del texto profético. El oráculo contra Egipto de Ez 29 está datado como posterior. La mano del Señor lleva al profeta en visiones a Jerusalén y un hombre con una vara de tres metros y medio en la mano le da explicaciones. Se trata de una visita guiada. Se nos presenta un templo que jamás existió: ni reproduce el de Salomón, destruido por Nabucodonosor, ni el nuevo templo se construyó sobre estos planos, sino a escala mucho más modesta. Una muralla rodea un cuadrado de más de 250 m de lado. Su grosor y su altura son como la vara. Tiene tres puertas, al Oriente, al Norte y al Sur (llamadas "pórticos" en la traducción NBJ), que ofrecen otros tantos accesos al atrio exterior, elevado mediante gradas. La muralla tiene una serie de treinta estancias adosadas por el interior. A algo más de 50 m. de la entrada se encuentra otro recinto amurallado de menor tamaño (unos 25 m de lado). Dejando las puertas exteriores, se acer-

ca al nuevo recinto que, mediante otras tantas puertas similares y menores, permite el acceso a otra explanada más elevada: el atrio interior. Antes de penetrar en este atrio, la visita se detiene en la puerta norte para mostrar una sala con cuatro mesas para lavar y sacrificar los animales destinados al holocausto, que el guía no mide (40,38-43). Finalmente entra en el atrio interior (40,44). La primera visita es para dos salas destinadas a los sacerdotes: una junto a la puerta septentrional, otra junto a la meridional. Un cuadrado perfecto, en cuyo centro unas nuevas gradas permiten subir a un altar. Si se rodean las gradas, en el fondo occidental (que no tiene puerta) se alza la nave central del templo, que surge delante de otro edificio más amplio, aunque menos digno, que contiene los recintos de apoyo logístico o sacristías y está adosado a la muralla occidental. La nave central, el templo por antonomasia, tiene tres partes; *Ulam* o vestíbulo, *Hekal* o sala, *Debir* o Santuario (el "Sancta Sanctorum"). Es la parte más importante. Lo demás son estructuras de apoyo, que no tienen tanto interés. Mientras el guía sigue midiendo el conjunto, emprenden el camino de regreso hacia la salida.

El templo resulta, por tanto, una especie de "caja fuerte" o fortaleza, casi inexpugnable: las puertas –como las de una ciudad de la época– son defensivas; las escaleras, los pasillos, la muralla con troneras ("ventanas" dice la traducción), la elevación de cada atrio, todo impide un ataque por sorpresa (así se dice expresamente en 1 R 6,5-6, cuando Salomón construye el templo). Las puertas están situadas en las zonas elevadas de una ladera (el valle que da al Monte de los Olivos en Oriente; el Valle de la Gehenna por el Sur); sólo la puerta norte tiene un acceso más llano físicamente. La zona occidental (que daría, digamos, al actual muro de las lamentaciones) no tiene puerta. En circunstancias normales, todo este sistema defensivo tiene sólo valor para el control de la "santidad" (42,20), es decir, para asegurar que se cumplen las restricciones de acceso. En él debería habitar la "gloria", que es el signo de la presencia del Señor, figurada en la nube (del incienso quemado delante). Es el corazón de la ciudad santa. No hay explicaciones teológicas; sólo descripciones y medidas. Sólo el regreso de la Gloria y el nuevo fuero del templo necesitan explicación. Sigamos al guía.

40 [1]El año veinticinco de nuestra cautividad, al comienzo del
año, el día diez del mes, catorce años después de la caída
de la ciudad, el mismo día, Yahvé dejó sentir su mano sobre mí, y
me llevó allá. [2]En medio de sobrecogedoras visiones, me llevó a la
tierra de Israel, y me posó sobre un monte muy alto, en cuya cima
parecía que estaba edificada una ciudad, al mediodía. [3]Cuando me
llevó allá, vi un hombre que parecía de bronce. Tenía en la mano
una cuerda de lino y una vara de medir, y estaba de pie junto al
pórtico. [4]El hombre me dijo: «Hijo de hombre, mira bien, escucha
atentamente y presta atención a todo lo que te voy a mostrar, porque has sido traído aquí para que yo te lo muestre. Comunica a la
casa de Israel todo lo que vas a ver».

El muro exterior

[5]Vi un muro que rodeaba el templo por la parte exterior. La vara
de medir que el hombre tenía en la mano era de seis codos de codo
y palmo. Con ella midió la construcción: una vara de espesor y
otra vara de altura.

El pórtico (puerta) oriental

[6]Fue luego al pórtico que miraba a oriente, subió sus gradas y
midió el umbral del pórtico: una vara de profundidad. [7]La lonja
medía una vara de largo por una de ancho; la pilastra entre las
lonjas, cinco codos; y el umbral del pórtico por el lado del vestíbulo del pórtico, hacia el interior, una vara. [8]Luego midió el vestíbulo
del pórtico, que estaba situado hacia el interior: medía ocho codos;
[9]su pilastra medía dos codos. [10]El pórtico oriental tenía tres lonjas
por cada lado, todas de la misma dimensión; las pilastras que
había a cada lado tenían también las mismas dimensiones. [11]Luego midió la anchura del vano del pórtico, que era de diez codos, y
la longitud del pórtico, que era de trece codos. [12]Delante de las
lonjas había parapetos, que medían un codo por ambos lados. Y la
lonja tenía seis codos por cada lado. [13]Después midió el pórtico
desde el fondo de una lonja hasta el fondo de la otra; su anchura

era de veinticinco codos, de una entrada a la otra. [14]Midió el vestíbulo: veinte codos; el atrio rodeaba totalmente el pórtico. [15]Desde la fachada del pórtico donde estaba la entrada, hasta el fondo del vestíbulo interior del pórtico, había cincuenta codos. [16]Había ventanas enrejadas sobre las lonjas y sobre sus pilastras, hacia el interior del pórtico, todo alrededor; e igualmente el vestíbulo tenía, por el interior, ventanas todo alrededor; y sobre las pilastras había palmeras.

El atrio exterior

[17]Me llevó al atrio exterior, y vi allí varias salas y un enlosado construido alrededor del atrio: treinta salas daban a este enlosado. [18]El enlosado, o sea, el enlosado inferior, flanqueaba los pórticos, y su anchura se correspondía con la longitud de éstos. [19]Midió la anchura del atrio, desde la fachada del pórtico inferior hasta la fachada del atrio interior, por fuera: cien codos (a oriente y al norte).

El pórtico (puerta) septentrional

[20]Midió después la longitud y la anchura del pórtico que daba al norte del atrio exterior. [21]Tenía tres lonjas por cada lado; sus pilastras y vestíbulos ofrecían las mismas dimensiones que los del primer pórtico: cincuenta codos de largo y veinticinco de ancho. [22]Sus ventanas, su vestíbulo y sus palmeras medían lo mismo que las del pórtico que daba a oriente. Se subía a él por siete gradas, y su vestíbulo estaba situado hacia el interior. [23]Había un pórtico en el atrio interior, frente al pórtico septentrional, lo mismo que en el pórtico oriental. Midió la distancia de un pórtico a otro: cien codos.

El pórtico (puerta) meridional

[24]Me condujo luego hacia el lado del mediodía, donde había un pórtico. Midió sus lonjas, sus pilastras y su vestíbulo, y tenían las mismas dimensiones. [25]Tenía, lo mismo que su vestíbulo, ventanas

todo alrededor, iguales que las otras ventanas. El pórtico medía cincuenta codos de largo y veinticinco de ancho. [26]Su escalera tenía siete gradas; su vestíbulo estaba situado hacia el interior, y tenía palmeras, una a cada lado, sobre sus pilastras. [27]El atrio interior tenía también un pórtico hacia el mediodía; midió la distancia de un pórtico a otro, en dirección al mediodía: cien codos.

El atrio (interior). Pórtico meridional

[28]Luego me llevó al atrio, por el pórtico meridional. Midió el pórtico meridional, que tenía las mismas dimensiones que los otros. [29]Sus lonjas, pilastras y vestíbulo medían lo mismo que antes. Al igual que su vestíbulo, tenía ventanas todo alrededor. Medía cincuenta codos de largo por veinticinco de ancho. [30]El perímetro del vestíbulo era de veinticinco codos de largo por cinco de ancho. [31]Su vestíbulo daba al atrio exterior. Había palmeras sobre sus pilastras, y su escalera tenía ocho gradas.

El pórtico (puerta) oriental

[32]Me llevó al pórtico interior, hacia oriente, y midió el pórtico, [33]que tenía las mismas dimensiones que los otros. Sus lonjas, pilastras y vestíbulo medían lo mismo que antes. Tenía ventanas alrededor, como su vestíbulo. Medía cincuenta codos de largo por veinticinco de ancho. [34]Su vestíbulo daba al atrio exterior. Había palmeras sobre sus pilastras, a cada lado, y su escalera tenía ocho gradas.

El pórtico (puerta) septentrional

[35]Me llevó luego al pórtico septentrional y lo midió: tenía las mismas dimensiones que los otros. [36]Alrededor podían verse sus lonjas, sus pilastras, su vestíbulo y sus ventanas. Medía cincuenta codos de largo por veinticinco de ancho. [37]Su vestíbulo daba al atrio exterior. Había palmeras sobre sus pilastras, a cada lado, y su escalera tenía ocho gradas.

Anejos de los pórticos

[38]Había una sala cuya entrada estaba en el vestíbulo del pórti-
co. Allí se lavaba el holocausto. [39]El vestíbulo del pórtico tenía, a
cada lado, dos mesas para inmolar sobre ellas el holocausto, el
sacrificio expiatorio y el sacrificio penitencial. [40]Por el lado exte-
rior, subiendo hacia la entrada del pórtico, al norte, había dos
mesas, y al otro lado, hacia el vestíbulo del pórtico, otras dos.
[41]Había, pues, cuatro mesas en la parte interior del pórtico y otras
cuatro fuera, o sea, ocho mesas sobre las que se hacía la inmola-
ción. [42]Además había cuatro mesas para el holocausto. Eran de
piedra de sillería, de codo y medio de largo, codo y medio de ancho
y un codo de alto. Sobre ellas se colocaban los instrumentos con
los que se inmolaba el holocausto y el sacrificio. [43]Las ranuras, de
un palmo de anchura, estaban dispuestas en el interior, todo en
torno. Sobre estas mesas se ponía la carne de las ofrendas.

El atrio interior y sus salas

[44]Me llevó al atrio interior, donde había dos salas, una al lado
del pórtico septentrional, con su fachada al mediodía, y la otra al
lado del pórtico meridional, con su fachada al norte. [45]Me dijo:
«Esta sala que mira al mediodía está destinada a los sacerdotes
que cumplen el ministerio del templo. [46]Y la sala que mira al norte
está destinada a los sacerdotes que cumplen el ministerio del altar.
Son los hijos de Sadoc, los que, entre los hijos de Leví, se acercan
a Yahvé para servirle».

[47]Midió el atrio interior, que tenía cien codos de largo por cien
codos de ancho, o sea, un cuadrado. El altar estaba delante del templo.

El templo propiamente dicho. El Ulam o Vestíbulo

[48]Me llevó al vestíbulo del templo y midió las pilastras del Vestí-
bulo: cinco codos por cada lado; luego la anchura del pórtico:
catorce codos; y las paredes laterales del pórtico: tres codos por
cada lado. [49]El Vestíbulo medía veinte codos de largo por doce de
ancho. Se subía a él por diez gradas, y tenía columnas junto a las
pilastras, una a cada lado.

El Hekal o Santo

41 1 Me llevó dentro del Santo y midió sus pilastras: seis codos
de ancho por cada uno de sus lados. 2 El vano de la entrada
medía diez codos. Las paredes laterales de la entrada medían
cinco codos de ancho por cada lado. Midió su longitud, que resul-
tó ser de cuarenta codos; y su anchura, de veinte codos.

El Debir o Santo de los Santos

3 Penetró en el interior y midió la pilastra de la entrada: dos
codos; después la entrada: seis codos; y las paredes laterales de la
entrada: siete codos. 4 Midió su longitud, que fue de veinte codos; y
su anchura, de veinte codos delante del Santo. Y me dijo: «Esto es
el Santo de los Santos».

Las celdas laterales

5 Midió el muro del templo, que tenía seis codos; la anchura del
tránsito lateral que rodeaba el templo era de cuatro codos. 6 Las
celdas laterales estaban superpuestas en tres pisos de treinta cel-
das cada uno. Se habían dispuesto en el muro del templo salientes
para estribar las celdas que lo rodeaban: así las celdas no estriba-
ban en el muro del templo. 7 La anchura de las celdas aumentaba a
medida que se subía, ensanchamiento que se lograba, a costa del
muro, según se subía, y todo alrededor del templo; por eso el inte-
rior se ensanchaba por arriba. Del piso inferior se subía al del
medio, y de éste al superior. 8 Vi también que el templo tenía un
talud todo alrededor, que servía de base de las celdas laterales;
medía una vara entera de seis codos. 9 El espesor del muro de las
celdas laterales, por el exterior, era de cinco codos; quedaba un
pasadizo entre las celdas laterales del templo. 10 Entre las salas
había una anchura de veinte codos, todo alrededor del templo. 11 Y
las celdas laterales tenían dos entradas sobre el pasadizo, una
hacia el norte y otra hacia el mediodía. El pasadizo medía cinco
codos en todo su perímetro.

El edificio occidental

[12]El edificio que bordeaba el patio por el lado occidental tenía setenta codos de anchura. La pared de este edificio tenía un espesor de cinco codos, todo alrededor, y una longitud de noventa codos. [13]Después midió el templo, que tenía cien codos de largo. El patio más el edifico y sus muros tenían una longitud de cien codos. [14]La anchura de la fachada del templo más el patio oriental era de cien codos. [15]Midió también la longitud del edificio a lo largo del patio que tenía detrás, y sus galerías a cada lado: cien codos.

Ornamentación interior

El interior del Santo y los vestíbulos del atrio, [16]los umbrales, las ventanas enrejadas, las galerías de los tres lados, alrededor, frente al umbral, estaban recubiertos de madera todo alrededor, desde el suelo hasta las ventanas, y éstas estaban guarnecidas de un enrejado. [17]Desde la entrada hasta el interior del templo, y por fuera, así como en todo el ámbito del muro, por fuera y por dentro, [18]había representados querubines y palmeras, una palmera entre querubín y querubín; cada querubín tenía dos caras: [19]una cara de hombre vuelta hacia la palmera de un lado y una cara de león hacia la palmera del otro lado; así por todo el ámbito del templo. [20]Desde el suelo hasta encima de la entrada estaban representados los querubines y las palmeras en el muro. [21]El jambaje del Santo era cuadrado.

El altar de madera

Delante del Santuario se veía una especie [22]de altar de madera de tres codos de alto, dos codos de largo y dos de ancho. Sus ángulos, su base y sus lados eran de madera. El hombre me dijo: «Esta es la mesa que está delante de Yahvé».

Las puertas

[23]El Santo tenía una puerta doble, y también el Santuario. [24]Eran puertas de dos hojas movibles, dos hojas en una puerta y dos en la

otra. 25Y por encima (sobre las puertas del Santo), había represen-
tados querubines y palmeras como los representados en los muros.
Sobre la fachada del Vestíbulo, por el exterior, había un arquitrabe
de madera. 26Ventanas enrejadas y palmeras había a ambos lados,
en las paredes laterales del Vestíbulo, las celdas laterales del tem-
plo y los arquitrabes.

Dependencias del templo

42 1Luego me hizo salir al atrio exterior, hacia el norte, y me
llevó a las salas situadas cara al patio, es decir frente al
edificio, al norte. 2La longitud era de cien codos, hacia el norte, y
la anchura de cincuenta codos. 3Frente a los pórticos del atrio
interior, y frente al enlosado del atrio exterior, había una galería a
lo largo de la galería triple, 4y, por delante de las salas, un corredor
de diez codos de ancho hacia el interior, y cien codos de largo; sus
puertas daban al norte. 5Las salas superiores eran estrechas, por-
que las galerías les comían parte de su espacio, más estrechas que
las de abajo y las del medio del edificio, 6porque estaban divididas
en tres pisos y no tenían columnas como el atrio. Por eso, se iban
estrechando con relación a las de abajo y las del medio (a partir
del suelo). 7Y el muro exterior, paralelo a las salas, en dirección al
atrio exterior, frente a las salas, tenía cincuenta codos de longitud.
8Pues la longitud de las salas que daban al atrio exterior era de
cincuenta codos, mientras que las que miraban al Santo tenían
cien codos. 9Por debajo de las salas había una entrada del lado de
oriente, que daba acceso desde el atrio exterior.

10A todo lo largo del muro del atrio, en dirección del mediodía,
cara al patio y al edificio, había salas. 11Un corredor pasaba por
delante de ellas, como en las salas situadas en dirección norte;
tenían igual longitud e igual anchura; iguales salidas, igual dispo-
sición y entradas iguales. 12Por debajo de las salas orientadas al
mediodía había una entrada al comienzo de cada corredor, frente
al muro situado hacia oriente, según se entra. 13Él me dijo: «Las
salas del norte y las salas del mediodía que miran al patio son las
salas del Santuario, donde los sacerdotes que se acercan a Yahvé
comerán las cosas sacratísimas. Allí depositarán las cosas sacra-

tísimas, la oblación, el sacrificio expiatorio y el sacrificio penitencial, porque es un lugar santo. [14]Y cuando los sacerdotes entren allí, no saldrán del santuario al atrio exterior sin haber dejado allí sus vestiduras litúrgicas, porque estas vestiduras son santas; para acercarse a los lugares destinados al pueblo se pondrán otras ropas».

Dimensiones del atrio

[15]Cuando acabó de medir el interior del templo, me hizo salir en dirección al pórtico que mira a oriente y midió todo el ámbito.
[16]Midió el lado oriental con su vara de medir: quinientos codos de
perímetro. [17]Luego midió el lado norte con la vara de medir: qui-
nientos codos de perímetro. [18]Después midió el lado sur con la
vara de medir: quinientos codos [19]de perímetro. Por el lado occi-
dental midió con la vara de medir: quinientos codos. [20]Midió por
fin por los cuatro lados el muro que lo cercaba, todo alrededor: longitud, quinientos; anchura, quinientos; para separar lo sagrado de lo profano.

2. Regreso de la Gloria (43,1-9)

La visita guiada al templo concluye en la puerta oriental. Ahí va a comenzar ahora la nueva escena, la central del drama, el momento culminante. Hasta ahora se ha preparado el decorado: el protagonista era el hombre que tenía en la mano la vara de medir y el "hijo de hombre" que le acompañaba. Ahora cambia el estilo, no el decorado. La Gloria del Señor va a entrar en el templo, después de quince años. La habíamos visto abandonarlo en la visión inicial, que culminaba en el c. 11. La Gloria viene de Oriente y rehace en dirección inversa el camino que había recorrido en 11,23 o 10,19. La gran diferencia estriba en que esta vez no se menciona el "arca" o la carroza con las cuatro figuras de querubines, como en Ez 1 o en Ez 10-11. Ahora hay un hombre que hace de guía (no una "figura humana") y una voz que habla desde el templo (v. 6), que se supone es la de Dios, explica el significado. El templo –no el arca, que no existe– es el escabel de sus pies; su presencia, se insiste, está garantizada por la pureza del lugar.

43 [1]Me condujo luego hacia el pórtico que miraba a oriente, [2]En aquel momento la gloria del Dios de Israel llegaba de la parte de oriente; emitía un ruido como de aguas caudalosas, y la tierra resplandecía de su gloria. [3]Esta visión era como la que yo había tenido cuando vine para la destrucción de la ciudad, y también como lo que había visto junto al río Quebar. Entonces caí rostro en tierra.

[4]La gloria de Yahvé entró en el templo por el pórtico oriental. [5]El espíritu me levantó y me introdujo en el atrio interior, y advertí que la gloria de Yahvé llenaba el templo. [6]Oí que alguien me hablaba desde el templo, mientras el hombre permanecía junto a mí. [7]Me dijo: «Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde se apoya la planta de mis pies. Aquí habitaré en medio de los hijos de Israel para siempre, y la casa de Israel, así como sus reyes, no contaminarán más mi santo nombre con sus prostituciones y con los cadáveres de sus reyes, [8]poniendo su umbral junto a mi umbral y sus jambas junto a mis jambas, con un muro común entre ellos y yo. Ellos contaminaron mi santo nombre con las abominaciones que cometieron; por eso los he aniquilado lleno de cólera. [9]De ahora en adelante alejarán de mí sus prostituciones y los cadáveres de sus reyes, y yo habitaré en medio de ellos para siempre.

El profeta, en la puerta oriental, descubre la Gloria del Dios de Israel que se acerca, escucha el ruido que le acompaña, la identifica con la que había visto anteriormente (caps. 1 y 10-11) y se postra. En el v. 3 el texto reinterpreta el momento de la visión de la Gloria abandonando el templo (caps. 8-11), como el momento en que el profeta fue llevado a Jerusalén para la "destrucción de la ciudad" (cf. 9,8). Ahora no hay guía humano; es el mismo espíritu el que le introduce en el atrio interior. Allí escuchará la voz que le habla y le explica que el templo es el escabel de sus pies (no el arca), el lugar que le permitirá habitar en medio de su pueblo. Su santidad no sufrirá menoscabo, ni será contaminada por la idolatría que antaño, al parecer (porque la interpretación es dudosa), compartía su "casa" ("su umbral junto a mi umbral", "sus jambas junto a mis jambas"). Las palabras de Dios culminan con la promesa de habitar con su pueblo para siempre.

3. Legislación sobre el templo (43,10 - 46,24) y su fuerza vivificante (47,1-12)

Los vv. 10-12 suponen ciertamente una conclusión de la descripción del templo. Pero el apelativo “hijo de hombre” (v. 10) y la mención del “fuero del templo” (v. 12) indican un nuevo comienzo y el preámbulo de la legislación que va a seguir. Una vez establecida la Gloria en el interior del templo, al profeta se le ordena comunicar la legislación que regirá la estructura y la actividad del templo: las dimensiones de las partes importantes, los rituales de consagración, modo de los sacrificios, las normas de cada una de las partes, las funciones de cada uno de los funcionarios, los terrenos reservados a cada uno, la sucesión de las fiestas, en fin, todo lo que compone el fuero del templo. Hay diferencias considerables entre las versiones hebrea y griega.

**43 10«Por tu parte, hijo de hombre, describe este templo a la
casa de Israel, para que queden avergonzados de sus culpas
y tomen nota de su plano. 11Si se avergüenzan de toda su conducta,
enséñales la forma del templo y su plano, sus salidas y entradas, su
forma y todas sus disposiciones, toda su forma y todas sus leyes.
Pon todo esto por escrito ante sus ojos, para que guarden con exactitud todas sus leyes y disposiciones, y las pongan en práctica.
12Este es el fuero del templo: En la cumbre del monte, todo el territorio que lo rodea es santísimo. (Tal es el fuero del templo.)»**

El altar

**13Estas son las dimensiones del altar en codos de codo y palmo: el foso medía un codo de hondo por un codo de ancho; y el
reborde que rodeaba la orilla tenía un palmo. Y está la altura del
altar: 14desde el foso hasta el zócalo inferior, dos codos por un
codo de ancho; desde el zócalo pequeño hasta el grande, cuatro
codos por un codo de ancho. 15El fóculo medía cuatro codos, y
por encima del fóculo había cuatro cuernos. 16El fóculo, que era
cuadrado, medía doce codos de lado. 17Y el zócalo, que también
era cuadrado, medía catorce codos de lado. El reborde que lo**

rodeaba tenía medio codo; y el foso se extendía un codo todo alrededor. Las gradas estaban vueltas hacia oriente.

Consagración del altar

[18]Me dijo: «Hijo de hombre, esto dice el Señor Yahvé: Estas son
las disposiciones del altar el día en que sea erigido para ofrecer en
él el holocausto y derramar la sangre. [19]A los sacerdotes levitas, o
sea, los descendientes de Sadoc que se acercan a mí para servirme
–oráculo del Señor Yahvé–, les darás un novillo para que ofrezcan
el sacrificio expiatorio. [20]Tomarás su sangre y rociarás los cuatro
cuernos, los cuatro ángulos del zócalo y el reborde todo alrededor.
Así quitarás lo purificarás y harás expiación por él. [21]Luego tomarás el novillo del sacrificio expiatorio, que será quemado en una
dependencia del templo, fuera del Santuario. [22]El segundo día,
ofrecerás un macho cabrío sin defecto para expiar el pecado y el
altar; el rito será el mismo que con el novillo. [23]Cuando hayas acabado el rito de expiación, ofrecerás un novillo sin defecto y un carnero del rebaño sin defecto. [24]Los ofrecerás delante de Yahvé; los
sacerdotes les echarán sal y los ofrecerán en holocausto a Yahvé.
[25]Durante siete días ofrecerás diariamente un macho cabrío como
ofrenda expiatoria; se hará también el sacrificio del novillo y del
carnero sin defecto tomado del rebaño. [26]Así, durante siete días se
hará la expiación del altar, se le purificará y se le consagrará.
[27]Pasados estos días, desde el octavo en adelante, los sacerdotes
ofrecerán sobre el altar vuestros holocaustos y vuestros sacrificios
de comunión. Y yo os seré propicio –oráculo del Señor Yahvé–».

Servicio del pórtico oriental

44 [1]Me volvió después hacia el pórtico exterior del santuario,
que miraba a oriente. Estaba cerrado. [2]Y Yahvé me dijo:
Este pórtico permanecerá cerrado. No será abierto, y nadie pasará
por él, porque por él ha pasado Yahvé, el Dios de Israel. Quedará,
pues, cerrado. [3]Pero el príncipe sí podrá sentarse en él para tomar
su comida en presencia de Yahvé. Entrará y saldrá por el vestíbulo
del pórtico.

Reglas de admisión en el templo

[4]Luego me llevó por el pórtico septentrional hacia la fachada
del templo; y, al mirar, vi que la gloria de Yahvé llenaba el templo,
y caí rostro en tierra. [5]Yahvé me dijo: «Hijo de hombre, presta
atención; pon interés y escucha bien lo que te voy a decir acerca de
todas las disposiciones del templo de Yahvé y de todas sus leyes.
Te fijarás bien en lo que respecta a la admisión en el templo y a la
exclusión del santuario. [6]Y dirás a esta casa rebelde, la casa de
Israel: Esto dice el Señor Yahvé: Ya pasan de la raya todas vuestras
abominaciones, casa de Israel, [7]que habéis cometido introducien-
do extranjeros incircuncisos de corazón y de cuerpo para que estu-
vieran en mi santuario y profanaran mi templo, cuando me ofre-
cíais mi alimento, grasa y sangre; así habéis roto mi alianza con
todas vuestras abominaciones. [8]En lugar de atender al ministerio
de mis cosas santas, habéis encargado a otros el ejercicio de mi
ministerio en mi Santuario, en lugar vuestro. [9]Esto dice el Señor
Yahvé: Ningún extranjero, incircunciso de corazón y de cuerpo,
entrará en mi santuario, ninguno de los extranjeros que viven
entre los israelitas.

Los levitas

[10]«En cuanto a los levitas, que me abandonaron cuando Israel
se descarriaba lejos de mí para ir en pos de sus basuras, soporta-
rán el peso de sus culpas. [11]Serán en mi Santuario los encargados
de la guardia de las puertas y ministros del servicio del templo.
Ellos inmolarán el holocausto y el sacrificio por el pueblo, y esta-
rán a su disposición para servirle. [12]Por haberse puesto a su servi-
cio delante de sus basuras y haber sido para la casa de Israel oca-
sión de culpa, juro con la mano alzada –oráculo del Señor Yahvé–
que tendrán que soportar el peso de su culpa. [13]No se acercarán
más a mí para ejercer ante mí el sacerdocio ni para tocar mis cosas
santas y las cosas sacratísimas: soportarán el peso de su ignominia
y de las abominaciones que cometieron. [14]Les encargaré el ejerci-
cio del ministerio en el templo, en lo que atañe a su servicio y a
todo lo que allí se hace.

Los sacerdotes

[15]Pero los sacerdotes levitas, hijos de Sadoc, que cumplieron mi
ministerio en el santuario cuando los israelitas se descarriaban
lejos de mí, ellos sí se acercarán a mí para servirme, y estarán en mi
presencia para ofrecerme la grasa y la sangre –oráculo del Señor
Yahvé–. [16]Ellos entrarán en mi Santuario y se acercarán a mi mesa
para servirme; ellos cumplirán mi ministerio. [17]Cuando entren por
los pórticos del atrio interior, llevarán hábitos de lino; no irán vesti-
dos de lana cuando oficien en los pórticos del atrio interior, y en el
templo. [18]Llevarán en la cabeza turbantes de lino, y fajas de lino a
los riñones; no se ceñirán nada que transpire el sudor. [19]Cuando
salgan al atrio exterior, donde el pueblo, se quitarán las vestiduras
con que hayan oficiado, las dejarán en las salas del Santo, y se pon-
drán otras ropas, con el fin de no santificar al pueblo con sus vesti-
duras. [20]No se raparán la cabeza, ni dejarán crecer libremente su
cabellera, sino que se cortarán cuidadosamente el pelo. [21]Ningún
sacerdote beberá vino el día que tenga que entrar en el atrio inte-
rior. [22]No tomarán por esposa ni una viuda ni una mujer repudiada,
sino una virgen de la raza de Israel; una viuda sólo en el caso de
que sea viuda de un sacerdote. [23]Enseñarán a mi pueblo a distin-
guir lo sagrado de lo profano y le harán saber la diferencia entre lo
puro y lo impuro. [24]En los pleitos serán ellos los jueces; juzgarán
conforme a mi derecho; observarán en todas mis fiestas mis leyes y
preceptos, y santificarán mis sábados. [25]No se acercarán a un muer-
to, para no contaminarse, pero por un padre, una madre, un hijo,
una hija, un hermano o una hermana no casada podrán contami-
narse. [26]Después de haberse purificado, se contará una semana, [27]y
luego, el día en que entre en el Santo, en el atrio interior para ofi-
ciar en el Santo, ofrecerá su sacrificio expiatorio –oráculo del Señor
Yahvé–. [28]No tendrán heredad alguna: yo seré su heredad. No les
daréis propiedad en Israel: yo seré su propiedad particular. [29]Se
alimentarán de la oblación y de las víctimas del sacrificio expiato-
rio y del sacrificio penitencial. Todo lo que sea consagrado al ana-
tema en Israel será para ellos. [30]Será para los sacerdotes lo mejor
de todas vuestras primicias y de toda clase de ofrendas reservadas
que presentéis; daréis a los sacerdotes lo mejor de vuestras molien-

das, para que llegue la bendición a vuestros hogares. 31Los sacerdotes no comerán carne de ningún ave ni bestia muerta o desgarrada.

Partición de la tierra. Parte de Yahvé

45 1Cuando os repartáis por sorteo esta tierra como heredad, reservaréis como ofrenda para Yahvé un terreno sagrado de la tierra, de una longitud de veinticinco mil codos por una anchura de veinte mil. Será sagrado en toda su extensión. 2De aquí se tomará para el santuario un cuadrado de quinientos codos por quinientos, alrededor del cual habrá un margen de cincuenta codos. 3También de su área medirás una longitud de veinticinco mil codos por una anchura de diez mil: aquí estará el santuario, el Santo de los Santos. 4Será el recinto sagrado de la tierra, destinado a los sacerdotes, que ejercen el ministerio del santuario y que se acercan a Yahvé para servirle. Para ellos será este lugar, para que construyan sus casas y sirva de lugar sagrado para el santuario. 5Un terreno de veinticinco mil codos de largo por diez mil de ancho será reservado a los levitas, servidores del templo, en propiedad, con ciudades para vivir. 6Y como propiedad de la ciudad fijaréis un terreno de cinco mil codos de ancho por veinticinco mil de largo, junto a la parte reservada del santuario: esto será para toda la casa de Israel.

Parte del príncipe

7«Al príncipe le tocará un territorio a ambos lados del terreno reservado para el santuario y de la zona urbana; ocupará el espacio que va a lo largo del límite del terreno reservado para el santuario y del de la zona urbana; llegará hasta el mar por el lado occidental y hasta la frontera por el oriental. Habrá una longitud igual a cada una de las partes, desde la frontera occidental hasta la frontera oriental 8de la tierra. Esto será su propiedad en Israel. Así mis príncipes no oprimirán más a mi pueblo: dejarán la tierra a la casa de Israel, a sus tribus.

9Esto dice el Señor Yahvé: ¡Ya está bien, príncipes de Israel! ¡Basta ya de opresión y violencia! Practicad el derecho y la justicia, liberad a mi pueblo de vuestros impuestos –oráculo del Señor Yahvé–.

[10]Usad balanzas justas, y que la arroba y la cántara tengan una medida justa. [11]Que la arroba y la cántara sean iguales: cada una debe contener un décimo de carga. A partir de la carga serán fijadas las cántaras. [12]El siclo será de veinte óbolos. Veinte siclos, veinticinco siclos y quince siclos harán una mina.

Ofrendas para el culto

[13]«Esta es la ofrenda que reservaréis: un sexto de arroba por cada carga de trigo y un sexto de arroba por cada carga de cebada. [14]Esta será la norma para el aceite: una cántara de aceite por cada diez cántaras, es decir, por un tonel de diez cántaras, o de una carga, pues diez cántaras hacen una carga. [15]Se reservará una oveja por cada rebaño de doscientas, de las praderas de Israel, para la oblación, el holocausto y el sacrificio de comunión, que les sirva de expiación –oráculo del Señor Yahvé–. [16]Todo el pueblo de la tierra contribuirá a esta ofrenda reservada para el príncipe de Israel. [17]El príncipe se encargará de los holocaustos, de la oblación y de la libación en las fiestas, novilunios y sábados, en todas las solemnidades de la casa de Israel. Él proveerá lo necesario para el sacrificio expiatorio, para la oblación, el holocausto y los sacrificios de comunión, para la expiación de la casa de Israel.

Fiesta de la Pascua

[18]«Esto dice el Señor Yahvé: El primer mes, el día uno del mes, tomarás un novillo sin defecto, para quitar el santuario. [19]El sacerdote tomará la sangre de la víctima expiatoria y la pondrá en las jambas del pórtico del templo, en los cuatro ángulos del zócalo del altar, y en las jambas de los pórticos del atrio interior. [20]Lo mismo harás el día siete del mes, en favor de todo aquel que haya pecado por inadvertencia o irreflexión. Así haréis la expiación del templo. [21]El día catorce del primer mes será para vosotros la fiesta de la Pascua. Durante siete días se comerá el pan sin levadura. [22]Aquel día, el príncipe ofrecerá por sí mismo y por todo el pueblo de la tierra un novillo como sacrificio expiatorio. [23]Durante los siete días de la fiesta, ofrecerá en holocausto a Yahvé siete novillos y

siete carneros sin defecto, cada uno de los siete días, y un macho
cabrío diariamente como sacrificio expiatorio. [24]Ofrecerá, como
oblación, una medida por novillo y una medida por carnero, y de
aceite un sextario por medida.

Fiesta de las Tiendas

[25]«El día quince del séptimo mes, con ocasión de la fiesta, hará
lo mismo durante siete días: ofrecerá el sacrificio expiatorio, el
holocausto, la oblación y el aceite.

Disposiciones varias

46 [1]«Esto dice el Señor Yahvé: El pórtico del atrio interior que
mira a oriente estará cerrado los seis días laborables. Será
abierto el sábado y el día del novilunio. [2]El príncipe entrará desde
el exterior por el vestíbulo del pórtico y se parará junto a las jam-
bas del pórtico. Entonces los sacerdotes ofrecerán su holocausto
y su sacrificio de comunión, y él se postrará en el umbral del pór-
tico. Una vez que el príncipe haya salido, no se cerrará el pórtico
hasta la tarde. [3]El pueblo de la tierra se postrará ante Yahvé a la
entrada de este pórtico, los sábados y los días de novilunio. [4]El
holocausto que el príncipe ofrezca a Yahvé el sábado será de seis
corderos y un carnero, todos sin defecto. [5]Como oblación, presen-
tará una medida por el carnero, y por los corderos, una oblación a
discreción del oferente, además de un sextario de aceite por medi-
da. [6]El día del novilunio ofrecerá un novillo, seis corderos y un
carnero, todos sin defecto. [7]Como oblación, presentará una medida
por novillo y otra por carnero; por los corderos, lo que buenamen-
te pueda, además de un sextario de aceite por medida.

[8]«Cuando el príncipe llegue, entrará por el vestíbulo del pórtico y
por él saldrá. [9]Cuando el pueblo de la tierra se presente ante Yahvé
en las solemnidades, los que entren por el pórtico septentrional
para postrarse saldrán por el pórtico meridional, y los que entren
por el pórtico meridional saldrán por el pórtico septentrional. Nadie
volverá a salir por el pórtico por donde entró, sino por el de enfren-
te. [10]Y el príncipe irá en medio de ellos; entrará y saldrá como ellos.

[11]«En las fiestas y solemnidades, la oblación será de una cántara
por novillo y otra por carnero; por los corderos, a discreción, ade-
más de un sextario de aceite por medida. [12]Cuando el príncipe ofrez-
ca un holocausto voluntario o un sacrificio de comunión voluntario
a Yahvé, se le abrirá el pórtico que mira a oriente. Ofrecerá su holo-
causto y su sacrificio de comunión, de la misma manera que el día
de sábado. Y, una vez que haya salido, cerrarán el pórtico.
[13]«Ofrecerás cada día, como holocausto a Yahvé, un cordero de
un año sin defecto. Lo ofrecerás cada mañana. [14]También cada
mañana ofrecerás, como oblación, un sexto de cántara, además de
un tercio de sextario de aceite, para amasar la flor de harina. Esta
oblación a Yahvé es decreto eterno, vigente para siempre. [15]Cada
mañana serán ofrecidos el cordero, la oblación y el aceite, como
holocausto perpetuo.
[16]«Esto dice el Señor Yahvé: Si el príncipe hace un regalo a
alguno de sus hijos, tomándolo de su heredad, el regalo pertenece-
rá a sus hijos; será su propiedad por derecho de herencia. [17]Pero si
hace de su heredad un regalo a uno de sus siervos, pertenecerá a
éste sólo hasta el año de la liberación; luego retornará al príncipe.
Solamente a sus hijos podrá pasar su heredad. [18]El príncipe no
tomará nada de la heredad del pueblo, despojándole de su propie-
dad; sólo de su propiedad particular legará partes a sus hijos, para
que nadie de mi pueblo sea privado de su propiedad».
[19]Luego me llevó, por la entrada que estaba al lado del pórtico,
a las salas del Santo reservadas a los sacerdotes, las que miraban
al norte. Allí, en la extremidad occidental, había un espacio. [20]Me
dijo: «Este es el lugar donde los sacerdotes cocerán las víctimas de
los sacrificios de expiación y de los sacrificios por el pecado, y
donde cocerán la oblación, a fin de que no se saque nada al atrio
exterior y se santifique así al pueblo».
[21]Me sacó luego al atrio exterior y me hizo pasar junto a los cua-
tro ángulos del atrio; en cada uno de ellos había un patio: [22]esto es,
en los cuatro ángulos del atrio, cuatro pequeños patios de cuaren-
ta codos de longitud y treinta de anchura, los cuatro de las mismas
dimensiones. [23]Una tapia cercaba los cuatro, y alrededor de la parte
baja de la tapia había levantados unos fogones. [24]Y me dijo: «Estos
son los fogones donde los servidores del templo cocerán los sacri-
ficios del pueblo».

En primer lugar, la palabra ordena al profeta contar la visión para provocar vergüenza y actitud de compromiso. Pero no sólo lo hará oralmente, sino que además deberá ponerla por escrito, para dar continuidad al nuevo comportamiento, de modo que acepten las normas que se les va a dictar. Es el nuevo fuero, la nueva Torá del templo.

Las normas comienzan por el altar, la descripción de sus medidas y su consagración. En la descripción general no se le había dado mucho relieve (40,47). Ahora se detallan hasta los canales que recogerán la sangre de los animales y el agua para limpiarla. Las medidas del altar son enormes, lo que subraya su importancia. El Señor mismo ordena consagrarlo, indicando los ritos y nombrando a quienes los deben realizar durante siete días. Al octavo, ya estará listo para el uso habitual de holocaustos y sacrificios de comunión. El Señor será propicio desde ese altar.

En el cap. 44 el texto nos vuelve a la puerta oriental para indicar que deberá quedar cerrada, pues por ella volvió a entrar el mismo Dios. Situados en la puerta norte, se dictan las restricciones de acceso: el acceso es restringido y, conforme se adentra, más excluyente. Al atrio exterior no se permitirá el acceso a "ningún extranjero, incircunciso de corazón y de cuerpo… ninguno de los extranjeros que viven entre los israelitas" (44,9). Resulta llamativa la fuerte exclusión de los extranjeros en el texto de Ezequiel. No había sido así en el templo de Salomón, ni lo será en el de Herodes. No sujetos a restricciones, los sacerdotes de Sadoc entran al atrio interior y tienen acceso al altar, convenientemente vestidos (44,16-17); privilegio que no disfrutan ni siquiera los levitas, que resultan degradados (44,10-14). Los levitas se habían distinguido por su lealtad hacia el Señor (Ex 32,26-29; Dt 10,8-9). Su progresiva pérdida de estima es compleja, como todo proceso histórico. Tal vez se refiere a ellos 2 R 23 con la expresión "los sacerdotes de los altozanos" (2 R 23,9.20), a quienes no se permitía subir al altar del templo de Jerusalén, en donde Josías había unificado todo el culto. Ciertamente su aprecio es conocidamente muy escaso en el código sacerdotal del Pentateuco. En Ezequiel han perdido algunas prerrogativas: no tienen acceso al Señor, se contentarán con servir al pueblo y están autorizados a guardar las puertas por fuera. Sólo gozan de privilegios quienes pertenecen al linaje sacerdotal de Sadoc. Fue el sacerdote que permaneció fiel a

David durante la rebelión de su hijo Absalón (2 S 15) y ungió rey a Salomón (1 R 1,34). Resulta curioso este entronque con el momento inicial de la monarquía davídica. Los sacerdotes descendientes de Sadoc tienen acceso libre ante el Señor, le sirven presentándole los dones y su sitio está en el interior. Se definen sus vestidos, el tratamiento del cabello, sus bebidas, sus matrimonios y su vida pública (educación, administración de justicia, modelos de comportamiento), o su responsabilidad ante los difuntos. En este momento esperaríamos que se afirmara la exclusividad del acceso al Sancta Sanctorum para el Sumo Sacerdote una vez al año. Sin embargo, en Ezequiel no parece existir tal figura; ni se menciona su función. En su lugar se detallan las prerrogativas del Príncipe (ni siquiera “rey”). Él es el único que en determinadas ocasiones puede entrar y salir del atrio interior por la misma puerta, la oriental, que normalmente estará cerrada (46,1-12). Pero antes de mencionar al príncipe, el texto ha dibujado una breve repartición de la tierra (45,1-6), posiblemente empalmando con la mención de que los sacerdotes «no tendrán heredad alguna: yo seré su heredad» (44,28). El templo ocupa la parte central de la tierra, propiedad del Señor, que se da a Israel para que la administre. El príncipe ocupa un puesto relevante. Resulta interesante constatar la relación de las normas rituales con la justicia: el príncipe recibirá una porción de la tierra para que no oprima al pueblo (45,9-10) y para que dote de sacrificios las fiestas y promueva la igualdad entre los ciudadanos («para que nadie de mi pueblo sea privado de su propiedad», 46,18).

De las fiestas más importantes la fiesta de la Pascua se cita por su nombre (45,18-24) y se establece su ritual con cierto detenimiento; el príncipe vuelve a jugar un papel destacado. Se menciona, sin citar el nombre, la fiesta de los Tabernáculos (45,25). En el libro se mencionan otra serie de festividades y los ritos que se celebran en ellas. Entre ellas destacan los sábados, que tienen un puesto relevante en el templo ideal y que adquirieron gran importancia en el judaísmo postexílico. La puerta oriental se abrirá durante esos días y los novilunios, pero sólo el príncipe podrá entrar por ella para observar los sacrificios del atrio interior. Unas breves disposiciones sobre los bienes de la corona (46,16-18) dan paso a la descripción de las cocinas del templo (46,19-24). Resulta curiosa la preocupación porque

nada salga al atrio exterior, pues se trata de los sacrificios de expiación y las oblaciones al Señor. En el atrio exterior hay otros fogones, en donde el pueblo normal puede preparar sus comidas rituales.

La fuente del templo

47 [1]Me llevó a la entrada del templo, y observé que, por debajo del umbral del templo, salía agua en dirección a oriente, porque la fachada del templo miraba hacia oriente. El agua bajaba por el lado derecho del templo, al sur del altar. [2]Luego me hizo salir por el pórtico septentrional y dar la vuelta por el exterior, hasta el pórtico exterior que miraba hacia oriente, y vi que el agua fluía por el lado derecho. [3]El hombre salió hacia oriente con la cuerda que tenía en la mano; midió mil codos y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta los tobillos. [4]Midió otros mil codos y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta las rodillas. Midió mil más y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta la cintura. [5]Midió otros mil codos, pero era ya un torrente que no pude atravesar; el caudal había crecido de tal modo, que sólo podía pasarse a nado (un torrente que no se podía atravesar).

[6]Entonces me dijo: «¿Has visto, hijo de hombre?» Después me condujo y me hizo volver a la orilla del torrente. [7]Al llegar, vi que a ambas orillas del torrente había gran cantidad de árboles.

[8]Me dijo: «Esta agua sale hacia la región oriental, baja a la Arabá, desemboca en el mar, en el agua hedionda, y el agua queda saneada. [9]Por dondequiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Los peces serán muy abundantes, porque allí donde penetra esta agua lo sanea todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente. [10]A sus orillas vendrán los pescadores; tenderán redes desde Engadí hasta Eneglái n. Los peces serán de la misma especie que los peces del mar Grande, y muy numerosos. [11]Pero sus marismas y sus lagunas no serán saneadas, sino abandonadas a la sal. [12]A ambas márgenes del torrente crecerán toda clase de árboles frutales, cuyo follaje no se marchitará y cuyos frutos no se agotarán: producirán todos los meses frutos nuevos, porque esta agua viene del santuario. Sus frutos servirán de alimento, y sus hojas de medicina».

La descripción del templo y la formulación de su normativa culmina con una visión que comentamos aparte para subrayar su importancia: una corriente de agua que, manando del templo a través de la puerta oriental (por donde ha entrado la Gloria), produce fertilidad y vida por donde discurre. Se empalma, así, la descripción del templo con la división de la tierra que va a venir a continuación. Israel no tendrá que envidiar a Egipto con su Nilo, ni a Babilonia con sus canales, recreando en cierta manera el jardín primigenio de Edén. La estructura literaria de la sección se desarrolla en dos partes: vv. 1-7 y 8-12. La primera es de estilo narrativo para describir la visión, mientras que la segunda consiste en un discurso de Dios que interpreta la visión. No es clara la fuente de la que mana el agua: "el lado derecho… del altar" es siempre una posición relativa, pero brota del altar. Lo que sí resulta claro es el recorrido al que se ve obligado el profeta, que no puede salir por la puerta oriental por estar habitualmente cerrada (como hemos visto), sino que llegará hasta ella por el exterior, saliendo desde la puerta septentrional. Allí ve el chorro de agua que se filtra por debajo del muro en la parte sur de la puerta oriental (v. 2) y que va creciendo progresivamente. Vuelve a entrar en acción el guía geómetra que había guiado la visita por el templo (v. 3), para medir la profundidad. El profeta es el primero que experimenta el volumen de agua, atravesando la corriente repetidas veces y comprobando que, a pesar de no ser alimentada por otras fuentes, la corriente sigue creciendo. Alguien (¿Dios? ¿El guía?) le conduce a la orilla, donde "ve" que ambas riberas están pobladas de árboles (v. 7). Siempre hacia Oriente, hacia el Jordán.

La interpretación (vv. 8-12) es unívoca: la corriente recorre el camino hacia el Mar (Muerto) por el desierto, "saneando" (v. 8) y dando vida por donde pasa. La tierra produce plantas y el mar Muerto se llena de peces, que servirán para alimentar a la población. Sólo una pequeña zona (de marismas) queda aislada de la actividad pesquera, tal vez como reserva de sal y minerales. La exposición de la potencia revitalizadora de la corriente de agua culmina volviendo la vista de nuevo a la exuberante fertilidad que produce en ambas orillas: "toda clase de árboles" que dan fruto constantemente (según los meses). Su capacidad medicinal culmina la obra vivificante del agua del santuario. Tras su tarea como arquitecto del templo, la capacidad poética

del profeta ha recobrado un cierto vigor en la descripción del efecto final positivo que acarrea para el pueblo y su tierra. El Señor está culminando su obra de restauración de su pueblo y de su permanente presencia en medio de él. La visión de la corriente de agua encuentra un cierto eco en Jl 4,17-18, que conecta la presencia de Dios en el templo con la abundante fertilidad de la naturaleza, y una cita más explícita en Za 14,8-11, en donde la corriente de agua que mana del templo se divide en dos canales –uno hacia oriente y el otro hacia occidente– que abrazan todo el territorio. En el NT podemos encontrar ciertas reminiscencias de la visión de Ezequiel en Jn 7,38 (donde el nuevo templo que es el cuerpo de Jesús produce "agua de vida") y una mención evidente en Ap 22,1-2 (una corriente de agua que mana del trono de Dios y del Cordero atraviesa la ciudad). Esta corriente de Ezequiel ha sido fuente de inspiración para los Santos Padres.

4. División de la tierra (47,13 - 48,29)

Hasta aquí la renovación del templo, que culmina con la corriente de agua sanadora y vivificante que brota de él y fecunda el territorio. Ahora toca el turno a la renovación de la tierra, del país, y a la nueva distribución de la misma entre las tribus. La fórmula que abre una cita y la que cierra un oráculo (por última vez en el libro) marcan los límites de esta unidad literaria. Dichas fórmulas nos permiten entender el texto como un discurso divino, internamente jalonado por otras fórmulas: «Esta es la frontera de la tierra que os repartiréis…» (47,13), «ésta es la lista de los territorio tribales…» (48,1) y cerrado en inclusión con el comienzo: «tal es la tierra que repartiréis…» (48,29).

47 [13]**«Esto dice el Señor Yahvé: Esta es la frontera de la tierra**
que os repartiréis entre las doce tribus de Israel, dando a
José dos partes. [14]**Recibiréis cada uno por igual vuestra parte, por-**
que yo juré, mano en alto, dársela a vuestros padres, y esta tierra
os pertenecerá en heredad.

[15]**«Esta es la frontera de la tierra: por el lado septentrional, des-**
de el mar Grande, el camino de Jetlón hasta la Entrada de Jamat,
Sedad, [16]**Berotay, Sibráin, que está entre el territorio de Damasco y**

el de Jamar, Jaser Hatticón hacia el territorio del Jaurán; 17 la fronte-
ra correrá desde el mar hasta Jasar Enán, quedando al norte el terri-
torio de Damasco, así como el territorio de Jamat. Este, el lado sep-
tentrional. 18 Lado oriental: entre el Jaurán y Damasco, entre Galaad
y la tierra de Israel, el Jordán servirá de frontera hacia el mar orien-
tal, hasta Tamar. Éste, el lado oriental. 19 Lado meridional, al sur: des-
de Tamar hasta las aguas de Meribá de Cades, hacia el torrente, has-
ta el mar Grande. Éste, el lado meridional, al sur. 20 Lado occidental:
el mar Grande será la frontera hasta enfrente de la Entrada de
Jamat. Éste, el lado occidental.

21 «Os repartiréis esta tierra, según las tribus de Israel. 22 Os la
repartiréis como heredad para vosotros y para los forasteros que
residan con vosotros y que hayan tenido hijos estando con voso-
tros, porque los consideraréis como al israelita nativo. Con voso-
tros participarán en la suerte de la heredad, en medio de las tribus
de Israel. 23 En la tribu donde resida el forastero, allí le daréis su
heredad –oráculo del Señor Yahvé–.

Partición de la tierra

48 1 «Y ésta es la lista de los territorios tribales. Desde el extre-
mo norte, a lo largo del camino de Jetlón, hacia la Entrada
de Jamat, Jasar Enán, quedando al norte el territorio de Damasco,
a lo largo de Jamat: será para él desde el lado oriental hasta el lado
occidental: Dan, una parte. 2 Limitando con Dan, desde el lado orien-
tal hasta el lado occidental: Aser, una parte. 3 Limitando con Aser,
desde el lado oriental hasta el lado occidental: Neftalí, una parte.
4 Limitando con Neftalí, desde el lado oriental hasta el lado occi-
dental: Manasés, una parte. 5 Limitando con Manasés, desde el lado
oriental hasta el lado occidental: Efraín, una parte. 6 Limitando con
Efraín, desde el lado oriental hasta el lado occidental: Rubén, una
parte. 7 Limitando con Rubén, desde el lado oriental hasta el lado
occidental: Judá, una parte. 8 Limitando con Judá, desde el lado
oriental hasta el lado occidental, estará la ofrenda sagrada que reser-
varéis, de veinticinco mil codos de ancha, y de larga como cada una
de las otras partes desde el lado oriental hasta el lado occidental. Y
en medio estará el santuario.

[9]«La ofrenda sagrada que reservaréis para Yahvé tendrá veinti-
cinco mil codos de longitud y diez mil de anchura. [10]A ellos, a los
sacerdotes, pertenecerá la ofrenda santa reservada: veinticinco
mil codos al norte, diez mil codos de anchura al oeste, diez mil
codos de anchura al este, y veinticinco mil codos de longitud al
sur; y el santuario de Yahvé estará en el medio. [11]A los sacerdotes
consagrados, aquellos de entre los hijos de Sadoc que cumplieron
mi ministerio y que no se descarriaron al descarriarse los israeli-
tas, como se descarriaron los levitas, [12]les corresponderá una par-
te de la tierra reservada como ofrenda sacratísima, junto al territo-
rio de los levitas. [13]Los levitas, a semejanza del territorio de los
sacerdotes, tendrán un área de veinticinco mil codos de largo y
diez mil de ancho –longitud total, veinticinco mil, y anchura, diez
mil–. [14]No podrán vender ni cambiar ni ceder nada de esta parte de
la tierra, porque está consagrada a Yahvé. [15]Los cinco mil codos de
anchura que quedan a lo largo de los veinticinco mil serán un
terreno profano para la ciudad, para viviendas y pastizales. La ciu-
dad quedará en medio. [16]Y éstas serán sus dimensiones: por el
lado norte, cuatro mil quinientos codos; por el lado sur, cuatro mil
quinientos codos; por el lado este, cuatro mil quinientos codos;
por el lado oeste, cuatro mil quinientos codos. [17]Y los pastizales de
la ciudad se extenderán hacia el norte doscientos cincuenta codos,
hacia el sur doscientos cincuenta, hacia el este doscientos cin-
cuenta y hacia el oeste doscientos cincuenta. [18]Quedará una exten-
sión, a lo largo de la ofrenda santa reservada, de diez mil codos
hacia oriente y diez mil hacia occidente, a lo largo de la ofrenda
santa reservada: sus productos servirán para la alimentación de
los trabajadores de la ciudad.

[19]«Los trabajadores que trabajen en la ciudad serán tomados de
todas las tribus de Israel. [20]El total de la ofrenda reservada será de
veinticinco mil codos por veinticinco mil. Reservaréis un cuarto de
la ofrenda santa reservada para la propiedad de la ciudad. [21]Lo
que quede será para el príncipe, a uno y otro lado de la ofrenda
santa reservada y de la propiedad de la ciudad, a lo largo de los
veinticinco mil codos al este, hasta la frontera oriental, y al oeste a
lo largo de los veinticinco mil codos hasta la frontera occidental,
para el príncipe, en correspondencia a las demás partes; y en el

**medio estará la ofrenda santa reservada y el santuario del Templo.
22Así, desde la propiedad de los levitas y la propiedad de la ciudad que están en medio de la parte del príncipe, entre la frontera de Judá y la de Benjamín, pertenecerá al príncipe.**

**23«Y las demás tribus: desde el lado oriental hasta el lado occidental: Benjamín, una parte. 24Limitando con Benjamín, desde el
lado oriental hasta el lado occidental: Simeón, una parte. 25Limitando con Simeón, desde el lado oriental hasta el lado occidental:
Isacar, una parte. 26Limitando con Isacar, desde el lado oriental
hasta el lado occidental: Zabulón, una parte. 27Limitando con Zabulón, desde el lado oriental hasta el lado occidental: Gad, una parte.
28Y limitando con Gad, por el lado meridional, al sur, la frontera correrá desde Tamar hacia las aguas de Meribá de Cades, el torrente, hasta el mar Grande. 29Tal es la tierra que repartiréis en heredad entre las tribus de Israel y tales serán sus partes –oráculo del Señor Yahvé–.**

El texto de 47,15-20 se dedica a marcar las fronteras del territorio que se deben repartir como herencia del Señor (47,14). La distribución de la tierra resulta absolutamente geométrica, de franjas iguales, comprendidas entre el Jordán y el Mar. Nada que ver con la realidad, pero subrayando la igualdad entre las doce tribus (47,13). Importante es la mención del forastero residente, al que se garantiza el derecho de propiedad (47,21-23). Se le garantizan también los derechos sociales y espirituales de su pertenencia al pueblo de Dios, culminando así el sueño de Isaías (56,3-8). A continuación se ofrecen los nombres de las tribus (cf. la inclusión entre vv. 48,1 y 48,29). Sigue la estructura tribal anterior a la monarquía. Leví no tendrá territorio, y José se dividirá en Efraín y Manasés. No menciona el territorio al este del Jordán. En medio del territorio se encuentra el templo (48,8), y en torno a él un área reservada (48,8-22) que disfrutarán los sacerdotes, dotada de un fuero especial, pues no podrá ser vendida ni cambiada (48,14). Este conjunto sagrado forma una especie de 'distrito federal' en el que tiene cabida un espacio público para la ciudad, Jerusalén (48,15-17) y un área reservada para el 'príncipe' (48,21-22).

5. Las puertas de la capital (48,30-35)

Tras el templo y la tierra, sólo queda alguna nota sobre Jerusalén. Su nombre final es la fuente de la esperanza para el futuro de la historia.

**48 30 Y éstas son las salidas de la ciudad: por el lado norte, se
medirán cuatro mil quinientos codos. 31 Las puertas de la
ciudad llevarán los nombres de las tribus de Israel. Al norte tres
puertas: la puerta de Rubén, la puerta de Judá y la puerta de Leví.
32 Por el lado oriental, cuatro mil quinientos codos y tres puertas:
la puerta de José, la puerta de Benjamín y la puerta de Dan. 33 Por
el lado meridional, cuatro mil quinientos codos y tres puertas: la
puerta de Simeón, la puerta de Isacar y la puerta de Zabulón. 34 Por
el lado occidental, cuatro mil quinientos codos y tres puertas: la
puerta de Gad, la puerta de Aser y la puerta de Neftalí. 35 El perí-
metro total será de dieciocho mil codos. Y, de ahora en adelante,
la ciudad se llamará "Yahvé está allí"».**

Tres puertas a cada lado de la ciudad ideal, cada una con el nombre de una tribu, completan la estructura cuadrada de esta ciudad ideal, propiedad común de todos y centro de la presencia del Señor. El libro de Ezequiel se iniciaba con la marcha del Señor, que abandonaba el templo y la ciudad. Concluye con su regreso al templo y a la ciudad. El libro de Ezequiel pretende responder a la pregunta sobre cómo ha sido posible la destrucción del corazón de Israel. Si el Señor hubiera estado allí, habría sido destruido el Dios de Israel. Pero no. No ha sucedido así. Desde la profundidad del dolor del exilio, el profeta explica que todo ha sido destruido, porque el Señor, fiel a su alianza, había abandonado al pueblo de dura cerviz a causa de su rebelión constante y total. Una vez establecido de nuevo, por pura gracia, todo comienza de nuevo: se divide la tierra entre las tribus, se reserva el área de la capital, se reconstruye el templo a donde regresa la gloria del Señor. Con su presencia reúne un pueblo y consagra una ciudad. El carácter simbólico de esta conclusión es evidente. La ciudad, cuadrada, tiene tres puertas por cada lado. Cada una lleva el nombre de una tribu. La puerta da acceso al interior,

donde se encuentra el Señor, pero es el lugar en el que se administra justicia. La capital con sus puertas identifica la realidad de un pueblo, unido por y en torno a su Dios. Por eso, el nombre de la capital es significativo: “Yahvé está allí”. Con este oráculo de esperanza concluye el libro de este profeta que ha conocido el exilio, ha explicado el castigo y ha anunciado la esperanza para el futuro. Sólo la soberanía del Santo será capaz de mantener para siempre el futuro de este pueblo, bajo el punto de vista de un sacerdote que no puede ejercer su ministerio por falta de templo, de rey y de pueblo. Ezequiel ofrece los fundamentos esenciales del judaísmo postexílico.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

ABREGO, J.M., *Los libros proféticos*, Estella, 2010[6], pp.197-217.

ALONSO SCHÖKEL, L. y SICRE, J.L., *Profetas*, vol. 2, Madrid 1980, pp. 667-855.

ASURMENDI, J., *Profetismo*, Bilbao 1987, pp. 56-62.

— *Ezequiel* (CuadB 38), Estella 1982.

— "Ezequiel", en *Comentario Bíblico Internacional*, Estella 2010[4], pp. 959-989.

BEAUCAMP, É., *Los profetas de Israel o el drama de una alianza*, Estella, 1988.1990.

BETTS, T.J., *Ezekiel the priest: a custodian of Tora*, Nueva York 2005.

BLENKINSOPP, J., *Ezekiel*, Louisville 1990.

BLOCK, D.I., *The Book of Ezekiel*, 2 vols. (1-24; 25-48), Grand Rapids 1997-1998.

COOPER, L.E., *Ezekiel*, Nashville 1994.

DUGUID, I.M., *Ezekiel*, Grand Rapids 1999.

GARCÍA CORDERO, M., *Libros proféticos* (BAC 209), Madrid 1967, pp. 779-982.

GARCÍA HERNANDO, E., "Aspectos pastorales en el ministerio profético de Ezequiel" *Lumen* 19 (1970) 412-437.

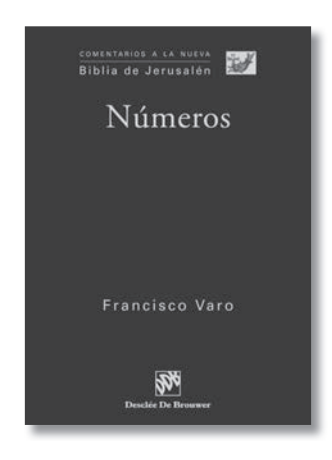
GRANADOS, C., "Ezequiel", en *Diccionario del profetismo bíblico*, Burgos 2008, pp. 299-307.

GREENBERG, M., *Ezekiel. A new translation with introduction and commentary*, 2 vols. (1-20; 21-37), Garden City 1983-1997.

JENSON, R.W., *Ezekiel*, Grand Rapids 2009.

JOYCE, P.M., *Ezekiel: a commentary*, Nueva York 2007.
KLEIN, R.W., *Ezekiel. The Prophet and His Message*, Columbia (S.C.) 1988.
LAMELAS, J., *Ezequiel* (El mensaje del AT, 14), Madrid 1994.
MEIN, A., *Ezechiel and the Ethics of Exile*, Oxford 2001.
MONLOUBOU, L., *Un sacerdote se vuelve profeta*, Madrid 1973.
VON RAD, G., *Teología del Antiguo Testamento,* vol. 2, Salamanca 2010[8].
SCHMIDT, W.H., *Introducción al Antiguo Testamento*, Salamanca 1999[3].
SICRE, J.L., *"Con los pobres de la tierra…". La justicia social en los profetas de Israel*, Madrid 1984, pp. 378-407.
TUCKETT, Ch.M., "The Parable of the Mustard Seed and the Book of Ezekiel", en H. J. De Jong - J. Trompp (eds.), *The Book of Ezekiel and its Influence*, Leiden 2007, pp. 87-101.
ZIMMERLI, W., *Ezekiel*, Filadelfia 1979.1983.

NOTA: El número 52 de la revista *Reseña Bíblica*, coordinado por Julio Lamelas, es un número monográfico dedicado al profeta Ezequiel (Estella 2006).



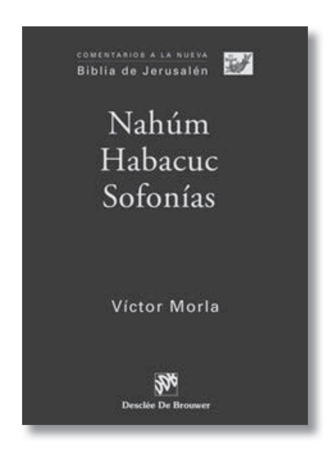
Números

Francisco Varo

ISBN: 978-84-330-2227-1

El libro de los Números está lleno de sorpresas atractivas. Contiene piezas breves muy antiguas y relatos que, tras una compleja actividad redaccional, configuran una trama narrativa donde la Palabra de Dios resuena con fuerza actual.

Está articulado como un díptico donde se confrontan dos generaciones del pueblo de Dios en su peregrinación por el desierto. Una muere en la estepa, tras una larga serie de infidelidades (Nm 1-25), y surge otra que va organizándose con la perspectiva de tomar posesión de la tierra prometida (Nm 26-36). De este modo se invita al lector a que mire con fe su vida y la sociedad en la que vive, sin añoranzas de tiempos pasados. Él es parte de esa nueva generación que, aunque no haya visto a Dios tan cerca como lo que oye hablar de otros momentos, ni haya sido testigo de grandes milagros, si se mantiene fiel, entrará con su pueblo en la tierra prometida.

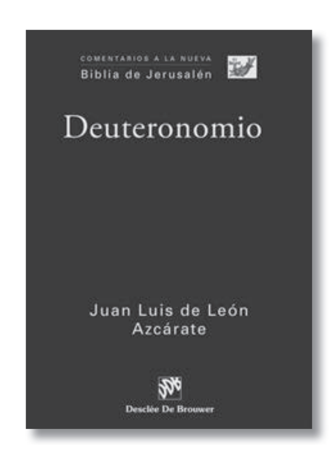


Nahúm, Habacuc, Sofonías

Víctor Morla

ISBN: 978-84-330-2303-2

Nahúm, Habacuc y Sofonías fueron testigos de la decadencia política, ética y religiosa de Judá en vísperas de la destrucción de Jerusalén y del subsiguiente destierro a Babilonia. La alargada sombra del imperio neobabilónico se cernía amenazante sobre Palestina desde décadas atrás. Estos tres profetas no se limitaron a condenar la descomposición socio-religiosa que afectaba a su país y el destructivo e inmoral imperialismo que alentaba a las tropas de Nabucodonosor. Al mismo tiempo propusieron unas condiciones religiosas que garantizasen la subsistencia y delinearon los rasgos que deberían caracterizar a la sociedad que resurgiera de las cenizas.



Deuteronomio

Juan Luis de León Azcárate

ISBN: 978-84-330-2359-9

"El libro del Deuteronomio es sin lugar a dudas uno de los libros más importantes del Antiguo Testamento. Es tal su importancia que algunos comentaristas lo consideran el 'núcleo central' o 'centro teológico' del Antiguo Testamento. Es un libro fundamental para comprender las claves principales de la fe israelita: Ley y alianza, elección y promesa de la tierra. Su influjo en el Nuevo Testamento es muy importante, ya que el Deuteronomio es uno de los libros veterotestamentarios más citados".

La editorial Desclée De Brouwer presenta esta serie de comentarios a la Nueva Biblia de Jerusalén, con la pretensión de que ocupe el espacio abierto en el mercado de la lengua castellana entre la divulgación y la crítica científica.



Cartas de Juan

Domingo Muñoz

ISBN: 978-84-330-2443-5

¿Es posible escribir hoy un comentario después del volumen de R.E. Brown (verdadera enciclopedia) o después de los comentarios de H.-J. Klauck o de M. Morgen con sus exquisitos análisis literarios y su exhaustiva información bibliográfica? Reconocemos los méritos de estos comentarios y de tantos otros que tienen su justificación dentro del círculo de estudios especializados. Por ello, no pretendemos sustituirlos. Simplemente intentamos un tipo de comentario que haga llegar al Pueblo de Dios el mensaje del texto bíblico como alimento espiritual de los creyentes. Para ello se escribieron las Cartas de Juan y toda la Biblia. El acercamiento especializado resulta muy difícil de digerir para muchos cristianos, incluso ministros de la Palabra. En estas circunstancias, intentar un acercamiento a las Cartas de Juan liberado de la esclavitud de las notas y de continuas referencias bibliográficas puede prestar un servicio a los creyentes.

COLECCIÓN
COMENTARIOS A LA BIBLIA DE JERUSALÉN

Consejo asesor:
Víctor Morla y Santiago García

ANTIGUO TESTAMENTO

1A. Génesis 1-11, *por José Loza*
1B. Génesis 12-50, *por José Loza*
2. Éxodo, *por Félix García López*
3. Levítico, *por Juan Luis de León Azcárate*
4. Números, *por Francisco Varo*
5. Deuteronomio, *por Juan Luis de León Azcárate*
13A. Salmos 1-41, *por Ángel Aparicio*
13B. Salmos 42-72, *por Ángel Aparicio*
13C. Salmos 73-106, *por Ángel Aparicio*
13D. Salmos 107-150, *por Ángel Aparicio*
15A. Job 1-28, *por Víctor Morla Asensio*
15B. Job 29-42, *por Víctor Morla Asensio*
19A. Isaías 1-39, *por Francesc Ramis Darder*
19B. Isaías 40-66, *por Francesc Ramis Darder*
21. Ezequiel, *por José Mª Abrego*
22. Daniel, *por Gonzalo Aranda*
24. Nahúm, Habacuc, Sofonías, *por Víctor Morla*

NUEVO TESTAMENTO

1A. Evangelio de Mateo, *por Antonio Rodríguez Carmona*
1B. Evangelio de Marcos, *por Antonio Rodríguez Carmona*
3A. Evangelio de Juan, *por Secundino Castro Sánchez*
3B. Cartas de Juan, *por Domingo Muñoz*
5. Corpus Paulino II. Efesios, Filipenses, Colosenses, 1-2 Tesalonicenses, Filemón y Cartas Pastorales: 1-2 Timoteo, Tito, *por Federico Pastor*
6. Carta a los Hebreos, *por Franco Manzi*
8. Apocalipsis, *por Domingo Muñoz León*



Este comentario pretende ayudar a la lectura del libro de Ezequiel, acompañando al texto bíblico tal y como lo encontramos actualmente. No abusa de tecnicismos, ni estudia la historia que el texto ha sufrido y que, sin duda, lo ha enriquecido, pero a la que únicamente podríamos asomarnos de forma hipotética de la mano de tantos comentaristas que han utilizado todos sus conocimientos para explicarlo. El profeta es el libro, el texto. De él decimos "Palabra de Dios" al proclamarlo. Acercarnos a la persona de carne y hueso que se asoma entre líneas nos permite comprender mejor su contenido, pero el texto bíblico sigue siendo nuestro objetivo fundamental. Por eso, atendemos a los indicios literarios que señalan su forma y estructura. A través de ella intentamos llegar al contenido, a su mensaje. En algún momento no podremos prescindir del proceso histórico que ha sufrido o de las distintas versiones que lo han traducido e interpretado. Es evidente. Pero el objetivo seguirá siendo ayudar al lector a enfrentarse con el libro profético. En él se contiene la revelación o, dicho con otras palabras, en él se manifiesta el Señor de la historia, con planes de salvación que realizará a pesar de la rebelión casi constante de su propio pueblo.

José Mª Abrego s.j. (Pamplona, 1945). Teólogo, doctor en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, del que fue nombrado rector en 2008. Ha sido Catedrático de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto, de la que fue rector entre 1996 y 2003. Autor de numerosos libros, artículos y conferencias sobre Bioética, Antiguo Testamento y Escatología, ha colaborado en *La nueva Biblia de Jerusalén* (Ezequiel).



